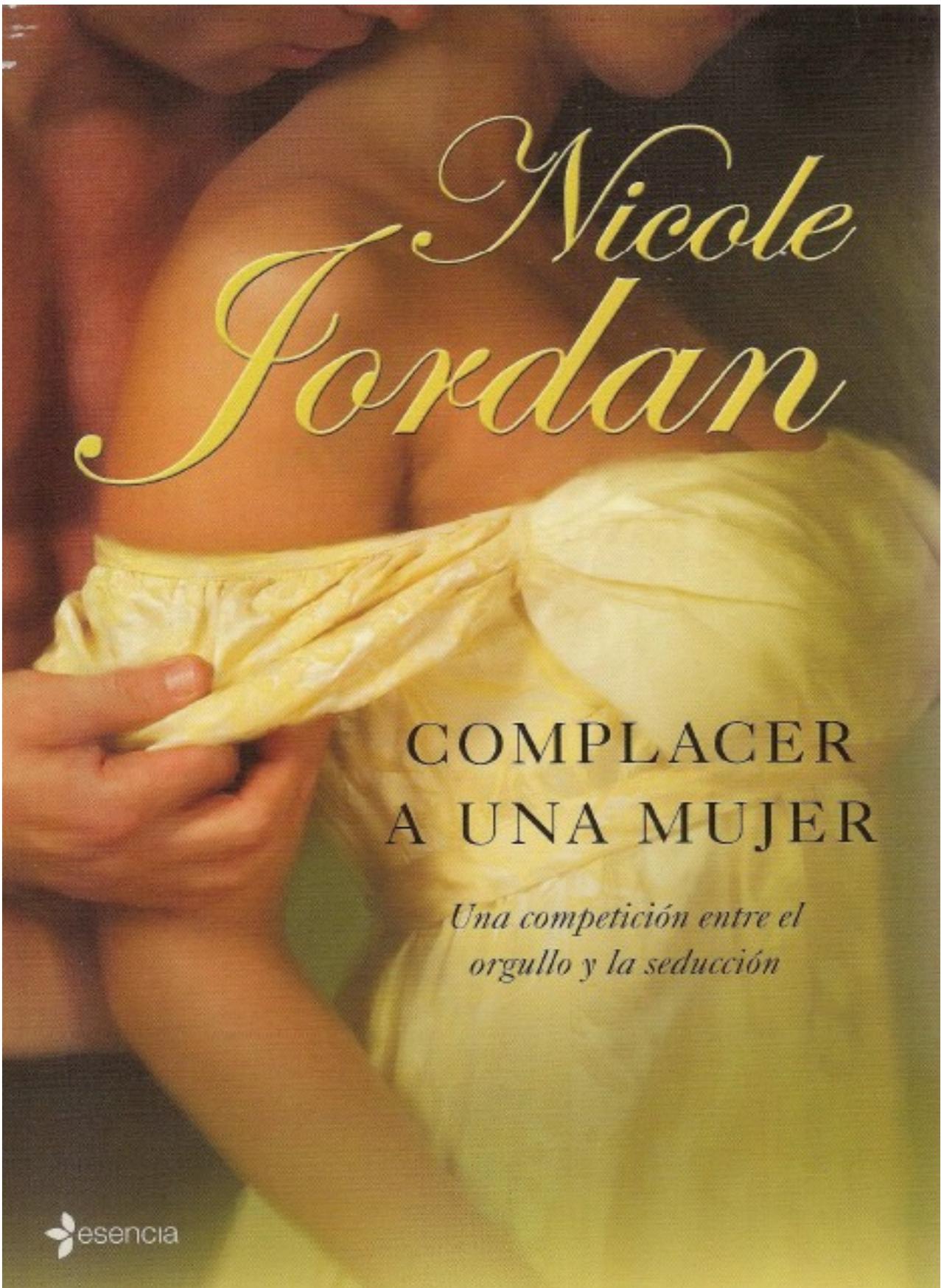


NICOLE JORDAN
Complacer a una Mujer
1º Serie Las Guerras del Cortejo



Nicole
Jordan

COMPLACER
A UNA MUJER

*Una competición entre el
orgullo y la seducción*

 esencia



NICOLE JORDAN

Complacer a una Mujer

1º de la Serie Las Guerras del Cortejo (Courtship Wars)

To Pleasure a Lady (2008)

ARGUMENTO:

Marcus Pierce, un increíblemente apuesto aristócrata con una infame reputación, hereda la tutela de la fogosa **Arabella Loring** y sus dos hermanas... e inmediatamente declara sus intenciones de casarlas. Pero la encantadoramente desafiante Arabella provoca frustración, y algo profundamente erótico, en Marcus. Después de medir su inteligencia y su espada con ella, el posesivo noble llega a la conclusión de que tan hermosa y formidable adversaria debe ser suya.

Arabella, que ha renegado del matrimonio y de los hombres, desea que la dejen dirigir su academia para jóvenes damas en paz. Con tal fin, audazmente acepta el íntimo desafío de Marcus: si él logra cortejar y conquistarla en el período de dos semanas, ella ocupará su lugar en su cama y como su esposa. Sin embargo, si consigue resistirse a sus considerables encantos, se les concederá la independencia a las hermanas Loring.

Así, comienza un extraordinario juego de seducción...

SOBRE LA AUTORA:



La exitosa autora de novela romántica **Nicole Jordan** consigue sumergir a los lectores en cautivadoras historias llenas de pasión y sensualidad.

Nicole se graduó en la carrera de Ingeniería de Obras Públicas por la Universidad de Georgia y durante ocho largos años ocupó el puesto de gerente de una empresa de pañales y papel higiénico.

Posteriormente, se trasladó de Atlanta a las montañas rocosas de UTA con su particular héroe de carne y hueso —su marido—, y su adorado caballo, todo un campeón de salto de raza irlandesa.

Las apasionadas novelas románticas de Nicole han aparecido en numerosas listas de los libros más vendidos, incluidas las del New York Times, USA Today, Waldenbooks, y Amazon.com.

Una de las novelas de Nicole tuvo el dudoso honor de ser destacada de un modo cómico en el programa de Jay Leno "The Tonight Show". Y, desde el punto de vista profesional, ha sido finalista al premio RITA, nominada en los RWA'S y ganadora al premio Dorothy Parker.



CAPITULO 01

El nuevo conde me va a volver loca con su idea de emparejarnos como si fuésemos animales de cría.

CARTA DE LA SEÑORITA ARABELLA LORING A FANNY IRWIN

Londres, mayo de 1817.

Matrimonio. La propia palabra era en sí amenazadora. Sin embargo, el nuevo conde de Danvers no podía seguir ignorando el asunto por mucho que le pesara.

—Es una lástima que el último conde ya haya muerto —dijo interrumpiendo su declaración con una estocada del florete que llevaba en la mano—. De otro modo, yo mismo lo hubiera ensartado por la jugada que me ha hecho dejándome tres pupilas en prenda para que les haga de alcahuete.

Su queja, formulada sobre un fondo de entrechocar de aceros, fue recibida con risas benévolas por parte de sus amigos.

—¿Alcahuete, Marcus? ¿No es algo exagerado?

—Describe perfectamente mi responsabilidad.

—Casamentero es una definición más elegante.

Casamentero. Qué sombrío pensamiento.

Marcus Pierce, anteriormente barón Pierce y ahora octavo lord Danvers, hizo una mueca con desganado humor. Aunque en general disfrutaba ante un reto, en esos momentos renunciaría gustoso a verse responsable de tres bellezas sin dinero... Y, peor aún, con la obligación de encontrarles esposos respetables.

Sin embargo, las hermanas Loring venían en el lote, junto con su nuevo título, por lo que se había resignado a cumplir con su deber antes o después.

Preferiblemente después.

Hasta el momento, Marcus había disfrutado de treinta y dos agradables años de soltería, los últimos diez como uno de los más esquivos buenos partidos de Londres. Puesto que el matrimonio estaba situado en el último lugar de su lista de preferencias, llevaba posponiendo su obligación hacia sus no deseadas pupilas desde hacía semanas.

Sin embargo, en aquella espléndida mañana de primavera, se había obligado a abordar la cuestión mientras se hallaba ocupado en la práctica de la esgrima en su mansión de Mayfair con sus dos amigos más íntimos, y, como él, fugitivos del mercado matrimonial.

—Pero ¿comprendéis mi dilema? —preguntó, ejecutando una rápida finta ante su adversario igualmente experto, Andrew Moncrief, duque de Arden.

—¡Por supuesto! —respondió Drew entre el estrépito de los estoques. —Quieres casar a tus tres pupilas, pero no crees que vayas a encontrar a demasiados interesados, teniendo en cuenta el escándalo que hubo en su familia.



—Exactamente. —Marcus esbozó una atractiva sonrisa. —Supongo que ninguno de los dos os ofreceréis para alguna de ellas, ¿verdad?

Moncrief le dirigió una elocuente mirada al tiempo que saltaba hacia atrás para esquivar una hábil estocada.

—Por mucho que desee ayudarte, viejo amigo, aprecio demasiado mi libertad como para hacer tan abrumador sacrificio; ni siquiera por ti.

—Déjalo estar, Marcus. —La voz procedía de una de las esquinas del salón que utilizaba como zona de esgrima. Heath Griffin, marqués de Claybourne, estaba allí repantigado en un sofá, mientras aguardaba su turno de práctica, describiendo ociosos trazos en el aire con su florete. —Estás mal de la cabeza si crees que vas a convencernos para que pidamos en matrimonio a tus pupilas.

—Se dice que son grandes bellezas —intentó engatusarlo su amigo.

Heath se rió abiertamente.

—Y solteronas todas ellas. ¿Cuántos años tiene la mayor? ¿Veinticuatro?

—Todavía no.

—He oído decir que, además, es irritable e impaciente.

—Eso me han dicho —reconoció Marcus de mala gana.

Sus abogados habían descrito a Arabella Loring como encantadora, pero fieramente obstinada en su deseo de emanciparse de su tutela.

—¿Aún no la conoces? —preguntó Heath.

—No, hasta ahora he conseguido evitarlo. Las señoritas Loring no estaban en la casa cuando acudí a darles el pésame por la muerte de su tío hace tres meses. Y desde entonces han sido mis abogados quienes se han encargado de todo. Pero tarde o temprano tendré que tratar con ellas —suspiró. —Probablemente viaje a Chiswick la semana que viene.

La mansión Danvers se hallaba en el campo, cerca del pueblecito de Chiswick, unos diez kilómetros al oeste del moderno distrito londinense de Mayfair, donde residía gran parte de la acaudalada aristocracia. La distancia era apenas un paseo en un carruaje rápido, sin embargo, Marcus no abrigaba ninguna esperanza de que su tarea allí pudiera solventarse con rapidez.

—Por lo que he oído —intervino Drew mientras avanzaba tranquilamente—, tus pupilas son bastante poco dóciles. No te será fácil casarlas, en especial a la mayor.

Él asintió con una seca mueca.

—Desde luego que no desde el momento en que las tres se declaran abiertamente opuestas al matrimonio. Les he ofrecido importantes dotes para atraer a respetables pretendientes, pero rechazan mi propuesta taxativamente.

—Tienen intelectualoides ideas de independencia, ¿no es así?

—Eso parece. Es una lástima que no pueda convenceros a ninguno de los dos para que acudáis en mi ayuda.

Mientras respondía a la decidida ofensiva de Drew, Marcus pensaba que ésa habría sido una hábil solución a su dilema.

Junto con el título de conde, ahora añadido a su largo tiempo detentada baronía, se había visto



obligado a hacerse cargo de las empobrecidas propiedades Danvers, así como de sus refinadas inquilinas, tres hermanas sin un céntimo. Las tres poseían un impecable linaje, excelente educación y envidiable belleza, pero todas ellas estaban solteras y se estaban haciendo ya algo mayorcitas.

El hecho de que todavía no se hubiesen casado se debía menos a su falta de fortuna que a un tremendo escándalo vivido por su familia. Hacía cuatro años que su madre había huido a Europa con su amante francés. Después de eso, apenas quince días más tarde, su padre había muerto en un duelo por su última amante, lo que había supuesto la brusca desaparición de cualquier oportunidad que sus hijas tuvieran de hacer una buena boda.

Resuelto a traspasar a sus no deseadas protegidas a manos más dispuestas, lo que Marcus había pensado era casarlas proporcionándoles inmensas dotes. Pero eso fue antes de descubrir cuán independientes eran las tres bellezas. Las cartas de la hermana mayor eran intensamente apasionadas en sus requerimientos de control sobre sus propias vidas.

—Legalmente, son mis pupilas hasta que cumplan veinticinco años —explicó el conde a sus amigos—, pero Arabella, la mayor, ya casi los tiene. Durante el mes pasado, me ha escrito cuatro cartas proclamando que, a su edad, ni sus hermanas ni ella necesitan un tutor. Lamentablemente para todos nosotros, estoy comprometido por las condiciones del testamento.

Marcus se detuvo para rodear a su adversario, y se pasó la mano con rapidez por los negros cabellos para apartárselos.

—Con sinceridad —murmuró luego—, ojalá nunca hubiese oído hablar de las hermanas Loring. Además, yo no deseaba este otro título, estaba totalmente satisfecho siendo barón.

Sus amigos le dirigieron miradas de simpatía, aunque un poco burlonas, lo que impulsó a Marcus a añadir:

—Espero vuestra ayuda para resolver mi dilema, libertinos pusilánimes. Seguro que se os ocurrirán algunos candidatos apropiados para ellas.

—Uno de los cuales podrías ser tú mismo —sugirió Heath con un perverso brillo en los ojos.

—¡No lo quiera Dios!

Marcus se estremeció, y esa momentánea tregua en el ataque, hizo que casi se viera ensartado por Drew, que arremetía con su florete.

Durante gran parte de su infancia y durante toda su existencia adulta, los tres amigos habían sido inseparables; juntos habían asistido a Eton y Oxford, y luego heredaron sus vastas fortunas e ilustres títulos el mismo año. Después de eso, tras verse implacablemente perseguidos por debutantes dispuestas a casarse como fuera y esquivando apenas las trampas puestas por innumerables madres casamenteras, los tres compartían graves reservas respecto a la institución del matrimonio. Muy especialmente, la clase de unión fría y pactada de la aristocracia.

Marcus nunca había conocido a ninguna mujer a la que desease tomar como esposa. Pensar en verse encadenado para siempre a alguien que a duras penas le agradara, y a quien mucho menos amara, le producía escalofríos. Sin embargo, debía a sus títulos, tanto al nuevo como al antiguo, un heredero para los mismos, por lo que tendría que acabar casándose.

No obstante, se prometió a sí mismo que el fin de su soltería tardaría mucho en llegar.

Al comprender que su concentración se había visto afectada por toda esa desagradable charla sobre el matrimonio, retrocedió unos pasos y le hizo a Drew un saludo burlón.



—Señoría, será mejor que me retire antes de que me hagáis trizas. Heath, es tu turno.

Cuando éste lo sustituyó, Marcus cruzó el salón hacia una mesita lateral, donde depositó su florete y cogió una toalla para enjugarse la frente.

Acababa de reanudarse el estrépito del acero cuando le pareció oír una conmoción en el pasillo, procedente del vestíbulo. Sólo podía distinguir alguna palabra suelta, pero era evidente que tenía una visitante femenina... Y que su mayordomo le estaba mintiendo.

Avivada su curiosidad, se aproximó a la puerta del salón para oír mejor.

—Le repito que lord Danvers no está en casa, señorita.

—¿No está en casa o no quiere recibir visitas? —preguntó la voz femenina con educación. —He recorrido una larga distancia para hablar con él, o sea que estoy dispuesta a registrar la casa si es necesario. —Sonaba queda y melodiosa pero sin lugar a dudas decidida. —¿Dónde puedo encontrarle?

Los siguientes sonidos que Marcus oyó parecían los de un forcejeo. Al parecer, Hobbs estaba intentando impedir la entrada de la mujer en la casa, pero acabó perdiendo la batalla, porque, al cabo de unos momentos, se lo oyó gritar:

—¡Señorita, no puede subir!

Al imaginar al hierático mayordomo bloqueando el pie de la amplia escalinata de la mansión, Marcus sofocó una risa.

—¿Por qué no? —inquirió la voz femenina. —¿Está su señoría en la cama, o quizá desnudo?

Hobbs profirió una escandalizada exclamación y luego murmuró:

—Muy bien, si usted insiste, le preguntaré a su señoría si la quiere recibir.

—Le ruego que no se moleste. Usted dígame solamente dónde está y ya me anunciaré yo misma. —La armoniosa voz hizo una pausa. —No importa. Oigo sonido de esgrima, de modo que espero que eso me guíe en la dirección correcta.

Marcus retrocedió levemente mientras unos ligeros pasos se aproximaban por el pasillo.

La mujer que se recostó en la puerta al cabo de unos momentos no era una mujer cualquiera. Aunque vestía un modesto traje de viaje de crepé azul, poseía una inconfundible seguridad en sí misma y una prestancia que llamaban la atención.

Cautivado, Marcus comprendió al punto que, además, se trataba de una auténtica belleza.

Pese a su figura alta y esbelta, tenía curvas suficientes como para atraer incluso a un hombre de su experiencia. Llevaba los cabellos, de un pálido rojizo-dorado, recogidos bajo un sombrero, y algunos mechones rodeaban su rostro finamente modelado.

Sin embargo, lo que más destacaba del conjunto eran sus penetrantes ojos grises, que observaban la estancia; los más enigmáticos que había visto nunca. Tenían la tonalidad del humo plateado y brillaban con una inteligencia y calidez tales que Marcus se sintió impresionado.

La joven tenía el mentón levantado en actitud decidida, no obstante, al verlo vaciló de repente, y un ligero rubor cubrió sus mejillas al comprender sin duda lo impropio de aparecer de ese modo ante tres hombres entregados a una competición de esgrima, todos ellos en mangas de camisa, calzones y botas; sin pañuelo al cuello, chaleco ni chaqueta.

Sus ojos fueron de la desnuda garganta de Marcus a su camisa de hilo, que parcialmente



abierta, dejaba su pecho al descubierto. Luego, de pronto, dirigió de nuevo la vista a su rostro, como consciente de que había sido descubierta contemplando algo prohibido.

Cuando las miradas de ambos se cruzaron, el rubor encendió vivamente sus mejillas.

Marcus se sintió encantado.

Al cabo de un instante, ella pareció recobrar el dominio de sí misma y prosiguió con su misión.

—Caballeros, ¿Cuál de ustedes es lord Danvers? —preguntó con su agradable voz.

Él avanzó cortésmente un paso.

—A su servicio ¿señorita...?

Un incómodo Hobbs contestó en su lugar.

—La señorita Arabella Loring ha venido a verle, milord.

—Asumo que es usted la mayor de mis pupilas —observó Marcus disimulando su regocijo.

Ella tensó levemente la atractiva boca, pero luego esbozó una encantadora sonrisa.

—Lamentablemente, sí, soy su pupila.

—Hobbs, recoja la capa y el sombrero de la señorita Loring...

—Gracias, milord, pero no tengo intención de quedarme mucho tiempo. Sólo deseo mantener una breve charla con usted... en privado, si es posible.

Por entonces, sus dos amigos habían interrumpido su sesión de esgrima y estaban observando a la inesperada visitante con ávida curiosidad. Cuando ella se adentró en la sala, Marcus vio cómo Drew enarcaba interrogativamente una ceja, expresando sorpresa ante aquella inesperada presencia.

Él mismo compartía ese sentimiento. Basándose en los comentarios de su abogado, había esperado que la muchacha fuese rebelde y decidida, pero las informaciones que tenía sobre su belleza no le hacían justicia. Para decirlo llanamente, era magnífica.

Dirigió a Drew y a Heath una mirada de disculpa.

—¿Nos excusáis?

Ambos hombres atravesaron el salón con sus floretes en la mano, y, al pasar por su lado, Heath dirigió a Marcus una perezosa sonrisa junto con una de sus habitualmente jocosas observaciones:

—Te aguardaremos en el vestíbulo, por si necesitas defensa. Vio cómo Arabella se quedaba rígida ante esas palabras, pero luego se echó a reír con un quedo y melodioso sonido que le hizo experimentar una extraña y agradable sensación.

—Prometo dejarlo físicamente intacto.

«Una lástima» fue el primer pensamiento de Marcus; le hubiese gustado ver qué podía hacerle la joven a su cuerpo.

Sin embargo, cuando se quedaron solos, la miró con severidad. Admiraba su audacia al presentarse allí, pero sabía que debía dar alguna muestra de desagrado si se proponía controlar la situación.

—Mis abogados me advirtieron de su determinación, señorita Loring, pero no esperaba que transgrediese de este modo las convenciones visitándome en mi casa.

Ella encogió sus elegantes hombros.



—No me ha dejado más remedio, milord, puesto que se ha abstenido de responder a mis cartas. Y tenemos una importante cuestión que discutir.

—Estoy de acuerdo, debemos resolver el asunto del futuro de usted y de sus hermanas.

La inicial vacilación de Arabella pronto fue seguida por otra sonrisa.

—Estoy segura de que usted es un hombre razonable, lord Danvers...

Marcus enarcó una ceja ante su evidente intento de manipularlo. Sin duda, era una mujer acostumbrada a manejar a los hombres a su antojo y él mismo sintió los efectos entre las piernas, unos efectos a los que se resistió de manera instintiva.

—¡Oh, suelo ser bastante razonable!

—Entonces comprenderá que seamos reacias a reconocerlo como guardián. Sé que sus propósitos son buenos, pero no necesitamos su ayuda.

—Desde luego que mis propósitos son buenos —respondió él afable. —Usted y sus hermanas son ahora responsabilidad mía.

Un destello de impaciencia apareció en los grises ojos de la Joven.

—Lo que es a todas luces absurdo. Las tres hemos superado la habitual edad legal de dependencia. Casi todas las tutelas concluyen a los veintiuno. Y, por otra parte, nosotras no tenemos ninguna fortuna que administrar, por lo que tampoco hay justificación financiera para su tutela.

—No, en efecto —convino Marcus—. Su tío las dejó sin un penique.

Ella aspiró profundamente haciendo un evidente esfuerzo de mantener las formas.

—No deseamos su caridad, milord.

—No es caridad, señorita Loring, es mi obligación legal. Ustedes son tres mujeres vulnerables, necesitadas de la protección de un hombre.

—No necesitamos protección —afirmó la joven con rotundidad.

—¿No? —Él le dirigió una penetrante mirada. —Pues mis abogados son de la opinión de que alguien debería cuidar de usted y de sus hermanas.

Los ojos de Arabella echaban chispas.

—¿Ah, sí? En ese caso, no creo que precisamente usted esté cualificado para cuidar de nosotras, como dice. No tiene experiencia alguna para actuar de tutor.

A Marcus lo complació poder refutar esa afirmación.

—Por el contrario, tengo gran experiencia. He sido el tutor de mi hermana durante los últimos diez años. Ahora tiene veintiuno, la misma edad que su hermana menor, Lilian, que según me han dicho es un rebelde diablillo.

Eso hizo detenerse a Arabella.

—Tal vez sea cierto, pero Lilian tenía una edad muy delicada cuando mi madre nos abandonó.

—¿Y qué hay de su hermana Roslyn? Según todos los informes, su extraordinaria belleza la ha convertido en objetivo de un importante número de libertinos y sinvergüenzas. Imagino que, para ella, la protección de un tutor podría ser beneficiosa.

—Roslyn sabe cuidar de sí misma. Todas sabemos. Llevamos haciéndolo desde que éramos muy jóvenes.



—Pero ¿qué clase de futuro pueden esperar? —contestó Marcus—. Sus oportunidades de buenos matrimonios quedaron arruinadas con los respectivos escándalos de sus padres.

Por un fugaz momento, pudo ver el dolor reflejado en el rostro de Arabella, antes de que ella forzase otra sonrisa.

—Lo sé perfectamente —murmuró—, pero aun así, no es asunto suyo.

Él negó con la cabeza.

—Comprendo que esté resentida conmigo, señorita Loring, un perfecto desconocido asumiendo el control de su casa...

—No me importa su título ni sus propiedades, lo que me hace sentir agraviada es su despiadada suposición de que deseamos casarnos.

Eso lo hizo sonreír.

—Difícilmente podría calificarse de despiadado ofrecerse a encontrarles marido. El camino habitual para las jóvenes damas de calidad es el matrimonio, pero usted se comporta como si la hubiera ofendido gravemente.

A esas alturas de la conversación, la muchacha estaba claramente mordiéndose la lengua.

—Discúlpeme si le he dado esa impresión, milord. Sé que usted no ha intentado insultarnos.

—No pueden ser tan necias como para rechazar cinco mil libras cada una.

—Desde luego que pod... —De pronto se interrumpió y dejó escapar una grave risa compungida. El ronco y sensual sonido hizo que Marcus se estremeciera de placer. —No, no le permitiré que me provoque, milord. He venido aquí decidida a ser agradable.

Él se encontró de repente mirando su carnosa y tentadora boca, sin poder apartar la vista. Advirtió que la joven volvía a hablar.

—Tal vez usted considere incomprensible nuestra decisión, lord Danvers, pero mis hermanas y yo no queremos casarnos.

—¿Por qué no?

Al ver que no le respondía, Marcus aventuró una sospecha.

—Supongo que tiene que ver con el ejemplo que les dieron sus padres.

—Así es —reconoció ella de mala gana. —Uno y otra estaban decididos a hacerse mutuamente desdichada la vida, y se peleaban con cualquier motivo. Tras la amargura de que fuimos testigos mientras crecíamos, ¿es de extrañar que sintamos aversión por los matrimonios concertados?

Marcus experimentó una fuerte simpatía.

—Estoy familiarizado con ese sentimiento. Mis propios padres apenas fueron más agradables.

Ante su dolido tono, Arabella escudriñó su rostro con atención, pero luego desvió la mirada para centrarla en un rayo del sol que entraba a raudales por la ventana más cercana.

—En cualquier caso, no tenemos ninguna necesidad de casarnos. Contamos con suficientes ingresos para mantenernos.

—¿Ingresos?

—Si se hubiera molestado en leer mis cartas, se habría enterado de la existencia de nuestra academia.



—Leí sus cartas.

Ella lo miró de manera intencionada.

—Pero no fue lo bastante cortés como para responder. Simplemente, se limitó a ordenar a sus abogados que negociaran conmigo.

—Me declaro culpable, pero debe decirse a mi favor que me proponía visitarlas la próxima semana.

Al verlo sonreír de forma encantadora, inspiró aire desesperada, pero al cabo de un momento cambió de táctica.

—Vamos, lord Danvers, reconozca que no desea ser responsable de nosotras.

Marcus no pudo decidirse a mentir.

—Muy bien, es cierto. No lo deseo.

—Entonces, ¿por qué no se limita a olvidarse del asunto?

—Dudo que nadie que la haya conocido pueda limitarse a olvidarse de usted, señorita Loring — respondió secamente. Al ver que ella le dirigía una penetrante mirada, suspiró. —Nos guste o no, ahora son ustedes responsabilidad mía, y no faltaré a mi deber de procurar su bienestar. Descubrirá que no soy ningún ogro. Y, por otra parte, soy bastante acaudalado como para proporcionarles una dote.

Esas palabras hicieron que Arabella elevara la barbilla.

—Ya le he dicho que no aceptaremos su caridad. Nuestra academia nos permite una independencia financiera adecuada.

Ese asunto de la escuela había despertado la curiosidad de Marcus.

—¿Entiendo que esa academia es un colegio privado de los que preparan a sus alumnas para entrar en sociedad?

—Algo así. Enseñamos comportamiento, modales y una manera correcta de hablar a jóvenes acaudaladas no nacidas entre la alta sociedad.

—En otras palabras, hijas de la clase trabajadora. Qué peculiar es usted, señorita Loring.

Ella entornó los ojos.

—Se está burlando de mí.

—Tal vez.

En realidad no era así. Le parecía sinceramente admirable que Arabella y sus hermanas hubieran encontrado una ocupación para mantenerse, a diferencia de casi todas las demás damas de su clase, que jamás se dedicarían a hacer nada que considerasen de inferior categoría. Pero no podía evitar desear provocarla, aunque sólo fuera por el placer de volver a ver encenderse aquellos hermosos ojos grises.

—¿Y sus hermanas enseñan también allí? —le preguntó capciosamente.

—Sí, y otras dos damas amigas mías. Nuestra patrocinadora es lady Freemantle. Fue idea suya que abriéramos la academia, hace tres años. ¿La conoce usted? Su difunto marido era baronet, sir Rupert Freemantle.

Marcus asintió.

—La conozco. Pero no estoy seguro de que sea adecuado que mis pupilas estén empleadas en



una escuela, por muy refinada que ésta sea. Comprenderá que, como su tutor, tendré que aprobar eso.

Arabella lo miró con cautela.

—Le aseguro que es una ocupación perfectamente respetable.

—Algunos calificarían sus opiniones de bobadas intelectualoides.

Resultaba perverso por su parte agujoneada de aquel modo, pero el placer de ver su enérgica reacción era demasiado grande como para resistirse.

Sin embargo, ella pareció intuir su propósito.

—No me provocará para que pierda los estribos, milord.

—¿No?

Avanzó un paso hacia ella y la joven se quedó paralizada, mirándolo como fascinada. Pero luego enderezó los hombros y le sostuvo la mirada, directa y desafiante. Marcus sintió el repentino y salvaje apremio de cogerla en brazos y llevársela al lecho más próximo.

Nunca antes había experimentado una reacción tan primaria ante una mujer; en aquel caso además, por completo inapropiada, considerando que ella era su pupila.

Arabella exhaló un prolongado suspiro, esforzándose claramente por mantener la calma.

—No creo que carezca usted de capacidad mental, milord. ¿Por qué le resulta entonces tan difícil aceptar que no deseamos estar bajo su tutela? ¿Que no deseamos su ayuda financiera? Usted no tiene ninguna obligación de mantenernos.

—El testamento no dice eso.

—Entonces, tendré que contratar a mis propios abogados para impugnar ese testamento.

—¿Cómo podrá permitirselo? No dispone de medios para hacerlo.

—Nuestra protectora nos ayudará. Lady Freemantle cree que las mujeres no deben ser obligadas a casarse, y nos ha prometido su apoyo. Desde luego, no es tan rica como usted, pero su padre le dejó una fortuna en empresas manufactureras y mineras.

—Eso sería muy interesante —respondió Marcus amablemente, cruzando los brazos sobre el pecho.

Por fin, su lánguida sonrisa consiguió encender la ira de la joven.

—¡No puede obligarnos a aceptar sus condiciones!

—No, supongo que no. Pero una vez se sepa a cuánto ascienden sus dotes, tendrán pretendientes lanzándose a sus pies y asediando mi casa con propuestas de matrimonio.

Arabella avanzó hacia él con sus enguantadas manos convertidas en puños, y con los ojos destellando peligrosamente.

—¡No conseguiremos venderlas, milord! ¡Es indignante que mujeres crecidas sean tratadas como simples propiedades, como si fueran ganado! ¡No somos yeguas de cría que puedan ser vendidas al mejor postor!

A juzgar por su apasionado discurso, había tocado un punto sensible. Había fuego en sus ojos, un fuego que lo llenaba de admiración y atracción.

—Después de todo, parece que es verdad —murmuró él, fascinado por el modo en que ella lo fulminaba con la mirada.



—¿Qué es verdad?

—Que los ojos puedan realmente echar chispas. En estos momentos, los suyos brillan tanto como fuegos artificiales.

Esa provocativa observación la sacó de quicio. El sonido que se formó en lo más profundo de su garganta era el de una leona herida; un rumor sordo y peligroso.

—Me he esforzado lo máximo posible por ser paciente —comenzó.

Pasó por su lado en dirección a la mesa, cogió su florete y se volvió hacia él, apoyándole directamente la punta contra el pecho.

—Estaba decidida a utilizar la razón para convencerle, y si eso fallaba, confiaba en que prevalecieran sus mejores sentimientos. Pero ¡es evidente que no los tiene!

Marcus, que ya estaba profundamente subyugado, levantó las manos con lentitud, rindiéndose.

—Tengo por norma no discutir nunca con una mujer armada.

—¡Bien! Entonces me prometerá que va a abandonar esa ridícula idea de casarnos.

—Me temo que no puedo hacer semejante promesa bajo coacción, querida.

—¡Puede y la hará!

—No.

Pese a la fascinación que sentía, no estaba dispuesto a dejar que nadie lo amenazara para obligado a hacer lo que quisiera. Pero entonces fijó su mirada en el rostro de ella... en la textura marfileña de su piel, en su boca llena... Y se sintió embargado por el ferviente deseo de besarla; algo sorprendente, puesto que no solía ser un hombre precipitado.

—Adelante, hágalo.

Apretando los dientes y claramente frustrada, Arabella levantó la punta del acero hasta el vulnerable hueco de la garganta de él, y ahí se detuvo.

Era una situación de impasse, una que Marcus no estaba dispuesto a seguir soportando mucho tiempo. Al ver que ella seguía vacilando, cerró los dedos en torno a sus enguantados dedos y lenta e inexorablemente apartó la punta del arma de su garganta.

Aunque había neutralizado el peligro inmediato, le mantuvo sujeta la mano, presionándole la muñeca mientras se acercaba a ella. Enfocó de nuevo la mirada en la tentadora línea de su boca.

Arabella tenía su hermoso rostro levantado y cuando, nerviosa, se humedeció los labios, él luchó contra el fiero deseo de cubrírselos con los suyos.

Pese a la voz de advertencia que resonaba en su cabeza, Marcus se encontró atrayendo a la joven aún más cerca, tirando de ella hacia sí hasta que sus cuerpos se rozaron. La sensación que surgió entre ambos cuando él sintió la dulce presión de sus senos, bastó para encenderlo.

Entonces, los ojos de Arabella llamearon con una emoción distinta mientras los sentidos de Marcus se concentraban ávidamente en el deseo de tocarla.

Ella parecía cálida e intensamente vital. Su femenina suavidad despertaba sus más primarios instintos masculinos.

Se esforzó al máximo para mantener el control.

—La próxima vez que amenace a un hombre, asegúrese de que está dispuesta a llevar su amenaza hasta el final, señorita Loring —le aconsejó, con una voz que de repente sonó ronca.



Con un leve grito de frustración, ella se liberó de su sujeción y retrocedió.

—Tomaré nota la próxima vez, señoría.

Marcus se quedó sorprendido al darse cuenta de cuán urgentemente deseaba que hubiera una próxima vez. Observó cómo Arabella tiraba el florete, que chocó con estrépito contra el suelo.

—Debería alegrarse de que yo sea demasiado dama como para ensartarlo —declaró. Y, con estas palabras, giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta con paso airado. Pero luego se detuvo para dirigirle una sombría mirada sobre el hombro—. Si lo que quiere es guerra, le prometo que la tendrá, lord Danvers.



CAPITULO 02

Finalmente he conocido al conde, y es aún más exasperante de lo que imaginaba.

ARABELLA LORING A FANNY IRWIN

Su mirada era puro desafío, un reto que Marcus no podía resistir. Sin embargo, cuando se adelantó un paso, la señorita Loring salió con rapidez de la habitación. La siguió por el pasillo mirándola con fijeza, divertido.

Ella pasó junto a sus dos amigos, que aguardaban en el pasillo y siguió hasta el vestíbulo, donde el mayordomo le abrió apresuradamente la puerta.

Cuando hubo salido, Marcus contuvo el apremio que sentía de perseguirla. Sin embargo, el tentador encuentro lo había dejado ávido de más de ella.

—Cierra la boca, amigo —dijo Heath claramente burlón. Marcus lo hizo al instante, aunque no pudo negar lo cierto de la observación. Arabella Loring había despertado sus más primarios instintos masculinos.

Negó con la cabeza, desconcertado, se dirigió al salón y procedió a servirse un generoso trago. Luego se dejó caer pensativo en un sofá de cuero, considerando su intensa reacción ante la mayor de las Loring.

Sus amigos siguieron su ejemplo y se sentaron en dos butacas próximas. Heath fue el primero en hablar.

—No nos habías dicho que la señorita Loring fuera tan imponente, Marcus.

—Porque no lo sabía.

Sus abogados le habían advertido de que era una belleza, pero no le habían prevenido respecto a su fuerza y su fuego interior, porque, en tal caso, tal vez hubiese estado mejor preparado para enfrentarse a ella.

—Desde luego está claro que te ha vencido —comentó Drew con una risita sardónica. —Por lo que he oído, ha amenazado con castrarte. Tenías razón, tienes en ella una virago.

—No —lo contradijo Heath—. Es más bien una amazona, o una valquiria.

Su tono era bastante admirativo.

—Yo prefiero un poco más de calma en una mujer —replicó Drew:

—Pues yo no —lo contradijo Heath—. Ha sido una lástima que nos hicieras salir de la sala, Marcus. Me hubiera gustado ser testigo de los fuegos de artificio.

Marcus pensó divertido que fuegos de artificio era exactamente lo que él había sentido con Arabella.

—Aún pareces confundido —añadió Drew ahora en serio. Él asintió, dándole la razón. Nunca antes había experimentado esa instintiva y poderosa fuerza de atracción. Sólo con estar cerca de Arabella, se había encendido en él el deseo.



Lo que era una notable novedad. A lo largo de su vida había conocido a gran cantidad de mujeres hermosas. ¡Demonios!, había disfrutado de un considerable número de bellezas. Así pues, ¿qué es lo que había a aquella tan diferente? ¿El hecho de que no lo hubiera adulado? ¿Que no estuviera ansiosa por complacerlo y gratificarlo, como todas las demás mujeres?

—Tal vez sea sólo que me he quedado atónito porque no esperaba que fuera así en absoluto — racionalizó.

—No cabe duda de que es desafiante —comentó Heath de modo innecesario.

Al recordar su declaración de guerra, Marcus pensó que realmente lo sería. Elementalmente desafiante. Irresistiblemente enigmática. La imagen de sus relampagueantes ojos grises y sus cabellos rojizo-dorados le resultaría difícil de olvidar.

Tomó un largo sorbo de su vaso. Tal vez no fuera tan extraño que una mujer como Arabella hubiese despertado su interés. Desde hacía meses, todas sus conquistas habían sido mortalmente aburridas. Y había acabado harto de las mujeres que lo perseguían, lo mismo las damas que las casquivanas.

—Así pues, ¿cómo te propones manejar a la fiera señorita Arabella? —preguntó Drew.

—La verdad, aún no estoy seguro. Supongo que adelantaré al lunes mi visita a la mansión Danvers.

—Diría que has subestimado tus dificultades para casarla con algún incauto.

Marcus se rió interiormente. —Sin duda.

La tarea de conseguirle una pareja adecuada sería más difícil de lo que había imaginado. Y quienquiera que intentara cortejarla lo tendría muy difícil.

—Quizá sea imposible encontrarle marido.

—Yo no estoy tan seguro —discrepó Heath—. Imagino que gran número de hombres encontrarían atractivo su temperamento. Si hace gala de la misma pasión en el lecho, sería una magnífica amante para cualquier hombre.

Marcus lo miró con el ceño fruncido.

—Cuidado con lo que dices, amigo. Estás hablando de mi pupila. Heath esbozó una sonrisa arrepentida.

—Cierto, y tú no puedes seducir a tu propia pupila. Es una lástima que sea de buena familia. No sería honorable. El fruto prohibido y todo eso.

Marcus reconoció pesaroso que, efectivamente, para él así era.

Su responsabilidad respecto a las hermanas Loring era puramente legal, y todas tenían una edad en la que no requerían de un guardián que vigilara todas sus acciones; no obstante seguía siendo responsable de su bienestar.

Aun así, no podía negar que tomar a Arabella como su amante le parecía algo enormemente atractivo. Por el momento, Marcus estaba sin ninguna, puesto que nadie parecía satisfacerlo. Calmar sus necesidades carnales en un cuerpo exuberante y perfumado había tenido para él poco atractivo en los últimos tiempos... hasta ahora.

La imagen de una dispuesta Arabella en su lecho encendía una oleada de deseo entre sus ingles. Pensar en tener todo aquel fuego debajo de él, rodeándolo, lo hizo removearse incómodo en su asiento.



Heath dijo en tono provocativo:

—Como he dicho antes, siempre puedes proponerle matrimonio tú mismo. Sería divertido verte tratando de conquistarla.

Drew frunció la boca en una sonrisa burlona.

—Sí, podría resultarte novedoso tener que perseguir a una mujer, para variar.

Marcus dirigió a sus amigos una mirada molesta.

—Andaos con ojo, mis excelentes compañeros. Si seguís burlándoos de mí, encontraré el modo de hacer que os caséis con mis pupilas.

—Comprendo perfectamente que las hermanas Loring se opongán a tu tutela —replicó Drew sin arredrarse—. A las mujeres les gusta pensar que son ellas quienes controlan, y que hacen bailar a los hombres a su voluntad. No quieren sentirse tratadas como una desagradable obligación, según tú parece considerar tu deber para con tus pupilas.

—Yo no encontraría ese deber en absoluto desagradable —reflexionó Heath—. Más bien podría disfrutar disputando con mujeres semejantes a la señorita Arabella. ¿Qué te parece Marcus? Llevas ya algún tiempo quejándote de que te aburres. Una batalla con ella seguramente añadiría emoción a tu vida. —Hizo una pausa, observando a su amigo por encima de su vaso. —Y, a juzgar por ese destello en tus ojos, también tú lo crees así.

Él asintió. Combatir con Arabella Loring sería, indiscutiblemente, una solución para su tedio.

—Sin duda que resultará interesante. Lo descubriré cuando vaya a la mansión Danvers la próxima semana, para resolver la cuestión de sus matrimonios.

Aún no sabía cómo se enfrentaría a la joven, pero aguardaba expectante su próxima confrontación.

«El problema de desafiar a un león en su madriguera es que uno se arriesga a ser devorado», pensó Arabella mientras subía al lujoso calesín de viaje de su patrocinadora. Tal vez se había librado de convertirse en un sabroso manjar para Marcus Pierce, el nuevo conde de Danvers, pero su orgullo ciertamente había sufrido.

Mientras el cochero guiaba a los caballos de regreso a Chiswick, ella se dejó caer contra los cojines de terciopelo y aguardó a que sus sentidos se serenasen. Lord Danvers la había confundido tanto por un momento que hasta había llegado a olvidar el propósito de su visita.

Aquella mañana había viajado a Londres decidida a utilizar la lógica y su encanto para hacerlo entrar en razón y convencerlo de que renunciara a la tutoría. Pero él la había pillado con la guardia baja.

Era deplorable cómo se le había acelerado el pulso nada más verlo. Era alto y de complexión atlética, con una espesa cabellera negra, ojos azul oscuro y los rasgos perfectos y bien cincelados de un dios griego. Pero ninguna estatua de mármol había provocado nunca en ella el deseo de tocada, ni tan descaradas imágenes en su mente como las que él había conjurado.

Arabella hizo una mueca al recordar cómo su camisa abierta dejaba al descubierto parte de su musculoso pecho y su vello negro y rizado. El atuendo informal del conde, combinado con el brillo divertido de sus astutos ojos azules, la había desconcertado por completo. Y luego había permitido



que la provocase hasta hacerle perder los estribos.

No podía imaginar qué la había impulsado a amenazarlo como lo había hecho, cuando su intención en todo momento había sido convencerlo con amabilidad.

Era evidente que desafiarlo había sido un error, pues un hombre como aquél probablemente disfrutaba con los desafíos.

Para su sorpresa, lord Danvers le había hecho frente dejándola sin aliento con su evidente intención de besarla. Y lo que era peor, ¡ella había deseado que lo hiciera! Al final, Arabella había tenido que llevar a cabo una ignominiosa pero sensata retirada sin alcanzar su objetivo; no confiaba en sí misma como para quedarse más tiempo.

El encuentro la había dejado inquieta y enormemente molesta consigo misma, no sólo por su fracaso, sino por su absurda atracción hacia él.

«Necia estúpida —murmuró Arabella para sí. —No sólo le has permitido conseguir ventaja, sino que te has comportado como cualquier insensata fémina atraída por un hermoso noble.»

Su señorial superioridad era exactamente lo que ella había esperado. Era un diablo provocador, arrogante y despótico, que creía saber qué era lo mejor para ellas. Sin embargo, no podía negar que la había impresionado enormemente. Arabella había sentido el fuego que fluía entre ellos durante aquellos breves momentos en que habían mantenido un enfrentamiento de voluntades.

Con un suspiro de disgusto, volvió la cabeza para mirar por la ventanilla del carruaje el paisaje rural que discurría ante sus ojos.

Debería haber ido mejor preparada para ese encuentro. Su buena amiga Fanny Irwin —a la que conocía desde que eran pequeñas y que en la actualidad era la más famosa cortesana de Londres — la había advertido acerca de Marcus Pierce. Le había hablado de su atractivo aspecto, sus modales atrevidos y su aguda inteligencia. Como uno de los mejores partidos del país, había hechizado a la mitad de la población femenina de Inglaterra... Y se había acostado con buen número de sus miembros.

A la mayoría de las mujeres les parecía atractiva esa clase de encanto libertino, pero la mayoría de las mujeres no habían tenido que soportar a un padre libertino durante toda su vida, como en cambio sí había hecho Arabella.

Su nuevo tutor era demasiado endemoniadamente guapo para su propio bien. Ese pensamiento la hizo apretar los dientes con autorreproche. Su madre lo había sacrificado todo por un rostro hermoso, incluidas sus propias hijas. El doloroso pesar por ese abandono aún cortaba como un cuchillo, incluso después de cuatro años.

Cuando Victoria Loring se fugó con su amante, sus hijas tuvieron que enfrentarse a la consiguiente humillación y desgracia. Luego, para empeorar las cosas, su padre, sir Charles Loring, perdió en el juego el resto de su fortuna, dos semanas después, resultó muerto en un duelo por una de sus amantes.

Más allá de la devastación emocional que suponía perder a ambos padres y el hogar de la familia casi a la vez, las hermanas Loring habían pagado un alto precio por el escándalo de muchos otros modos. Arabella había perdido a su prometido por esa causa. Su prometido desde hacía tres meses, un vizconde —un hombre al que amaba sinceramente— había roto su compromiso; el joven no había sido lo bastante valiente como para desafiar la censura y los malévolos comentarios de la alta sociedad. Sus declaraciones de amor habían resultado ser tan evanescentes como jirones



de nubes, dejando a Arabella como si se le hubiese roto el corazón, tal como decían los poetas.

Para Roslyn, la verdadera belleza de la familia, había desaparecido toda clase de futuro respetable. Su Temporada londinense concluyó de manera tan brusca como sus posibilidades de recibir proposiciones de matrimonio convenientes. Aún más humillante, les habían sido hechas infames propuestas por parte de tres libertinos distintos que nunca se habrían atrevido a ello si su tío hubiera sido mejor tutor.

Tampoco Lilian había tenido ninguna oportunidad de conocer a algún pretendiente respetable, aunque ella fingía que no le importaba. Para combatir sus sentimientos de angustia y pesar, la menor de las hermanas Loring se había convertido en una salvaje que se rebelaba contra las convenciones de la alta sociedad y los altaneros árbitros de la misma que las habían repudiado a ella y a sus hermanas.

Lily se había convertido en un verdadero problema, por mucho que a Arabella le pesara reconocerlo. No podía dejar de sentirse culpable de su fracaso a la hora de proteger a sus hermanas, puesto que era la mayor.

Ella sólo tenía diecinueve años cuando su madre las abandonó, pero aun así se consideraba responsable. En especial, dado que su tío era un ser mezquino que se preocupaba muy poco del bienestar de las jóvenes.

Lionel Doddridge, el séptimo lord Danvers, las había acogido a regañadientes cuando hubo que vender el hogar familiar de las tres hermanas en Hampshire para pagar las deudas de su difunto padre, y siempre las había tratado como una carga y únicamente objeto de caridad.

—Os mantendréis alejadas de mí —les advirtió en el momento en que llegaron a su casa. —Y procuraréis conservar la respetabilidad si sabéis lo que os conviene. Vuestra madre se convirtió en símbolo de escándalo, y no quiero que me avergoncéis como ella lo hizo.

—No tienes que preocuparte, tío Lionel —le había respondido Arabella con energía, hablando en nombre de todas. —No tenemos ninguna intención de comportarnos como nuestra madre.

—¡No me llaméis tío! Yo no tengo ninguna relación de sangre con vosotras. Victoria era sólo mi hermanastra, fruto del deplorable segundo matrimonio de mi padre; y Loring no tenía ningún derecho a hacerme cargar con vosotras tres en su testamento, en especial puesto que no me dejó nada con que hacer frente a vuestra manutención. Pero no me queda más remedio que asumir esa responsabilidad, dado que ningún caballero respetable os querrá ahora como esposas.

Sus palabras provocaron una ardiente furia en Arabella, junto con el fiero deseo de conseguir independizarse de aquel hombre. Pero carecían de dinero, por lo que, finalmente, habían resuelto ganarse la vida utilizando su buena educación y su crianza de damas de categoría.

Con el indispensable apoyo de una acaudalada patrocinadora, y con la ayuda de sus hermanas y de dos amigas de su misma clase social, Arabella había puesto en marcha una academia para enseñar a las hijas no refinadas de ricos comerciantes cómo convertirse en damas, para así poder competir en el rutilante mundo de la alta sociedad.

Por fin, tras más de tres años de duro esfuerzo, la escuela se había convertido en una empresa de enorme éxito, permitiéndolas completa independencia financiera. Luego, para su consternación, su tío falleció, y se vieron enfrentadas al nombramiento de un nuevo tutor que inmediatamente había declarado su intención de encontrarles maridos.

Era en extremo frustrante, para no decir que también preocupante. El nuevo lord Danvers



posiblemente poseía autoridad legal para obligarlas a dejar la enseñanza si él así lo decidía. Y, por otra parte, cualquier marido que les encontrase, a buen seguro que desaprobaba su insólito comportamiento.

Por añadidura, Arabella se estremecía ante el simple pensamiento de someterse a otro cortejo. No tenía la más mínima intención de arriesgarse a sufrir de nuevo la congoja que había tenido que soportar hacía cuatro años.

Sus hermanas tenían así mismo sus propias ideas para sus futuros, y en ellas no estaba incluido renunciar a la independencia que se habían ganado con tanto esfuerzo, para contraer matrimonio con esposos no deseados. Roslyn estaba decidida a casarse sólo por amor, mientras que Lillian había renegado del matrimonio y de los hombres por completo.

—Gracias a Dios por Winifred —murmuró Arabella de todo corazón.

Su patrocinadora, Winifred, lady Freemantle, había sido una chica trabajadora antes de casarse y entrar a formar parte de la alta sociedad. La ahora viuda de mediana edad había sido un sólido apoyo, no solo para la academia, sino para las vidas personales de las hermanas. Era ella quien le había ofrecido a Arabella su calesín y caballos para el viaje a Londres, para que así no tuviera que viajar en el ya muy desvencijado carruaje de su difunto tío.

La joven llegó a Chiswick a primera hora de la tarde. Al igual que Richmond, más allá al oeste, el pequeño pueblo se había convertido en un moderno lugar de residencia durante el siglo anterior, a causa de su gran proximidad con Londres.

El calesín pasó junto a numerosas mansiones y villas construidas a la orilla del río antes de girar y tomar el paseo de gravilla de la mansión Danvers.

La hermosa casa solariega, de ladrillo rojo suave, se encontraba junto a las arboladas riberas del río Támesis. El paisaje era exuberante y verde, pero el descuidado césped y los crecidos arbustos lo convertían casi en una jungla. El mobiliario y el equipamiento de la casa también estaban gastados y en muy mal estado, mientras que las obras de arte y la plata hacía mucho que se habían vendido para pagar facturas de la propiedad.

Asimismo, casi todos los sirvientes se habían marchado. Los que quedaban eran un mayordomo, un ama de llaves y una pareja anciana que llevaban viviendo allí más de treinta años. A diferencia de su tío, todos ellos habían acogido afectuosamente a las hermanas Loring cuando éstas llegaron a la casa.

Las hermanas de Arabella salieron a recibirla en cuanto el coche se detuvo ante la entrada principal.

Roslyn era alta y esbelta, de cabello dorado pálido, ojos azul cielo y una exquisita belleza que le otorgaba el delicado aspecto del cristal; una impresión completamente falsa. Era además la más inteligente y estudiosa de todas ellas, así como la más encantadora. Roslyn hubiera sido mucho más feliz de haber nacido varón, pues así habría podido seguir una carrera científica. En lugar de ello, su agudo intelecto se desperdiciaba enseñando etiqueta y modales a damiselas novatas.

Etiqueta y modales no eran en cambio el fuerte de Lillian. La Loring más joven era un diablillo vivaracho, que se sentía mucho más a gusto entrenando a las alumnas de la academia en actividades deportivas y habilidades físicas, como cabalgar, conducir y tirar con arco. Curiosamente, Lily poseía una llamativa y vívida coloración. Sus brillantes ojos negros y sus exuberantes rizos castaño oscuro la convertían en excepcional en su familia de mujeres de aspecto



feérico y cabellos rubios, mientras que su carácter apasionado a menudo la metía en problemas.

Normalmente, su mirada era cálida y risueña, pero en aquel momento se la veía preocupada.

—Bueno, ¿Qué ha dicho, Belle? —le preguntó a su hermana mayor en cuanto ésta se apeó del calesín, sin tener en cuenta que el cochero y el mozo podían oír su conversación.

—Te lo diré luego, en privado —respondió ella, aunque comprendía la impaciencia de Lilian.

Cuando la vio torcer el gesto, Arabella fijó sus ojos en los sonrientes de su hermana mediana.

—Te puedes imaginar lo difícil que ha sido pasar el día aguardándote, a la espera de saber el resultado de tu entrevista con lord Danvers —dijo Roslyn en voz baja.

—Nunca imaginaréis lo que realmente ha pasado —murmuró Arabella en tono casi inaudible.

—Deberías haber permitido que te acompañásemos —Comentó Lily mientras se dirigían hacia la escalera y cruzaban la puerta principal. —Podíamos haberte defendido del enojoso conde. —Sí, tal vez debería haberlo hecho —convino Arabella con una carcajada antes de entregar sus guantes, capa y sombrero a Simpkin, su venerable mayordomo.

Sus hermanas consiguieron contener su impaciencia hasta que se dirigieron a un pequeño salón al fondo de la primera planta, la única habitación que tenía fuego encendido en el hogar para combatir la humedad primaveral; las muchachas seguían observando los frugales hábitos de su difunto tío.

—Lamento decirlo que esta mañana he fracasado estrepitosamente —confesó sin rodeos, sin revelar sin embargo que había tratado de salirse con la suya a punta de espada. —He manejado muy mal a lord Danvers, pero aun así, él estaba en una actitud totalmente cerrada.

—¿No se echará pues atrás en su propósito de facilitarnos dotes? —preguntó Roslyn consternada.

Arabella esbozó una sombría sonrisa.

—No, al contrario. Se ha jactado de que pronto tendremos a multitud de pretendientes revoloteando a nuestro alrededor.

Roslyn frunció los labios con señorial enojo mientras Lilian apretaba la mandíbula.

—En ese caso, ¿qué debemos hacer para frustrar sus planes? —preguntó.

La intención del conde de encontrarles esposos había alarmado a Lilian más que a nadie. Ésta no solo era completamente feliz con la insólita libertad de que disfrutaba en su vida presente, sino que le gustaba mucho trabajar en la academia. Y ahora lord Danvers amenazaba con echarlo todo a rodar intentando casarlas.

Las tres habían pensado ya en posibles alternativas para el caso de que Arabella no consiguiera hacerlo cambiar de idea. Al final, sólo se les había ocurrido un modo de frustrar las intenciones del hombre, y se trataba meramente de una solución temporal.

—Creo que vosotras dos deberíais desaparecer de Danvers —dijo Arabella con lentitud. —Si no os puede encontrar, no puede coaccionaros para que aceptéis a cualquier pretendiente que quiera endosaros.

Lily no parecía satisfecha.

—Yo sigo creyendo que deberíamos quedarnos y resistir. Tiene que entender que no va a poder coaccionarnos para que nos casemos bajo ninguna circunstancia.



—A mí no me gusta dejar que te enfrentes a él tú sola, Arabella —añadió Roslyn.

—Me irá perfectamente —respondió ella tratando de parecer segura de sí misma. —Y me sentiría más tranquila si estuvierais fuera de su alcance.

Roslyn asintió por fin de mala gana.

—¿Cuánto tiempo deberíamos permanecer escondidas?

—Hasta que lord Danvers entre en razón.

—No deberías librar nuestras batallas tú sola, Belle —insistió Lily.

Su hermana mayor le sonrió.

—Lo sé, pero creo que en este caso es lo mejor. Podéis ir a vivir a casa de Tess unos días. Al conde no se le ocurrirá buscarlas ahí.

Tess Blanchard era su amiga más querida, y maestra en la Academia Freemantle para Damas Jóvenes, que llevaba el nombre de su benefactora.

—Winifred sin duda nos acogería —sugirió Roslyn.

—Sí, pero es probable que lord Danvers os buscara allí, puesto que le he hablado de su patrocinio.

Al ver que la pequeña aún parecía preocupada, Arabella la miró suplicante.

—Lily, prométeme que seguirás mi plan por el momento.

—¡Oh, de acuerdo! —Y le echó los brazos al cuello en un breve abrazo—. Pero no me gusta lo más mínimo. Preferiría quedarme aquí contigo y desafiar al enojoso conde.

Ella ignoró el comentario, porque había aprendido que una táctica agresiva no era lo más aconsejable para hacer frente a lord Danvers.

—Creo que esta noche ya deberíais ir con Tess. Es posible que el conde se presente aquí de un momento a otro, y no deseo que estéis cuando llegue.

—¿Cómo te enfrentarás a él? —preguntó Roslyn.

—Aún no estoy segura —murmuró Arabella. Como su tutor, tenía derecho a organizar el casamiento de las tres, no obstante, tenía que encontrar algún modo de hacerle abandonar su plan. —Se cree que puede darnos órdenes, así que tendré que demostrarle su error.

Sin embargo, todos sus buenos propósitos sufrieron un duro revés cuatro días más tarde, cuando distinguió a lord Danvers cabalgando hacia ella por una pradera herbosa.

—¡Maldito sea! —murmuró Arabella entre dientes, tirando bruscamente de las riendas de su propia montura.

Debía haber sabido que su señoría no se limitaría a quedarse en la casa, aguardándola. Ella se había marchado de allí deliberadamente a la hora señalada para la entrevista que el conde había solicitado, decidida a hacerle lo más incómoda posible su tutoría. En ningún momento había esperado que saliera a buscarla; era evidente que había subestimado su persistencia.

Con las enguantadas manos aferradas a las riendas, Arabella vaciló por un mínimo instante. No era propio de ella volver grupas y salir huyendo, sin embargo, no confiaba en sí misma lo suficiente como para quedarse a solas con lord Danvers. Una cosa era encontrarse con él con los sirvientes a



corta distancia; otra totalmente distinta era enfrentársele en una pradera solitaria. No tenía ningún deseo de habérselas con el conde; no sabía si él se sentiría inclinado a la venganza por amenazarlo a punta de espada durante su primer encuentro, o por haber desafiado sus órdenes expresas aquella tarde.

La lamentable verdad era que el hermoso diablo la desconcertaba con su ágil cuerpo y sus anchos hombros, con sus penetrantes ojos azules y su sonrisa insinuante. En aquel preciso instante, no se sentía segura de poder defenderse contra él.

O quizá era tan sólo que se había vuelto cobarde.

Sin demorarse más en analizar las deficiencias de su carácter, la joven hizo girar su caballo y lo impulsó al galope hacia un hayedo que había a cierta distancia. Sin embargo, cualquier esperanza que pudiera tener de que el hombre no la hubiese visto se desvaneció al instante cuando se aventuró a mirar por encima del hombro. La estaba persiguiendo.

Con el corazón acelerado, se inclinó sobre su silla de montar y apremió a su montura. Cuando llegó al hayedo y se sumergió en su fría sombra, se vio obligada a reducir la velocidad para esquivar las ramas bajas, que se le enganchaban en el sombrero.

Era evidente que al conde no le sucedía lo mismo. El sonido de los cascos de su caballo, cada vez más cerca, le hicieron comprender que aún seguía persiguiéndola. Cuando Arabella salió de nuevo a una pradera iluminada por el sol, redobló sus esfuerzos, pero sabía que él estaba ganando terreno rápidamente.

El pulso le martilleaba en las sienes al compás del repiqueteo de su frenético galope cuando lo vio situarse a su altura. Por un instante, corrieron el uno junto al otro mientras su corazón latía con inesperado alborozo.

Luego, de repente, el conde alargó el brazo para rodearla con firmeza por la cintura y arrancarla de su silla como si no pesara más que un milano.

El grito de alarma de Arabella se convirtió en otro de indignación cuando se vio sentada de lado sobre la montura de lord Danvers, delante de él y envuelta en su poderoso abrazo. Mientras se aferraba desesperada para mantener el equilibrio, su jadeante exigencia, «¡Déjeme ir, diablo!», quedó sofocada y sin efecto contra su hombro, y no recibió ninguna respuesta. En lugar de soltarla, el conde se limitó a sujetarla con más fuerza.

Cuando por fin detuvo su caballo, Arabella jadeaba de furia, y levantó la cabeza para mirarlo rabiosa.

Al instante, comprendió que había cometido un error, porque, al hacerlo, su boca quedó a pocos centímetros de la de él. Una deliciosa sacudida la recorrió entera. Había estado fantaseando con aquellos firmes y sensuales labios...

Luego, sus ojos se encontraron, y ambos parecieron contener la respiración.

El repentino silencio sonaba ensordecedor. Arabella sentía como si el corazón se le fuese a salir del pecho, no obstante, esa vez no podía atribuirlo al ejercicio físico. Más bien era debido a su postura, estrechada contra el musculoso cuerpo del hombre, con sus palpitantes senos pegados a su ancho pecho.

Lord Danvers permanecía sentado impasible, mirándola especulativo, mientras ella le devolvía la mirada. Cuando él deslizó la vista por su garganta desnuda y luego más abajo, a sus senos, que destacaban prominentes, Arabella lamentó no haberse puesto algo que la protegiera más que



aquel vestido de muselina de escote bajo, en consonancia con el calor de la tarde de primavera. Era plenamente consciente de que sus pezones se habían endurecido ante el contacto masculino, y el conde también parecía haber notado la atrevida respuesta de su cuerpo, porque sus azules ojos destellaron con un brillo sensual.

Su voz sonó como un ronco y sarcástico murmullo cuando observó:

—Había previsto cierto número de recibimientos por parte de usted, señorita Loring, pero confieso que éste no era uno de ellos.

Ella se puso rígida ante su tono entre insinuante y burlón.

—Tampoco yo, milord. ¿Qué se propone maltratándome de este modo?

El brillo de sus ojos se hizo más intenso.

—La acabo de rescatar, es evidente.

—¡No necesitaba que me rescataran!

—¿Ah, no? He supuesto que su caballo se había desbocado, porque usted nunca hubiera sido tan grosera como para ignorar de manera intencionada su cita conmigo. He llegado a la casa hace una hora, y me he encontrado con que ni usted ni sus hermanas aparecían por ningún lado.

Ella no tenía una respuesta para aquello, puesto que su ausencia había sido completamente intencionada.

—Debe de haber olvidado la hora —la siguió agujijoneando el conde—, porque estoy seguro de que no se proponía causarme la molestia de tener que salir a buscarla.

Arabella se sonrojó.

—Tenía previamente ocupada la hora que usted impuso.

—¿Impuse? —Enarcó una ceja. —No fue ni mucho menos una imposición.

—Pues lo parecía mucho, puesto que no me dio ninguna voz en el asunto.

Él volvió a dirigir la mirada a sus labios.

—Al parecer, su huida ha tenido consecuencias que usted no había previsto.

Ante la perpleja mirada de la joven, lord Danvers se removió ligeramente debajo de ella.

—Tal vez usted no supiera que el ejercicio físico excita la sangre de los hombres. Y eso, combinado con la emoción de la persecución...

Dejó la frase en suspenso hasta que Arabella sintió la dura erección contra su muslo, y comprendió el significado de sus palabras.

En ese momento recobró la sensatez y apretó las manos contra el pecho del conde, decidida a liberarse. Sin embargo, era ya demasiado tarde. De pronto, él inclinó la cabeza para cubrir su boca con un beso.

Un beso lento, irresistible y hechicero.

Lo inesperado de su asalto la dejó aturdida. Se sentía mareada y apenas podía respirar. Ante aquel calor abrasador, el pánico se fundió con una insidiosa excitación contra la que no pudo luchar. En vez de ello, su cuerpo se rindió instintivamente mientras los labios de él se movían sobre los suyos con exquisita presión. Cuando su lengua profundizó explorando su boca, Arabella profirió un gemido de impotencia.

Marcus sintió el mismo calor apoderándose de él, la misma oleada de deseo que había



experimentado en su primer encuentro... sólo que en esta ocasión aún más poderosa. La sensación lo sacudió. Y también a ella, de eso no tenía ninguna duda, sintiendo como sentía despertarse su excitación.

Estrechó su abrazo e hizo más profundo el beso, reclamando y cortejando, deseando mucho más. Su erección latía, su pulso palpitaba.

Cuando por fin se interrumpió para mirarla, una tangible emoción vibraba entre ellos llenando el aire. Sintió a la joven temblar con intensidad entre sus brazos mientras le devolvía la mirada.

—Suélteme —le pidió al fin con un ronco susurro.

—Arabella... —murmuró él sin desear obedecerla.

Con la espalda de repente rígida, lo miró furiosa, sus ojos destellando con renovado fuego. Al ver que no la soltaba, echó un puño hacia atrás y lo golpeó en la mandíbula con todas sus fuerzas.

El inesperado ataque impulsó la cabeza de Marcus hacia atrás y le produjo un vibrante dolor en toda la mandíbula que lo hizo proferir un ronco juramento. La reacción de su cuerpo fue aún más primaria que antes: sintió el salvaje apremio de volver a besarla, de conquistarla y demostrarle su dominio.

Sin embargo, la chica aprovechó su momentánea vacilación para liberarse de su abrazo. Cuando intentó bajar del caballo, en esa ocasión él se obligó a dejarla ir, asiéndola del brazo solamente para ayudada a descender hasta el suelo.

Aterrizó en él torpemente pero se volvió en seguida para enfrentársele, como si no deseara darle más ventaja. El conde permaneció en la silla, mirándola con incredulidad.

Una vez más, la señorita Loring lo había cogido totalmente por sorpresa; no obstante, era su propia e inesperada respuesta la que más lo había inquietado. Había tratado de convencerse de que la fiera atracción que sentía por Arabella era una aberración. Durante los últimos cuatro días había intentado apartada de su mente. Para su desesperación, no había sido capaz de olvidarla ni un momento.

En lugar de ello, no podía pensar más que en volver a verla, y comprobar si seguía tan llena de vida y fuego como recordaba.

Ahora ya tenía su respuesta. Allí estaba, desafiante, con las mejillas sonrojadas, los labios húmedos y suavemente magullados por la pasión, y con los puños apretados, como dispuesta para una batalla.

Era hasta el último centímetro la hermosa furia que había invadido sus sueños las últimas cuatro noches.

Marcus no se había propuesto tomarla entre sus brazos ni había tenido intenciones de besarla. Pero había sido seducido por su fuego tentador, y esa abrasadora indulgencia lo había dejado ardiendo y dolorosamente endurecido. Su cuerpo se estremecía con el primitivo apremio de tenderla en la suave hierba de primavera y tomarla allí mismo, en la pradera, de hundir su palpitante miembro en su apetecible carne y vencerla a través del placer.

Para empeorar aún más las cosas, su choque físico todavía había intensificado más el pulso mental que mantenían entre ellos. Mientras permanecía sentado mirándola, lo asaltaron dos pensamientos al mismo tiempo: deseaba a Arabella Loring más de lo que había deseado a mujer alguna en su vida. Y no podía tenerla.



No era tan libertino como para seducir a su propia pupila, una joven dama que se hallaba bajo su protección. El único modo honorable de tenerla en su lecho sería mediante el matrimonio...

Esa reflexión lo hizo aspirar aire con fuerza. Matrimonio.

No, se rebeló automáticamente su mente consciente. Por el momento no tenía intenciones de casarse; desde luego, no solo para engendrar un obligado heredero.

«Pero si la deseas —argumentó una insistente voz interior—, tendrás que llevar vuestra relación a un régimen de mayor igualdad que el de tutor y pupila.»

Agitó la cabeza sin apenas dar crédito a lo que estaba considerando. Se daba perfecta cuenta de que su deseo estaba predominando sobre su sentido común.

¿O no era así?

Si consideraba la situación con lógica, casarse con Arabella no era algo tan irracional. Deseaba procurarle bienestar encontrándole un marido adecuado, y él era mejor candidato que la mayoría. Y, por otra parte, ella estaba capacitada, por cuna y crianza, para ser su condesa, pese al escándalo protagonizado por su familia.

Cansándose con ella, podía cumplir con su deber de proporcionarle un heredero a su ilustre linaje, a la vez que podría satisfacer de manera honorable su ardiente deseo de tenerla en su lecho.

Sin embargo, el argumento más importante era cómo se sentía respecto al hecho de encadenarse a ella en una unión para toda la vida.

¿Y cuál era la respuesta? La innegable verdad era que Arabella Loring era la única mujer que había conocido con la que podría realmente disfrutar teniéndola como esposa. Y dudaba enormemente que pudiera encontrar alguna que se adecuara mejor a sus necesidades.

Marcus inspiró hondo mientras llegaba a una decisión. Tal vez se hubiese vuelto loco, pero tenía intenciones de proponerle matrimonio a su pupila.

Contemplándola todavía atónito, le dedicó una aviesa sonrisa al tiempo que se frotaba con mucho tiento la mandíbula.

—Gentleman Jackson admiraría su gancho de derecha, señorita Loring —observó, refiriéndose al más importante campeón de boxeo de Inglaterra.

Ella frunció la boca, irritada.

—¿Y cómo esperaba que reaccionase tras abordarme de ese modo? Simplemente me he limitado a defenderme.

Marcus asintió comprensivo ante su réplica.

—Desde luego, lo ha hecho de manera admirable. Y sin duda me merecía algo peor por haberme dejado llevar de ese modo. Le ruego sinceramente que me perdone.

Al ver que no respondía a su disculpa, desmontó con lentitud sin apartar los ojos de la joven.

Arabella buscó en torno a su montura, y pareció consternada al ver a su caballo pastando a media pradera de distancia. Retrocedió un paso, indicando claramente su deseo de permanecer apartada de él.

Eso hizo que Marcus se detuviera. No quería asustarla... aunque no creía ni por un momento que ella se asustase fácilmente.



—No estoy acostumbrado a que las mujeres huyan de mí —comentó lacónico.

—Estoy segura de que así es —replicó la señorita Loring con tono seco.

—Sin embargo, usted y sus hermanas parecen tener la costumbre de hacerlo. He sido informado de que Roslyn y Lilian hace ya varios días que están ausentes; desde que usted recibió mi misiva expresando mi intención de visitarlas hoy.

Arabella se puso tensa e irguió la barbilla.

—¡Lo sabía! ¡Sus sirvientes nos han estado espiando!

Marcus no dijo nada, pues era verdad. Durante los últimos días, había mandado a sus propios empleados a la mansión Danvers para ayudar a los dos ancianos criados, claramente insuficientes pese a su buena voluntad para mantener la vasta propiedad. Los sirvientes que Marcus había enviado le eran leales, gente dispuesta a informarlo regularmente sobre sus pupilas.

Le habían dicho que Arabella se había mantenido alejada de ellos lo máximo posible, mientras que a sus hermanas no se las veía por ningún lado.

—Deseaba comenzar poniendo en orden la mansión —respondió él al fin. —Pero le ruego que no cambie de tema, señorita Loring. No tengo ninguna duda de que usted dispuso que sus hermanas desaparecieran, en un intento de desbaratar mis planes.

Arabella esbozó una inocente sonrisa.

—Desarrollaron un curioso caso de erupciones en la piel.

—¿La tienen todavía ahora? —preguntó él.

—Sí. Evidentemente debe de tratarse de una reacción a su anunciada visita. Me preocupó que pudiera ser contagioso, por lo que las mandé lejos con el fin de proteger la salud de usted.

Marcus se echó a reír.

—Vamos, Arabella. ¿No podríamos acordar una tregua por un tiempo? No deseo que nos peleemos.

La resuelta expresión de la joven se suavizó en parte.

—Tampoco yo deseo librar una guerra, milord, pero usted se niega a comprender que no deseamos vernos obligadas a contraer matrimonio por un tutor.

—Le prometo que a usted no quiero casarla con nadie, le propongo que lo haga conmigo.

Por el silbido de su respiración pudo comprender que ella se había quedado tan conmocionada como él. Marcus pensó que era increíble que realmente considerara dar el sorprendente paso de abandonar su valiosa soltería.

Pero en cierto sentido, su decisión le parecía correcta.

Ahora, pensó, tenía que hacerle comprender a Arabella la lógica de su propuesta y convencerla de que aceptarla era lo que más le convenía.

—¿Ha dicho que quiere casarse conmigo? —repitió la joven, que claramente creía no haber oído bien.

—Sí, en efecto, casarme con usted —respondió él afable, más convencido de ello cuanto más lo consideraba. —Sé que la he cogido por sorpresa, pero sí, me gustaría hacerle una honorable proposición de matrimonio.



CAPITULO 03

Es posible que el nuevo conde, además de ser irritante, esté loco.

ARABELLA A FANNY

Su atónito silencio duró unos minutos.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó al fin en tono cauteloso. Un irónico regocijo brilló en los ojos de él.

—Le aseguro que estoy por completo cuerdo —respondió—. Simplemente, le estoy proponiendo matrimonio.

Ella se echó a reír sin poder evitado. Aún le flaqueaban las piernas por el inesperado asalto del conde a sus sentidos y ahora había que la cabeza le diera vueltas con su sorprendente ocurrencia.

—Su risa me ofende —dijo lord Danvers—. Admito que mi proposición es inesperada, pero le aseguro que se trata de un asunto serio.

Arabella dejó de reír y se llevó una mano a la sien.

—No puedo creerle, milord. Lady Freemantle me dijo que era usted un solterón empedernido.

—Lo era... hasta hace dos minutos. Pero besarla ha producido un sorprendente efecto en mi juicio. Me ha hecho darme cuenta de que deseo que sea usted mi condesa.

Ella se lo quedó mirando desconcertada.

—¿Cómo es posible que un beso lo haya conducido a esa conclusión?

El conde encogió sus anchos hombros.

—No ha sido sólo el beso. Existen varias razones que la convierten en una buena elección para mí. Pero principalmente... Bien, en algún momento deberé casarme, y usted es la primera mujer que me ha interesado lo bastante como para hacer que me plantee dar ese paso.

—Pero usted no sabe casi nada de mí.

—Sé lo suficiente como para pensar que podemos entendernos bien. Ninguno de los dos se aburrirá nunca.

Aún sorprendida, Arabella lo contempló durante largo rato.

—¿No escuchó nada de lo que le dije en Londres acerca de mi aversión al matrimonio?

—La escuché atentamente, pero me propongo convencerla para que lo reconsidere.

Su confianza en sí mismo la dejó atónita.

—Nunca lo logrará, milord.

—¿No? —Una sonrisa asomó a sus labios. —Es evidente que usted no me conoce, Arabella.

Comenzaba a exasperada.

—Así es, no le conozco, y tampoco siento deseos de hacerlo.

Desde luego, no como su esposa.



—Tal vez no ha considerado las ventajas que eso le supondría.

—¿Ventajas? —repitió ella.

—Como condesa de Danvers no le faltará de nada.

—Salvo la libertad de controlar mi propia vida. En su calidad de marido, usted tendría aún mayor poder sobre mí del que tiene ahora como tutor. Según la ley, usted sería mi «amo y señor» y yo sería legalmente posesión suya. No deseo que ningún hombre me controle de ese modo.

Él hizo una mueca.

—No tengo ningún deseo de controlada, querida. Simplemente le estoy proponiendo un matrimonio de conveniencia.

Esas palabras alcanzaron un punto sensible de Arabella. Ella se había jurado a sí misma que nunca contraería un matrimonio de conveniencia, como lo había sido la amarga unión de sus padres. Que sólo se casaría por una razón, que era el amor.

—Bien, usted puede estar deseoso de tal arreglo, milord, pero eso no tiene ningún atractivo para mí —declaró al fin. —Mis padres se casaron por conveniencia, y se hicieron el uno al otro profundamente desgraciados.

—No necesitamos tener esa clase de unión —respondió él, paciente.

—¡No necesitamos tener ninguna clase de unión en absoluto! Ante su apasionada exclamación, Marcus la miró pensativo. —Desde luego, le otorgaré una importante dote de matrimonio y proveeré generosamente a sus hermanas. Creo que debería estar reconocida de que ya no necesite ganarse más la vida enseñando en su academia.

Arabella cogió aire despacio, esforzándose por tranquilizarse.

—Es evidente que usted no lo comprende. Nosotras no deseamos renunciar a la enseñanza. Nuestro empleo no es sólo agradable sino muy gratificante. Además, nos da la independencia para hacer exactamente lo que queremos.

Ante su respuesta, él adoptó otra táctica.

—El matrimonio conmigo hará mucho para restablecer su reputación en la sociedad.

Ella irguió la barbilla ante el recuerdo de su deteriorada situación.

—¿Y eso qué importa? Hace mucho que me he resignado a estar en busca de la alta sociedad. No tener que mantener una conducta intachable concede una bendita dosis de libertad. Mientras observemos un comportamiento aceptable para los padres de nuestras alumnas, no necesitamos preocuparnos por la opinión de nadie más.

El conde la contempló largo rato en silencio, y luego dijo:

—Podría pensar en sus hermanas. ¿No se merecen la oportunidad de llevar la vida normal de las jóvenes damas de la nobleza?

Su pregunta, tan razonable, la hizo sentir incómoda y algo culpable, plenamente consciente de que estaba rechazando la oportunidad de ayudar a sus hermanas. Pero luego negó inflexible con la cabeza.

—Precisamente estoy pensando en ellas. Roslyn y Lily piensan lo mismo que yo acerca del matrimonio y de los hombres. Y están tan decididas como yo a ser las dueñas de su futuro.

Marcus la miró comprensivo.



—Entiendo que odie a los hombres. Su prometido la abandonó de manera muy poco caballerosa cuando se enteró del escándalo al que se enfrentaba su familia.

Ya no debería dolerle que le recordasen ese humillante episodio ocurrido hacía cuatro años. Ahora la desesperación y la congoja estaban superadas. Pero en cambio no podía olvidar la dolorosa experiencia ni la dura lección que había aprendido con ello.

Arabella había creído neciamente que su compromiso se basaba en el amor mutuo. Sólo por eso había aceptado la proposición del vizconde. Pero su alegría por haberse enamorado de un hombre que a su vez aseguraba amarla, había desaparecido de golpe por su pública traición. Nunca jamás volvería a cometer un error semejante.

—Yo no odio a los hombres —replicó. —Sencillamente, no tengo necesidad de un marido.

—¿No desea tener hijos?

La pregunta la cogió desprevenida y no pudo evitar sentir la punzada de pesar que la atravesó. No tener hijos era un inmenso inconveniente de su decisión de no casarse nunca. El único, según había llegado a creer.

—No lo suficiente como para soportar un marido —respondió al fin.

—Yo deseo tener hijos algún día —reconoció el conde. —Es mi obligación perpetuar el nombre y los títulos familiares. Pero eso requiere que en primer lugar tenga una esposa.

—Así pues, ¿lo que desea es una yegua de cría que le dé herederos? —preguntó Arabella suavemente. —Lo sospechaba.

—No —replicó él exasperado. —Lo que deseo es una compañera.

A ella le resultaba difícil de creer que un noble libertino como lord Danvers estuviera buscando una compañera para su vida, pero consiguió morderse la lengua antes de poner en duda su veracidad. En lugar de ello, se esforzó por sonreír agradablemente.

—La respuesta educada en estos casos es expresar reconocimiento, de modo que le agradezco su generosa proposición, milord, pero debo declinarla.

—Me propongo hacerla cambiar de idea.

Arabella irguió la espalda ligeramente ante su provocadora declaración. Cuando él esbozó una encantadora sonrisa, sintió una intensa palpitación que trató de sofocar en seguida.

—No veo cómo puedo exponer mi postura con mayor claridad, lord Danvers: no me casaré con usted ni por todo el oro del mundo. ¿Le resulta lo bastante simple como para entenderlo?

Él enarcó una ceja, divertido.

—¿Sabe usted cuántas mujeres se sentirían eufóricas si recibieran una proposición mía de matrimonio?

—Entonces pídaselo a una de ellas. Sin duda estarán delirantemente felices de aceptar. Yo no. Su réplica le hizo esbozar una genuina sonrisa.

—No deseo a cualquier otra mujer. La he escogido a usted, Arabella, y me propongo tenerla. Se quedó boquiabierta. ¡Qué infernal arrogancia la de aquel hombre!

Deseando no seguir soportando por más tiempo aquella insufrible conversación, dio media vuelta y atravesó la pradera para ir en busca de su caballo, que seguía pastando.

Sin embargo, las siguientes palabras del conde la hicieron detenerse en seco.



—Yo podría hacerla enormemente dichosa, Arabella. No tengo ninguna duda de que disfrutaría en nuestro lecho matrimonial.

Sin saber si debía sentirse ofendida o divertida por su audaz declaración, se volvió para mirarlo cara a cara.

—Algo jactancioso por su parte, ¿no le parece, milord?

—No es presunción. Usted disfrutaría siendo mi amante, ya me aseguraría de ello. Pero el único medio honorable para que llegemos a ser amantes es a través del matrimonio.

Ella estaba demasiado exasperada como para responder... cosa que, probablemente, era lo que lord Danvers pretendía; estaba intentando hacerle perder los estribos dirigiéndole tan descaradas palabras.

Su silencio le hizo sonreír de nuevo.

—Reconozco que me siento intensamente atraído por usted —prosiguió—, y usted se ha sentido así también cuando nos hemos besado, no lo niegue. Se ha estremecido de deseo por mí.

El rubor inundó las mejillas de Arabella. Era verdad que se había estremecido en sus brazos... aunque, desde luego, nunca lo reconocería ante él.

—No sea ridículo —replicó. —Ha sido simplemente consecuencia de la impresión ante su inesperado asalto. No podía creer que se estuviera comportando como un bruto. Le aseguro que no me siento atraída por usted lo más mínimo.

Él avanzó un paso.

—¿Quiere que se lo demuestre?

—¡Si se atreve a intentarlo, le juro que lo abofeteo!

Sus ojos azules brillaron con contenida diversión mientras se frotaba la dolorida mandíbula. Arabella advirtió que tenía una tenue magulladura en el punto donde ella le había golpeado. Por un momento, se sintió avergonzada, hasta que recordó lo que había provocado su reacción... Cómo el conde la había levantado sin ceremonias de su caballo y se había negado a soltarla incluso después de besarla. O tal vez había reaccionado de ese modo tan agresivo precisamente porque él la había besado.

Sin embargo, lord Danvers no parecía intimidado por su amenaza.

—Si antes pretendía abofetearme, permítame decirle que ha errado por unos centímetros, querida.

Estaba provocándola intencionadamente, ella lo sabía muy bien. Y sus tácticas funcionaban. Arabella apretó los puños, conteniéndose apenas para no avanzar hacia él y asestarle otro puñetazo en su hermoso rostro.

—No cabe duda de que es usted el hombre más exasperante que he conocido, lord Danvers.

—Tal vez, pero eso es sólo porque no me he esforzado lo suficiente en complacerla. Si tratara de cortejarla seriamente no sería capaz de resistirse.

Ella se quedó boquiabierta.

—¡Desde luego que sería capaz de resistirme!

—¿Se atrevería a apostar al respecto?

Ante su suave tono, Arabella de pronto volvió a mostrarse cautelosa.



—¿A qué se refiere con apostar?

—¿Cuán importante es para usted su independencia?

—¿Disculpe? No le comprendo.

Una vez más, la cabeza le daba vueltas ante la inesperada ofensiva de lord Danvers.

—¿Qué está dispuesta a hacer para emanciparse de mi tutela?

«Muchísimas cosas», fue su inmediato pensamiento.

—¿Porqué?

—No puedo renunciar a mi responsabilidad hacia usted, pero puedo encargar a mis abogados que redacten un documento legal otorgándole completo control sobre sus propios asuntos. Para usted y para sus hermanas.

—¿Con qué fin?

—Para darme una legítima posibilidad de cortejarla.

—¿Cortejarme? ¿Por qué diablos desea hacer algo así? Ya le he dicho que no me casaré con usted bajo ningún concepto.

—Deseo tener la oportunidad de hacerla cambiar de idea. Si no logro convencerla de que me acepte como esposo en, digamos, un mes, les concederé la libertad a las tres y las haré financiera y legalmente independientes de mi tutoría. Cierre la boca, querida —añadió, al verla mirándolo sorprendida. —Es demasiado bonita como para quedarse boquiabierta como un pez fuera del agua.

Arabella lo hizo, aunque en realidad se sentía casi sin aliento.

—A ver si he comprendido su apuesta, milord. ¿Usted nos concederá la libertad si puedo resistir su «persuasión»?

—Exactamente.

—Posee una sorprendente confianza en sus poderes de seducción.

Él esbozó una sonrisa.

—Puede expresarlo de ese modo. A cambio, usted debe permitirme cortejarla de la manera adecuada. Y si no logra resistirse a mí, si consigo que reconozca que me desea como marido, entonces tendrá que casarse conmigo.

¡Qué arrogancia la suya al creer que podía convencerla para que aceptara su oferta de matrimonio! No sería capaz de... seguramente.

Al verla vacilar, lord Danvers negó con la cabeza con tristeza.

—No esperaba que se acobardase. Temo que ganaré la apuesta. Arabella comprendió que de nuevo estaba agujijoneándola.

—¡No tengo miedo! —replicó. Por lo menos no mucho. Podría ser sensible a sus asombrosos besos, pero corría poco riesgo de desear tenerlo alguna vez como esposo, porque se proponía no casarse nunca. —No ganará, milord.

—Entonces no debería tener ningún problema en aceptar.

Después de todo, le estoy ofreciendo la oportunidad de conseguir exactamente lo que dice que más desea, su independencia.



—¡Muy bien, aceptaré su condenada apuesta!

El brillo de los ojos de lord Danvers indicaba su placer y satisfacción, lo que casi la hizo lamentar haber capitulado. Lo había dejado provocada para que aceptara su desafío pese al peligro de la intensa atracción que sentía por él.

Y sin embargo el premio era irresistible: no solo podía garantizar la seguridad de sus hermanas, sino que podían liberarse de la indeseada tutela del conde para siempre, que no seguiría siendo una amenaza para su independencia. Que no tendría ningún derecho a tratar de casadas ni a obligadas a renunciar a su trabajo en la academia.

Sí, pensó Arabella, estaba profundamente encantada ante la oportunidad de ganarse su libertad.

Sin embargo, un mes le parecía excesivo. No confiaba tanto en sí misma como para poder resistir la voluntad de seducción de lord Danvers durante ese tiempo; aunque, desde luego, nunca admitiría sus dudas ante él.

—No obstante —matizó ella—, la duración de la apuesta debe ser más breve. No más de dos semanas. No podría soportar su insufrible arrogancia por más tiempo.

El conde vaciló un brevísimo instante antes de responder.

—Hecho, aunque me obliga a someterme a unas condiciones muy duras, querida.

—Debo de estar loca —murmuró Arabella.

—No más que yo —respondió él quedamente. —Pero ya que usted ha modificado mi propuesta inicial, yo debo intentar asegurarme alguna oportunidad de ganar. Propongo que acceda a pasar una cierta cantidad de tiempo en mi compañía con regularidad, no menos de cuatro horas al día. Y debe ser un tiempo de mi elección.

Arabella frunció el cejo.

—No puede interferir en mis obligaciones en la academia.

—De acuerdo. Encargaré que me preparen equipaje para una visita prolongada y que me lo traigan a la mansión Danvers.

A ella la inquietó comprender que lord Danvers se proponía instalarse allí durante quince días o más, aunque como propietario tenía todo el derecho a hacerlo. Negó con la cabeza.

—No puede quedarse en la casa estando yo sin compañía. Usted no es un pariente, aunque sea nuestro tutor.

—Debería haber pensado en eso antes de mandar ocultarse a sus hermanas —replicó él secamente.

La joven lo miró exasperada.

—Si insiste en vivir aquí, me refugiare en casa de lady Freemantle.

El conde enarcó una ceja.

—¿Es ahí donde ha ocultado a sus hermanas? —Al ver que no respondía, se encogió de hombros.

—Tendremos un ejército de sirvientes que nos servirán de carabina. Mi estancia aquí puede ofender a los más remilgados, pero no hará que su reputación corra ningún peligro real.

—Tiene razón —respondió Arabella esforzándose por reprimir el tono de amargura de su voz.



Su reputación ya estaba mancillada sin remedio a causa de los escándalos de sus padres, de modo que era inútil cuestionar la conveniencia de que su nuevo tutor viviera bajo el mismo techo que ella con sólo unos sirvientes como carabina. Además, si alguna vez decidía casarse, no importaría que su reputación no fuese totalmente intachable mientras no hubiese protagonizado un auténtico escándalo. Y al fin y al cabo tenía que pensar en su academia.

Por otra parte, no tenía ninguna duda de que los padres de sus alumnas se quedarían muy impresionados al saber que entre sus conocidos había alguien tan ilustre como el conde de Danvers. Ellos no juzgarían demasiado severamente sus arreglos de convivencia. Las clases bajas en general no eran tan críticas como la alta burguesía, que se consideraba a sí misma árbitro indiscutible de las normas sociales.

—Siempre podría hacer volver a sus hermanas a casa —sugirió su señoría en tono provocador.

Esa idea ya se le había ocurrido a Arabella. La presencia de sus hermanas le ofrecería más protección ante el endiablado conde... pero entonces ¿quién protegería a sus hermanas de sus maquinaciones?

—No estoy tan desesperada —contestó ella con impostada dulzura.

Él la miró pensativo.

—Tal vez sea conveniente que sus hermanas no estén. Ello nos dará más oportunidades de estar solos para llevar adelante nuestro cortejo.

Ese pensamiento la desconcertó por un momento, pero luego enderezó los hombros. Debería ser capaz de manejar a lord Danvers durante dos semanas. Tenía toda la intención de ganar su condenada apuesta.

Él debió de leer la resolución en sus ojos, porque sonrió. —Sospecho que nuestra apuesta resultará muy agradable para los dos.

«Para usted tal vez», pensó Arabella incómoda. Sin duda, a él le resultaría divertido tratar de hacer que lo deseara como marido.

Pero quizá ella pudiese seguirle el juego...

Estaba considerando esa atrayente posibilidad cuando el conde cambió de nuevo de táctica.

—Acérquese, Arabella —murmuró con voz seductora. La joven se resistió instintivamente.

—¿Por qué?

—Porque pretendo reclamar otro beso para sellar nuestro pacto. —Al verla quedarse inmóvil, la aguijoneó suavemente. —Ha accedido a permitirme que la cortejara, ¿recuerda?

—No he accedido a permitir que me besara.

—Pero besar forma parte del cortejo.

—¡Su clase de besos, no! Ningún pretendiente correcto besa como usted.

La sonrisa que se insinuaba en sus ojos era irresistible.

—Le prometo que no me propongo asaltarla de nuevo. Tengo en mente algo mucho más agradable. —Su voz era cálida, inquietante y más seductora de lo que debería. —Vamos, un simple beso, nada más. Ni siquiera voy a abrazarla, le doy mi palabra.

Pero Arabella aún vacilaba. Lord Danvers tenía la mirada más sensual e inquietante que ningún otro hombre que ella hubiese conocido, y era sumamente peligroso estar cerca de él.



—¿Cómo puedo confiar en que no se aprovechará de mí?

—Si lo intento, la autorizo a que me haga recobrar el entendimiento.

—Lo haré, puede estar seguro.

—Me considero debidamente advertido. Ahora, deje de ser tan remilgada. No va con usted en absoluto.

Su perezosa y provocativa sonrisa hizo que el pulso de Arabella se acelerara e de manera alarmante. No podía creer que se hubiera dejado convencer para meterse en aquel peligroso terreno. ¿Cómo se suponía que iba a resistirse a un libertino tan encantador?

—Arabella... —insistió él en voz baja.

Ella se esforzó por acercarse hasta quedar a pocos pasos del conde, que tenía los ojos fijos en los suyos; se sintió como si no pudiera ni pensar.

Al verla que se detenía, lord Danvers cubrió la distancia que los separaba hasta que estuvieron casi rozándose. Arabella se mantenía rígida, debatiéndose entre el temor y la expectación. No podía olvidar el tacto de su pecho musculoso contra sus senos, los fuertes brazos que la habían estrechado, los firmes y sensuales labios que habían cubierto los suyos con tan fogoso ardor.

Pero esa vez él se limitó a tender la mano para coger la de ella y llevársela a su magullada mandíbula. Sus dedos rodearon su muñeca con suavidad... Y luego se detuvo.

—¿La han besado alguna vez antes, Arabella?

Ella parpadeó ante la inesperada pregunta.

—Claro que me han besado. Estuve prometida, ¿recuerda?

—Apuesto a que no fue más que algún insípido besito.

—¿Qué importa eso?

—Importa muchísimo. Si no tiene un punto de referencia es posible que sus expectativas sean muy bajas.

Arabella aspiró profundamente; los dedos del conde tocaban la piel desnuda de su brazo, al final del guante.

—Realmente es una lástima.

—¿Qué es una lástima? —preguntó ella casi ausente.

Estaba contemplando los labios masculinos, desconcertada por su proximidad.

—Que sea usted una inocente virgen sin experiencia en la pasión o el placer físico.

Sus mejillas enrojecieron de golpe.

—¡Desde luego que soy virgen! Pese a nuestro escándalo familiar, soy una dama. No somos como nuestra madre.

En esa ocasión, no pudo ocultar su amargura. Él suavizó la mirada.

—Si supiera los placeres que la esperan, no renegaría de los hombres tan rápido. No tiene ni idea de lo que se está perdiendo.

—Y supongo que usted se está ofreciendo para mostrármelo.

—Pues sí, en efecto, así es.

—No deseo que me demuestre nada, lord Danvers. Sólo quiero que me bese y que acabemos



con ello. ¿Podría usted hacerlo de una vez, por favor?

—Muy bien.

Inclinó lentamente la cabeza. Arabella se puso rígida ante lo que se avecinaba. En esta ocasión se negó a echar a correr como una cobarde. Después de todo, se suponía que iba a ser un simple beso...

El problema consistía en que su beso no era simple en absoluto. La caricia fue un simple roce de labios, cierto, pero su boca era cálida e invitadora y la deliciosa presión hizo girar sus sentidos con un calor abrasador y que su cuerpo se estremeciese de deseo. Igual que le había sucedido antes, cuando él la había dejado débil, sin aliento e impotentemente excitada.

Aquello era magia. Aquel hombre la estaba sometiendo a alguna clase de endiablado hechizo.

Se sintió inexplicablemente decepcionada cuando notó que se apartaba. Tras un brevísimo momento, se dio cuenta de que la estaba mirando fijamente una vez más, y se sintió aturdida.

Se llevó los dedos a los labios mientras le devolvía la mirada.

En las profundidades de sus ojos azules vio que se había encendido una llama... el mismo tipo de llama que él había prendido profundamente en ella.

—De modo que, después de todo, no era una aberración —murmuró él en voz baja y ronca.

Arabella trató de recuperar el control de sus sentidos.

—¿Qué es lo que no es una aberración?

—No importa. —La satisfacción brillaba en sus ojos mientras retrocedía. —¿Está ahora dispuesta a volver a casa?

Ella sacudió la cabeza para liberarse de su aturdimiento.

—Todavía no. Esta tarde he dado una clase en la academia y quiero visitar a lady Freemantle para darle mi informe. Le gusta mantenerse al día de los detalles.

—La acompañaré, pues.

—No será necesario. La finca de su señoría está exactamente detrás de la próxima colina.

Él miró en la dirección que la joven indicaba.

—Entonces le enviaré a un mozo para que la acompañe de vuelta cuando haya acabado. No me gusta pensar que regresa sola, a caballo a casa.

Arabella adoptó una expresión irónica.

—Llevo haciéndolo desde hace años, lord Danvers. Esto no es Londres. Nuestro vecindario es totalmente aburrido, con poca malignidad ni delincuencia.

—Aun así, debería acompañarla un mozo. Me sorprende que su antiguo tutor fuese tan descuidado.

Ella se puso rígida.

—Los pobres no pueden permitirse mozos, milord.

—Su tío sí podía haberle facilitado un sirviente masculino para su protección.

Ella sonrió sin humor.

—Nuestro tío no nos consideraba dignas de ese gasto. Lord Danvers la contempló en silencio.

—Hiere su orgullo tener que ser tan dependiente, ¿verdad?



—Desde luego.

—Puedo imaginarlo.

Eso hizo sonreír a Arabella con auténtico regocijo.

—Lo dudo sinceramente. Es muy probable que usted no haya dependido nunca de nada ni de nadie en toda su vida.

Él asintió con la cabeza, reconociendo la verdad de su suposición.

—No, por lo menos no desde que llevaba pantalón corto. Pero en el futuro, cuando usted no esté en mi compañía, le agradecería mucho que aceptara que uno de mis mozos la acompañase.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Y por qué tendría yo que desear complacerle?

—Porque me preocupo por su bienestar, querida.

Su rápida respuesta la hizo detenerse. Era la primera vez desde hada años que un hombre se preocupaba por su bienestar. Su tío, desde luego, no lo había hecho.

—Lo consideraré —admitió.

Él le sonrió.

—No desea ceder ni un centímetro, ¿no es así?

—No, milord —respondió ella suavemente.

—Me llamo Marcus. Si voy a ser su pretendiente, debería llamarme por mi nombre de pila.

Acercó la mano a su boca y pasó levemente el pulgar por su labio inferior.

—Te espero en casa a tiempo de cenar conmigo esta noche. Me has prometido cuatro horas diarias de compañía, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo —consiguió responder con voz ahogada.

El conde regresó a su caballo, cogió las riendas y montó. Luego se quedó mirándola.

—¡Ah, Arabella! La próxima vez que huyas de mí, escoge un caballo más rápido, porque no te dejaré ir tan fácilmente cuando te atrape.

Y con esas palabras, hizo girar su montura y se alejó dejándola boquiabierta, llevándose los dedos a los hormigueantes labios.



CAPITULO 04

Debo de estar loca, porque he accedido a la apuesta del conde.

ARABELLA A FANNY

Marcus negó incrédulo con la cabeza mientras cabalgaba hacia la mansión Danvers. No había contado con hacerle una impulsiva propuesta de matrimonio a su hermosa pupila. Tras maniobrar durante tantos años para esquivar las trampas que le habían tendido infinidad de mujeres resultaba irónico que se hubiera comportado así. Pero había actuado por puro instinto.

Si tenía que casarse, deseaba hacerla con una mujer como Arabella, y no quería arriesgarse a perderla.

No cabía duda de que cumplía los requisitos para ser su condesa, con educación, belleza e inteligencia sobradas para ello. Y aún de más vital importancia, era enérgica y lo bastante fascinante como para mantener su interés mucho más allá de un inicial cortejo.

No recordaba haber conocido nunca a una mujer tan deseable como Arabella. Pensó que sería una amante encantadora en su lecho de bodas. Besarla aquel día le había demostrado de manera incuestionable que la chispa del fuego entre los dos no era fruto de su imaginación.

Marcus sintió que se endurecía ante el recuerdo de su abrazo. Y aunque su último beso había sido un simple roce de labios, lo había excitado sobremanera.

Sabía que él provocaba en ella algo de una intensidad parecida, aunque por lo visto no lo bastante fuerte como para convencerla de que aceptas e su cortejo.

Sonrió al recordar el decidido rechazo de su propuesta. Nunca hubiera imaginado que fuera a encontrarse en esa situación; teniendo que convencer a una dama para que lo aceptara como marido. Marcus nunca había tenido que perseguir activamente a ninguna mujer. Hasta entonces, ese asunto, como todo lo demás en su vida, le había resultado enormemente fácil. Cuando había interpretado el juego del amor con sus amantes había sido sólo porque disfrutaba con ello.

Rió quedamente. Arabella le supondría todo un desafío, no cabía duda. Su inflexible negativa lo había obligado a inventar con rapidez una estratagema alternativa para poder cortejarla, cuyo resultado había sido su apuesta.

Confiaba plenamente en que todo aquello sería un remedio para su reciente desasosiego. Tuvo que admitir que lo que estaba sufriendo era algo más que simple aburrimiento. Llenaba sus días con cartas, caza, pugilato y carreras, pero sus clubes y sus pasatiempos deportivos no lograban apaciguar la extraña insatisfacción que sentía últimamente. Ni siquiera lo hacían las exigentes responsabilidades de administrar sus diversas propiedades.

En cambio, perseguir a Arabella era un objetivo con el que podía disfrutar. Y así mismo lo era vencer su resistencia. Marcus creía comprender por qué se oponía tan ardientemente al matrimonio. Sin embargo, confiaba en poder persuadirla al fin para conseguir su rendición.

Pero sólo contaba con dos semanas para lograrlo. Verdaderamente impaciente, Marcus espoleó



a su caballo para hacerle ganar velocidad a fin de regresar a la casa. Tenía que enviar misivas a Londres, y cuanto antes esbozara un plan para un romántico cortejo de Arabella, antes podría declararse victorioso.

Cuando Arabella llegó a casa, dos horas después, había reflexionado sobre la sorprendente apuesta del conde tiempo suficiente como para considerar imperativo elaborar una estrategia ofensiva.

Lord Danvers creía que podría seducirla para que aceptara su proposición de matrimonio, pero aunque estaba firmemente decidida a no casarse con él, era consciente de que se encontraba en gran desventaja al carecer de suficiente experiencia como para tratar con un noble de su estampa.

«Es casi irresistiblemente seductor», pensó Arabella mientras desmontaba. De manera involuntaria, se llevó los dedos a los labios ante el recuerdo de sus arrebatadores besos. A juzgar por su propia y desconcertante respuesta de aquella tarde, le iba a resultar muy difícil hacer frente a la tentación.

Sin embargo, estaba ansiosa por comenzar, porque se proponía conseguir la libertad para ella y sus hermanas. Incluso podía resultar agradable tratar de rivalizar en ingenio con lord Danvers.

Pero desde luego, el primer paso era elaborar algún plan para frustrar su seducción. Si él quería cortejarla, ella iba a hacer que no le resultase fácil.

También tendría que escribir a Fanny inmediatamente y pedirle consejo. Fanny Irwin era una famosa cortesana que en otro tiempo había sido una refinada joven dama. Se había criado prácticamente con las hermanas Loring, en Hampshire, donde eran casi vecinas. Incluso después de que Fanny se escapase de casa, a los dieciséis años, para hacer fortuna en Londres, habían mantenido una estrecha amistad.

Desde que el prometido de Arabella rompió el compromiso, Fanny le había enseñado mucho sobre los hombres. Ella sabría mejor que nadie cómo derrotar a lord Danvers.

Entretanto, reflexionaba, tendría que ser prudente y utilizar todos los recursos que tenía a su alcance, lo que significaba aliarse con personas de confianza, comenzando por su ama de llaves y su mayordomo.

Con un inesperado hormigueo de expectación, Arabella dejó su caballo en los establos con uno de los mozos de su señoría y se desvió a la cocina para reunirse con la señora Simpkin. El ama de llaves, que también se había convertido en cocinera cuando el resto de los criados desapareció, preparaba sencillos pero sabrosos platos con ayuda de su única camarera. Y aunque desde hacía tres días el nuevo conde había instalado una docena de sirvientes en la mansión, la señora Simpkin aún dominaba la cocina.

Si a la mujer la desconcertó la insólita petición de Arabella para la cena de aquella noche, estaba demasiado bien aleccionada como para demostrarlo. Pero el parpadeo de sus amables ojos castaños sugirió una buena disposición a colaborar en la conspiración.

—¡Ah, señora Simpkin! —añadió la joven con aire despreocupado—. Le agradecería que el señor Simpkin no se fuera del comedor después de que nos sirva esta noche. Preferiría estar a solas con lord Danvers lo menos posible.

—Así se lo diré, señorita Arabella —respondió la mujer. —¿Quiere también que esté presente antes? Lord Danvers ha pedido que usted se reúna con él en el salón para tomar un vaso de vino antes de cenar.



—Sí, por favor —respondió ella, satisfecha de que el ama de llaves hubiera accedido rápidamente a ayudarla en su causa.

Después de lavarse, se vistió para cenar con el traje de noche más recatado que tenía. Su guardarropa no era muy amplio, y la mayor parte estaba pasado de moda y un poco ajado por el uso, pero para la inauguración de la academia se había comprado varios vestidos a la moda para impresionar a los acaudalados padres de sus alumnas. Al fin y al cabo, tenía que mantener su imagen de dama de categoría.

Sin embargo, cuando Arabella se contempló críticamente en el espejo de cuerpo entero, su aspecto le pareció bastante insatisfactorio. Su vestido de seda azul oscuro y cintura imperio tenía manga larga y un escote alto, con lo que exponía pocos de sus encantos, pero sus sonrojadas mejillas delataban su emoción ante la perspectiva de pasar la noche en compañía del conde.

¡Cuán aburrida se había vuelto su existencia si la presencia de aquel hombre podía animar su vida de tal modo! O quizá era sólo su excitación ante la perspectiva de enfrentarse con su señoría, ambos con el propósito de vencerse el uno al otro.

Al pensar en ello, Arabella advirtió que sonreía. Tenía toda la intención de ganar. Y con ese objetivo desarrollaría su juego. Aspiró profundamente para tranquilizarse y salió de su habitación para lanzar su salva inicial en su guerra del cortejo.

Cuando llegó al salón de la planta baja, Simpkin la aguardaba fuera, en el pasillo. El mayordomo, muy correcto y de cabellos grises, dedicó a Arabella un esbozo de sonrisa conspiratoria antes de precederla a la sala y anunciarla.

—La señorita Loring, milord Danvers.

Marcus se levantó cuando la vio entrar. Su mirada azul la repasó de arriba abajo, advirtiendo su recatado atuendo, pero no hizo ningún comentario al respecto, sino que se limitó a saludarla.

—Bienvenida, querida, estoy encantado de que te reúnas conmigo.

Arabella enarcó las cejas ante su tono familiar, pero luego comprendió que, en consideración al servicio presente, se proponía tratada simplemente como su pupila.

—Ven y siéntate a mi lado —añadió señalando el sofá de brocado dorado que había conocido mejores tiempos.

Ella vaciló, reacia a sentarse tan cerca de él. El conde estaba endemoniadamente hermoso, con una chaqueta color azul noche y calzones blancos de satén que se amoldaban a la perfección a su atlética figura, y un pañuelo complicadamente atado al cuello que realzaba sus bien cincelados rasgos masculinos.

Deplorando la aceleración de su pulso, Arabella hizo lo que le pedía, pero tomó asiento en el extremo más alejado del sofá. Aun así, percibió el agradable aroma a colonia cuando Marcus se acomodó en el otro extremo. Evidentemente, se había afeitado para la velada, una inquietante constatación que indicaba lo muy en serio que se estaba tomando su cortejo.

—Puede retirarse hasta que se sirva la cena, Simpkin —elijo su señoría cuando el mayordomo les hubo servido a cada uno una copa de madeira—. Por favor, cierre la puerta cuando salga.

Ella disimuló su preocupación, intercambió una mirada con el hombre y asintió ligeramente con resignación. Lord Danvers había frustrado su plan para evitar estar a solas con él. Arabella era plenamente consciente de su ágil y poderoso cuerpo tan cerca del suyo.



—¿Era necesario despedir a Simpkin? —preguntó cuando el mayordomo se hubo retirado—. No es muy decoroso que los dos estemos aquí solos.

—Absurdo —respondió Marcus tranquilamente. —No es una indecencia que un tutor comparta una copa de vino con su pupila. Y, además, es realmente necesario, puesto que necesito cierta dosis de intimidad con el fin de cortejarte.

Como no tenía una respuesta a punto, Arabella tomó un sorbo de su copa y ocultó una mueca ante su agrio sabor... junto con su satisfacción. La señora Simpkin había logrado hacer que el brebaje fuera nauseabundo, tal como ella le había pedido.

—He estado pensando acerca de nuestra apuesta —comenzó—. Tal vez deberíamos fijar algunas normas básicas de conducta.

—¿Normas?

—Supongo que «límites» sería una palabra más adecuada. Deberíamos definir qué conducta se permite o no entre nosotros para así evitar sobrepasar lo que se suele hacer en un cortejo normal.

Marcus le dirigió una mirada perezosa llena de encanto.

—¿No has oído decir que en la guerra y el amor todo está permitido?

Arabella se encontró mirándole la boca.

—Sabe perfectamente que nuestra apuesta no tiene nada que ver con el amor, milord. Pero ésa es precisamente mi idea. ¿Cómo puedo confiar en que no recurrirá a algo retorcido?

—Porque las apuestas están regidas por un código de caballeros. Mi honor sólo me permitirá llegar hasta cierto punto.

Ella esbozó una sonrisa.

—Es reconfortante saberlo.

—No deberías sentirte reconfortada —observó él. —Dentro de los límites del código, aún dispongo de una gran cantidad de libertad. —Se echó a reír ante la preocupada expresión de la joven. —No temas, querida, no haré nada a menos que estés totalmente dispuesta.

Arabella tragó saliva.

—Eso no sucederá.

—Veremos. En cuanto a las normas, me propongo que mantengas tu promesa de darme alguna posibilidad de ganar la apuesta.

—Sí, pero simplemente porque accedí a dejarle cortejarme eso no significa que deba darle facilidades.

—Cierto.

—Al contrario, me propongo hacer cuanto esté en mi mano para que no se salga con la suya.

Su sonrisa traviesa la dejó sin aliento cuando elevaba su copa de madeira.

—Que comience el juego pues.

Mientras él la miraba por encima del borde de su copa, el corazón de Arabella empezó a palpar a un ritmo irregular. Por fortuna, el momento de intimidad se interrumpió cuando Marcus tomó un sorbo de vino.

Con una mueca ante el sabor, dejó su copa a un lado en una mesita.



—Nunca hubiera imaginado que tu tío bebiese un vino de tan mala calidad. Tendré que ponerle remedio, puesto que me propongo permanecer aquí por lo menos quince días. Mañana encargaré que traigan algunos barriles de mis bodegas de Londres.

A ella le dio un vuelco el corazón ante el recordatorio. Quince días comenzaban a parecerle un tiempo interminable. Iba a intentar ganar valiéndose de malas artes, pero ¿Y si sencillamente lograba convencer al conde de que en realidad no deseaba casarse con ella?

—¿Sabe, milord...?

—Marcus.

—Muy bien, Marcus. No creo que hayas considerado en serio cómo sería el matrimonio entre tú y yo. De ser así, sabrías que no nos convenimos en absoluto.

—¿Por qué no?

—En primer lugar yo no sería una esposa cómoda para ti.

Él esbozó una sonrisa ladeada.

—¿Qué te hace pensar que deseo una mujer cómoda?

—La mayoría de los nobles la desean. Tú quieres una dama que te dé herederos y dirija tu casa, y que finja no saber que tienes amantes o haga la vista gorda ante tus retozas o indiscreciones. Yo nunca sería así, milord.

Al ver que él guardaba silencio observándola, Arabella prosiguió:

—Lady Freemantle me ha contado muchas cosas de ti y de tus amigos. Todos sois famosos solteros.

Se abstuvo de añadir que su señoría sentía una gran admiración por el nuevo conde de Danvers.

—¿Mis amigos?

—Tus compañeros de esgrima de la semana pasada. ¿No son éstos tus más íntimos amigos, el duque de Arden y el marqués de Claybourne?

—Sí.

—Bien, pues las historias de vuestras conquistas y hazañas deportivas se comentan en los salones, incluso aquí, tan lejos de Londres. Basándome en todo lo que he oído sobre ti, te pudo asegurar sin la más mínima duda, que no serías un marido cómodo para mí.

Él ladeó la cabeza.

—Dudo que desees un marido cómodo más de lo que yo deseo una esposa cómoda. No puedo imaginar a una mujer de tu energía comportándose tímida y sumisamente.

Arabella dejó escapar una suave risa de exasperación.

—¡Eso es exactamente lo que he estado tratando de hacer te comprender en vano! ¡No deseo un marido!

—Lo has dejado muy claro. —Marcus se recostó en el sofá. —Pero permíteme señalarte que tu valoración de mi carácter se basa sólo en insinuaciones y cotilleos.

—Tal vez. Pero me cabe poca duda de que seas el mismo tipo de persona que mi padre.

—¡Ajá, comenzamos a llegar al quid de la cuestión! —El conde extendió sus largas piernas y entrelazó las manos sobre el estómago. —Tienes una mala opinión sobre los libertinos.



Arabella sonrió con algo de amargura.

—¿Puedes censurarme por ello? Mi padre era un donjuán de primera clase y yo no tengo ninguna intención de someterme a un marido que sea como él.

—De modo que me condenas sin paliativos.

—¿Es en realidad sin paliativos? ¿Cuántas amantes tienes?

Lord Danvers enarcó una ceja ante su impertinente pregunta.

—¿Crees que es de tu incumbencia, querida?

—Lo es si esperas que tome en consideración tu propuesta de matrimonio. —Al verlo vacilar, Arabella sonrió dulcemente. —Es una pregunta sencilla. ¿Cuántas amantes tienes?

—Ninguna en estos momentos.

—Pero ¿tienes una habitualmente?

—Las he tenido en el pasado. La mayoría de los caballeros con medios las tienen.

Ella arqueó una ceja a su vez de manera elocuente.

—No puedo adoptar una actitud comprensiva ante el adulterio. Nunca toleraría aventuras e infidelidades de mi marido.

—Algunos hombres renuncian a sus amantes al casarse.

—Pero yo nunca confiaría en que tú lo hicieras; ni en que no volvieras a caer en ello aunque al principio me prometieras fidelidad.

Él le sostuvo la mirada abiertamente.

—Yo no soy tu padre, Arabella. Y me insultas si me colocas a su mismo nivel.

La repentina intensidad de su voz la sorprendió.

—Perdóname —se disculpó con tensa sonrisa. —Sólo intentaba hacerte comprender por qué no deseo un enlace de conveniencia. Si tus padres hubiesen soportado un matrimonio como el de los míos, estoy segura de que ahora tú serías igual de reacio que yo a repetir su experiencia.

Lord Danvers esbozó una sonrisa sardónica.

—Mis padres fueron más discretos que los tuyos en sus relaciones amorosas, pero reconozco que su experiencia no me predispuso demasiado a la institución del matrimonio. —Hizo una pausa. —Aunque, al parecer, tu madre fue tan culpable como tu padre de infidelidad.

La sonrisa de la joven se desvaneció.

—No me gusta hablar de mi madre.

Las transgresiones de Victoria Loring no habían sido ni mucho menos tan graves como las de su esposo; en realidad, su única aventura había sido una venganza contra las innumerables infidelidades de su marido. Sin embargo, en opinión de Arabella, había cometido un pecado peor, al abandonar a su familia. Cerró los ojos un momento ante la vertiginosa oleada de dolor que el recuerdo había suscitado en ella.

Marcus debió de advertirlo, porque hizo un sonido de comprensión.

—No ha sido fácil, ¿verdad, cariño? Primero los escándalos y verte obligada a abandonar tu casa, y luego tener que ganarte la vida.

Arabella abrió los ojos con brusquedad y descubrió su mirada azul peligrosamente tierna.



—No necesitas compadecerme, ¿sabes? Hace mucho ya que he superado el dolor y la humillación. —Lo cual era una mentira, se dijo a sí misma. —En cualquier caso, la adversidad forma el carácter; o eso es lo que dicen.

—Tú y tus hermanas habéis tenido que soportar muchas adversidades.

Ella consiguió encogerse de hombros con despreocupación. —Estábamos decididas a sacar el máximo partido a lo que nos había tocado en suerte. Lo peor fue depender de la generosidad de nuestro tío, estar a merced de sus caprichos. En más de una ocasión, nos amenazó con echarnos. Pero por fortuna logramos abrir nuestra academia. Eso nos proporcionó un empleo remunerado, con lo que no nos vimos obligadas a la servidumbre ni a casarnos como único medio de supervivencia.

Antes de que Marcus pudiese contestar, se oyó un discreto golpe en la puerta. A continuación, Simpkin apareció en el salón para anunciar que la cena estaba servida.

Aliviada al poder abandonar un tema tan incómodo, Arabella se cogió del brazo del conde para dirigirse hacia el comedor, una acción que lamentó inmediatamente. Bajo la manga de su chaqueta, pudo sentir el calor que irradiaba y la dura musculatura, flexible bajo las yemas de sus dedos. Ese contacto le produjo una extraña alteración del pulso.

Se alegró al ver que los habían sentado uno a cada extremo de la larga mesa, con una distancia significativa separándolos.

Sin embargo, Marcus negó con la cabeza ante esa disposición.

—No necesitamos ser tan formales. Prefiero tener a la señorita Loring sentada a mi lado.

—Como usted desee, milord.

El mayordomo obedeció apresurándose a reorganizar la disposición de la mesa. Cuando Arabella estuvo por fin sentada a la derecha de lord Danvers, Simpkin hizo una seña a los dos lacayos que aguardaban para servir la sopa.

Una vez hecho, Marcus asintió.

—Gracias, Simpkin. Ya avisaré cuando estemos listos para el siguiente plato.

Los tres sirvientes se retiraron en silencio, como mínimo sin cerrar la puerta tras ellos. Sin embargo, eso sólo no podía disipar la sensación de intimidad que Arabella tenía al estar sentada tan cerca del conde, ni atenuar la estremecedora certeza de su proximidad.

Esforzándose lo máximo posible por ignorarlo, se dedicó a la sopa de aspecto insípido que parecía ser únicamente caldo de pollo grasiento con algunos trozos de verduras blandas. Después de la primera cucharada casi se atragantó; estaba tan salada que parecía casi incomedible.

Tras probarla también, Marcus miró a Arabella interrogativo y luego depositó su cuchara en la mesa. Ella se esforzó por seguir comiéndosela con aire inocente.

—Bien, hálame de tu academia —le pidió con curiosidad.

—¿Por qué deseas algo así?

—Porque me tiene intrigado. Y porque deseo saber lo máximo acerca de ti para ayudarme en mi cortejo. —Al ver que ella sonreía ligeramente ante el recordatorio, él se limitó a sonreír a su vez. —Dijiste que tu academia era una especie de colegio privado para preparar a las chicas a entrar en la alta sociedad. ¿Cómo comenzó?

Puesto que parecía un tema seguro, Arabella se dispuso a explicárselo.



—En realidad fue lady Freemantle quien me dio la idea. Nos hicimos amigas cuando mis hermanas y yo vinimos aquí, a Chiswick. Winifred era hija de un rico industrial, pero se casó muy por encima de su posición social y nunca fue aceptada por los amigos ni por la familia de su marido. Un día comentó cuán difícil había sido para ella ser la esposa de un baronet, tener que soportar todos aquellos desaires y menosprecios, y cuánto le habría gustado que alguien le hubiera enseñado a moverse en sociedad para así no desentonar en el ambiente de sir Rupert. Entonces comencé a pensar que debía de haber otras jóvenes en circunstancias similares. La mayoría de las hijas de ricos magnates están destinadas a ser vendidas en matrimonio a caballeros que necesitan esposas ricas, tal como le sucedió a Winifred.

—¿De modo que propusiste crear la academia?

—Al principio no. Cuando sugerí que yo podría ser de ayuda para alguna de esas jóvenes, aconsejarles cómo adaptarse a las normas de la alta sociedad y facilitarles el camino, sólo estaba pensando en tomar una o dos alumnas. Pero a Winifred le encantó la idea, y se ofreció a financiar una empresa mucho mayor.

—Pero no dirigirás la academia tú sola —dijo Marcus.

—Cuento con importante ayuda. Convencí a dos de mis amigas para que participaran, y una asumió la responsabilidad de directora. Ellas se encargan de casi todas las clases, pero mis hermanas y yo también damos por lo menos una al día.

—Deduzco que no sobre temas normales.

—No. La mayoría de nuestras alumnas han sido educadas por institutrices privadas, por lo que, cuando llegan a nuestra academia, suelen saber de sumas, lectura general, música, dibujo y trabajos de aguja, esa clase de conocimientos. Pero carecen en cambio del refinamiento y la gracia que se esperan de una dama. De modo que los dos últimos años antes de su presentación en sociedad, les enseñamos buenos modales, etiqueta y también las instruimos en la clase de cultura y distinción que necesitarán si se casan con alguien de la nobleza.

—Al parecer, tu academia tiene un gran éxito. Mis abogados me han dicho que tienes más de dos docenas de alumnas, y que hay una larga lista de jóvenes aguardando ser admitidas.

Arabella sonrió.

—Sí. Hemos triunfado más allá de nuestras más descabelladas expectativas. Comerciantes y mercaderes acaudalados están dispuestos a pagar importantes sumas de dinero para convertir a sus hijas en elegantes damiselas. Pero nuestra academia también nos da grandes satisfacciones. No sólo nos supone ocupación e ingresos, sino que nos da la oportunidad de ayudar a nuestras alumnas a desenvolverse en sociedad. A mí personalmente me gusta mucho ver cómo las chicas van teniendo cada vez más control sobre su destino. Su nacimiento o crianza acaso no sean los mejores, pero aprenden a reaccionar debidamente ante los círculos más elitistas. Así llegan al matrimonio en pie de igualdad con sus maridos.

—Puedo imaginar perfectamente que eso te resulte satisfactorio —murmuró él.

Al ver que Arabella lo miraba suspicaz, Marcus le devolvió la mirada con expresión neutra, pero se dio cuenta de lo mucho que había disfrutado escuchándola hablar sobre su academia, mirando su encantador rostro tan animado y expresivo. Mientras tomaba distraído un sorbo de su copa de vino, pensó que él no se había apasionado tanto por nada desde hacía mucho tiempo.

Al notar que su vino era tan agrio como el madeira del aperitivo, dejó inmediatamente su copa



en la mesa.

—Me gustaría visitar pronto tu academia.

Como había supuesto, la cautela de la joven aumentó.

—¿Por qué deseas visitarla?

—Creo habértelo dicho. Como tutor vuestro, debo decidir si puedo permitir que tú y tus hermanas sigáis enseñando allí.

Ella parecía preocupada mientras escudriñaba su rostro, ansiosa, pero sin duda alguna vio el brillo burlón de sus ojos, porque su expresión se relajó un tanto.

—Deduzco que estás intentando provocarme de nuevo.

—¿Por qué iba a hacer yo eso? —preguntó él amablemente.

—¿Has acabado ya la sopa?

—Sí, gracias.

—Bien. Yo la encuentro un poco salada.

Marcus llamó al mayordomo para que retirara los platos, casi alegrándose de la presencia de sirvientes, pues empezaba a tener dificultades para controlar sus lascivos pensamientos.

Arabella estaba lo bastante próxima como para que su dulce aroma ascendiera hasta él, incitándolo. Y el elegante vestido que llevaba lo hacía desear descubrir qué deliciosos secretos ocultaba.

Su imaginación podía proporcionarle algunos detalles. Su flexible y esbelto cuerpo. La madura curva de sus senos. Sus largas y elegantes piernas...

Marcus se reprochó mentalmente esos pensamientos, y miró serio el hermoso rostro de Arabella, pero de poco le sirvió para reprimirlos. Aquélla era la primera vez que veía sus cabellos totalmente descubiertos, y sentía el apremio de quitarle las horquillas y ver aquella seda rojizo-dorada enmarañada tras hacerle el amor.

Ese erótico pensamiento fue lo bastante excitante como para que se endureciera y se vio asaltado por nuevos pensamientos del mismo cariz. Podía imaginarse echando al suelo platos y copas y tomando a Arabella sobre la mesa como si fuera un delicioso manjar. Sin duda alguna, ella sería mucho más sabrosa que todo lo que les habían servido hasta entonces. Deseaba hacerle saborear el placer que él podía darle...

Pero mientras intentaba disciplinar sus erráticas ensoñaciones, Marcus pensó que todo eso tendría que esperar mucho más tiempo. Se había prometido no apresurarse. Aquello se suponía que tenía que ser un cortejo romántico, no una simple seducción, y sabía que necesitaría mucho más que placer físico para vencer a Arabella.

Sin embargo, no le suponía ningún esfuerzo limitarse a compartir sólo su compañía. Deseaba sinceramente saberlo todo sobre ella. Y, cenar juntos, por lo menos les proporcionaba la oportunidad perfecta para intimar.

El problema era que el vino era tan amargo que no se podía beber. Y los platos que Simpkin estaba colocándole delante parecían aún menos apetitosos de lo que lo había sido la sopa.

Marcus probó un poco de cada cosa sólo para asegurarse: en efecto, nabos triturados sin condimentar, col mal cocida y un cuarto trasero de cordero quemado, tan seco que era casi



imposible masticarlo.

No obstante, cuando observó que Arabella lo miraba con atención, comenzó a preguntarse por su insólito interés.

—Como cocinera, la señora Simpkin deja mucho que desear —comentó despreocupado.

—¡Oh!, ¿lo crees así?

El tono de Arabella era tan inocente que despertó aún más sus sospechas.

—Absolutamente. Si la comida sigue sabiendo tan mal, tendré que mandar a llamar a mi chef de Londres para que sustituya a la señora Simpkin como cocinera.

La respuesta de ella fue alegre:

—Prueba la salsa de hierbabuena. Mejora el gusto del cordero de manera considerable.

—No lo suficiente —respondió él sarcástico, clavando el tenedor en la carne carbonizada. — Creo que tal vez debería intercambiar unas palabras con la señora Simpkin.

La inocente expresión de Arabella desapareció por completo.

—Eso no será necesario, Marcus.

—¿No?

—Ella puede cocinar mucho mejor.

—No sé si estoy dispuesto a arriesgarme. En realidad, si ha sido idea suya servirnos esta comida infame, no deseo seguir empleándola por más tiempo.

Su vana amenaza produjo el efecto deseado: Arabella suspiró y salió en defensa del ama de llaves con una confesión:

—No ha sido culpa de la señora Simpkin sino totalmente mía. He sido yo quien le he pedido que hiciese esto.

Marcus enarcó una ceja.

—¿Le has pedido que quemase el cordero y añadiera vinagre al vino? Lo había sospechado. — La miró divertido—. Déjame aventurar: te estás esforzando por hacer mi estancia aquí lo más desagradable posible, confiando en que así renuncie a nuestra apuesta.

—Bien, sí —reconoció con un tenue rubor de culpabilidad. —Y para dificultar cualquier posible intimidad entre nosotros. —Puesto que estar muerto de hambre no favorece mucho el galanteo.

—Exactamente. Pero ya te he advertido que no te daría facilidades. ¿Estás enfadado? — preguntó con suavidad.

Su sonrisa exhibía tal satisfacción que Marcus se vio obligado a sonreír a su vez.

—¿Enfadado? Ni lo más mínimo.

Exasperado quizá. Y desde luego muy fascinado por la hermosa intrigante y sus esfuerzos por esquivar su cortejo. Pero tal vez él pudiese aprovechar sus maquinaciones en beneficio propio...

De pronto, se levantó y le tendió la mano.

—Ven conmigo, Arabella.

Su perversa sonrisa le hizo sentir al instante una extrema cautela.

—¿Ir adónde?

—Ya lo verás.



Le asió la mano y la hizo ponerse en pie, con lo cual no tuvo más remedio que acompañarlo. Pasaron junto a un desconcertado Simpkin y siguieron por el pasillo, en dirección a la escalera posterior.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Arabella intranquila.

—A la cocina, a buscar algo mejor para comer.

—En realidad no hay necesidad...

—Desde luego que sí. Insisto. Tú debes de estar aún hambrienta y yo reconozco que lo estoy.

Ella trató de retroceder.

—Creo que prefiero morirme de hambre. Marcus soltó una carcajada.

—Pero yo no. Vamos, querida. No desearás obligarme a llevarte en brazos.

Sospechando que cumpliría su amenaza si seguía resistiéndose, Arabella cedió.

Cuando llegaron a las grandes cocinas, encontraron a la señora Simpkin sentada ante la larga mesa de madera donde comían los sirvientes mientras la doncella lavaba ollas y cazuelas en el fregadero. El ama de llaves se levantó bruscamente, sobresaltada al verles.

—¡Milord! ¿Sucede algo malo?

—Así lo diría yo, señora Simpkin. Los platos que ha servido esta noche no han logrado satisfacer nuestro apetito.

—Puedo preparar alguna otra cosa, milord.

—No será necesario. Discúlpenos, por favor.

El ama de llaves pareció de pronto preocupada.

—¿Qué se propone lord Danvers? Si intenta castigar a la señorita Arabella...

—Simplemente pienso alimentarla. Ahora, por favor, facilítenos cierta intimidad. No se alarme, no pienso causar daño alguno a su señora.

Tras una vacilante mirada a Arabella, la mujer salió de mala gana de la estancia, seguida por la doncella, que los miraba con ojos muy abiertos.

Marcus condujo a Arabella a la mesa y la obligó a sentarse en el banco.

—Siéntate mientras yo asalto la despensa.

Ella obedeció a regañadientes. El calor de la habitación, combinado con los deliciosos aromas a hierbas y guisos, era en cierto modo agradable; sin embargo, no podía relajarse mientras observaba a Marcus rebuscar por la vasta estancia. Resultaba incongruente ver a un alto y esbelto aristócrata, ataviado con ropa formal de noche, rebuscando en aquel entorno doméstico, pero a la vez era profundamente inquietante imaginar lo que reservaba para ella y sus artimañas. Era evidente que iba a desquitarse.

Inspeccionó varias despensas y luego la bodega, cogiendo comida como para un banquete, y regresó luego para depositarla en la mesa, delante de Arabella. A continuación, recorrió la cocina apagando todas las lámparas y dejando únicamente el fuego del hogar como iluminación.

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó ella con voz repentinamente inquieta.

—Ya te lo he dicho. Me propongo alimentarte.

—¿A oscuras?



Él sonrió ante su protesta.

—No estamos completamente a oscuras. Deseo poder ver cómo te deleitas al saborear cada bocado.

Esa respuesta la desconcertó, lo mismo que su siguiente provocativo comentario cuando se sentó en el banco, a su lado.

—Esto es mucho más íntimo que el comedor, ¿no te parece? Tenía razón, aquello era realmente mucho más íntimo. Era evidente que el plan de Arabella se había ido al traste.

—Marcus, esto es muy poco correcto... —comenzó a decir sin aliento. El azul de los ojos de él destelló ante ella.

—Silencio, querida, y acepta tu castigo, con deportividad.

Arabella comprendió que no tenía más remedio que acceder, pese a la repentina sequedad de su boca.

Fue vivamente consciente de la poderosa masculinidad de Marcus cuando éste se inclinó, acercándose, y ella pudo sentir su fuerte muslo presionar el de ella a través de su vestido. El excitante contacto envió una oleada de calor a su bajo vientre y entre sus muslos y tensó sus pezones hasta convertirlos en dos endurecidas protuberancias.

Y, lo que era peor, él sabía perfectamente el efecto que le estaba causando, el muy malvado.

Aumentó la presión de manera intencionada mientras buscaba en un cuenco y cogía una hermosa fresa, la primera de la temporada. A continuación, retiró el paño de otro cuenco y sumergió el maduro fruto en nata, que en seguida llevó a los labios de ella.

Arabella advirtió que se proponía alimentarla con los dedos, y trató sin éxito de quitarle la baya.

—Puedo comer sola.

—Pero no sería tan agradable para ninguno de los dos. Abre tu encantadora boca, Arabella, o te la abriré yo con un beso.

Escogiendo el menor de los dos males, se inclinó para morder la fruta. El agri dulce estallido de sabor en su boca fue delicioso, recordándole que las fresas y la nata eran su postre favorito. No obstante, no podía disfrutar de ello con Marcus observándola tan atentamente. Los labios del hombre se curvaron en una lenta y sensual sonrisa mirándola masticar.

Le hizo comer otro par de fresas hasta que Arabella por fin le apartó la mano.

—No tengo más hambre.

—Yo sí. Estoy hambriento de ti.

El corazón le dio un fuerte brinco ante su quedo murmullo.

—Puedo imaginar cuán apetecible sabrías, amor.

Sus miradas se encontraron y ella se quedó sin aliento. Nunca había sentido una sensación semejante, tan absolutamente física. Algo tangible había surgido entre los dos, y ella no podía desviar la mirada. Tenía suficiente experiencia como para reconocer el brillante destello de deseo que llameaba en los azules ojos de Marcus.

Sintió cómo la recorría un estremecimiento incluso antes de que él le pasara un dedo por la húmeda línea de los labios.

—De ahora en adelante, cada vez que te vea comer, sentiré esta tentación.



La joven reprimió un gemido. A continuación, él deslizó los dedos hasta tocar el pulso acelerado en la base de su garganta. La tensión latente entre ellos era casi insoportable.

Desesperada por romperla, Arabella se puso súbitamente en pie.

—Debo irme —espetó. Sin embargo, le fue imposible hacerlo, porque Marcus la cogió de la mano.

La risa impregnaba su voz mientras protestaba:

—Pero querida, si apenas has comido un bocado.

—¡Tengo más que suficiente, milord!

Apartó la mano de su sujeción y escapó oyendo el sonido de su suave risa. El corazón aún le latía apresuradamente minutos después, cuando llegó a su dormitorio, con el cuerpo todavía estremecido de deseo.

Cerró firmemente la puerta a sus espaldas y luego se recostó con debilidad contra ella. Si ni siquiera podía pasar la prueba de su primera cena con lord Danvers, tenía un grave problema.

Ella se había propuesto frustrar su plan de cortejarla, pero su empeño había resultado desastroso. Ciertamente, hasta el momento, había resultado clara perdedora en todos sus encuentros con él.

Arabella negó con la cabeza, obstinada. Tal vez hubiera sido vencida en las batallas iniciales, pero no perdería la guerra.



CAPITULO 05

Ve con cuidado, queridísima Arabella. Lord Danvers tiene fama de ser un seductor irresistible.

FANNY IRWIN A ARABELLA

El extraño sonido de una sierra despertó a Arabella a la mañana siguiente. Abrió los ojos curiosa y miró hacia la ventana de su dormitorio. El singular ruido procedía del exterior, junto con varias voces masculinas.

Extrañada, se levantó para observar tras las cortinas y parpadeó ante la brillante luz del sol. Desde su habitación podía ver la parte posterior de la casa, los jardines y las terrazas de césped más allá de los mismos, que conducían hasta el río. Vio todo un ejército de jardineros, podando, recortando y rastrillando años de exuberancia incontrolada.

Arabella se alejó de la ventana pensativa para lavarse y vestirse. Se había levantado más tarde que de costumbre, pues había dormido mal. A decir verdad, había estado dando vueltas gran parte de la noche, con imágenes de cierto sensual noble poblando sus inquietos sueños.

Acababa de ponerse un vestido de muselina estampado con ramilletes amarillos cuando oyó un suave golpe en la puerta seguido de la voz queda de la señora Simpkin.

—Soy yo, señorita Arabella, le he traído el desayuno.

Cuando ella le dio permiso, el ama de llaves se apresuró a entrar con una bandeja cargada, que colocó sobre el tocador.

—Imaginaba que no desearía desayunar con lord Danvers, por lo que me he tomado la libertad de subirle aquí el suyo.

La mujer también le había enviado amablemente una bandeja con la cena la noche anterior, para que no pasara hambre.

—Gracias, señora Simpkin —dijo la joven con auténtico agradecimiento, satisfecha de evitar encontrarse a solas con Marcus tan poco tiempo después de su desastrosa cena. —A propósito, ¿de dónde han salido esos trabajadores de los jardines?

—Vienen de Londres. Su señoría envió a por ellos... ¡Ah, Y hay media docena de comerciantes aguardándola en mi sala de cuentas!

Arabella enarcó las cejas con curiosidad.

—¿Aguardándome?

—Sí. Lord Danvers también los ha hecho venir de Londres. Se propone poner la mansión en orden, sustituir el mobiliario desvencijado, el empapelado y los cortinajes de la casa de arriba abajo. Pero dice que desea que usted tome las decisiones, puesto que él no distingue el brocado del hilo.

El ama de llaves se encaminó hacia la puerta, pero una vez allí, se detuvo para dirigirse de nuevo a Arabella.

—Debo reconocer que será muy agradable ver que la mansión vuelve a recuperar su antigua



gloria. E incluso sería mejor tener de nuevo aquí a una condesa. —La anciana sirvienta le dirigió una sonrisa maternal. —Tal vez su señoría no sea tan desagradable como temíamos.

Arabella se preguntó qué habría hecho que la señora Simpkin cambiase tan repentinamente de opinión, porque hasta entonces, la mujer había estado tan preocupada por el nuevo conde como sus reacias pupilas. Lo más probable era que el ama de llaves simplemente estuviese agradecida al ver que la casa recibía algún cuidado, tras la tacañería del antiguo señor.

—Sí, quizá lord Danvers no sea por completo desagradable —contestó Arabella sin comprometerse.

—Por lo menos, me ha perdonado por la desgraciada cena de anoche.

La joven se había sentido consternada al ver que Marcus iba a hacer responsable al ama de llaves de sus propias acciones.

—Yo ya le dije que usted no era culpable de la cena, señora Simpkin.

—Lo sé, pero de todos modos no me gusta estar a mal con su señoría. —Sus ojos castaños centellearon. —Al fin y al cabo, ha decidido no traer ningún chef de Londres, que estaría por encima de mí, y me ha dado la libertad para contratar a una nueva cocinera. Debo reconocer que me alegrará liberarme de las cocinas. Supervisar a todas las doncellas a las que debo aleccionar ya será un empleo a tiempo completo. Simpkin confía en poder controlar a los lacayos que su señoría envió de su casa de Londres la semana pasada. —La mujer hizo una nueva pausa. —¿Puedo decirles a los comerciantes que bajará usted en breve, señorita Arabella? Están ansiosos de mostrarle sus mercancías.

—Sí, en cuanto acabe de desayunar.

Una vez hubo comido rápidamente y bajado al pequeño despacho del ama de llaves, Arabella vio que la señora Simpkin no había exagerado. Marcus había convocado realmente a un ejército de comerciantes para renovar la mansión. Había siete aguardándola ansiosos, con los brazos llenos de modelos de tejidos, catálogos y muestrarios.

Todos se inclinaron cortésmente ante ella, pero cuando comenzaron a reclamar su atención, Arabella levantó una mano.

—Por favor, concédanme un momento, señores.

Se volvió rápidamente y fue en busca de Simpkin, a quien encontró ocupado, supervisando al grupo de nuevos lacayos que estaban limpiando y puliendo las lámparas de la casa.

—¿Dónde puedo encontrar a lord Danvers? —preguntó.

—Creo que su señoría está en el estudio, señorita Arabella —respondió el mayordomo.

Atravesó toda la casa hasta el estudio, donde encontró la puerta abierta. Sin embargo, cuando entró y distinguió a Marcus se detuvo en seco. Estaba cómodamente sentado en un sofá, leyendo los periódicos matutinos que debían de haberle enviado desde Londres.

Al verlo, Arabella sintió una palpitación en el estómago. Iba vestido de manera mucho menos formal que la noche anterior, con una chaqueta de color teja pero sin corbata ni chaleco. Llevaba la camisa de hilo desabrochada en el cuello, mostrando una indecorosa visión de su pecho, como la semana anterior, cuando ella había interrumpido su sesión de esgrima.

Su lenta sonrisa de saludo le dio a entender que comprendía el efecto que su informal atuendo le había causado.



—Arabella, qué placer —dijo, levantándose. —Confieso que me sorprende que voluntariamente hayas venido a mi encuentro tras ocultarte de mí en tu habitación toda la mañana.

Decidida a no dejarse provocar, contuvo una seca respuesta y, en lugar de ello, le preguntó por su decisión de invertir en la casa lo que posiblemente sería una fortuna.

—No comprendo tu deseo de renovar la mansión. ¿Por qué vas a incurrir en tales gastos?

—Ésta es mi casa ahora tanto como la tuya.

—Pero no necesitas volver a re-decorarla por completo.

—Creo que ya va siendo hora, puesto que el mobiliario es de hace un siglo.

—¿Por eso has hecho venir a tantos comerciantes?

Marcus negó con la cabeza.

—Dejo que tú contrates lo necesario. No estás obligada a utilizarlo todo. Sólo quería facilitarte una amplia elección. Tienes plena libertad para decorar la casa como desees.

—Pero ¿por qué me das tanta autoridad? —preguntó Arabella desconcertada.

—Porque sin duda tienes mejor gusto y experiencia que yo.

—¿No es esto un modo de neutralizar mi resistencia?

Su sensual sonrisa iluminó la estancia.

—Desde luego que lo es, querida. Ya sabes que me propongo hacer cuanto esté en mi mano para convencerte de que te conviertas en mi esposa.

Reprimiendo su regocijo, la joven le dirigió una mirada valorativa.

—Derrochar tu riqueza no te servirá de mucho para convencerme.

—Bueno, tampoco me perjudicará. No soy totalmente ignorante en lo que a la mente femenina se refiere. Sé que a las damas os gusta encargaras del hogar.

—Pero yo no soy la señora de esta casa, Marcus.

—Desde luego que sí. Ahora lo eres, lo seguirás siendo cuando seas mi condesa. —Al ver que ella ponía los ojos en blanco, rió quedamente. —Creía que estarías complacida con mi gesto.

—Desde luego has hecho muy feliz a la señora Simpkin —contestó graciosamente—. Ha sido muy inteligente por tu parte aumentar el servicio de manera tan generosa, porque no existe camino más seguro para llegar a su corazón.

—¿Y cuál es el camino para llegar al tuyo? —Al ver que Arabella permanecía en silencio, Marcus volvió a reírse. —La señora Simpkin y yo hemos llegado a un entendimiento.

—Lo que significa que la has seducido para que haga tu voluntad.

—Eso, y le he explicado que estoy cortejándote. Por cierto, me ha dado su aprobación.

Los rasgos de Arabella reflejaron exasperación mientras se volvía y salía en silencio de la sala. No le extrañaba que él utilizara todos los medios a su alcance para ganar la apuesta, porque ella se había propuesto hacer lo mismo.

Sin embargo, tenía que admitir que estaba contenta de que quisiera ver la mansión Danvers en condiciones. La casa era realmente hermosa, y la finca era digna de un conde. No obstante, hubiera deseado que Roslyn estuviera allí, porque su hermana tenía un gusto exquisito, y era la que había sido mejor preparada por su madre para desempeñar el papel de señora de la mansión.



Arabella pasó toda la mañana con los comerciantes, recorriendo las habitaciones de la casa y escogiendo tejidos y mobiliario. La tarea la ocupó tan intensamente que no se fijó en que las horas iban pasando.

Trataba de decidirse entre un terciopelo verde selva y un brocado azul para la tapicería del salón, cuando Simpkin apareció en la puerta.

—La señorita Blanchard ha venido a verla, señorita Arabella. Ella levantó la cabeza sorprendida.

—¡Oh, Dios mío, he olvidado por completo mi clase!

Se le había ido totalmente de la cabeza que se la esperaba en la academia para dar clase a las once. Su íntima amiga y compañera en la escuela, Tess Blanchard, sin duda había acudido a ver por qué no se había presentado de manera insólita.

—¿Dónde ha llevado a la señorita Blanchard, Simpkin?

—La aguarda en el vestíbulo de entrada, porque no he podido encontrar un salón que no estuviera lleno de tejidos y muestras de empapelado.

Arabella estaba a punto de salir del salón cuando el mayordomo carraspeó.

—Discúlpeme, señorita Arabella, pero ¿dónde desea que coloque las flores?

—¿Las flores?

—Las que lord Danvers ha hecho enviar desde Londres. Han sido descargadas en el vestíbulo de entrada a petición de su señoría.

Desconcertada, se apresuró por el pasillo hasta llegar al vestíbulo, en efecto, repleto de masas de flores y una impresionante profusión de colores y aromas. Las había de todas clases, sobre todo lirios, rosas y narcisos. Lo primero que se le ocurrió fue que Marcus debía de haber vaciado todas las floristerías y puestos de flores de Londres.

Su amiga Tess estaba admirando un enorme jarrón de rosas rojas, pero dejó de hacerla al distinguir a Arabella.

—¿Qué diablos está sucediendo, Arabella? Me has dejado muy preocupada cuando no has aparecido en la escuela, por lo que he venido a ver qué había pasado, y descubro que tienes aquí todo un jardín.

Parecía divertida, pero también algo inquieta.

—¡Lamento mucho haber faltado a mi clase, Tess! He perdido totalmente la noción del tiempo.

Su amiga bajó la voz para evitar que la oyesen.

—¿Cómo te va con el enojoso conde, como lo llama Lilian? Arabella miró en torno para asegurarse de que no se veía a Marcus por ninguna parte, y respondió lastimosa:

—Me temo que no va bien... como puedes ver. —Señaló la enorme exposición de flores. —Creo que ésta debe de ser su idea de un cortejo romántico.

—¿Cortejo?

—¡Ven conmigo! —Arabella condujo a su amiga del vestíbulo al pequeño salón, para que pudieran tener un poco de intimidad.

Tess era una mujer hermosa, de cabellos negros, tez impecable y una figura que era la envidia de casi todas las damas del distrito. Aunque era un año más joven que Arabella, había permanecido soltera tras perder a su prometido en la guerra peninsular. Se habían hecho amigas



en seguida cuando las hermanas Loring se trasladaron con su tío hada cuatro años, y su amistad se había hecho aún más estrecha cuando Arabella abrió la academia. Pese a la refinada educación de Tess, según la cual las damas no debían ocuparse de tareas inferiores a su categoría, se había ofrecido como profesora con la esperanza de que la actividad la ayudara a superar su pesar.

Puesto que habían compartido tantas cosas, Arabella no sintió escrúpulos en contárselo todo a Tess.

—Lord Danvers me ha propuesto matrimonio. La otra se la quedó mirando, muda de asombro.

—Yo creía que trataba de casarte con un absoluto desconocido.

Arabella se rió ante la expresión de su amiga.

—Así era. Pero luego decidió matar dos pájaros de un tiro; liberarse de su responsabilidad sobre mí como su pupila y asegurarse una esposa que le proporcione herederos.

—¿Te propones aceptarlo?

—Desde luego que no. Pero he accedido a permitirle que me corteje.

Le contó a Tess lo de la apuesta, y que lord Danvers había prometido concederles a ella y a sus hermanas su emancipación legal si Arabella podía resistir su seducción durante una quincena. — Lily estará ciertamente complacida de verse libre de su tutoría, lo mismo que Roslyn —dijo Tess cuando ella concluyó.

—¿Cómo están? —preguntó Arabella con entusiasmo.

—Bastante bien, considerando que han restringido enormemente sus actividades diarias para no ser vistas por el conde. Como es natural, Lily está inquieta al verse confinada en la casa, pero incluso Roslyn se está poniendo nerviosa.

—Puedo imaginarlo perfectamente. Gracias por admitirlas contigo, Tess, y por dar mi clase esta mañana. Sé que esto te habrá complicado las cosas.

—No tiene importancia, querida. Tú has hecho mucho más por mí durante los últimos años. Ya era hora de que comenzara a devolvértelo.

—Si no te importa, preferiría que mis hermanas se quedaran en tu casa algunos días más, hasta que podamos estar seguras de las intenciones del conde —añadió Arabella—. En cuanto vea que mantengo nuestra apuesta, es probable que deje de tratar de acordar matrimonios para ellas, pero no lo conozco aún lo bastante bien como para confiar en él de manera incondicional.

—Desde luego que no me importa —respondió Tess—. Estoy encantada de que Roslyn y Lily se queden conmigo todo el tiempo que haga falta. En realidad, me están resultando valiosísimas para ayudarme a preparar cestas para las familias de los soldados caídos. Coser camisas y tejer calcetines para tantísimos niños necesitados es una tarea enorme, y con la colaboración de tus hermanas podré aumentar la cifra de este año a doscientos. —Tess sonrió. —Asombrosamente, incluso Lily se ha entregado a ello por completo, pese a que no le gusta coser, puesto que comprende que es para un buen fin. Y ahora háblame de lord Danvers. ¿Es el despótico tirano que temías?

Arabella vaciló. Tenía que reconocer que Marcus no era en absoluto como había temido. Tal vez fuera bastante arrogante, pero desde luego no era un tirano. En realidad, había mostrado poseer una notable comprensión para ser un hombre de su clase.

La noche anterior, cuando le hablaba de su academia, la había escuchado atentamente. Y; lo



más sorprendente, parecía respetarla y considerarla señora de la propiedad, aunque su tío las había tratado tanto a ella como a sus hermanas como parientes pobres dependientes de su caridad.

Pero, claro, Marcus estaba mostrando su lado más agradable con el fin de convencerla de que sería un aceptable marido.

—No, no es tan malo como temíamos —reconoció al fin. —Es bastante arrogante y arbitrario, como la mayoría de los nobles, y está acostumbrado a salirse con la suya, pero no puedo calificarlo en absoluto de tirano.

—Me siento halagado, querida —dijo una perezosa voz masculina desde la puerta. —Tu entusiasta defensa reconforta mi corazón.

Sobresaltada por la intrusión, Arabella giró en redondo y miró a Marcus de manera reprobadora.

—¿Nadie te ha dicho que es descortés escuchar a escondidas? Un brillo divertido apareció en sus ojos mientras entraba tranquilamente en la sala.

—La cortesía nunca conquistó a una hermosa doncella. Por otra parte, no veo ninguna razón para cambiar mis métodos puesto que parecen estar funcionando. Está claro que estoy haciendo progresos si he conseguido mejorar la opinión que tienes de mí de manera tan significativa en apenas un día. A este promedio, estaremos casados a fin de mes.

Arabella apretó los labios esforzándose por contener la risa.

—Estás construyendo castillos en el aire.

—Un castillo en el aire es algo muy bonito. —Su provocativa sonrisa le produjo un intenso estremecimiento. —¿Me vas a presentar a tu invitada o te propones ocultármela, como has hecho con tus hermanas?

Ella se sonrojó mientras recordaba finalmente sus modales.

—La señorita Tess Blanchard. Tess, mi tutor, lord Danvers.

Marcus se inclinó.

—Es un placer conocerla, señorita Blanchard. Tengo entendido que da clases en la Academia Freemantle con Arabella. —Al ver que Tess enarcaba fríamente una ceja, Marcus le dirigió una atractiva sonrisa—. He encargado a mis abogados que me informaran exhaustivamente sobre su escuela, dado que mis pupilas están tan involucradas en el proyecto. Deduzco que es amiga de Arabella.

—Así es, milord —respondió Tess mirándolo con interés.

—Entonces, quizá podría aconsejarme cómo progresar en mi cortejo. Necesito toda la ayuda que pueda obtener.

—No esperará que colabore con el enemigo, ¿verdad?

Él se rió suavemente.

—Verá, ése es mi problema. He sido considerado «el enemigo» de entrada, sin oportunidad alguna de demostrar lo contrario.

Al ver que Tess le sonreía a modo de respuesta, Arabella se quedó pasmada de que Marcus pudiera encantar incluso a su amiga, que tras un desdichado encuentro con uno de ellos en el



pasado, era en extremo cautelosa con los nobles libertinos.

—Lord Danvers es evidentemente muy versado en la utilización de su encanto para conseguir sus fines —dijo Arabella con sequedad.

—Cierto —convino él. —Pero incluso mis mayores esfuerzos a ti no te causan mucho efecto. —Dirigió su mirada a Tess una vez más. —¿Se quedará a comer, señorita Blanchard? Confío convencerla para que me cuente algunos secretos de Arabella.

Eso provocó otra tenue sonrisa de Tess.

—Gracias, pero no puedo. Debo regresar a la academia. Sólo he venido a ver porqué Arabella no ha acudido a su clase.

—Me temo que ha sido culpa mía. La he mantenido ocupada con mis asuntos toda la mañana.

Ante la curiosa mirada de Tess, Arabella sintió que se sonrojaba.

—Lord Danvers se propone renovar la mansión y me ha pedido que supervisara los trabajos.

—Comprendo —respondió Tess lentamente, aunque el ceño que apareció en su frente mostraba un atisbo de preocupación. —No te preocupes —dijo Arabella con una traviesa mirada a Marcus—. No tengo intenciones de convertirme en lady Danvers sólo porque disfrute decorando su mansión.

Junto con Marcus, Arabella acompañó a Tess al vestíbulo de entrada, donde las recibió de nuevo el bosque de flores. Arabella fue directamente al jarrón de rosas que su amiga había estado admirando antes.

—Tess, por favor, llévatelas. Sé cuánto te gustan las rosas, tú las apreciarás mejor que yo. —Se volvió hacia el mayordomo, que aguardaba junto a la puerta principal. —¿Se encargará de que las restantes flores sean entregadas a la academia, Simpkin?

—¿Todas, señorita Arabella?

—Sí, todas. Puede distribuirlas entre nuestras alumnas con los saludos de lord Danvers. —Miró a Marcus con una perversa sonrisa. —Estoy segura de que nuestras damiselas estarán muy reconocidas de que un noble de tu ilustrísimo rango piense en alegrarles el día. Y no me gustaría desperdiciar tan encantadoras flores.

Él inclinó la cabeza reconociendo su pequeña victoria, y Arabella sintió que el pulso se le disparaba ante su masculina sonrisa.

Apartó la mirada y acompañó a su amiga fuera, para despedirse de ella en privado. Cuando regresó, se encontró con que Marcus aún la estaba aguardando.

—¿Deseas algo de mí, lord Danvers? Debería regresar al salón, donde he dejado a nuestros comerciantes.

—Me proponía invitarte a salir a montar conmigo después de comer. He pensado que podrías disfrutar del ejercicio. —Al verla vacilar, añadió—: He hecho traer algunos de mis caballos de Londres, suponiendo que tú y tus hermanas apreciaríais unas monturas decentes, para variar. Los jamelgos de los establos de vuestro tío apenas son dignos de llamarse caballos. Podemos considerar el paseo parte de mi cuota diaria de tu compañía.

Arabella reflexionó y pensó que realmente le apetecería cabalgar. Y montada a caballo tendría mejores oportunidades de frustrar el persistente cortejo del conde.

—Me gustaría mucho, milord.



—Bien. Entonces nos encontraremos en el establo a las dos.

La joven regresó al salón sin poder ignorar un estremecimiento de emoción ante la perspectiva de salir a cabalgar en un día tan encantador de primavera; o la más deplorable expectativa de volver a rivalizar en ingenio con Marcus.

A Arabella no la decepcionaron ni el tiempo ni su nueva montura. Cuando llegó a los establos, Marcus la estaba aguardando con una hermosa yegua baya para ella. La ayudó a subir a su silla de amazona y luego él montó en un robusto castrado castaño.

La joven abrió la marcha saliendo del patio y siguiendo por el camino de gravilla hasta un sendero sombreado bajo los árboles. En el próximo cruce de caminos, giraron y se metieron en el campo, a un medio galope calmoso, sorteando exuberantes terrenos verdes, pastos y claros, que flanqueaban el sinuoso río Támesis. Finalmente, redujeron la marcha al llegar a la cumbre de una colina desde donde podían distinguir un amplio valle a sus pies.

Se mantenían en un agradable silencio. Arabella levantó su rostro al sol, absorbiendo el atardecer brillante y dorado, y saboreando el extraño placer de hallarse sobre un enérgico corcel, con un encantador y atractivo caballero a su lado. Reconoció que, de no ser por la apuesta, disfrutaría mucho la compañía del conde.

—Gracias por este precioso regalo —dijo, dando unas palmaditas a la yegua. —Es una belleza. Evidentemente, tienes un gusto superior para los caballos.

—Yo le he comprado a mi hermana todos los que ha tenido —respondió Marcus.

—¿Y es buena amazona?

—La mejor, puesto que la enseñé yo mismo. Eleanor cabalga como el viento, tal como dicen que sabe hacer tu hermana Lillian.

—Lily en realidad cabalga como una endemoniada —respondió Arabella con una sonrisa afectuosa.

—Me gustaría conocerla, a ella y a Roslyn, uno de estos días. Ella le dirigió una provocativa mirada.

—Ya veremos.

—Tal vez invite a Eleanor a que nos visite. Disfrutaría mucho más cabalgando aquí que por el aburrido entorno de Hyde Park.

—¿Vive en Londres contigo?

—En Londres, pero no conmigo. Está con su anciana tía, que hace las veces de su carabina. Eleanor se trasladó allí para su presentación en sociedad hace tres años y decidió quedarse.

—Si has sido su tutor durante tanto tiempo, ¿cómo es que no has tratado de casarla, como planeabas hacer con nosotras?

Él esbozó una sonrisa, divertido.

—Nunca se me habría ocurrido hacer de casamentero para mi hermana. Por fortuna no hay necesidad, puesto que, como heredera, puede escoger a sus pretendientes. Aunque por el momento, como tú, está decidida a permanecer soltera, si bien ha estado prometida en dos ocasiones. Ambas veces rompió el compromiso. Nuestra tía teme que se esté ganando reputación de dar calabazas.

Arabella enarcó las cejas interrogativamente.



—Supongo que tendrá buenas razones para ello.

—Decidió que, después de todo, no estaba enamorada —respondió él suavemente. Y volvió la cabeza para examinar a Arabella. —Siento curiosidad por tu prometido. ¿Amabas a tu vizconde?

Arabella no pudo reprimir una mueca de dolor. Aún le resultaba difícil recordar su antiguo compromiso con George, vizconde de Underwood. Ella realmente lo había amado. Había imaginado un futuro con él, con la esperanza de tener hijos.

Sin embargo, al comprender que Marcus estaba aguardando su respuesta, se recompuso. Se sentía reacia a responder a una pregunta tan personal, pero tal vez se merecía saber por qué no tenía intención ni siquiera de considerar su proposición de matrimonio.

—Sí, le amaba —contestó con un tono sosegado. —Fue la única razón por la que acepté su propuesta, aunque se lo consideraba un excelente partido y aquello era exactamente lo que se esperaba de mí. Como sabes, tras la experiencia de mis padres, yo no deseaba un matrimonio de conveniencia.

—Evidentemente, él no te amaba. De ser así, nunca hubiera permitido que el escándalo se interpusiera entre vosotros.

En esa ocasión la pilló más preparada y logró ocultar su dolor.

—No, no me amaba —convino.

Inesperadamente, Marcus endureció la mandíbula con un gesto semejante a la ira.

—Fue muy poco honorable por su parte romper vuestro compromiso una vez hecho público.

Arabella se encogió de hombros despectiva.

—Así es. Pero pronto comprendí lo afortunado que fue que no llegáramos a casarnos, puesto que él no me amaba como pretendía. Probablemente, nuestro matrimonio se hubiera deteriorado hasta convertirse en nada más que una fría unión legal como máximo. —Consiguió esbozar una sonrisa. —En cualquier caso, eso sucedió hace cuatro años, cuando yo era joven e ingenua. Desde entonces me he vuelto mucho más prudente. Pero ¿comprendes por qué no estoy ansiosa por repetir la experiencia?

Marcus seguía observándola atentamente.

—Puedo comprender que tendré que demostrarte que no me parezco en nada a tu vizconde.

Arabella no pudo evitar que le pareciese divertida la comparación. Desde luego, su vizconde no se parecía en nada a Marcus. No era físicamente tan atractivo ni tan... enérgico. George era un hombre tierno, también muy diferente a su poderoso, dinámico y libertino padre, y eso principalmente fue lo que le había resultado atractivo en él. Pero había demostrado tener demasiado carácter.

—No tienes que hacer nada en ese sentido Marcus —respondió—. Existen pocas similitudes entre vosotros.

—Puedes estar segura de que no huiré ante el primer indicio de escándalo.

—No, no puedo imaginarte huyendo de nada. —Arabella le dirigió una sincera sonrisa. —Y, la verdad, luego casi me sentí reconocida por el escándalo. En cierto modo, nos liberó. Ahora, mis hermanas y yo somos capaces de gobernar nuestras propias vidas. —Le dirigió una irónica mirada. —O lo seríamos si no tuviéramos que cargar con un tutor no deseado.

Él sonrió perdiendo su atenta expresión.



—Lo siento.

—No lo sientes lo más mínimo —replicó ella suavemente. —Pero en cuanto concluyan nuestros quince días, me veré libre de ti.

—No desees verte libre de mí. Estás disfrutando demasiado con nuestra apuesta.

—¿Eso crees?

—Sin duda alguna. Disfrutas con el estímulo de desafiarme y rivalizar en ingenio con un adversario de tu talla.

Arabella arqueó elocuentemente una ceja.

—¿Cómo puedes presumir de saber lo que siento?

Su respuesta fue más seria de lo que ella había esperado.

—Porque yo siento lo mismo. Un estímulo que no había experimentado desde hacía años.

—Debe de ser dispepsia.

Marcus soltó una risita.

—Vamos, reconócelo. Tu vida ha sido mortalmente aburrida sin mí aquí para animarla; sólo con tu escuela para ocuparte.

Arabella lo miró en silencio, incapaz de refutar su afirmación.

Era verdad, la mayor parte de su tiempo era agobiantemente aburrido, salvo por algún incidente ocasional en su academia. Y realmente comenzaba a encontrar estimulantes los ratos que pasaba con Marcus. Aunque se mordería la lengua antes que reconocerlo ante él.

—Tienes una opinión enormemente elevada de ti mismo —dijo con dulzura antes de recoger las riendas. —Creo que puede resultarme más estimulante una buena galopada. —Espoleó a la yegua con los talones para que iniciara un medio galope. —Apuesto a que llegaré a la mansión antes que tú —le gritó, volviendo la cabeza.

Marcus sonrió ante su descarado intento de esquivar una conversación tan íntima con él. Pero al verla galopar alejándose, aceptó su desafío.

Cuando Arabella comprendió que lo tenía pisándole los talones, se inclinó sobre el cuello de su yegua apremiándola para que alcanzara mayor velocidad. La broma se convirtió en una auténtica carrera símbolo de la rabiosa competición que tenía lugar entre ellos en la vida real. Ambos estaban decididos a ganar. Arabella corría a una velocidad endiablada y Marcus se esforzó lo máximo posible por alcanzarla.

No obstante, a diferencia de la última vez, en esta ocasión ella montaba un caballo rápido, por lo que consiguió ganar, si bien con un margen muy limitado. Una vez alcanzada la victoria, la joven redujo su enloquecida marcha atrás, entró en el establo y se detuvo riéndose.

La hechizadora visión golpeó a Marcus directamente en el corazón antes de dispararse hacia sus ingles. Con su hermoso rostro sonrojado por el calor y el ejercicio, los labios entreabiertos por la emoción, los senos palpitando por el esfuerzo, comprendió que así sería cómo se la vería prendida en las garras de la pasión.

La imagen tensó su cuerpo de deseo y excitación. Deseaba bajar a Arabella de su caballo y hacerle el amor allí mismo, en aquel momento. Ansiaba sumergirse en aquel vibrante calor...

Por desdicha, tenían público. Marcus vio aparecer dos mozos para hacerse cargo de sus



sudorosos caballos.

Sin darles la oportunidad de ayudarla, Arabella se deslizó hacia el suelo desde su silla y entregó las riendas con la petición de que refrescaran a la yegua. Marcus hizo lo mismo con su montura y luego siguió a la joven en dirección a la casa.

La alcanzó cuando entraba por la puerta lateral.

—¿Me acompañarás esta noche en la cena? Ella le dirigió una graciosa mirada.

—¿Tengo alguna otra alternativa?

—Desde luego. Siempre podríamos completar el resto de nuestras cuatro horas esta noche, más tarde... cuando te retires a tu habitación.

—No te permitiría el paso —murmuró, ante su sutil insinuación de entrar en su dormitorio.

—¿Cenaremos pues?

Arabella dejó escapar un exagerado suspiro de resignación en atención a él.

—Muy bien, me reuniré contigo para cenar. Pero ahora mismo deseo hablar con la señora Simpkin sobre la re-decoración de la casa.

Marcus la observó mientras se marchaba, admirando el ligero ondear de sus caderas bajo la falda de su traje de montar, mientras reflexionaba sobre el sorprendente efecto que causaba en él.

Tenía que reconocer que sus sentimientos hacia Arabella iban más allá del deseo, y eran mucho más complejos. Sentía un excitante regocijo cuando estaba a su lado, una emoción que hacía años no experimentaba. Ella era toda una mujer, intensamente vital y viva, y lo hacía sentirse exactamente igual de vital y vivo.

Aunque tras su confesión sobre su antiguo prometido, Marcus comprendió más claramente contra lo que tendría que combatir. El cobarde abandono del vizconde sólo había hecho más profunda su desolación tras perder a sus padres y su casa. La traición de aquel bastardo, aún más que las batallas conyugales de sus progenitores, había dejado en Arabella una dolorosa desconfianza respecto a compromisos y matrimonio.

Marcus exhaló un lento suspiro. Odiaba pensar en el dolor y la humillación que ella había soportado a consecuencia de aquel abandono, y lo más seguro era que, si se proponía hacer que lo desease como marido, tuviese el camino cerrado. La joven trataría de frustrar constantemente su cortejo, como había hecho aquella mañana, cuando públicamente había rechazado su romántico gesto haciendo que mandasen sus flores a sus alumnas. El recuerdo lo hizo sonreír.

Pero decidió que no se dejaría disuadir. Se proponía erosionar su armadura defensiva hasta conseguir que ella cambiase de idea acerca de contraer matrimonio con él... Y comenzaría aquella misma noche. Era hora de que avanzara un paso más en la intimidad de su galanteo, introduciendo a Arabella en los secretos de la sensualidad.

Esbozó una sonrisa ante la expectativa. Empezar la conquista amorosa de una reacia damisela tal vez no fuera exactamente su fuerte, pero en el terreno de la sensualidad podía ganar.

Arabella fue en busca de la señora Simpkin para comentar sus últimos planes para renovar la casa. Antes de que comenzaran, pidió que le prepararan un baño en el vestidor que compartía con Roslyn, de modo que, cuando subió media hora más tarde, encontró una bañera de cobre llena de agua caliente aguardándola.

Se desnudó, se sumergió en la bañera y suspiró complacida.



Hacía mucho tiempo que no se había permitido el lujo de un baño prolongado.

Cuando acabó de lavarse el pelo, el agua estaba ya tibia. Tras secárselo con una toalla, se puso una bata y se lo dejó suelto para que se le secara. Cuando salió del vestidor, Arabella se detuvo bruscamente. Alguien había esparcido pétalos de rosas carmesíes sobre el marfileño cubrecama de su lecho.

«Marcus», fue su inmediato pensamiento. Aquel diablo debía de haber entrado en su dormitorio mientras ella se estaba bañando.

Incapaz de contener la risa, Arabella reconoció que era un gesto original. El vestíbulo de entrada estaba ya vacío de flores cuando ellos regresaron de su paseo a caballo, pero evidentemente, él había guardado algunas rosas para su última salva de cortejo.

Tenía que admirar su inventiva, aunque comprendió que podían haberlo visto los sirvientes. Miró hacia la puerta cerrada del pasillo. Sus dormitorios estaban separados por toda la amplitud de la casa, puesto que Marcus ocupaba los aposentos del señor. No podía haber justificación ninguna para que él se encontrara en aquel extremo de la planta, a menos que fuese la cercana sala de música.

Conteniendo su regocijo, decidió que tendría que tener unas prudentes palabras con él. Cuando se hubo vestido y bajado, lo encontró en el salón.

—¿Has puesto pétalos de rosa sobre mi lecho? —le preguntó en cuanto él le ofreció un vaso de vino.

—Me declaro culpable. Te estoy cortejando, ¿recuerdas? —Al ver que ella le dirigía una valorativa mirada, enarcó una ceja. —¿De modo que no aprecias mi gesto romántico?

—No ese gesto en particular. Es demasiado íntimo.

Marcus esbozó una sonrisa que estuvo a punto de dejarla sin respiración.

—Arabella, querida, no hemos comenzado a intimar. Ejerciendo un férreo control sobre sus sentidos, ignoró su provocativo comentario.

—Pero te podía haber visto algún sirviente.

—No. Siempre procuro ser discreto.

—Marcus... no puedes entrar en mi habitación tranquilamente cada vez que te plazca.

—Lo sé. Pero tú no tardarás en invitarme un día por propia voluntad. A propósito, me gusta verte el cabello suelto, como lo llevas ahora.

En la cara de la joven se reflejó la exasperación.

—No lo llevo así para complacerte, sino para que se me seque.

—Lo sé. Ahora, prueba el vino. Te resultará mucho más agradable que el vinagre de anoche. Es clarete de mis propias bodegas.

El vino era realmente excelente y él se abstuvo de hacer observaciones más provocativas. Mantuvieron una conversación sobre asuntos impersonales, en gran parte sobre el vecindario y los alrededores, ya Arabella ese rato previo a la cena le resultó muy agradable. Estaba disfrutando verdaderamente de la compañía de Marcus cuando Simpkin apareció para anunciar que la cena estaba servida.

La comida fue deliciosa. Sopa de crema de alcachofas, rodaballo con salsa de langosta, perdicés



rellenas, ternera cocida a fuego lento, coliflor y, como postre, pastel de grosellas.

Mientras los lacayos retiraban los platos, Marcus se dirigió al mayordomo.

—Por favor, Simpkin, felicite a la señora Simpkin de mi parte.

Mi chef londinense no lo hubiera hecho mejor.

—Gracias, milord. Estará encantada de saber que a usted le ha gustado.

Cuando los sirvientes se hubieron retirado, Arabella miró el reloj de bronce dorado que había sobre la repisa de la chimenea y se levantó.

—Ha sido un rato muy agradable, milord, pero creo que por hoy he cumplido con mi obligación de permanecer en tu compañía. —No del todo, querida. —Extendió la mano y le cogió suavemente la muñeca.

Ella lo miró con fijeza.

—No cabe duda de que nuestras cuatro horas han concluido.

—Todavía me queda un cuarto de hora. Tiempo suficiente para iniciar tu educación.

—¿Mi educación?

—Para demostrarte lo que te estás perdiendo si insistes en permanecer soltera.

El corazón comenzó a palparle.

—No necesito educación, Marcus.

—Sí la necesitas, Arabella. Precisas urgentemente probar un poco de placer físico. Deseo que comprendas la dicha conyugal que puedes esperar cuando estemos casados. ¿Cómo vas si no a tomar una decisión tan importante sobre tu futuro?

Su pregunta la dejó momentáneamente sin palabras. Al ver que permanecía muda, Marcus se levantó sin soltarle la muñeca.

—Ven a dar un paseo conmigo. Los jardines deben de ser agradables ahora que ya no son una jungla.

Arabella miró las puertaventanas y tragó saliva. Fuera ya era de noche, y una media luna pendía baja sobre el horizonte, bañando en luz plateada los árboles que se alineaban junto al río.

—Está oscuro.

—La oscuridad es perfecta para el cortejo.

—Marcus, no quiero salir fuera contigo. Sea lo que sea lo que pretendes, puedes hacerlo aquí mismo.

—Podría, pero no creo que te agradara que Simpkin fuese testigo de mis insinuaciones.

Al ver que ella lanzaba un resoplido exasperado, él añadió, engatusándola:

—En esta ocasión, no voy a besarte. Si lo intento, puedes volver a abofetearme.

—No me tientes —murmuró ella.

Marcus sonrió.

—¿Te tiento, dulce Arabella? Eres tú quien me tienta a mí.

—Desde luego no es ésa mi intención.

Retiró la mano, fue hacia la puerta y la abrió.



Marcus la siguió al exterior, a los jardines en terraza y luego la cogió del brazo.

—Paseemos hasta el río. Allí tendremos más intimidad. Arabella sintió que el pulso se le aceleraba mientras él la conducía por los peldaños de la terraza hasta el inclinado césped. Era impropio permitirle esa clase de intimidad, pero para hacer justicia a la apuesta, tenía que darle la oportunidad de cortejada. Sin embargo, tendría que hacer acopio de más fuerza de voluntad de la que había mostrado hasta entonces si pretendía resistirse a su seducción.

Arabella pudo distinguir el suave murmullo del agua mientras se aproximaban al río. Cuando llegaron a la orilla, Marcus la condujo tras un castaño. A través del entramado de ramas se filtraba bastante luz de luna, de modo que ella podía distinguir el hermoso rostro y el azul de los ojos del conde brillando en la oscuridad.

Él se quedó mirándola pensativo hasta que ella rompió el silencio:

—¿Qué te propones hacer si no es besarme?

Marcus deslizó sobre ella su sensual mirada, como acariciándola.

—Demostrarte el poder del contacto físico.

A ella no pareció gustarle cómo sonaba aquello, y fue a protestar.

—En esta ocasión sólo me propongo tocarte —la interrumpió él. —Demostrarte cómo el simple roce de un dedo puede causar poderosas sensaciones entre un hombre y una mujer.

—Te creo absolutamente. No necesito ninguna demostración.

Marcus sonrió con complicidad.

—Otra vez te estás volviendo pusilánime.

Su profunda mirada se convirtió en un reto, lo que sólo intensificó las incipientes sensaciones que empezaban a desbocarse en su interior.

—No, no soy pusilánime. Sólo deseo que te apresures y acabes con ello cuanto antes —replicó.

—Paciencia, dulce Arabella. Un cortejo adecuado requiere su tiempo.

—Según mis cálculos, sólo te quedan cinco minutos.

—Cinco minutos será tiempo sobrado para enseñarte esta lección.

Se puso en tensión cuando le cogió la mano derecha y se la volvió hacia arriba; sin embargo, no pudo evitar observar fascinada mientras Marcus comenzaba a trazar pequeños recorridos en su palma con la yema de un dedo.

Cuando llegó a las partes más sensibles, la sencilla caricia la hizo estremecerse por completo.

Arabella sabía que si ella se lo pedía, Marcus se detendría. Sin embargo, permaneció inmóvil y callada, con la espalda apoyada contra el tronco del árbol mientras él proseguía. A continuación, lo vio levantarle unos centímetros la larga manga del vestido para dejar su piel al descubierto y acariciar aquella delicada zona, haciéndola ruborizar.

Desconcertada, trató de apartar el brazo.

—Estate quieta —le ordenó Marcus.

—Es que me hace cosquillas.

—Hace mucho más que eso —dijo, y levantando la cabeza, le sostuvo la mirada con un brillo perverso en los ojos. Sabía exactamente cómo la afectaban sus expertas caricias; era el diablo.



Arabella apretó los dientes, decidida a resistir su seductor contacto. Aquel hombre era demasiado arrogante para su propio bien.

Él dejó entonces de torturarle la muñeca y, lentamente, le deslizó las puntas de los dedos por el brazo, sobre el tejido de seda de la manga y a lo largo del hombro, en una caricia insinuante y seductora. Ella sintió su poder incluso en ese leve contacto, y cuando Marcus alcanzó su desnuda clavícula sobre el alto borde del escote del vestido, se estremeció ante la ráfaga de sentimientos que la asaltaron. El calor aún se incrementó más cuando trazó una línea bajo el sedoso hueco que había entre sus senos.

—Arabella... —le advirtió de nuevo Marcus cuando trató de retirarse.

Ella tragó saliva con fuerza. Le resultaba casi imposible quedarse quieta mientras él proseguía. Lo cierto era que deseaba ser tocada de ese modo, deseaba que él la tocara.

El hombre deslizó su mano hacia arriba, a lo largo de la columna de su garganta.

—¿Puedes negar lo agradable que esto te resulta? —Su voz, como terciopelo, le acariciaba los sentidos tal como sus dedos estaban haciéndolo con su piel.

No, Arabella no podía negarlo. Sus excitantes caricias se expandían por su cuerpo pulsando todas sus terminaciones nerviosas.

Al ver que no respondía, Marcus apoyó lánguidamente un dedo bajo su barbilla y la obligó a levantar la vista. Cuando ella se encontró con sus ojos, su corazón latió con fuerza, irregularmente, palpitando salvaje en su garganta.

Entonces él la tocó allí, presionando con suavidad contra el vulnerable hueco. Luego le rozó la mandíbula con el pulgar. La joven se estremeció ante la tentadora caricia. Marcus volvió a tocarle de nuevo la mandíbula con un toque persistente y provocativo para después trasladarse con atormentadora lentitud a su mejilla.

Su mirada se sumergió en la de ella, mientras sus dedos jugueteaban con su sonrojada piel. Arabella no podía desviar la mirada. Estaba demasiado extasiada por su expresión y por el suave asalto de sus dedos. Apenas podía respirar mientras el pulgar de él le recorría los labios húmedos y entreabiertos y luego se lo introducía apenas por la comisura de su boca.

Con el corazón latiéndole dolorosamente, por un momento se preguntó si Marcus se proponía besarla. Pero entonces, él desplazó la mano desde su cara para recorrer de nuevo su garganta deslizándolo la palma con levedad, provocándole deliciosas sensaciones que dejaban un ardiente sendero detrás.

Cuando le pasó seductoramente un dedo por la línea de la clavícula, a Arabella le pareció que la piel le iba a arder. Sin embargo, Marcus se detuvo al llegar a las ondulaciones de sus senos. Entonces, colocó las manos posesivamente sobre sus hombros y se inclinó, acercándose a ella.

Arabella inspiró hondo cuando él la atrajo estrechamente contra sí. Su cuerpo era cálido, duro y fuerte.

—Has dicho que sólo ibas a tocarme —dijo ella jadeante.

—Abrazar forma parte del contacto. ¿No te gusta la sensación del roce de nuestros cuerpos?

Había un traicionero placer en verse así, contra su duro y protector cuerpo. Podía sentir la aceleración de su propia sangre y los temblores que la estremecían.

—No, no me gusta, Marcus.



—Embustera —murmuró él suavemente.

Ante su sorpresa y decepción, la soltó. Sin embargo, no retrocedió. Simplemente levantó la mano hacia su corpiño y le recorrió los pezones con el dorso de los dedos haciéndola sofocar un grito ante la crepitación de placer que le provocó.

—Si no te gusta, ¿por qué se te han endurecido tanto los pezones?

Arabella comprendió que era verdad. Proclamaban su excitación mientras que sentía los senos pesados y henchidos.

Y Marcus se estaba esforzando al máximo por aumentar su deseo deslizando lentamente los nudillos por las duras protuberancias cubiertas de seda. Luego, audazmente, asió por completo uno de sus pechos haciendo que le flojeasen las piernas. Un fuego irradiaba de la mano que sostenía su palpitante seno y florecía entre sus muslos, escandalizándola. Fanny le había descrito poderosos sentimientos femeninos como aquéllos, pero Arabella nunca había esperado experimentarlos por sí misma.

Cerró los ojos ante semejante placer. El modo en que Marcus prolongaba su descarada caricia era enloquecedor, no obstante, no deseaba que se detuviese. Su contacto era tan tierno, tan perverso... tan apropiado. Esas sensaciones la dejaron interiormente agitada, con un denso anhelo profundamente alojado entre sus piernas...

Pasó algún tiempo hasta que comprendió que la demostración de él había cesado.

—¿Lo comprendes ahora? —le preguntó Marcus con voz ronca y queda.

Arabella abrió los ojos, aturdida. ¡Oh, sí, lo comprendía perfectamente! Marcus se había propuesto demostrarle el poder del contacto de un hombre, de su contacto, y había triunfado plenamente. Ella estaba muriéndose de ganas, con un ansia indescriptible... muriéndose de ganas de él.

—Ahora deseo regresar a casa —dijo con voz insegura, deplorablemente débil.

Ante su falta de respuesta a su pregunta, él esbozó una sonrisa satisfecha.

—Desde luego. Creo que por hoy es suficiente. Esta noche soñarás conmigo; conmigo tocándote de este modo...

Le llevó de nuevo la mano a la garganta y otro chispazo de fogosa ansia pasó de sus dedos a su piel.

Arabella se retiró bruscamente y dirigió a Marcus una mirada de despedida. Pero mientras pasaba a su lado y se dirigía hacia la casa con las piernas temblorosas, temía muchísimo que su predicción acerca de sus sueños se hiciera realidad.



CAPITULO 06

Prometo ir con cuidado, Fanny, aunque sus besos sean tan seductores como me has advertido.

ARABELLA A FANNY

Arabella soñó con Marcus... durante toda la noche. Pero se despertó decidida a recuperar la ofensiva en su enfrentamiento. En cuanto se hubo lavado y vestido, bajó al pequeño comedor.

Él pareció sorprendido al verla mientras se levantaba cortésmente de la mesa.

—¿A qué debo este honor? —preguntó, mientras acomodaba a Arabella en su silla y volvía a sentarse a su lado.

—Estoy cumpliendo parte de mi cuota diaria. Si debo permanecer en tu compañía, creo que será mejor hacerla a plena luz del día.

Los ojos de Marcus brillaron divertidos.

—Comprenderás que eso no va a disuadirme.

—Sí, pero en cierto modo me siento más a salvo.

Él observó su vestido de muselina azul.

—De haber sabido que te proponías reunirte conmigo para desayunar, me habría vestido más formalmente.

Arabella vio que de nuevo no llevaba pañuelo al cuello ni chaleco, y que tenía la camisa abierta hasta el comienzo del esternón. De repente, sintió el más escandaloso apremio de tocar aquel amplio pecho masculino, de sentir la carne musculosa que vislumbraba bajo la tela batista.

En lugar de eso carraspeó.

—¿Esta tarde estás ocupado?

Marcus enarcó una ceja.

—Supongo que eso depende de en lo que estés pensando.

—He decidido invitarte a visitar nuestra academia. Dijiste que deseabas juzgar si enseñar allí era algo apropiado para tus pupilas. Bien, ahora tienes esa oportunidad.

—Entonces, acepto.

—Yo doy una clase a las cuatro. Durante la misma solemos tomar té, y pensaba aprovechar tu visita como una oportunidad instructiva para nuestras jóvenes damas. Raras veces reciben visitas de caballeros, por lo que así podrán practicar contigo.

Su regocijo se incrementó.

—De modo que yo seré tu conejillo de Indias.

—No dudo que te sentirás con fuerzas para afrontar el desafío.

—Y tú tendrás protección en abundancia —observó, astuto. Arabella sonrió. Era verdad que había contado con aquella ventaja. Con dos docenas de alumnas para distraer a Marcus, éste tendría pocas oportunidades de intimar, y ella gastaría gran parte de sus obligatorias cuatro horas



en su compañía.

—Esto también es ventajoso —convino.

—Muy bien. Aceptaré el té si es inevitable. ¿Estás libre para cabalgar esta mañana?

Ella negó con la cabeza.

—Me temo que no tendré tiempo. De nuevo me reúno con los comerciantes y luego me esperan en la academia a la una. Pero estoy segura de que tú puedes disfrutar del paseo sin mí. Si llegas a la academia a las tres y media, puedes ver las instalaciones antes del té.

—Contaré los minutos —respondió Marcus con compungida resignación.

Tras haber conseguido aplazar el cortejo del conde por el momento, Arabella pasó la mañana ocupada escogiendo mobiliario para la planta principal. Más tarde, cuando se dirigió al establo con la intención de coger el calesín para ir a la academia, se encontró con el carruaje de lord Danvers esperándola para conducirla allí.

El tiempo transcurrió con inesperada lentitud. Absurdamente, Arabella se encontró mirando con frecuencia por la ventana, esperando ver aparecer a Marcus. Su carruaje llegó puntualmente, y se detuvo en el paseo de gravilla, ante el vestíbulo de entrada; Arabella acompañó a la directora de la academia para salir a recibirlo.

—Caballero visitante presentándose para cumplir con su deber —dijo él mientras descendía del coche.

Arabella le presentó a la señorita Jane Caruthers, la elegante dama que dirigía el día a día de la academia. Ella fue quien guió la visita por las instalaciones y los terrenos, mientras Arabella los seguía unos pasos detrás. Para su sorpresa, se encontró observando atentamente a Marcus, ansiosa de que lo que veía mereciera su aprobación.

Si él era consciente del bien que ella y sus hermanas estaban haciendo allí, sería más probable que les permitiera seguir con sus empleos. No obstante, sabía que su deseo de lograr su aprobación iba más allá de conseguir su consentimiento legal. La academia era principalmente creación suya, su orgullo y su alegría, y Arabella deseaba que Marcus comprendiera cuánto significaba para ella.

El lugar estaba compuesto por varios edificios. Las clases solían impartirse en una inmensa mansión, tal como podría ser la finca rural de un noble, por ejemplo, y una segunda mansión, más formal, que representaba una residencia de la aristocracia londinense. La academia contaba también con unos grandes establos y un parque para practicar actividades al aire libre, así como una amplia casa con dormitorios para las jóvenes que estaban a pensión completa. La vasta mayoría de alumnas vivía en ese edificio, salvo durante la época veraniega, en que sólo unas cuantas se quedaban en la mansión.

Arabella no pudo ocultar un ligero sonrojo al concluir la visita, cuando Marcus elogió las instalaciones.

—Es impresionante —dijo con sinceridad. —Puedo comprender por qué los padres desean enviar a sus hijas aquí.

Ella sonrió complacida.

—El lugar es excelente gracias a la generosidad de lady Freemantle, pero nuestros clientes aprecian aún más la calidad de la enseñanza que sus hijas reciben. Ven, déjame demostrártelo.



Cuando regresaron a la mansión «londinense», Arabella condujo a Marcus hasta un gran salón, donde al instante se convirtió en objeto de la atención de dos docenas de jovencitas de ojos brillantes, vestidas con galas vespertinas.

La señorita Tess Blanchard se levantó para recibirlo con una sonrisa cortés. Una vez Marcus se hubo inclinado sobre su mano para saludarla, Arabella se adelantó para dirigirse a sus alumnas.

—Señoritas, me complace ofrecerles hoy algo especial. Lord Danvers ha accedido generosamente a reunirse con nosotras para que podamos practicar el arte de recibir de manera adecuada a un caballero cuando nos visite. Nos concentraremos en especial en servir el té con elegancia y en mantener una conversación ingeniosa. La señorita Blanchard ya ha dispuesto los asientos, de modo que si por favor ocupan sus plazas, podremos comenzar.

Las muchachas debían tomar el té con él en grupos de seis, mientras el resto observaba. Había sirvientes con los servicios de té y bandejas repletas de bollos y diminutos bocadillos. Cuando Arabella y Tess se sentaron con el primer grupo, Marcus fue anunciado por un «mayordomo», e introducido en la habitación.

Arabella, que estuvo observándolo durante el transcurso de la siguiente hora, no pudo por menos que admirar su valor. Algunas muchachas eran lamentablemente tímidas y, otras, torpemente audaces, pero Marcus conversaba con todas de buen grado. Era evidente que las fascinaba. Las mantuvo absortas durante cuatro sesiones prácticas, encantando a las tímidas y eludiendo expertamente las bromas adulatoras de las que coqueteaban.

En el tercer grupo, cuando una de las muchachas vertió el té sobre el mantel de encaje, él sacó tranquilamente un pañuelo de su chaqueta y enjugó el líquido. Luego, cuando Sybil Newstead, una belleza de cabellos negros que había estado flirteando descaradamente con él durante los últimos diez minutos, en un intento evidente de monopolizar la conversación, regañó a su compañera por su torpeza, Marcus dirigió a la avergonzada muchacha una irresistible sonrisa.

—No haga caso a la señorita Newstead, señorita Fletcher. Usted me ha hecho sentirme totalmente en casa. Mi hermana menor, Eleanor, me echaba regularmente el té encima cuando estaba aprendiendo a servir. No las envidio, señoritas, tienen ustedes que llevar adelante muchas tareas delicadas. Yo tendría muy poca destreza.

La sonrojada señorita Fletcher le dirigió una mirada de agradecida adoración mientras Sybil Newstead lo contemplaba con hosca expresión de disgusto.

También Arabella se sintió enormemente reconocida, pero aguardó a que la clase hubiera terminado y Tess hubo acompañado a todas las muchachas fuera del salón para decírselo.

—Has estado muy bien, Marcus —dijo cuando se hubieron retirado los lacayos.

—Me alegro de que aprecies mi sacrificio —respondió él suavemente—. No puedes imaginar lo difícil que ha sido tener que defenderme de una pandilla de muchachas soltando todo el rato risitas tontas. Me he sentido muy violento.

Eso hizo estallar a Arabella en carcajadas.

—Nadie hubiera dicho que te sintieras violento lo más mínimo.

Marcus la miró entornando los ojos.

—Has disfrutado viéndome en esa situación, ¿verdad, arpía?

—Sólo un poco. —En realidad, había intentado ponerlo intencionadamente en desventaja, pero



la reacción de él se había ganado su admiración. —Aprecio sinceramente tu sacrificio. Los padres estarán muy impresionados de que sus hijas hayan tomado el té con un verdadero conde.

Su burlona sonrisa era insinuante.

—Haré lo que sea por ti, mi hechicera.

Arabella dejó de reír.

—En serio, Marcus, quiero darte las gracias por lo que has hecho hoy. Has manejado a nuestras alumnas con admirable tacto y gracia, en especial a la señorita Fletcher.

—Me complace haberme ganado tu aprobación, pero deberías agradecerérselo a mí hermana, que es quien me ha enseñado cómo tratar con damiselas. —Se levantó del sofá y le tendió la mano a Arabella, que también se levantó. —Permíteme que te acompañe a casa en mi carruaje.

En esa ocasión, ella lamentó tener que rechazar su compañía.

—Lo siento mucho, pero no puedo marcharme todavía. Debo hablar en privado con Gladys Fletcher para asegurarme de que no la va a afectar en el futuro el incidente del té vertido. Y también deseo tener unas palabras con Sybil Newstead.

—Es un poco traviesa, ¿no es así?

—En efecto. Las muchachas, a esta edad, pueden ser muy salvajes, y Sybil es de las peores. Es nuestra heredera más acaudalada, y también la más problemática, aunque está tan sólo en su primer año. Mantenerla bajo control ha sido difícil.

—¿Qué ha hecho que sea tan extraordinario?

—Dirás qué es lo que no ha hecho. Entró a escondidas tres botellas de brandy al dormitorio, y ella y la mitad de sus compañeras se emborracharon. Trató de seducir a un lacayo, al que asedió tanto que el pobre rogó que lo destinaran a otra parte. Contrajo enormes deudas con sus modistas, de modo que su padre amenazó con llevársela de la escuela si no éramos capaces de mantenerla más sujeta. Desde entonces, hemos tenido que emplear a una doncella a tiempo completo para que la vigile.

Marcus rió entre dientes.

—Se nota que tus alumnas te aprecian mucho. Tienes un impresionante don con ellas.

—Gracias —replicó Arabella sinceramente contenta mientras lo acompañaba a la puerta del salón. —Trato de moldear sus caracteres, así como de pulir sus modales, pero sobre todo, me esfuerzo por inspirarles la confianza suficiente como para superar su falta de buena cuna. No creo que nadie deba ser condenado simplemente porque su sangre no sea azul.

—Tus ideas radicales no sentarían muy bien entre nuestros padres —respondió él con humor. Cuando llegaron al pasillo, se detuvo—. ¿Cenarás conmigo esta noche?

Arabella vaciló.

—Sí, pero había olvidado mencionarte que he invitado a nuestra benefactora, lady Freemantle, a cenar con nosotros.

Marcus le dirigió una mirada de sobre-entendimiento.

—De modo que evitas estar a solas conmigo.

Ella sonrió y se le formó un hoyuelo.

—En parte sí. Pero además Winifred está ansiosa por conocerte. Habéis coincidido en varias



ocasiones, aunque duda que la recuerdes.

—¡Oh, sí la recuerdo! Es muy difícil de olvidar.

—En efecto —convino Arabella. Winifred era una mujer grande, de rostro rojizo, con una voz fuerte y un acento que delataba sus orígenes de clase baja. —Pero es una querida amiga.

—Y evidentemente una de tus más fieles aliadas. En ese caso, tendré que tratar de impresionarla. Te enviaré en seguida mi carruaje para que luego te lleve a casa.

Arabella asintió antes de avisar a un lacayo, al que dio instrucciones para que acompañara a lord Danvers a su coche. Cuando Marcus se hubo marchado, se volvió en dirección contraria para ir en busca de sus alumnas, pero aún sentía aquel ligero rubor que no la había abandonado durante toda la visita.

Sus benévolos sentimientos no resistieron la cena.

Aquella noche, cuando lady Freemantle llegó, Marcus se mostró encantadoramente atento y Winifred se derritió ante sus zalamerías como mantequilla deshaciéndose bajo un sol ardiente. Hacia su primera copa de vino, él estaba ya bien encarrilado para ganársela como aliada.

En su defensa, Arabella reconoció con admiración aunque a regañadientes, que él parecía disfrutar de verdad de la compañía de milady.

Casi una década mayor que Marcus, Winifred lo trataba con afecto maternal, aunque no había nada maternal en sus rasgos hombrunos y angulosos y sus modales ordinarios, más acordes con los establos que con un elegante salón. Pero su naturaleza jovial era tan cálida y contagiosa que pronto ambos estuvieron riendo y compartiendo historias de sus conocidos londinenses. Aún peor, Winifred comenzó a confiar en Marcus como si fueran antiguos amigos.

A Arabella le dio un vuelco el corazón mientras los observaba. Había contado con que su amiga defendiera su causa contra Marcus, pero fue evidente incluso antes de que se dirigiesen al comedor para la cena, que él había hecho otra conquista.

De nuevo la comida fue deliciosa: lenguado con salsa de crema, guisado de conejo, pastel de pichón y, el plato preferido de Winifred, un rosbif; luego pastelillos de fruta y nata. Sin embargo, a Arabella la cena no le pareció tan buena cuando la conversación derivó hacia el matrimonio.

—Mi belleza no fue lo que atrajo a sir Rupert, como es fácil imaginar —dijo lady Freemantle con franco buen humor. —Sin duda debió de ser la cuantía de mi dote. Una cantidad suficiente puede cubrir cualquier número de defectos en una mujer, incluso un aspecto no atractivo.

Marcus dirigió a Arabella una inocente mirada.

—Yo había planeado destinar una suma importante a mis pupilas.

Winifred le sonrió e inclinó la cabeza aprobadora.

—Sabía que usted era un caballero, lord Danvers. Arabella y sus hermanas me han preocupado enormemente durante estos últimos años. Pero una dote les hará mucho más fácil encontrar maridos.

—Winifred —protestó Arabella—. Creí que tú apoyabas nuestras intenciones de permanecer solteras.

—No, querida. Deseo que tengáis posibilidad de elegir con... con quién os acostáis, pero no tendréis más remedio que casaros. Es la única alternativa para una dama.

—Eso es lo que he estado tratando de hacerle comprender —intervino Marcus con ojos



risueños.

—Deberías escuchar a tu tutor, Arabella —dijo Winifred muy seria. —Lord Danvers incluso puede presentarte algunos buenos candidatos. Ya sabes que los maridos convenientes no crecen en los árboles. Con sus relaciones, podrías encontrar una buena pareja.

—Bueno, en realidad... Ya tengo al candidato ideal para ella —observó Marcus.

Lady Freemantle se volvió hacia él con viva curiosidad.

—¿Quién es?

—Yo mismo. Le he propuesto matrimonio a la señorita Loring, pero me ha rechazado.

Lady Freemantle pareció sorprendida mientras que Arabella le dirigía a Marcus una mirada reprobatoria. Ella aún no le había contado a su amiga la proposición de Marcus, ni su apuesta, y lamentaba que él hubiera sacado el tema en público cuando por su parte aún no le había explicado la situación a Winifred en privado.

Ésta seguía mirando al conde incrédula.

—¿Es cierto eso? ¿Le ha propuesto matrimonio, milord? No creía que usted fuese de los que se casan.

—No lo he sido hasta la última semana. Eché una mirada a la señorita Loring y me quedé entusiasmado.

La risa de la dama sonó como algo parecido al relincho de un caballo mientras sus ojos castaños comenzaban a bailar.

—Siempre había oído decir que era usted un perverso encantador. Puedo comprender por qué tiene un montón de rendidas amantes y admiradoras, tratando todas ellas de pescarlo.

—¡Winifred! —exclamó Arabella de nuevo. —Es muy poco adecuado hablar de las amantes de un caballero en la mesa.

—Vamos, no seas tan remilgada, querida. Sabes que me gusta hablar claro. Y, si aceptas mi consejo, podrías hacer algo mucho peor que casarte con su señoría.

—¿Lo ves? —intervino Marcus con una provocativa mirada a Arabella—. Incluso tu benefactora cree que deberías aceptar.

Lady Freemantle prosiguió como si Arabella no estuviera allí.

—No le resultará fácil convencerla, milord, pero no se desanime. La persistencia es la clave. Debería leer una página del diario de mi difunto marido. Él tuvo que luchar para conseguirme contra mis otros pretendientes, ésa fue la razón de que mi padre lo eligiera a él, porque admiraba su persistencia. Y aunque Rupert sólo me deseaba por mi fortuna, al final resultó ser un matrimonio bastante bueno. Acabamos realmente encariñados el uno con el otro. —De pronto, en sus ojos brillaron las lágrimas. —A veces le echo de menos con un dolor intensísimo.

Sorbió sonoramente por la nariz y luego volvió a dedicar su atención a Arabella.

—¿Cuál es la razón de que desees permanecer soltera toda tu vida, muchacha? Sé que has tenido razones para no querer casarte, pero la soledad es un sombrío compañero de lecho.

Arabella se esforzó por esbozar una sonrisa.

—Lo tendré presente, Winifred. Ahora, por favor, ¿podemos cambiar de tema? Toda esta charla sobre casarme con lord Danvers me ha quitado el apetito.



Se alegró cuando los otros dos obedecieron, pero para su pesar, Winifred no estaba dispuesta a renunciar del todo al tema, y volvió a sacarlo una hora más tarde, cuando ya se marchaba. Mientras Marcus aguardaba cortésmente en el rellano de la puerta principal, Arabella acompañó a milady hasta su carruaje.

—Creo que deberías considerar seriamente casarte con lord Danvers —le susurró Winifred con una voz lo bastante fuerte como para que se oyera desde la casa. —Apuesto a que ese magnífico ejemplar de varón es un espléndido compañero de lecho.

Arabella sintió que las mejillas le ardían, consciente de que Marcus lo había oído.

—No entra en mis propósitos hacerlo, Winifred.

Estaba dispuesta a simular indiferencia ante él, pero cuando regresó a la casa se encontró a Marcus bloqueándole el paso hacia el vestíbulo, con los ojos rebosantes de humor.

—No lo digas —le advirtió Arabella mientras pasaba por su lado, rozándole.

—¿Decir qué, amor? —preguntó él con inocencia mientras la seguía al interior y cerraba la puerta.

—Lo que fuera que te propusieras decir. Sin duda pretendías recordarme tus muchas cualidades como compañero de lecho.

Él rió entre dientes, pero negó con la cabeza.

—Eres injusta conmigo. Simplemente deseaba invitar te a que me acompañases mañana a un picnic.

Ella le dirigió una sorprendida mirada.

—¿Un picnic? No me habría imaginado que te gustasen.

—Me gustarán en este caso, puesto que es como deseo pasar mañana parte de mi tiempo contigo. He encargado que preparen una comida e iremos en mi carruaje en lugar de a caballo. De ese modo, no podrás alejarte al galope dejándome atrás.

Arabella vaciló. La perspectiva de un picnic con Marcus era realmente atractiva, aunque eso significara darle otra oportunidad de seducirla. Sin embargo, había accedido a sus condiciones de permitirle ganársela por medio del cortejo. Por añadidura, estaba en deuda con él por su amabilidad con sus pupilas aquella tarde.

—Muy bien —respondió al fin sosegada. —Estaré encantada de acompañarte mañana a un picnic, milord. Y ahora... buenas noches.

Sin embargo, mientras subía la amplia escalera, Marcus se mantenía a pocos pasos detrás de ella, y, al llegar al primer rellano, cuando giró hacia su dormitorio, él siguió acompañándola.

A mitad del pasillo, Arabella se detuvo bruscamente y le dirigió una mirada exasperada.

—¿Qué es lo que te propones siguiéndome de este modo, Marcus?

—Tan sólo te acompañaba a tu habitación.

—Soy perfectamente capaz de encontrarla yo sola.

—Desde luego que sí, querida, pero deseaba tener un momento de intimidad contigo.

La cogió de la mano y la condujo por el solitario pasillo hacia su puerta. Arabella, nerviosa, trató de retroceder.

—Nuestro tiempo de hoy está más que cubierto —protestó.



—Lo tomaré prestado del que me corresponde mañana.

—¡No puedes entrar en mi dormitorio, Marcus!

—No pretendo hacerlo.

Aunque poco segura, Arabella dejó de resistirse, sabiendo que serviría de poco.

Marcus la condujo a la contigua sala de música, cerró la puerta y se volvió de cara a ella.

—Esto resultará adecuado.

—¿Adecuado para qué? —preguntó Arabella con voz repentinamente ahogada.

—Para nuestra próxima lección. Aquí nadie nos interrumpirá.

—Pero yo no necesito otra lección.

Los ojos azul medianoche destellaron bajo las oscuras cejas.

Ella sólo tuvo que mirar aquella persuasiva mirada y su brillo de perversa complicidad para sentirse excitada.

—Sí la necesitas.

Ella sintió que el corazón se le aceleraba de manera alarmante ante la sensual sonrisa que Marcus esbozó mientras se le acercaba. Arabella dio un paso atrás levantando la mano para mantenerlo a distancia.

—¿No sabes que cuando una dama dice que no desea las atenciones de un caballero es grosero no hacerle caso?

—Como nunca he asistido a tu academia, nunca he comprendido esa norma en particular. —Le cogió la mano y detuvo así su retirada. —Me propongo educar tus sentidos, dulce Arabella.

Se llevó su mano a la boca y presionó los labios contra su suave palma. Un débil gemido escapó de los labios de ella ante aquella erótica sensación.

—Ya lo hiciste ayer —señaló la joven, casi jadeante.

—No. Ayer te mostré el poder del contacto. Hoy nos centraremos en el poder del sabor.

—¿Del sabor?

—Los besos, amor. —Le lamió la mano humedeciéndosela ligeramente y haciéndola gemir de nuevo. —En esta ocasión, no usaré las manos. Me propongo enseñarte a besar utilizando sólo la boca, para que conozcas mi sabor.

El corazón se le aceleró emocionado, y aunque abrió los labios para protestar, no logró decir nada. La deplorable realidad era que deseaba su lección. No albergaba ninguna duda de que los inocuos besitos que su prometido le había dado en otro tiempo no eran nada comparados con los devastadores besos de Marcus.

Al ver que ella no respondía, él le dedicó otra encantadora sonrisa. Sin soltarle la mano, la hizo girar y la guió hasta apoyarla contra la pared. Luego la soltó e inclinó la cabeza.

El cálido aliento de él acarició sus labios antes de que la besara sin tocarla apenas. Su boca electrizó la suya agitando su pulso hasta llevarlo a un ritmo salvaje. Sin embargo, Arabella se mantuvo inmóvil, luchando contra la abrumadora tentación de responder a su beso.

Marcus levantó la cabeza para mirarla.

—¿Ninguna respuesta? Veo que tendré que esmerarme más. Con las negras pestañas



entornadas sobre sus vivaces ojos, se inclinó de nuevo, acercando su boca cálida y vibrante mientras la posaba en la suya con lenta y segura presión. En esta ocasión, ella no pudo mantenerse quieta con tan increíbles sensaciones creciendo vertiginosamente en su interior.

—Abre tu boca para mí, Arabella —murmuró Marcus contra sus labios mientras la joven se estremecía.

La conquistó engatusándola con la boca hasta que hizo lo que le pedía. Inmediatamente, su lengua profundizó en su interior explorándola con una sensual invasión que la aturdió de placer y la dejó por completo sin aliento.

Transcurrió un larguísimo momento antes de que ella comprendiera que él se había interrumpido para formularle una pregunta.

—¿Cómo te sabe?

«Delicioso», fue la muda respuesta de Arabella. Su sabor era exquisito y la llenaba de un ansia ávida. Con los sentidos aturridos, le devolvió la mirada en silencio, agradecida de que la pared la estuviera sosteniendo, puesto que sus piernas casi habían dejado de hacerla. Cuando por fin se lamió los labios como respuesta, vio llamear los ojos de Marcus.

No obstante, éste se tomó su tiempo antes de reanudar el beso.

Su aproximación fue lánguida e íntima, acoplando su boca a la de ella mientras su lengua interpretaba una tranquila y erótica danza. Arabella cerró los ojos ante la oleada de deseo que la invadía, inconsciente de todo salvo del movimiento de sus labios y de la seductora penetración de su lengua.

Le dieron ganas de gimotear decepcionada cuando al fin él concluyó el beso, pero por fortuna no la dejó por completo. En vez de eso, sus labios se desplazaron hacia arriba, aleteando por su mejilla en dirección a la sien.

—Tienes la boca más erótica que he saboreado jamás —murmuró Marcus.

—También tú —respondió ella con sinceridad.

Sintió su suave risa como un cálido estallido contra su piel. La embriagadora sensación le provocó un estremecimiento de placer que le recorrió la espalda, pero cuando le rozó la oreja con los labios, atrapándole el lóbulo entre los mismos, emitió un gemido de impotencia.

—Deseo saborear tus senos —dijo entonces él.

Sus susurrantes palabras, tan provocativas y tentadoras, para su vergüenza, hicieron que los senos le hormigueasen.

Cuando sintió sus manos manipulando la espalda de su vestido y soltándole los corchetes, Arabella se dijo que podía retirarse, pero lo único que pudo hacer fue permanecer allí, anhelante y con el corazón acelerado. Observó hechizada cómo él le bajaba el corpiño exponiendo las redondas turgencias de sus senos, cubiertas sólo con la camisola y el corsé. Luego, él tiró hacia abajo del borde de la camisola, dejando al desnudo sus sonrosados pezones.

Los ojos al verlos le relampaguearon.

—Marcus...

—Silencio. Esto te gustará.

Su ronco murmullo la silenció. Otro temblor agitó a Arabella cuando comprendió que él se proponía besarle los senos desnudos, pero no hizo nada para detenerle.



Su mirada ardía mientras la miraba fijamente a los ojos, y luego se inclinó sobre ella con su aliento rozando su suave piel. Ante el delicado toque de su lengua en aquella sensible zona, Arabella aspiró sofocando un agudo grito, pero cuando él rozó ligeramente la punta de un pezón con la lengua, exhaló con fuerza.

Su tentadora lengua, a la vez áspera y aterciopelada, la acarició durante largo rato, haciéndola estremecer de placer. Luego, con pericia, atrajo el suave y hinchido capullo hacia el interior de su boca, chupando la excitada areola. Un gemido se escapó de los labios de ella mientras hundía las manos en su pelo negro. El ardor que se expandía por su interior era demasiado intenso como para soportarlo, y descendía vertiginosamente hacia el latente núcleo de su cuerpo, debilitándola aún más.

Marcus dedicó su atención hacia el otro seno, lamiéndolo más poderosamente y enviando otro rayo de fuego entre sus piernas. Sorprendida, Arabella se arqueó hacia él mientras los músculos interiores de sus muslos se tensaban casi dolorosamente.

Sin embargo, en esa ocasión fue Marcus quien se retiró, dejándola encendida y ansiosa.

Presionó la frente contra la de ella y se mantuvo así, quieto, rígido, como si se esforzara por controlar su fuerza de voluntad.

—Será mejor que me detenga mientras aún puedo hacerlo.

—Que... ¿Y si no deseo que te detengas?

Él soltó una carcajada semi-ahogada.

—¡Dios, no me tientes!

Por fin, profirió un suspiro moderado y retrocedió.

—Ve a dormir Arabella... Sola. Antes de que me olvide de que soy un caballero y decida acompañarte.

Ella tragó saliva en un esfuerzo por controlar su jadeante respiración. Sin embargo, le resultaba imposible recobrar el aturdimiento tan de repente.

Mientras ponía orden en su desaliñada ropa, Marcus abrió la puerta e inspeccionó el pasillo.

—Todo despejado.

Posó las manos en sus hombros y le dio un ligero beso, demasiado fugaz para el gusto de ella, en sus labios antes de hacerla dar media vuelta y salir de la estancia.

Todavía semi aturdida, Arabella se apresuró por el pasillo y se deslizó en su dormitorio, que estaba en la puerta contigua.

Su respiración era todavía jadeante mientras se encerraba en el interior; se notaba los pezones duros como piedras y las rodillas sin fuerza. Transcurrió largo rato antes de que su corazón recuperase su ritmo habitual, y aún más hasta que se hubo recobrado lo suficiente como para comenzar a prepararse para dormir.

Arabella se quitó las horquillas del pelo y se lo cepilló, luego se desvistió, tarea que le resultó fácil, porque Marcus ya le había soltado antes los corchetes con destreza. Cuando entró en el vestidor, contempló su sonrojado rostro en el espejo de cuerpo entero. Parecía una perfecta libertina.

Recriminándose no tanto su descarada conducta como su rendición demasiado fácil, colgó el vestido en el guardarropa. No obstante, al abrir la puerta del armario donde guardaba sus cami-



sones y prendas interiores, se quedó paralizada ante el perfume de rosas que la recibió.

Arabella reprimió una sonrisa. Marcus había diseminado pétalos de rosas rojas por toda su lencería.

Sabía que sería inútil protestar contra su descarada acción, porque él la justificaría diciendo que era lícito utilizar todos los medios a su alcance para cortejarla. Y ella tenía que reconocer que sus métodos eran eficaces. Saber que había estado allí, en su vestidor, tocando sus prendas íntimas — sus camisolas, sus corsés, sus medias, sus camisones— hacía que la invadiese una oleada de pecaminosas imágenes, incluida una vividísima... de Marcus despojándola de aquellas mismas prendas tan fácilmente como había descubierto la parte superior de su cuerpo hada unos momentos.

El rubor la inundó entera al recordar cómo le había bajado el corpiño y besado los senos desnudos, cómo su maravillosa boca había jugueteado y acariciado sus pezones. Aquella noche le había enseñado más que el poder del sabor: le había mostrado qué clase de amante podía ser.

Ante el ardiente recuerdo, Arabella se acercó uno de los pétalos de rosa, aspirando su suave fragancia. Sus irresistibles besos eran su más reciente lección del fuego que existe entre un hombre y una mujer, y sin duda la experiencia la había aturdido. Marcus no solo había excitado anhelos femeninos que ella había enterrado a la fuerza cuando su prometido la había abandonado, hacía cuatro años, sino que le había encendido un deseo —no, un apetito— que Arabella ni siquiera sabía que existiera.

Un anhelo que no podía evitar desear explorar.

Y mientras permanecía allí temblorosa, oía una insistente voccecita susurrando en su mente: «¿Qué sucedería si te entregaras a él?».

Reprimiendo prudentemente la pregunta, Arabella exhaló un agitado suspiro mientras empezaba a recoger pétalos de rosa. El seductor diablo era aún más peligroso de lo que ella había temido. La desconcertaban los extremos a los que estaba dispuesto a llegar para ganar su apuesta, aunque no podía evitar admirar secretamente su tenacidad. Era un hombre que controlaba su propio destino, que se negaba a permitir que nada se interpusiera en su camino, incluida ella. Estaba decidido a vencer su resistencia y comenzaba a triunfar, maldito fuera.

Arabella se recordó a sí misma, en su defensa, que cualquier mujer en su sano juicio estaría encantada ante su romántico cortejo, y ella no era diferente. Podía haber repudiado cualquier perspectiva de amor y matrimonio, pero seguía siendo un ser humano.

El problema consistía en que la tentación de sucumbir a su seducción se le hacía por momentos cada vez más irresistible.



CAPITULO 07

Ahora comprendo lo que querías decir al hablar de la pasión... Y por qué una mujer podría abandonar toda precaución para saborearla.

ARABELLA A FANNY

Para consternación de Arabella, sucumbió al siguiente día. Sin embargo, no podía culpar totalmente a Marcus, pues su propia debilidad femenina fue mucho más culpable que su masculina perseverancia.

Por supuesto, estaba contenta de ir con él a un almuerzo campestre, porque aunque la complacía la re-decoración de la casa, la salida le daba un respiro de los requerimientos de los comerciantes así como de sus deberes en la academia.

También tenía que admitir que disfrutaba estando con Marcus, en especial al verlo esforzarse tanto por ser encantador mientras conducía expertamente su carruaje por los senderos del campo.

Como lugar de picnic, escogió un claro junto al río, abierto al cielo pero protegido de miradas indiscretas por castaños y sicomoros. Tras ayudar a Arabella a apearse del vehículo, extendió una manta sobre el césped y condujo hasta allí a la joven galantemente.

Cuando ella se hubo instalado, Marcus se sentó a su lado y abrió la cesta de mimbre, descubriendo un pequeño festín de pollo asado, pan y varias clases de frutas. Le sirvió un plato, luego se sirvió él y llenó para ambos dos generosas copas de vino. Mientras comían, Arabella permanecía sentada sobre las piernas, con su falda de muselina azul recatadamente dispuesta a su alrededor, y Marcus se tendió de lado, con un codo sobre la manta y la cabeza apoyada en la mano.

El tibio sol primaveral contribuía a la tranquilidad del entorno.

No obstante, cuando ya casi habían acabado de comer, Arabella rompió el silencio.

—Esto es realmente encantador, Marcus, pero no deberías tomarte tantas molestias para cortejarme. —Señaló el festín. —Eso no me hará cambiar de idea respecto a casarme contigo.

Marcus sonrió.

—Si yo pude soportar la tortura de tomar el té con tus alumnas, lo menos que puedes hacer tú es darme la oportunidad de interpretar el papel de amante romántico.

—Desde luego. Y tengo plena intención de cumplir con las condiciones que fijaste. Pero, sinceramente, no comprendo tu insistencia. —Lo miró inquisitiva—. Sabes que en realidad no deseas casarte conmigo: lo único que quieres es ganar tu apuesta.

Marcus la miró por encima de su copa reflexionando sobre su afirmación. En realidad, obligar a Arabella a que compartiera tiempo con él cada día para así poder cortejarla ya no tenía tan sólo el fin de conseguir que accediera a casarse con él.

Sencillamente, deseaba estar con ella. Deseaba su compañía por el placer de tenerla cerca. Para su propia sorpresa, aquellos últimos días se había encontrado buscando pretextos para evitar



regresar a Londres, donde debía resolver apremiantes asuntos de negocios. No podía recordar que eso mismo le hubiera sucedido con ninguna otra mujer.

La verdad era que se sentía cómodo con Arabella. Podían hablar y también reírse. Le encantaba cuando discutían amistosamente, y estaba contento cuando se ganaba sus sonrisas. Incluso le agradaba su obstinación.

Marcus reprimió una risita al recordar cómo habían brillado sus ojos con picardía el día anterior, cuando le había hecho soportar cuatro sesiones de té con sus apocadas alumnas. Si aquél era todo el tormento que podía esperar en el futuro a su lado, lo soportaría gustoso.

Tomó un largo sorbo de vino mientras pensaba en su notable cambio de mentalidad. Pensar en verse encadenado para toda la vida ya no le producía escalofríos. No si el encadenamiento era con Arabella. Por vez primera en su vida deseaba para su futuro algo más que conservar sus títulos y fincas.

Deseaba sinceramente casarse con aquella mujer.

Desde luego que ella no le creería. Arabella pensaba que su cortejo era sólo una diversión para él. Pero ahora ya no era un juego. Estaba totalmente decidido a convertirla en su esposa.

No obstante, sólo durante la última hora había sido capaz de identificar la razón: ella aportaba a su vida un fuego que hasta entonces ni siquiera se había dado cuenta de que le faltase. A su lado se sentía vivo como nunca antes; alegre, temerario y lleno de entusiasmo.

Desde luego, también sentía lujuria y deseo. Arabella podía ser sexualmente inexperta, pero era más mujer que cualquiera de sus anteriores amantes y él la deseaba mucho más.

Era vibrantemente sensual y eso excitaba sus sentidos.

No obstante, haría todo lo posible por no sobrepasar la resistencia de ella. Había tenido éxito al superar algunas de sus defensas, pero le sería difícil conseguir su plena capitulación. Arabella aún seguía temiendo resultar herida, pese a sus declaraciones en contra.

Una oleada de ternura lo invadió mientras la observaba. Había sido traicionada por su idiota prometido, que fue lo bastante necio como para valorar su lugar en la sociedad más que a ella.

Y tras el matrimonio de sus padres, algo parecido a una guerra, no estaba dispuesta a arriesgarse a vivir una despiadada unión de conveniencia.

Marcus sabía que su propio matrimonio sería muy diferente, pero para ello tendría que cambiar la perspectiva de Arabella intensificando la intimidad de su relación.

Deseaba mostrarle un placer que la joven ni siquiera había imaginado; tanto por su bien como por el de su cortejo y por su propia satisfacción. Ella no tenía realmente ni idea de lo que se estaba perdiendo al renunciar a los hombres. Marcus estaba convencido de que en cuanto comprendiera cuán placentero podía ser el sexo, se sentiría mucho más inclinada a aceptar su proposición.

También sabía que él iba a jugar con fuego, considerando el esfuerzo que le suponía controlar sus propios instintos cuando simplemente la tocaba. Pero sentía crecer en su interior el impulso de vencerla y acabar con aquel estado de inseguridad.

Decidido a iniciar su siguiente jugada, Marcus se sentó y se enjugó las manos en una servilleta, luego le quitó a Arabella la copa de las manos y la dejó a un lado.

Ante su inesperado gesto, ella se puso tensa.

—Marcus, no había acabado de comer.



—Puedes acabar más tarde, porque ahora es el momento de dar el siguiente paso de nuestro cortejo.

—¿A qué te refieres? —preguntó cautelosa.

—Me propongo enseñarte a hacer el amor.

Ella sintió como si el corazón fuera a salirse por la boca.

—Acordamos que no llegaríamos más allá de los límites de una conducta caballerosa.

—Pero tú deseas que lo haga. Arabella lo fue a negar, pero no pudo.

Al ver que se mantenía muda, Marcus estudió su rostro.

—Sólo porque te niegues a casarte conmigo no significa que no desees experimentar pasión.

Arabella reconoció que su afirmación contenía una considerable dosis de verdad; no podía evitar preguntarse sobre la pasión. Pero sin embargo negó con la cabeza.

—No deseo hacer nada tan vergonzoso, Marcus. Me propongo permanecer casta.

—Puedo demostrarte qué es la pasión sin hacerte perder la virginidad.

—Lo sé.

Al ver que él enarcaba las cejas, se sonrojó algo avergonzada.

—No soy totalmente ignorante al respecto. Una amiga mía me ha contado detalladamente el procedimiento.

Una irónica sonrisa curvó su boca.

—¿Qué clase de amiga ilustraría sobre educación carnal a una joven dama?

—Una íntima amiga de la infancia —respondió Arabella levantando la barbilla. —Fanny Irwin. Supongo que la debes de conocer, porque actualmente es una de las más famosas cortesanas de Londres.

—Tuvimos un leve conocimiento —contestó él como sin darle importancia. —Pero nunca ha sido protegida mía.

De algún modo, esa despreocupada revelación confortó a Arabella.

—Fanny es de mi edad, pero tiene mucha más experiencia que yo. Era nuestra vecina en Hampshire, antes de dejar su casa para emprender una nueva vida en Londres, en los círculos mundanos. Seguimos siendo íntimas, aunque su familia la repudió por su conducta. —Arabella sonrió de un modo algo desafiante. —Yo seguí reconociéndola como amiga durante mi presentación en Londres, antes de nuestro propio escándalo, y, después, Fanny fue la única de las pocas personas que nos apoyó a mí y a mis hermanas. Incluso nos visitó en una ocasión, después de que viniéramos a vivir con nuestro tío. Ella me contó muchas cosas sobre su nueva vida.

—¿Y satisfizo tu curiosidad sobre el acto amoroso?

—De acuerdo, admito que sentía curiosidad. Cuando me prometí, le pregunté qué podía esperar de mi noche de bodas. Así que, en teoría, sé lo que se supone que debe ocurrir.

—Pero saber la teoría no es lo mismo que experimentarlo uno mismo —objetó él. —Vamos, reconócelo. Deseas que te muestre cómo será nuestra noche de bodas.

Ante su confiado tono, Arabella lo miró con los ojos entornados.

—Nosotros no tendremos una noche de bodas. Y no puedes besarme para convencerme de lo



contrario.

Al ver que él desviaba la vista hacia su boca de manera especulativa, ella comprendió su error.

—No era un desafío —se apresuró a decir.

—Era un desafío. Mi orgullo varonil se halla en juego.

—¡Marcus...! —exclamó mientras él la cogía.

La sonrisa que él le dedicó era intensamente hermosa y profundamente enloquecedora.

—Déjame demostrártelo, querida.

Antes de que pudiera escabullirse y ponerse a salvo, la acomodó en su regazo, entre sus brazos. Arabella abrió la boca para protestar, pero él se apoderó de ella con ardiente premeditación. La asió por la nuca con firmeza y le dio un prolongado y descarado beso sexual que enardeció su sangre y le aceleró el pulso.

Cuando por fin Marcus se interrumpió para mirarla, ella estaba jadeante.

—Ya oíste anoche a tu benefactora, Arabella: la soledad es una sombría compañera de lecho.

Ella se lamió los hormigueantes labios.

—No necesito un marido para protegerme de la soledad. Ya tengo a mis hermanas, y mi escuela.

—Pero todo eso no es tan agradable como un marido. Tú no deseas permanecer soltera toda la vida.

—Sí lo deseo.

—No, no lo deseas. Tienes demasiado fuego y pasión en las venas.

Inclinó de nuevo la cabeza, en esta ocasión rozándole los labios con un beso mucho más tierno.

—¿No deseas saber lo que es ser totalmente una mujer? ¿Lo que es desear a un hombre? ¿Sentir pasión, placer y satisfacción física?

La joven se sintió estremecer, sin embargo, sus escrúpulos largo tiempo mantenidos le impidieron claudicar.

—No puedo hacer el amor contigo, Marcus. Sería demasiado escandaloso.

—Si te propones no casarte nunca, ¿qué importancia tiene que conserves tu virginidad?

Arabella sabía que era un argumento racional. Y lo cierto era que deseaba conocer la pasión. Saber lo que se estaba perdiendo en la vida. Experimentar la clase de placer que Fanny había afirmado que se daba entre amantes.

No tenía ninguna duda de que Marcus podía mostrárselo. Y probablemente no tendría otra ocasión, por lo menos en la que pudiera estar segura de que cualquier transgresión pecadora se mantendría en secreto. Como su tutor, Marcus estaba quizá mucho más preocupado por su reputación que ella, por lo que se esforzaría por ser discreto.

Pero mientras se debatía, él tomó la decisión por ella. Arabella se sintió transportada sobre la manta. Luego, la siguió, tendiéndose a su lado y medio cubriendo su cuerpo con el suyo.

—En esta ocasión, me propongo utilizar las manos y la boca a la vez —murmuró contra sus labios. —El poder del contacto y del sabor, combinados.

Ella le empujó el pecho, esforzándose por apartarlo y mantener su fuerza de voluntad, pero



Marcus capturó su labio inferior entre los dientes y tiró de él con suaves mordisqueos. Cuando Arabella gimió débilmente, él alivió con su lengua la sensible carne, profundizando luego de manera lenta e insistente en su boca.

Incapaz de seguir resistiéndose, ella exhaló un breve y estremecido suspiro de derrota e, impotente, le devolvió el beso.

Su boca era mágica... Y también su contacto, pensó luego Arabella. Mientras sus besos la hechizaban, Marcus movió la mano por su garganta y luego más abajo, acariciándole la piel con sus largos dedos mientras exploraba el contorno de sus senos bajo el redondo escote del vestido.

De repente, la joven se sobresaltó al darse cuenta de que Marcus le había bajado el corpiño y la camisola dejando sus pechos al descubierto; pero las inquietantes caricias de sus dedos sobre su piel la complacían. Su palma moldeaba sus senos, mientras sus cálidos labios obraban el conjuro. Arabella se encontró arqueándose bajo su contacto, en busca del más delicioso placer que estaba despertando en ella.

Transcurrió algún tiempo antes de que él se detuviera y levantara la cabeza para contemplarla. Su mirada era franca y abiertamente masculina mientras observaba sus senos desnudos coronados por unos rosados pezones.

Arabella sintió que se ruborizaba. Yacía allí, licenciosamente, aceptando su descarado escrutinio sin protestar. Sin embargo, cuando intentó cubrirse con las manos, él la cogió por las muñecas y se las apartó del cuerpo.

—No, deja que te mire.

Ella comprendió que Marcus contemplara su cuerpo era excitante en sí mismo. Nunca hubiera podido imaginar que una simple mirada fuera tan estimulante. La expresión de Marcus junto con la cálida luz del sol en su piel la inquietaban y la hacían sentirse febril.

A continuación, los dedos de él se unieron a su mirada, rozando con los nudillos sus pezones enormemente tensos, provocándole un suave jadeo. Con los ojos chispeando ante su impotente respuesta, tiró de sus pezones pellizcándoselos ligeramente y luego relajándoselos con los pulgares. Arabella casi gimió ante ese dulce tormento.

—Marcus... me haces sentir tan...

—¿Tan qué?

—Ardiente. Como si tuviera los sentidos inflamados.

Los ojos del hombre se ensombrecieron aún más.

—Lo sé.

Ella sabía que él la deseaba. Pensarlo le inspiró un sentimiento poderosamente femenino que combatió de golpe la vulnerabilidad que sentía al yacer allí, a su merced. Le sostuvo decidida la mirada, prometiéndose que en esa ocasión no desviaría la vista.

Sin dejar de mirada, Marcus le levantó el borde del vestido hasta las rodillas. Luego, muy suavemente, le pasó la mano por su pantorrilla, cubierta por la media, hasta la piel desnuda del muslo.

Arabella se puso en tensión hasta que él volvió a acercar los labios a los suyos.

—Relájate, amor, y déjame acariciarte —murmuró contra su garganta mientras le subía la falda más arriba.



Lo que él pedía era imposible, porque cuando le separó los muslos con la rodilla, y presionó en el núcleo de su sensibilidad, una descarga de fuego recorrió todo el cuerpo de Arabella.

Acarició su pulso frenético con la lengua mientras hundía la mano entre sus piernas para comprobar su humedad. Cuando ella gimoteó ante su escandaloso contacto, Marcus volvió a besarla con un beso lento, lánguido y posesivo que la hizo estremecer al mismo tiempo que la acariciaba bordeando la suave y brillante hendidura de su feminidad, jugueteando con el diminuto capullo allí oculto.

Arabella, ya completamente sin aliento, se asió a él aferrándose a sus hombros. Se sentía febril, ardiente, y se tensó contra su mano mientras él proseguía con su delicado recorrido... deslizándose los dedos por sus pliegues femeninos y presionando su desnudo centro con la palma. Cuando ella comenzó a jadear, él bebió profundamente de su boca, como si quisiera atesorar los gemidos que le arrancaba.

Y Arabella comprendió aturdida que aquello era una rendición, y fue incapaz de entender por qué había luchado contra él con tanto denuedo.

Se sintió consternada cuando Marcus interrumpió el beso repentinamente, y luego sorprendida al verlo trasladar sus atenciones a la parte baja de su cuerpo. Inclino su oscura cabeza, y acercó la boca al interior de los muslos de ella, donde comenzó a moverse hacia arriba, recorriendo el mismo sendero que antes habían recorrido sus dedos y depositando abrasadores besos en su piel.

Arabella se quedó atónita al ver que él le subía aún más la falda descubriendo todos sus secretos, y más todavía cuando sintió su cálido aliento humedecer los dorados rizos del vértice entre sus muslos. Tembló violentamente al darse cuenta de sus intenciones: ¡Se proponía besarla allí!

Ante el suave roce de su lengua sobre su sensible carne, se agitó, levantando las caderas, medio saliéndose de la manta.

—Tranquila —le susurró llevando las manos a sus muslos para sujetarla.

Luego la siguió acariciando con la lengua, explorando sus pliegues, y a continuación introdujo el hinchido capullo en su boca mientras deslizaba un dedo en su interior.

La sensación fue increíble; su dedo insertado en ella, su ardiente boca obrando la magia dentro de su sexo.

Cerró los ojos mientras su respiración se convertía en un ronco gemido y movía con desesperación la cabeza de un lado a otro sobre la manta. Se sentía insoportablemente excitada, llena de tensión, anhelo y salvaje expectación.

Cerrando las manos de modo espasmódico, asió a Marcus por los hombros, aferrándose a él ciegamente, en busca de más de aquel placer febril que la había absorbido en un remolino de deseo y frustración. Necesitaba algo que ni siquiera podía imaginar, algo que la estaba arañando, desgarrando por dentro.

Sin embargo, Marcus no cesaba de torturarla. Cuando Arabella dejó escapar un sordo y agudo gemido, el gutural gruñido de él le indicó su aprobación. Siguió lamiéndola, acariciándola, excitándola, inquietándola y atormentándola hasta que ella creyó que se iba a morir a causa del salvaje placer que sentía.

Y entonces, de repente, todos sus sentidos estallaron. Arabella gritó mientras la realidad se fragmentaba en mil partículas de placer y todo su mundo se deshacía en un calor abrasador.



Apenas era consciente del paso del tiempo. Aun cuando los latidos de su corazón se fueron calmando, siguió yaciendo allí, lánguida e impasible. Sentía el cuerpo gloriosamente débil y satisfecho por el éxtasis que Marcus le había dado.

Cuando por fin se recobró, descubrió que él estaba tendido junto a ella, observándola con ternura.

—¿Comprendes ahora lo que te has estado perdiendo?

Sí, lo veía muy claramente. Su acto amoroso la había aturcido.

Se había sentido arrastrada por un vendaval de emoción y sensaciones.

Comprendió de repente que aquello era lo que convertía en inconscientes a las mujeres sensatas. Sin embargo, su inconsciencia tenía mucho que ver con el propio Marcus. Él era indudablemente un magnífico amante.

—No es de extrañar que las mujeres se desvivan tratando de atraer tu atención —murmuró roncamente.

—Me satisface que lo hayas advertido.

Él le sonreía lánguido, con un destello en sus ojos azules mientras solícitamente le bajaba la falda para cubrir su desnudez.

Arabella se incorporó temblorosa. Aunque pensó que algo faltaba. Según su amiga Fanny, al hacer el amor intervenían muchas más cosas de las que Marcus acababa de mostrarle. Lo miró perpleja hasta que cayó en la cuenta: él había procurado su placer, pero no el propio.

Deslizó la mirada hacia sus caderas, donde pudo distinguir sus calzones de ante tensos sobre el denso bulto entre sus ingles.

—¿Eso es todo lo que te propones hacer?

Él enarcó exageradamente las cejas.

—¿No has quedado satisfecha?

—No... Quiero decir, desde luego que sí. Es sólo que... tengo entendido que para un hombre es doloroso excitarse sin... Ya sabes.

Él se rió suavemente.

—Es doloroso, amor, casi insoportable. Pero lo resistiré. Todavía no estás preparada para tu próxima lección. Ahora la expectación lo hará todo mucho más agradable cuando por fin te haga el amor por completo.

Esa perspectiva hizo que se le acelerase el pulso de salvaje excitación sin ella proponérselo. Aunque en lugar de discutir, dijo con tono algo tímido:

—¿Quieres que... te acaricie para aliviar tu dolor?

La expresión de divertida ternura de Marcus se intensificó.

—Eres sumamente amable al preocuparte tanto por mi comodidad.

—Me parece justo —respondió ella con un rubor creciente encendiendo sus mejillas.

—No te preocupes, puedo ocuparme de ello yo mismo. Cuando él se inclinó para desabrocharse la parte delantera de los calzones, ella volvió a bajar la vista automáticamente. Los ojos se le desorbitaron al comprender: Marcus quería que ella viera su sexo desnudo.

Se quedó sin aliento cuando él cogió su miembro. Grueso y rígido, sobresaliendo de entre el



rizado vello negro de su entrepierna. La visión de su henchida excitación le reseco la garganta e hizo que se le encogiese el estómago.

—Supongo que nunca habías visto a un hombre desnudo —observó él.

—No —respondió Arabella con voz estridente.

—¿Estás escandalizada?

Pensó aturdida que no era escandalizada exactamente como estaba. Pese a su refinada crianza, por no hablar de los dictados de la modestia, se sentía cautivada por aquella visión. En realidad, le hubiese gustado ver a Marcus completamente desnudo. Sospechaba que su cuerpo era mucho más hermoso que el de ningún otro hombre. Viril, masculino, duro y musculoso.

Mientras ella lo miraba, él acunó su miembro en su mano, pasando el pulgar por la roma y aterciopelada cabeza. Esa caricia descuidadamente erótica la dejó sin respiración.

—Podrías mirar cómo me doy placer —le sugirió Marcus. Arabella, fascinada, no podía hacer otra cosa. Fijó la vista incapaz de desviarla, mientras él se acariciaba los pesados sacos que había bajo su falo.

—Desde luego que sería mucho más agradable contigo —prosiguió él cerrando la mano en torno a su turgente longitud y apretando.

Arabella aspiró profundamente cuando él comenzó a acariciarse arriba y abajo con lentitud.

—Ahora mismo me estoy imaginando haciendo el amor contigo, querida Arabella. Es muy excitante.

Ella tragó saliva. Realmente lo era. Sintió un vergonzoso estremecimiento ante la íntima imagen que Marcus describía.

—¿Puedes imaginarme estando dentro de ti? —le preguntó mientras asía con fuerza su pesado sexo. Al ver que ella no respondía, levantó la cabeza. —Me gustaría muchísimo estar dentro de ti, amor.

Fijó sus ojos en ella con intensidad mientras aumentaba deliberadamente el ritmo de sus caricias. Arabella advirtió que, de repente, su rostro se tensó y su piel se sonrojaba. El inquietante brillo de sus azules ojos se oscureció de un modo tan primitivo como poderoso.

Su propio corazón comenzó a latir mientras una dolorosa tensión hada presa en su cuerpo. Casi podía sentir el henchido miembro de Marcus deslizándose entre sus pliegues femeninos...

Él apretaba la mandíbula en tanto sus dedos se acariciaban con más fuerza, recorriendo arriba y abajo su erección con movimientos rápidos y espasmódicos. Su respiración era áspera y desigual... hasta que alcanzó bruscamente el clímax.

Apretando los dientes, cerró los ojos y se arqueó ante la explosiva liberación. Un quedo gemido se escapó de sus labios, pero cuando su semilla empezó a desparramarse, él la capturó en el hueco de la mano.

Arabella lo observaba con el corazón retumbando en sus oídos.

Sentía como si su cuerpo hubiera estallado de repente en llamas con él.

Cuando al cabo de unos momentos Marcus abrió los ojos, le sonrió.

—Lamentablemente, mi pequeño ejercicio de autosatisfacción es sólo un consuelo temporal. Todavía te deseo de manera tan intensa como antes.



Ella fue incapaz de responderle. Seguía mirándolo con los labios entreabiertos y el aliento quebrado.

Él se sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se limpió la mano, luego, con toda tranquilidad, volvió a abrocharse los calzones. Arabella permaneció muda incluso cuando él se sentó y fijó la mirada en sus senos todavía desnudos.

Seguidamente, le rozó los pezones con los pulgares, haciéndola sofocar de nuevo un grito.

—Ahora ya sabes la clase de placer que puedes sentir —murmuró Marcus—. Estaré esperando ansioso nuestro acto de amor.

Antes de que ella pudiera negar su predicción, él le subió la camisola y después el corpiño de muselina, cubriéndole el pecho. —No hace falta que discutamos ahora la cuestión. Acábate el vino, querida, y te llevaré a casa. Aún tienes otra clase que dar esta tarde, ¿te acuerdas?

—Sí... me acuerdo.

Arabella estaba todavía aturdida. En efecto, aún tenía que dar una clase, pero tenía problemas para concentrarse en nada cuando todavía podía sentir la erótica caricia de la boca de Marcus y sus manos en su cuerpo, e imaginar su duro sexo moviéndose en su interior. Él le había proporcionado una experiencia pasmosa que ella nunca, jamás olvidaría...

Frunció el cejo mientras se arreglaba la ropa para recuperar cierto aire de decencia. De pronto, comprendió que no era su acto amoroso lo que le resultaba tan preocupante, sino que, por primera vez en su vida, empezaba a comprender a su madre... La razón de que ésta hubiera sucumbido al increíble placer que un amante atento podía proporcionar.

Se prometió que ella nunca se enamoraría ni perdería la cabeza por un hombre, tal como había hecho su madre. Nunca destrozaría su familia en beneficio de su propia amorosa gratificación, por muy excepcional que ésta pudiera ser.

Fijó la vista en Marcus, que estaba recogiendo los restos de su picnic.

Por lo menos, pensó, ahora podía comprender totalmente la tentación.



CAPITULO 08

Debo admitir que estaba equivocada respecto al conde. Después de todo, posee algunas cualidades que lo salvan.

ARABELLA A FANNY

—Roslyn, Lily... ¿qué estáis haciendo aquí? —preguntó Arabella cuando encontró a sus hermanas aguardándola en la oficina de recepción de la academia, donde la directora y ella llevaban los asuntos de administración de la escuela. —No está previsto que deis ninguna clase esta tarde.

—Venimos para saber cómo te va —respondió Roslyn con una expresión preocupada en su encantador rostro—, y para ver si necesitas nuestra ayuda. Puesto que no podíamos visitarte en casa, hemos pensado que éste sería el mejor lugar. Tess nos contó la alarmante noticia de que lord Danvers te ha propuesto matrimonio.

—Sí —convino Lily con expresión aún más preocupada. —¿Cómo diablos ha sucedido eso, Belle? ¿El conde lleva aquí solamente cuatro días y ya estás haciendo extravagantes apuestas con él?

Arabella se sorprendió al pensar que, en efecto, Marcus llevaba allí sólo cuatro días. Le parecía que había pasado mucho más tiempo.

Decidiendo cuánto debía revelar a sus hermanas, se instaló en una silla frente a ellas.

—¿También os contó Tess lo que se halla en juego? Lord Danvers prometió concedernos la libertad, legal y financiera, si logro resistirme a su cortejo durante quince días. La perspectiva era demasiado tentadora como para dejarla escapar.

—Sí, nos lo dijo —contestó Roslyn—. Y te agradecemos el sacrificio que haces por nosotras...

—Pero estamos preocupadas por ti —la interrumpió Lily. No había ningún indicio de su habitual alegría en sus cálidos ojos castaños—. Tess dice que su señoría es enormemente atractivo y encantador.

«Y seductor e irresistible», pensó Arabella. Suspiró de manera sonora.

—Lamentablemente, así es. Pero accedí a darle una oportunidad de cortejarme.

Y procedió a exponerles a sus hermanas un relato resumido de lo que había sucedido entre ellos dos durante los últimos días, omitiendo por completo las lecciones de Marcus sobre la pasión.

—Es nuestra oportunidad de ganarnos la emancipación de su tutela para siempre —concluyó. Lily frunció el cejo.

—¿De modo que no se propone hacernos abandonar la academia ni obligarnos a casarnos?

—No, si yo gano la apuesta.

—Tess dice que te parece más agradable de lo que esperabas —añadió Roslyn—. Pero ¿qué clase de hombre es?



Arabella no tenía una respuesta preparada para eso. Tras ver a Marcus el día anterior con sus alumnas tenía que admitir que era alguien a quien podía admirar y respetar. O, por lo menos, así lo parecía. No se podía juzgar del todo el carácter de una persona con tanta rapidez. Y, hasta el momento, se había comportado como el pretendiente ideal, con la esperanza de convencerla de que sería el marido ideal.

—Es mucho más razonable de lo que las cartas de sus abogados nos indujeron a creer —reconoció.

—No existe ninguna posibilidad de que el conde gane esa vil apuesta, ¿verdad? —quiso saber Lily, aún preocupada. —¿No te convencerá para que te cases con él? Siempre has dicho que no te arriesgarías a ser desdichada contrayendo un matrimonio de conveniencia, Belle.

Ella sonrió tranquilizada ora.

—No necesitas angustiarte. No he cambiado de opinión lo más mínimo sobre ese asunto.

Tal vez no fuese capaz de resistir los abrumadores besos de Marcus, pero no tenía ninguna intención de casarse con él. No sería tan crédula como para volverse a enamorar, y sólo el verdadero amor podía inducirla a desafiar los peligros del compromiso y el matrimonio por segunda vez. Ahora era mucho más prudente y cuidadosa con su corazón.

—¿Quieres que volvamos a casa y te ayudemos a tratar con el conde? —preguntó Roslyn—. Le prometimos a Tess que le ayudaríamos a completar sus cestas de caridad la semana próxima, pero tu bienestar es ahora más importante.

—Sí —la secundó Lily—. Tal vez deberíamos ir a casa para defenderte contra el conde.

—Os lo agradezco, pero no —contestó su hermana mayor. —La verdad es que lo estoy llevando bastante bien, y contribuir con esas cestas para las familias necesitadas a causa de la guerra significa muchísimo para Tess.

Se disponía a preguntarles a sus hermanas cómo les iba cuando oyó unos pasos en el pasillo y luego un suave golpecito en la puerta. Al autorizar la entrada, apareció la señorita Jane Caruthers seguida por un caballero alto, atlético, de cabellos negros al que las dos jóvenes reconocieron al instante, aún antes de que Jane anunciara su nombre.

—Lord Danvers ha venido a verte, Arabella.

Ésta se quedó petrificada al mirar sus penetrantes ojos azules.

No le gustaba que Marcus se hubiera presentado en la escuela sin ser invitado; no solo porque había confiado mantener a sus hermanas seguras, fuera de su vista, durante un tiempo más, hasta que pudiera conocer mejor sus intenciones, sino porque su presencia allí en aquel momento la perturbaba enormemente.

No podía evitar acordarse de que, dos horas antes, ella yacía entre sus brazos, ardiente, húmeda y aferrada a él, mientras Marcus le arrancaba gemidos de placer. Se sonrojó al recordado, sintiendo todavía el calor y la fuerza de aquellas manos en su piel, y el erotismo de sus besos.

Y él, maldito fuera, también se estaba acordando de eso, según comprendió cuando sus miradas se encontraron por un instante. El calor de sus ojos elevó su temperatura, y la intensidad con que la contemplaba la hizo sentir como si acabara de poner en ella sus poderosas manos, y besarla con su boca sensual y pecadora.

Arabella se puso en pie reprimiéndose interiormente, mientras Lily murmuraba:



—Hablando del rey de Roma...

—¡Ah! ¿Estaban hablando de mí? —preguntó Marcus dirigiendo su atención a las hermanas menores. —Ustedes deben de ser mis encantadoras y perdidas pupilas.

Mientras Jane se inclinaba y salía cerrando la puerta tras de sí, Arabella se adelantó protectora. Sin embargo, consciente de que no tenía elección, hizo las presentaciones.

Cuando hubo acabado, Marcus se inclinó y obsequió a las jóvenes con toda la fuerza de su irresistible sonrisa.

—Es un placer conocerlas por fin, señoritas.

Roslyn parpadeó ante su impresionante presencia, mientras que Lily entornaba los ojos.

—No podemos decir lo mismo, milord —dijo esta última. —Preferiríamos que regresara a Londres y nos dejara en paz.

—Lo que mi hermana quiere decir, milord —intervino Roslyn con más cortesía— es que creemos que su tutela es innecesaria.

—Sé que así lo creen. Pero seguramente me permitirán demostrarles que no soy el villano que ustedes creen.

No obstante, sin sucumbir a su evidente atractivo masculino, Lily le sostuvo decidida la mirada.

—Debe reconocer que sus acciones hasta ahora no nos han permitido pensar otra cosa. Sus abogados dijeron que usted se proponía encontrarnos maridos adecuados.

—Eso fue antes de que comprendiera sus circunstancias especiales —respondió él con calma.

—Sería en extremo injusto que nos hiciera renunciar a nuestras clases en la academia, milord —insistió la joven. —Nos hemos esforzado durante años por conseguir que la escuela fuese un éxito, en especial Arabella. Y ahora está tratando de obligarla a casarse con usted.

La media sonrisa de Marcus era conciliadora.

—Dudo que yo pueda «obligar» a que su hermana haga algo que no desee.

Pero era evidente que Lily aún lo veía como una amenaza.

—Usted sabe que Arabella no se dejará engañar por un rostro hermoso o un suave encanto.

Marcus le dedicó una de sus pícaras sonrisas.

—Desde luego que no. Es demasiado astuta para eso. Razón por la que me he esforzado en demostrarle que tengo más sustancia que el típico noble acaudalado.

Al observar que Roslyn lo miraba pensativa, Marcus prosiguió con el mismo tono amistoso:

—Imagino que se refugian en casa de la señorita Blanchard mientras yo resido en la mansión, ¿verdad? No teman, no tengo intenciones de llevarlas a rastras a la casa. En realidad, estoy complacido por tener la oportunidad de cortejar a su hermana con relativa intimidad...

Arabella decidió que había llegado el momento de intervenir antes de que él pudiera exponer sus perversas ideas sobre la intimidad.

—¿Por qué has venido aquí, milord?

—Para ofrecer mis servicios.

—¿Servicios?

—Como compañero de baile durante tu lección de esta tarde.



Deduzco que te propones que tus alumnas practiquen etiqueta de salón de cara al baile que el magistrado local celebrará el lunes. Ayer, cuando vine aquí de visita, la señorita Caruthers se lamentaba de que las jóvenes poca cosa podrían aprender de un maestro de baile contratado. De modo que se me ha ocurrido venir.

Arabella lo miró sorprendida. Su oferta de ayuda era más que generosa, considerando lo difícil que a Marcus le resultaría pasar otra tarde en compañía de unas alocadas alumnas.

Desde luego, aún seguía intentando ganarse su favor. No obstante no se le ocurría ninguna buena razón para rechazar su ofrecimiento. Sus alumnas realmente se beneficiarían de tener a un verdadero caballero como compañero. Sus hermanas solían ayudar en la enseñanza del baile interpretando los papeles masculinos, pero Marcus sería una mejora considerable.

—Muy bien —respondió Arabella lentamente. —¿Estás seguro de que no te importa?

—No me importa lo más mínimo —le aseguró él. —Vuestras clases comienzan pronto, ¿no es así?

—Sí, dentro de unos momentos. —Arabella se dirigió a Roslyn con la intención de ofrecer a sus hermanas una oportunidad de escapar de la atención del conde. —Creo que podremos arreglárnoslas sin vosotras esta tarde.

Para su sorpresa, Roslyn negó con la cabeza.

—Creo que yo me quedaré.

—También yo —la secundó Lily con una penetrante mirada a Marcus—. No me lo perdería por nada del mundo.

Arabella sospechó que una y otra deseaban tener la oportunidad de observar a su nuevo tutor y facilitarle así mismo su apoyo moral a ella. Conmovida por su preocupación, los precedió a la sala de baile, donde ya se habían reunido sus dos docenas de alumnas bajo la supervisión de las señoritas Blanchard y Caruthers.

La llegada de lord Danvers provocó todo un revuelo. Dos docenas de pares de ojos femeninos se iluminaron, no solo ante la perspectiva de bailar con un auténtico conde, según sospechó Arabella, sino de hacerlo con uno tan guapo y encantador.

Las muchachas ensayaron primero entrando en la sala graciosamente, deteniéndose para ser anunciadas por el mayordomo, saludando a los anfitriones e instruyéndose luego acerca de cómo responder a las peticiones de baile de los diversos solicitantes, incluido cómo rechazar a compañeros no deseados. Cuando por fin llegaron al baile propiamente dicho, la señorita Caruthers se sentó al piano para interpretar la música.

Arabella se disponía a escoger una compañera para Marcus cuando él cortésmente dijo:

—Preferiría que mi inicial demostración fuese con usted, señorita Loring.

Comprendió exasperada que eso era lo que había pretendido en todo momento. Pero él no le dio ocasión de negarse mientras la cogía de la mano y la conducía a la pista. El pulso de Arabella se aceleró lamentablemente ante aquel simple contacto, pues no hizo más que recordarle su anterior encuentro de aquella tarde. Y mientras se colocaban el uno frente al otro para una contradanza, aguardando a que comenzara la música, Arabella comprendió que tenía un motivo adicional: le resultaba extraño volver a bailar con un caballero.

Aquélla sería la primera vez desde que se rompió su compromiso. De hecho no había estado en



ningún baile desde entonces. Cuando acompañaba a sus alumnas a reuniones públicas locales, siempre se quedaba sentada, puesto que sólo asistía como acompañante y para orientar a las jóvenes de la academia. Aquel modo era el más adecuado, y evitaba cualquier habladuría acerca de que una simple profesora no supiera cuál era su lugar.

Mientras miraba los azules ojos de Marcus se recordó a sí misma que también en aquel momento debía ir con cautela, pues dos docenas de damiselas los estaban mirando. Tenía que pensar que aquel apasionado intervalo con él aquella tarde nunca había ocurrido.

Durante los siguientes minutos, mientras Marcus la conducía en las rápidas evoluciones de la danza, Arabella se esforzó por parecer tranquila. Su comportamiento fue perfectamente adecuado durante todo el baile, pero cada vez que sus manos se encontraban le suponía una grave distracción. Ella solía ser una experta danzarina, sin embargo, en esos momentos, parecían entorpecérsele los pies.

Al acabar la danza, Arabella estaba sin aliento y absurdamente sonrojada, y se hizo el propósito de evitar las miradas de sus hermanas, consciente de que éstas observaban con profundo interés su trato con el conde.

Se disponía a escogerle otra compañera cuando Sybil Newstead, la alumna que a ella menos le gustaba, se adelantó audazmente.

—Me gustaría ser la primera, lord Danvers. Las otras muchachas no necesitan práctica, puesto que muy pocas de ellas han recibido realmente invitaciones para el baile de sir Alfred Perry. Yo sí y también la señorita Blanchard. —Dirigió una rápida mirada a Arabella—. La señorita Loring no ha sido invitada, ni tampoco las señoritas Roslyn y Lilian. Están consideradas demasiado escandalosas para mezclarse con la clase alta local.

Ante la salvaje observación de Sybil, Arabella aspiró profundamente, pero Marcus respondió antes de que pudiera recuperarse.

Enarcó una ceja y miró a la muchacha de arriba abajo con indiferencia.

—¿No le han enseñado nunca que es descortés chismorrear, señorita Newstead? Yo diría que usted no necesita practicar el baile; le convendría más perfeccionar sus execrables modales.

Sybil se quedó boquiabierta, y sus mejillas se sonrojaron de vergüenza. Pero Marcus, al parecer, no había acabado.

—Procure no molestar a la gente que no debe, porque una invitación a un baile siempre puede ser retirada. Conozco a sir Alfred, ¿lo sabía?

Se expresaba con suavidad, incluso con languidez, pero no cabía error de interpretación en su implícita amenaza de que Sybil podía ser expulsada de la sociedad local, como lo habían sido las hermanas Loring.

Arabella lo miró a un tiempo sorprendida y agradecida de que la hubiera defendido contra la muchacha, aunque quizá había sido demasiado duro. Sin duda era una lección que Sybil tardaría en olvidar.

Sin embargo, había un modo más discreto de enseñarle que su cruel comportamiento era inaceptable.

Al ver que la joven fruncía el cejo, Arabella observó con dulzura:

—Una dama no hace muecas cuando un caballero la disgusta, Sybil. Ni tampoco hace



observaciones que puedan ser hirientes para otros.

—Sí, señorita Loring —murmuró la chica con las mejillas aún sonrojadas.

—Sabes que en una sociedad educada uno es juzgado por cada palabra y acción, y tú deseas ser considerada una dama, ¿verdad?

—Sí, desde luego, señorita Loring.

Arabella sonrió alentadora.

—Entonces, quizá seas tan amable de permitir que la señorita Trebbs tenga la oportunidad de practicar primero con lord Danvers.

—¡Oh, por supuesto!

Claramente luchando por morderse la lengua, Sybil retrocedió, pero no sin antes dirigir una mirada rebelde a Arabella.

Ella ignoró tranquilamente a la consentida muchacha mientras la excitada señorita Trebbs entraba en la pista para bailar con Marcus. Cuando se retiró de la misma, Arabella percibió las expresiones de sus hermanas; Lily se estaba consumiendo por la ira reprimida y el dolor ante la desagradable pulla de Sybil, mientras que Roslyn simulaba una frialdad que ocultaba similares emociones.

Ella compartía sus sentimientos. Desde que la infamia de sus padres las había seguido desde Hampshire, no habían sido recibidas en ninguna de las casas de categoría de la vecindad; en gran parte porque su propio difunto tío las había repudiado públicamente por los pecados de su madre.

Era una píldora muy amarga de tragar, tanto para ella como para sus hermanas. Habían aprendido a aceptar lo inevitable, pero aún las hería verse rechazadas por casi toda la gente bien del contorno a causa de los escándalos provocados por sus padres.

Arabella observó las prácticas de baile dedicándoles sólo la mitad de su atención, y al final estaba tan distraída que permitió que Marcus la guiase hasta su carruaje para llevarla a casa, cuando se había propuesto evitar estar a solas con él tan poco tiempo después de su romántica cita.

—Así pues, dime —empezó él cuando el vehículo se puso en marcha. —¿Por qué no habéis sido invitadas tú y tus hermanas al baile de sir Alfred?

—Creo que es evidente —respondió Arabella tratando de adoptar un tono ligero. —El escándalo aún nos persigue. En esta zona, nadie que se mueva en los círculos de la clase alta querrá tener nada que ver con las hermanas Loring, exceptuando a lady Freemantle y a la señorita Blanchard, desde luego. —Se encogió de hombros. —En realidad, a mí no me preocupa, pero mis hermanas se merecen algo mejor.

Marcus apretó la mandíbula.

—Me encargaré de que las tres seáis invitadas al baile. Y me propongo acompañarte yo mismo.

Ella lo miró con curiosidad. Tenía pocas dudas de que pudiera convencer a sir Alfred y a lady Perry para que les enviaran invitaciones, pero no podía comprender por qué deseaba hacerlo. —No necesitas tomarte tantas molestias, Marcus.

—Tengo que hacerlo. No quiero que mis pupilas sean rechazadas, en especial porque habéis sido condenadas sin tener ninguna culpa.

Arabella comprendió que estaba enfadado, y forzó una sonrisa.



—No importa, de verdad. Estamos acostumbradas a vernos excluidas. En cualquier caso, no tenemos nada apropiado que ponernos. Nuestros vestidos de baile son de hace cuatro años.

—Entonces encargaremos que os hagan nuevos trajes.

—¿Para el lunes?

—Puede hacerse. Enviaré a por una modista a Londres que os atienda mañana.

—Pero ¡Costará una fortuna hacer los vestidos en tan breve plazo, Marcus!

—Da la casualidad de que tengo una fortuna, querida. Y no se me ocurre un modo mejor de gastarla.

En esa ocasión, Arabella se opuso con firmeza.

—No necesitamos tu caridad.

—No es caridad. Como vuestro tutor, estoy obligado a manteneros.

Como si todavía estuviera oyendo las quejas de su difunto tío sobre la carga que le suponía mantenerlas, Arabella sintió que se ponía rígida.

—Es caridad y no la aceptaremos. Marcus fijó en ella una severa mirada.

—Por favor, no seas obstinada. Te niegas sólo por orgullo. Lo miró con el cejo fruncido.

—A ti te resulta muy fácil decirlo. Es evidente que nunca has tenido que depender absolutamente de alguien. No puedes comprender la sensación de impotencia, lo humillante que resulta tener que agradecer cada bocado de alimento y cada remiendo de tus ropas...

—No, no puedo comprenderlo —convino él comprensivo—, pero vuestro antiguo tutor era un bastardo egoísta y miserable que merecía que se le hubiese hecho tragar la dentadura por tratar a sus propias sobrinas como mendicantes.

Entonces, comprendiendo cuán angustioso era aquel tema para Arabella, suavizó su expresión.

—Si no aceptas un vestido nuevo por ti, entonces hazlo por mí. Mi orgullo está en juego. No puedo consentir que mis pupilas vayan vestidas con harapos. Y seguramente no desearás estar en desventaja respecto a tus alumnas presentándote en el baile con ropa pasada de moda.

Al verla vacilar, Marcus la pinchó.

—Vamos, confíesalo, Arabella. Te gustaría ir a ese baile, aunque sólo fuera para demostrar que tú y tus hermanas sois tan dignas como los altaneros nobles que os han menospreciado durante todos estos años.

En efecto, ella no podía negar que la idea era atractiva. No obstante, permaneció silenciosa, cosa que Marcus aprovechó para insistir:

—Imagino que a tus hermanas les resultará agradable volver a ser bien recibidas por sus iguales... ocupar el lugar que les corresponde en sociedad. Y también a ti.

Arabella desvió la vista sorprendida de que él pareciera comprender esos sentimientos contradictorios. Hacía cuatro años, cuando se había visto menospreciada por sus pares y por muchos de los conocidos a los que hasta entonces había considerado amigos, había erguido la cabeza —de hecho desafiante— negándose a permitir que su vida fuese gobernada por los volubles miembros de la alta sociedad. Sin embargo, había ocasiones en que se encontraba ansiando la clase de aceptación que había disfrutado desde su nacimiento, antes de que ella y sus hermanas se convirtiesen en parias sociales. Aunque había simulado que no le importaba, en



realidad sí le importaba; probablemente más de lo aconsejable. Y deseaba de todo corazón que Roslyn y Lily tuvieran las oportunidades que les habían sido negadas cuando su mundo familiar se había desplomado a su alrededor.

El tono de Marcus fue inesperadamente grave cuando dijo:

—Puedo conseguir que tú y tus hermanas seáis aceptadas de nuevo en sociedad, Arabella.

Luego le cogió la mano y la obligó a mirarlo.

Ella dejó escapar un aprensivo suspiro. El calor de sus ojos la llevaba a olvidar demasiado fácilmente que se suponía que debía resistirse a sus propuestas, aunque, de alguna extraña manera, se sentía afectada por su preocupación. Su sentido protector le ponía un nudo en la garganta.

Tuvo que hacer un esfuerzo para retirar la mano de la suya.

—Realmente me gustaría asistir al baile por mis hermanas... —Marcus sonrió con lentitud.

—Entonces ya está solucionado. Yo os acompañaré a las tres.

Que ellas vengan mañana por la mañana a la mansión para que la modista les tome medidas.

Arabella esbozó una sonrisa ladeada con involuntaria diversión mientras miraba a Marcus.

—Sólo un noble estaría tan seguro de que únicamente necesita chasquear los dedos para que todo el mundo haga su voluntad.

—Porque es cierto —respondió él amable. —Nunca subestimes el poder del rango y la riqueza.

—¡Oh, no lo subestimo, créeme!

Marcus la miró.

—Podrías aceptar mi propuesta de matrimonio. Como lady Danvers estarías por encima de todos en estos contornos.

Arabella no pudo reprimir una sonrisa, lo que sin duda él pretendía.

—Es una idea tentadora... pero ni siquiera esa atractiva posibilidad hará que me case contigo, Marcus.

—Entonces tendré que pensar en algún otro medio para convencerte. Y sabes que tengo muchos recursos cuando me lo propongo.

Ella se encontró riendo suavemente mientras se volvía para mirar por la ventanilla del carruaje. Marcus no solo había conseguido disipar la consternación que sentía, fruto del malintencionado comentario de Sybil, sino aligerar así mismo su ánimo. Sería en extremo gratificante que pudiera hacer que sus hermanas fuesen readmitidas en sociedad, tal como había dicho.

Al oír su ronca risa, Marcus sintió un estremecimiento poco habitual. Era impresionante ver la fortaleza de aquella joven. Él nunca se había visto reducido a la clase de abierto ostracismo que ella había soportado, ni siquiera por sus más escandalosas transgresiones. Durante años, Arabella había sido injustamente humillada y menospreciada por los pecados de sus padres.

Pero se prometió a sí mismo que trataría de cambiar eso, incluso antes de que ella se convirtiera en su condesa. Cuando él hubiera terminado, cada uno de los miembros de la nobleza del distrito estaría desagráviándola.



CAPITULO 09

Nunca esperé estarle agradecida al conde, pero lo estoy sinceramente.

ARABELLA A FANNY

Para Arabella los siguientes días pasaron como un torbellino. Además de la renovación en marcha de la casa y sus habituales clases en la academia, cada momento libre lo tenía ocupado con pruebas de vestidos e inesperados visitantes.

Ante su sorpresa, comenzó a recibir visitas de muchos de sus hasta entonces desdeñosos vecinos. Los primeros que aparecieron fueron sir Alfred y lady Perry, que acudieron al día siguiente por la tarde.

Su señoría, lady Perry, prácticamente se desvivió por dar la bienvenida al nuevo conde de Danvers al vecindario, y luego se volvió hacia Arabella.

—Estaríamos complacidos de que usted y sus encantadoras hermanas pudieran asistir a nuestro baile —declaró con un entusiasmo evidentemente fingido, puesto que siempre se había negado a reconocer a las hermanas Loring cuando se encontraba con ellas en público.

Arabella se contuvo para no apretar los dientes ante su hipocresía, y en lugar de ello sonrió con serenidad y respondió con un gracioso reconocimiento.

Y como sir Alfred era el muy respetado magistrado del distrito, y su esposa la reconocida líder de la alta sociedad local, fijaron la pauta para el resto de gente bien.

Por supuesto, Arabella sabía que nadie allí se atrevería a desafiar a un noble del rango y la importancia de lord Danvers, sin embargo, era consciente de que era el irresistible encanto de Marcus el que los hacía sentir tan ansiosos de congraciarse con él. Estaba francamente impresionada por su habilidad para manipular a la gente para que hicieran lo que él deseaba. Observaba cómo una y otra vez sus visitantes escuchaban sus palabras con avidez. Y al cabo de dos días ya no tuvo ninguna duda de que su intento de restablecer el estatus social de las hermanas Loring sería un éxito.

Desde que había comenzado a dirigir sus asuntos cotidianos desde la mansión de Danvers, Marcus también tenía numerosos visitantes propios, principalmente por asuntos de negocios, sus abogados, el administrador de su casa solariega en Devonshire, y, con más frecuencia, su secretario.

Este último lo informaba a diario sobre cuestiones relativas a la Cámara de los Lores. Arabella lo descubrió porque Marcus tuvo que viajar a Londres una mañana para votar el último proyecto ante la Cámara.

Cuando le expresó su sorpresa de que él estuviera metido en política, el conde se limitó a encogerse de hombros con despreocupación.

—Mi dedicación a estos asuntos es bastante reciente. Mi buen amigo Drew, el duque de Arden, me persuadió y me convenció de que debía interesarme por ello. Su teoría es que el privilegio conlleva la responsabilidad de gobernar.



Esas palabras le dieron a Arabella motivos para pensar. Ella estaba poco familiarizada con los asuntos del gobierno. Su tío nunca había ocupado su escaño en la Cámara, aunque sabía que tanto él como su padre eran más bien conservadores que liberales, como Marcus declaraba ser. Y eso le hizo comprender que realmente había más sustancia en él de la que imaginaba.

No obstante, lo que más la sorprendía era que no intentara otros avances físicos con ella. Aún le seguía exigiendo que pasara su tiempo convenido juntos, en cenas íntimas, pero sus lecciones de pasión habían cesado por completo. Extrañamente, el alivio de Arabella ante ese respiro venía acompañado de una inconfundible decepción; había comenzado a esperar ansiosa los sensuales duelos de ingenio entre los dos, que solían acabar con ella sonrojada y febril. Sin embargo, Marcus no intentaba ni siquiera darle un beso.

En vez de eso, después de cenar solía leerle en voz alta, o ella tocaba el piano y cantaba. A veces, se permitían bromas, pero con mucha frecuencia simplemente charlaban.

Él le habló de su educación, que era la típica de los hijos de la aristocracia británica. Desde el nacimiento, se había visto entregado al cuidado de niñeras y luego tutores, antes de ser enviado a un internado y, desde allí, a la universidad. Mientras crecía, había visto poco a sus padres, puesto que éstos preferían los atractivos de Londres a los de la finca de los barones Pierce, en Devonshire, donde Marcus había pasado los primeros ocho años de su vida.

No había tenido amigos íntimos hasta llegar a Eton, donde conoció a Andrew Moncrief, futuro duque de Arden, y a Heath Griffin, que se convertiría en el marqués de Claybourne. Por lo que Marcus le contaba, Arabella se lo imaginaba como un solitario muchacho que de repente experimentó la alegría de encontrar «hermanos» tan aventureros, temerarios y extravagantes como él.

—¿Y tu hermana menor? —le preguntó. —Se llama Eleanor, según creo que dijiste.

Marcus sonrió al oír mencionar a la joven.

—Llegó inesperadamente diez años después de que yo naciera, cuando yo ya me había ido de casa para ingresar en Eton. Pero la veía siempre que volvía de vacaciones. Desde el primer momento nos embelesó a todos... también a Drew y a Heath.

Su expresión se suavizaba visiblemente al hablar de su hermana, y lo que contaba revelaba un auténtico cariño mutuo.

Fue tan franco al explicarle su juventud que cuando le preguntó a ella por su propia historia, Arabella respondió así mismo honradamente, contándole cosas que había compartido con poca gente aparte de sus hermanas y sus amigas más íntimas.

Durante su infancia, su familia residía en Londres durante la Temporada, y en la mansión Loring, de Hampshire, el resto del año. Pero cualquiera que fuese el lugar, sus padres no dejaban de discutir encarnizadamente. Cuando estaban en el campo, ella y sus hermanas se escapaban al aire libre lo máximo posible, lo que había conllevado que las tres se hubiesen convertido en entusiastas andariegas y excelentes Amazonas. Y; cuando se hallaban en Londres, se refugiaban con entusiasmo en sus estudios, como una evasión de la violenta y tensa atmósfera creada por Victoria y Charles Loring.

—Roslyn se aficionó rápidamente a la ciencia —prosiguió Arabella con una sonrisa afectuosa. — Estaba fascinada por los más recientes métodos de la investigación, y llegó a instruirse en latín. E incluso Lily recurrió a los libros como consuelo. Se sumergía en tomos de historia y de geología



mientras soñaba con explorar mundo en busca de aventuras... lo que desde luego es imposible, dado su sexo y situación social como hija de un baronet.

—¿Y qué hay de ti? —quiso saber Marcus, curioso. —¿También tenías tu encantadora nariz metida en los libros?

—Sí, pero no hasta el extremo de Roslyn. Y además, descubrí que mi gran distracción eran la literatura y la poesía, no la ciencia.

—Si vuestros padres se odiaban tanto, ¿por qué sencillamente no se separaron? —preguntó él a continuación.

Arabella se había preguntado lo mismo innumerables veces. —No estoy segura. Creo que les gustaba hacerse daño mutuamente; tal vez para así vengarse de su propia desdicha. Mi madre confesó una vez que se había enamorado de mi padre poco después de la boda, pero el sentimiento no fue recíproco, y sus infidelidades destruyeron cualquier posibilidad de que su afecto pudiera perdurar.

—Supongo que, con esos antecedentes, es bastante lógico que tengas tanta aversión a los matrimonios convenidos —reflexionó Marcus en voz alta.

—Celebro que por fin lo comprendas —respondió Arabella adoptando un tono ligero.

—Aunque eso no significa que seas un caso perdido —prosiguió. —No pienso rendirme todavía.

Ella sabía perfectamente que Marcus no renunciaría a su propósito hasta que uno de los dos ganara la apuesta. Estaba decidido a casarse con ella porque deseaba una esposa refinada como madre de sus herederos, aunque su cortejo había cambiado radicalmente desde el día de su picnic. Era como si estuviera dando a su amistad una oportunidad de ponerse al nivel de su relación física.

Sospechaba que formaba parte de su calculada estrategia para socavar su resistencia. De ser así, tenía que admitir que estaba surtiendo efecto. A decir verdad, Arabella disfrutaba enormemente de las tranquilas veladas que pasaba con él. Durante el día, la casa estaba invadida por costureras y trabajadores que requerían su aprobación, así como de ilustres visitantes que exigían su cortés atención, de modo que tras el ajetreado ritmo del día, la paz era bien recibida. Pero era Marcus quien hacía esos interludios tan agradables.

También él parecía encontrarse a gusto y así lo dijo la última noche antes del baile. Un cómodo silencio se había instalado entre los dos mientras tomaban té en el salón y en el exterior una tormenta de finales de primavera desplegaba su furia.

—Esto es realmente gratificante —comentó, extendiendo sus largas piernas hacia el fuego del hogar, que crepitaba alegremente. —Se diría que somos una pareja que llevase mucho tiempo casada. —Luego esbozó una divertida sonrisa. —Aunque si realmente estuviéramos casados, tú no dormirías sola cada noche.

Arabella sintió que se sonrojaba ante su insinuante observación, más propia del Marcus que había conocido al principio. Durante las tres últimas noches, cuando ella se retiraba a su habitación, él no le daba más que un casto beso en la punta de los dedos. Pero incluso esa suave caricia la hacía estremecer, y cada noche yacía despierta, pensando en él, recordando el asombroso placer que le había dado la tarde de su picnic y preguntándose cuándo intentaría repetirlo.

Al cabo de media hora, Arabella comprendió que no sería aquella noche, porque lo que hizo fue deseárselo dulces sueños sin apenas tocarle la mano.

Su apagada despedida la dejó extrañamente insatisfecha, hasta que se regañó a sí misma y



decidió dedicar sus pensamientos al baile del día siguiente, en lugar de al provocativo conde de Danvers.

La tarde siguiente, Arabella concluyó temprano sus trabajos en la casa con el fin de tener tiempo sobrado para vestirse para el importante acontecimiento. Ella y Marcus irían en el carruaje de éste a casa de Tess, donde recogerían a ésta y a Roslyn y Lily y luego se dirigirían todos juntos al baile.

Dado que él había contratado una doncella para que cuidara del guardarropa de Arabella y la ayudara a vestirse, le costó menos tiempo que de costumbre bañarse, peinarse y ponerse el vestido de baile. Cuando se contempló ante el espejo de cuerpo entero se quedó totalmente satisfecha con su apariencia.

Su nueva doncella, Nan, fue más efusiva:

—¡Oh, señorita, tiene un aspecto impresionante!

Su vestido era en verdad de una confección exquisita de malla plateada sobre tafetán de Florencia color esmeralda, que realzaba sus ojos grises y sus cabellos rojizo-dorados, mientras que el escote, moderadamente bajo, y las mangas ahuecadas dejaban al descubierto la cantidad justa de piel.

Ya se disponía a bajar, cuando Marcus la sorprendió enviándole a un lacayo con un joyero de terciopelo que contenía un collar de delicadas esmeraldas y unos pendientes a juego. Arabella al principio vaciló en aceptar un regalo tan costoso, aunque no era algo impropio entre tutor y pupila. Pero cuando Nan elogió las joyas, vaciló lo bastante como para probárselas, y descubrió que embellecían aún más su vestido.

Marcus pareció coincidir en ello, porque cuando se reunió con él en el salón, se la quedó mirando largo rato antes de dedicarle una complacida sonrisa.

—Ese encantador vestido y las joyas casi te hacen justicia.

—No deberías haber gastado tanto —lo reprendió ella disimulando su rubor ante su halago.

—Desde luego que debía. Ha sido un absoluto placer para mí. Él estaba irresistible con frac negro y chaleco y camisa blancos, y Arabella fue vivamente consciente de ello mientras la ayudaba a ponerse su echarpe de satén y la acompañarla al carruaje. Sin embargo, mientras recorrían la corta distancia hasta la casa de Tess, ella se distrajo repasando los nombres y rango de los invitados que probablemente encontrarían en el baile, algunos de los cuales ya habían visitado la mansión Danvers para presentarse y conocer a Arabella.

Una vez en casa de Tess, sus hermanas y su amiga los aguardaban con diferentes grados de entusiasmo.

Tess era claramente la más animada. Ella siempre era bien recibida en reuniones y bailes porque, a falta de una fortuna importante, su cuna y su educación eran excepcionales. Y dado que la familia de su madre procedía de cerca de Richmond, Tess era una gran favorita de las matronas y viudas de más edad de la zona.

Roslyn, que estaba increíblemente hermosa con sus nuevas galas, mantenía una actitud de fría distancia, pero Arabella sospechaba que deseaba intensamente que la velada saliera bien. A Roslyn le importaba mucho conseguir la rehabilitación social, puesto que no estaba del todo dispuesta a abandonar la idea de tener marido e hijos algún día. También, tras la mortificación de haber tenido que oír diversas proposiciones vergonzosas por parte de algunos libertinos y calaveras, estaba más



deseosa que sus hermanas de aceptar la protección y el apoyo de su tutor.

Arabella sabía que Lily no deseaba en absoluto relacionarse con ninguno de los desdeñosos árbitros de la buena sociedad. Sin embargo, incluso ella comprendía cuán trascendental podía ser aquella velada para el futuro de las tres. Por fortuna, no solo había accedido a asistir, sino que había hecho un esfuerzo para mostrarse encantadora y comportarse como una dama.

—Prometiste no hacer ninguna diablura esta noche, ¿lo recuerdas, Lily? —observó Arabella mientras Marcus ayudaba a las damas con sus capas y echarpes.

Su hermana la obsequió con una graciosa sonrisa.

—Lo recuerdo. No necesitas preocuparte, Belle. No hubiera soportado todas estas intolerables pruebas de costura ni me habría pasado horas acicalándome esta tarde de haber planeado estropear nuestra gran noche.

—Bien, el resultado es espléndido.

A la joven se le formaron unos hoyuelos al sonreír, antes de contemplar su nuevo vestido.

—Se nos ve muy elegantes, ¿verdad?

Ella no pudo contener la risa. Aunque Lilian se sentía más cómoda con un viejo traje de montar, era lo bastante femenina como para ser capaz de apreciar un hermoso atuendo.

Arabella estaba tan complacida con los trajes de baile de sus hermanas como con el suyo propio. Roslyn lucía una elegante prenda de encaje blanco sobre seda de un rosa intenso, lo que subrayaba su delicadeza y su cabello rubio, mientras que Lilly destellaba con un vestido tornasolado de oro sobre crepé amarillo pálido, que acentuaba su piel dorada. A la morena Tess se la veía así mismo encantadora, vestida de lila, aunque su traje tenía ya dos temporadas.

Pero cuando Marcus elogió el atractivo aspecto de todas las damas, el animado humor de Lily desapareció, siendo sustituido por una recelosa cortesía mientras él las acompañaba hasta el carruaje.

Durante el camino, la conversación fue bastante agradable, con Tess y Marcus llevando la voz cantante. Arabella advirtió que Roslyn estaba muy callada, pero cuando el vehículo se detuvo ante la mansión Perry, brillantemente iluminada, ella misma experimentó un inesperado nerviosismo. Al notar que Tess le estrechaba la mano, comprensiva, dedicó a su amiga una sonrisa de agradecimiento, y luego irguió la espalda para enfrentarse a lo que las esperaba.

Pronto comprendió que no tenía por qué preocuparse. La acogida de que fueron objeto tanto ella como sus hermanas por parte de sus anfitriones y los restantes invitados fue mucho mejor de lo que podía haber imaginado, y todo a causa de Marcus. A juzgar por la excesiva coba, inclinaciones y reverencias que los allí reunidos le dedicaban, se diría que se trataba del propio príncipe regente. ¡Qué diferentes eran las cosas estando bajo su protección!

Lady Freemantle también lo advirtió, y así se lo dijo a Marcus a la primera ocasión que tuvo, durante una pausa antes de que comenzara el baile:

—Es admirable el interés que se está tomando por sus pupilas, lord Danvers —dijo Winifred sonriéndole aprobadora.

Arabella, que estaba junto a él, lo vio agradecer el elogio con una ligera inclinación.

—Sólo cumplo con mi deber, milady. —Winifred resopló.

—Es una lástima que su antecesor no compartiera sus sentimientos. Si Lionel hubiera hecho el



más mínimo esfuerzo, sus sobrinas habrían tenido una vida mucho más fácil. Tal vez incluso hubieran logrado superar los escándalos provocados por sus padres.

—Su descuido fue imperdonable —convino Marcus—. Pero yo me esforzaré por compensarlo.

Winifred dirigió a Arabella una penetrante mirada.

—Deberías estar agradecida a su señoría, muchacha. Vuestro éxito ya está asegurado.

Precisamente entonces, a lady Freemantle la llamó una de sus amigas, y se alejó dejando a Arabella a solas con Marcus, puesto que sus hermanas y Tess se habían apartado ya antes para hablar con otros invitados.

—Estoy de acuerdo en que debes estar agradecida —dijo él divertido.

Ella no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Oh, desde luego que lo estoy... en especial por mis hermanas!

—¿Y qué hay de ti?

Adoptó una expresión pensativa mientras reflexionaba sobre su pregunta.

—Te estoy en verdad reconocida, desde luego. Pero para mi sorpresa verme de nuevo en esta ilustre compañía —señaló con la mano el atestado salón de baile— No significa tanto como yo había imaginado. Durante los últimos cuatro años, he aprendido a vivir sin la aprobación de la buena sociedad, y sospecho que puedo seguir haciéndolo en el futuro. Pero por lo que respecta a Roslyn y Lily, te lo agradezco sinceramente.

Sus miradas se encontraron durante largo rato, hasta que Arabella consiguió desviar la suya de la inesperadamente tierna de él.

—¿Me concederás el primer baile? —le preguntó, cambiando de tema.

Ella negó con la cabeza.

—Gracias, pero como es mi costumbre, esta noche me proponía mantenerme al margen, con las viudas y las solteras. Se espera que las profesoras de la Academia Freemantle se comporten con el debido decoro, y sean un buen ejemplo para sus alumnas.

En esta ocasión, fue Marcus quien negó.

—No es incorrecto bailar con tu tutor. Y esta noche no estás aquí como profesora, sino como la señorita Loring, de la mansión Danvers, pupila de un conde. —Al verla dudar, la animó—: Vamos, reconoce que disfrutarías bailando.

—Bien, sí... así es. Pero no debe ser la primera pieza. A lady Perry le romperías el corazón si no abres el baile con ella, puesto que eres el invitado de mayor categoría.

Arabella enarcó una ceja a su vez.

—Creo recordar que tú has inclinado las normas más de una vez a tu favor, Marcus. Y aún tengo una apuesta que ganar, no lo olvides. ¿Quién sabe? Alguna de nuestras jóvenes damas puede merecer tu aprobación y convencerte de que abandones mi cortejo.

Su bromista respuesta lo hizo sonreír.

—Muy bien, bruja, siempre y cuando reconozcas hasta qué extremos estoy dispuesto a llegar para contentarte.

Si Marcus era reacio a bailar con su anfitriona, lady Perry, no lo demostró, al contrario, se fue rápidamente en su busca.



Arabella se disponía a ocupar su lugar habitual en los laterales, con las acompañantes, cuando Winifred se le acercó acompañada de un anciano caballero, al que le presentó como un atractivo compañero de baile. Por fortuna, cuando la orquesta se disponía a empezar a tocar la apertura, su amiga abandonó sus evidentes intentos de buscarle pareja y se dirigió a las mesas de juego de cartas del salón contiguo mientras Arabella salía a la pista con su compañero.

Después, bailó con otros cuatro caballeros, y se sintió satisfecha de que sus hermanas encontraran también compañeros aceptables. Su popularidad no tenía nada que ver con lo que habían vivido los cuatro últimos años.

Luego llegó el momento de su baile con Marcus. Arabella sintió una nerviosa agitación en el estómago mientras él la conducía a la pista y se colocaba en la debida postura; con una mano cogiendo la suya y con la otra presionando ligeramente su cintura.

Verse rodeada por sus brazos era tan inquietante como temía, pero su nerviosismo se desvaneció un poco mientras Marcus la guiaba siguiendo el melodioso ritmo del vals.

—Eres un bailarín muy experto —lo elogió ella al cabo de un momento.

Él le sonrió.

—Me alegra que así lo creas. Tú también lo haces muy bien. Una cálida oleada de placer la invadió haciéndola sentirse casi mareada. Durante largo rato, mientras se sostenían la mirada, el resto del mundo desapareció y sólo existieron ellos dos. Sin embargo, la música concluyó.

Arabella se sintió extrañamente apenada cuando Marcus se inclinó ante ella y la entregó a otro caballero. Todas las danzas posteriores le parecieron bastante anodinas. Con Marcus en cambio se había sentido casi... jubilosa.

Entonces volvió a recordar que él producía ese efecto en gran número de personas, en especial entre el público femenino. Durante la siguiente hora, estuvo observando cómo dejaba encantados a los presentes. Tal como ella le había impuesto, danzó con cada una de sus alumnas, e impresionó a sus acaudalados padres con enorme gratitud por parte de Arabella, que sabía que tan singular atención por parte de un conde favorecería mucho a su academia. Pero las invitadas femeninas no solo estaban fascinadas por su rango y categoría, sino sobre todo por su brillante personalidad.

Solicitó así mismo un segundo baile con Roslyn y Lily. Era interesante observar la reacción de sus hermanas hacia él. Roslyn lo trataba con respetuosa reserva, mientras que Lily se mostraba desusadamente fría. Sin embargo, ambas se daban perfecta cuenta del extraordinario esfuerzo que estaba haciendo por ellas esa noche, lo mismo que se daba cuenta Arabella.

Cuando Marcus le había preguntado por sus sentimientos respecto a su aceptación de nuevo en sociedad, había tenido algo parecido a una revelación. La sorprendía comprobar que la aprobación de aquella gente ya no era muy importante para ella, aunque se sentía enormemente reconocida por sus hermanas, en especial por Roslyn.

Tras la práctica destrucción de sus vidas, hacía cuatro años, cada una había respondido de manera diferente: Arabella se había obstinado en conseguir independencia, Lily se había revelado abiertamente y Roslyn se había hecho el propósito de construir su propio destino sin convertirse en la amante de ningún acaudalado caballero.

La fascinante belleza de Roslyn atraía a hombres de todo tipo, por lo que, aparte de aprender a defenderse, su hermana se había convertido en una experta en protegerse de los latosos avances de admiradores inadecuados. Por eso, ahora, a Arabella la confortaba ver la legítima atención que



Roslyn estaba recibiendo de uno de sus más nobles vecinos, Rayne Kenyon, conde de Haviland.

Lord Haviland era la oveja negra de su familia, y había heredado inesperadamente el título a comienzos de aquel año. Moreno y de aspecto peligroso, lo opuesto a la delicada belleza de su hermana. Pero pese al hecho de que parecieran tan distintos, Arabella sospechaba que en Roslyn se había despertado un tierno afecto hacia el conde. En aquellos momentos, sus preciosas mejillas estaban sonrojadas mientras conversaba animadamente con él.

Sin embargo, el placer que Arabella experimentó al ver la felicidad de su hermana se disipó de repente al reconocer al joven petimetre que acababa de acercarse a Roslyn.

Pese a su relativa juventud, el señor Jasper Onslow era peligroso para la reputación de cualquier dama. Se trataba de un atrevido libertino que necesitaba con urgencia casarse con alguien adinerado. Era uno de los sinvergüenzas que le habían propuesto a Roslyn, hacía apenas tres meses, instalarla como su amante en un acogedor nido de amor en Londres.

Que ahora se atreviera a acercarse de nuevo a ella inundó a Arabella de ira e indignación, y se disponía ya a atravesar el salón para intervenir, cuando lord Haviland le dijo algo a Onslow que hizo que el tunante se marchase de allí como alma que lleva el diablo. En respuesta, Roslyn dedicó al conde una sonrisa de gratitud tan impresionante, que él se quedó inmóvil, a todas luces cautivado por ella.

Interrumpiendo su innecesario intento de rescate, Arabella suspiró aliviada y murmuró entre dientes:

—Gracias a Dios.

—¿Por qué estás tan agradecida? —preguntó Marcus sobre su hombro.

Sobresaltada, se volvió para mirarlo.

—¡Oh, no hay ningún motivo en especial! —contestó en seguida, no deseosa de preocuparlo con los asuntos de sus hermanas.

Pero era evidente que él había visto algo del intercambio que acababa de tener lugar y que implicaba a Roslyn, porque su perspicaz mirada se detuvo un momento en la joven, pensativo, antes de volverse de nuevo hacia Arabella.

—¿Me lo dirás si necesitas mi ayuda?

Ante su amabilidad, Arabella sintió que el corazón se le encogía con un extraño dolorcillo.

—Así lo haré, gracias. Por fortuna, tu ayuda parece innecesaria por el momento.

Marcus asintió, por lo visto deseoso de dejar correr el asunto, y le propuso ir a cenar.

—¿Recogemos a tus hermanas y vamos al bufé?

Le ofreció su brazo, que Arabella aceptó de buen grado.

La comida resultó deliciosa, con costosos manjares, tales como empanadas de langosta y merengues, que las hermanas Loring raras veces disfrutaban. Lady Freemantle y Tess se sentaron también a su mesa, de modo que Marcus tenía a cinco damas a su cuidado. Arabella había invitado a lord Haviland a unirse a ellos, pero el conde deseaba despedirse ya del baile. Sin embargo, la íntima sonrisa de Roslyn sugería que su velada había resultado mejor de lo que ella esperaba.

La reunión fue sorprendentemente jovial, porque Winifred les mantuvo entretenidos con anécdotas de su difunto esposo y Marcus hizo lo mismo con historias de las hazañas deportivas que él, el duque de Arden y el marqués de Claybourne habían protagonizado. Cuando concluyó la



cena, Arabella sentía un agradable calorcillo que tenía más relación con la visión de sus hermanas felices por primera vez desde hacía años, que con la excitación de la noche o el costoso vino que había bebido.

Sin embargo, cuando Marcus la acompañó al salón de baile, la alegría se le pasó de golpe, porque acababa de ver de nuevo a Jasper Onslow. En esta ocasión, colmando de atenciones a su alumna más conflictiva, Sybil Newstead. Según todas las apariencias, la joven estaba flirteando descaradamente con él.

Arabella miró en torno a la sala de baile, buscando a la acompañante de la muchacha, a la que no se veía por ningún lado.

Y justo en ese momento, Sybil dio media vuelta y se escabulló por las puertaventanas que conducían a la terraza, seguida por Onslow al cabo de unos momentos.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró consternada.

—¿Qué pasa? —preguntó Marcus.

—Sybil acaba de salir fuera, sola, y seguida por un conocido libertino. Su padre sufrirá un ataque de apoplejía si su preciosa hija consiente en echarse en brazos de un caza-fortunas.

Echó a andar hacia la terraza, pero Marcus la detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—¿Por qué es eso problema tuyo? Ella lo miró exasperada.

—Si sucede mientras se halla bajo nuestro cuidado, el señor Newstead nos acusará de negligencia, y probablemente se llevará a Sybil de la academia... Y otros padres pueden seguir su ejemplo. —Arabella miró impaciente las puertas acristaladas—. Esa fastidiosa chiquilla tiene muy poco sentido común, pero debo salvarla de sí misma. No puedo permitir que arruine su reputación, ni tampoco la de nuestra escuela.

—Permíteme que te ayude. Ella vaciló.

—¿Te molestaría mucho?

—Si me molestase, no me habría ofrecido.

—Muy bien, entonces agradezco tu ayuda.

—Dime lo que sepas acerca de ese tipo.

Mientras cogía a Arabella del brazo y avanzaban con aire despreocupado hacia las puertaventanas, ella le contó algo de Jasper Onslow; cómo el joven había contraído enormes deudas de juego en Londres y con frecuencia se refugiaba allí, en la finca de sus padres, con el fin de escapar de sus acreedores.

Cuando llegaron a las puertas, se detuvieron para mirar la oscura terraza. A través de una abertura en los cortinajes, Arabella pudo distinguir el alarmante espectáculo de Sybil entregada a un apasionado abrazo con Jasper Onslow:

—Aguarda aquí un momento —murmuró Marcus—, manejaré el asunto mejor solo.

Cuando salió fuera, Arabella pudo oír bastante bien la conversación.

—¡Ah, está usted aquí, señorita Newstead! La estaba buscando. Sybil saltó medio metro, apartándose torpemente de su compañero, y luego se apresuró a secarse los húmedos labios mientras contemplaba a Marcus con evidente sofoco.

—Milord... me ha asustado...



—Ya lo veo. —La amenaza de su voz era evidente cuando añadió en apariencia tranquilo—: Les ruego que me disculpen si interrumpo algo importante, pero usted me prometió otro baile.

Como Sybil parecía perpleja, Arabella comprendió que no habían quedado de tal modo, pero antes de que la muchacha pudiera responder, Marcus se dirigió a Jasper:

—Lo siento, compañero, pero tengo una promesa previa de esta pequeña rompecorazon. — Le tendió a Sybil el brazo. —¿Me hará el honor de bailar conmigo?

—Sí... milord... desde luego.

Onslow miró con el cejo fruncido cómo Marcus conducía a la chica al interior, mientras ésta sonreía radiante y dirigía a Arabella una triunfante mirada al pasar por su lado.

Reprimiendo el inesperado aguijonazo de celos que sintió al ver a la joven del brazo de Marcus, contempló al conde con gratitud y alivio. Pero transcurrieron casi dos horas hasta que el baile concluyó y ella tuvo la oportunidad de expresarle su agradecimiento. Cuando Marcus fue en su busca, Arabella estaba avanzando hacia las puertas del salón de baile, junto con los invitados, que iban a recoger sus chales y pedir que les trajeran sus carruajes.

—Mil gracias por haber rescatado a Sybil —le dijo ella de todo corazón. —Tendré que mantenerla estrictamente vigilada en el futuro, pero esta noche has evitado un más que seguro desastre.

—Estoy a tu disposición. —Sonrió. —Sé cuán difícil es para una mujer de naturaleza independiente pedirle ayuda a un hombre, pero me siento satisfecho de que me hayas necesitado para algo.

—Los hombres a veces sois necesarios —convino Arabella con una sonrisa. —Y reconozco que has manejado a Sybil mejor de lo que hubiera podido hacerlo yo. —Hizo una pausa. —También deseo agradecerte una vez más que hayas sido tan generoso con mis hermanas.

Marcus se encogió de hombros.

—No tiene importancia. Sin embargo, me propongo reclamar una recompensa.

—¿Recompensa?

—Nada demasiado abrumador. Necesito tu presencia en Londres el miércoles por la noche.

Ella lo miró con el cejo algo fruncido.

—¿En Londres?

Él sonrió insinuante.

—No tienes por qué preocuparte, querida. Simplemente deseo llevarte al teatro. Hace algunas semanas, les prometí a mi hermana y a mi tía que las acompañaría a ver una obra en Covent Garden, y me gustaría mucho que vinieras con nosotros. Lady Freemantle ha accedido a hacerte de carabina si te preocupan las habladurías.

Arabella enarcó bruscamente las cejas.

—¿Estás diciendo que ya has solventado la cuestión con ella?

—Sí, de modo que no tienes ningún argumento para negarte.

He pensado que disfrutarías pasando una noche en la ciudad. Has trabajado mucho últimamente.

Arabella lo miró a los ojos. ¿Cuándo fue la última vez que un hombre se había preocupado de



que ella disfrutase? Desde luego, no su padre ni su tío. Ni siquiera su prometido se había preocupado lo suficiente por su bienestar como para tomarse tantas molestias.

—Vamos, reconoce que te gustaría —la azuzó él con una sonrisa que le hizo bajar la guardia.

Su perspicacia era inquietante, pero Arabella no podía negar que su oferta era muy atractiva. Deseaba ardientemente pasar una velada en Londres. La academia estaba lo bastante cerca de la ciudad como para que ella y otras profesoras alguna vez acompañaran a sus alumnas a la ópera y a los teatros, a fin de que las muchachas pudieran poner en práctica sus enseñanzas. Pero asistir al teatro con sus alumnas no era lo mismo que hacerla con Marcus.

Razón por la que precisamente debía negarse a ir. Sin duda sería un error pasar toda una velada con él, pero si Winifred los acompañaba...

—No puedes poner la excusa de que no tienes nada que ponerte —insistió Marcus—. He encargado a la modista que te haga una docena más de trajes de noche.

Arabella lo miró exasperada.

—¿Después de haberte pedido que no malgastaras en mí tu fortuna?

—Exactamente, mi encantadora Belle. No deseaba tener ninguna nueva discusión contigo acerca de aceptar mi caridad. De modo que vendrás. Deseo que conozcas a Eleanor, y espero que os gustéis mutuamente.

Arabella se dijo que no haría daño a nadie por darse un gusto.

Además, después de todas las historias que le había oído contar de su hermana, tenía verdaderas ganas de conocerla; y el hecho de que aceptara su invitación para conocer a su familia, no significaba que tuviese que casarse con él.

—Gracias —dijo al fin. —Me encantará ir al teatro contigo el miércoles por la noche y conocer a Eleanor.

Las arruguitas de complacencia en torno a los ojos de Marcus se intensificaron.

—Estupendo. Me has evitado tener que intimidarte. —Observó a la menguante multitud. —Voy a pedir el carruaje mientras tú te encargas de localizar a tus hermanas.

Arabella lo observó mientras se marchaba, maravillada de cuán persuasivo podía ser. Sin embargo, era su genuina bondad lo que le ponía un extraño nudo en la garganta. Antes de conocerlo, había supuesto que sería un aburrido y egoísta libertino, como tantos de sus pares, pero la semana transcurrida había borrado todas sus previas suposiciones sobre él.

Su amabilidad era más irresistible que todos sus sensuales esfuerzos de seducción, y lo hacían infinitamente más difícil de resistir. Y mucho más peligroso.

Todavía lo estaba mirando cuando lady Freemantle se reunió con ella.

—Yo calificaría el retorno de las hermanas Loring a la sociedad como un triunfo —declaró Winifred encantada. —Y tenéis que agradecerse a lord Danvers.

—Sí, desde luego —convino Arabella con una sonrisa. —Ya le he expresado mi reconocimiento.

Su amiga la miró fijamente.

—Creo que deberías aceptar su proposición de matrimonio, querida. Sería un buen marido para ti.

Ella sintió cómo se desvanecía su sonrisa.



—Winifred, sé que tienes buenas intenciones, pero...

La mujer levantó las manos interrumpiéndola.

—Comprendo que no desees que me meta en tus asuntos, pero aliviaría mi corazón verte bien acomodada. Sin embargo, esto es lo último que diré sobre este tema por esta noche. Ahora me voy a casa. Despideme de Roslyn y Lillian.

Arabella no pudo evitar reírse mientras Winifred se marchaba.

Pero cuando se volvió para escudriñar la multitud en busca de sus hermanas, se encontró con que no dejaba de pensar en el comentario de su amiga.

¿Sería cierto que Marcus podía ser un buen marido? Y más importante, ¿qué clase de matrimonio sería el suyo si accedía a convertirse en su esposa y madre de sus hijos?

Los nobles de su clase no se entregaban fácilmente, y por mucho que ella apreciara su amabilidad y su protección, no estaba dispuesta a arriesgarse a la pena y humillación de entregar de nuevo su corazón y verlo rechazado. Y sin auténtico, incuestionable y mutuo amor, no tenía ningún deseo en absoluto de contraer matrimonio.

Sin embargo, por primera vez desde que él hiciera su proposición, Arabella se permitió preguntarse cómo sería casarse con Marcus. Si fuera su esposa, podría tener una vida fácil y cómoda sin problemas financieros. Y recibiría el respeto debido como condesa. Tal como Marcus había señalado, lady Danvers podría imponerse sobre sus altaneros vecinos. Aunque desde luego, casarse para tener posición y fortuna no aseguraba la felicidad, ni podía impedir la clase de desdicha que sus padres habían soportado.

Pero ¿podía acaso su cortejo despertar más profundos sentimientos entre ellos? ¿O aquello era sólo construir castillo en el aire? En general estaba contenta con su vida. Su trabajo en la escuela era gratificante, y contaba con hermanas y amigas maravillosas. Sin embargo, sin duda se sentía sola a veces, y anhelando algo más. Se recordó que hacía cuatro años había deseado sinceramente un marido y una familia, lo mismo que Roslyn en aquellos momentos.

¿Y si considerase seriamente la proposición de Marcus? ¿Podrían llegar a amarse el uno al otro con el tiempo? ¿Qué clase de matrimonio podía tener con él?

Y lo más importante, ¿se atrevería a arriesgarse a sufrir una clase de herida que ya le había sido infligida antes? No podía pensar en ello, la posibilidad le resultaba demasiado aterradora.

No obstante, pensó que no tenía que decidirlo entonces. Su apuesta duraría una semana más. Cuando hubiera concluido, podría declarar su independencia de Marcus, pero... ¿Y si mientras tanto confiase en la autenticidad de su cortejo?

Precisamente entonces distinguió a sus hermanas; cuando se reunieron con ella, Roslyn sonreía serena, e incluso Lily parecía complacida con la velada.

—Deduzco que el baile no ha sido tan horrible como temías —le tomó el pelo Arabella.

—No —le dio la razón Lily afablemente. —En realidad ha sido más agradable de lo que esperaba. Sin duda porque todos estaban ansiosos de ganarse el favor del conde.

—Pero a ti también te parece agradable y encantador —intervino Roslyn riendo. —Vamos, reconócelo Lily, tu opinión sobre él ha mejorado de manera significativa.

—Cierto —admitió. —Tal vez después de todo no sea tan malo.

Mientras Arabella se encaminaba hacia la puerta principal con sus hermanas tuvo que



reconocer que también para ella Marcus había mejorado de modo importante. Aunque no lo suficiente como para variar su falta de disposición a casarse con él. Tendría que pensar seria y profundamente antes de dar un paso tan drástico.

Pero por lo menos, durante la siguiente semana, tal vez pudiese permitir que su cortejo fuese real.



CAPITULO 10

Es necio permitir que tu corazón vuelva a ser vulnerable cuando tus sueños ya han sido destrozados antes.

ARABELLA A FANNY

—Tal vez te dignes explicarnos qué diablos te propones, Marcus —dijo Drew cuando Marcus entró en el estudio de su mansión londinense la tarde del día siguiente. —Hay rumores de que te has comprometido con una de tus pupilas. Por favor, dinos que no es verdad.

—Para ser exactos, con la mayor —precisó Heath en un tono algo más indulgente.

Cuando el día anterior Marcus envió misivas a sus amigos pidiéndoles que lo acompañasen al teatro el miércoles por la noche, ellos quisieron saber por qué había estado evitándolos toda la semana. De modo que se había adelantado a ir a Londres para ahorrarles la molestia de perseguirlo hasta Chiswick.

Ambos estaban aguardándolo cuando llegó, y no le dieron tiempo siquiera a sentarse antes de lanzarse a su interrogatorio.

Con un suspiro de resignación, Marcus se acomodó en un sofá, preparándose para un largo debate.

—Todavía no estoy comprometido con Arabella, pero es cierto que le he propuesto matrimonio. Drew lo miró claramente preocupado.

—También es cierto que ella me ha rechazado de manera terminante —prosiguió Marcus—. De modo que, durante la semana pasada, he estado en la mansión Danvers, intentando conseguir que cambie de idea.

—¿Has perdido la cabeza, camarada? —preguntó Heath tras un minuto de silencio.

—Me conmueve vuestra preocupación por mi salud mental —respondió Marcus secamente—, pero creo estar en plena posesión de mis facultades.

Heath sonrió.

—Bien, pues no se me ocurre otra explicación para tu comportamiento. Fuiste a Chiswick la semana pasada con el propósito de resolver el futuro de tus pupilas asignándoles cuantiosas dotes para que pudieran atraer a candidatos convenientes. ¡Por todos los infiernos!, no se suponía que fueras a ofrecerte tú mismo. Cuando te incité a que le propusieras matrimonio a una de ellas sólo estaba bromeando.

—Lo sé. Y en aquel momento no tenía ninguna intención de hacer lo que he hecho.

—Entonces ¡En nombre de Dios!, ¿qué ha pasado? —preguntó Drew con gran seriedad. —Sabíamos que te sentías atraído por ella, Marcus. Pero eso no significa que voluntariamente te pongas la sogá matrimonial al cuello.

—Contened vuestro entusiasmo, muchachos.

El resoplido de Drew expresó su impaciencia.



—Vamos, sabes que no podemos evitar sentirnos alarmados y disgustados cuando vas y tomas una decisión tan trascendental, que afectará al resto de tu vida, y también de la nuestra, sin decirnos ni una palabra.

Marcus sonrió débilmente.

—Quizá no os lo he dicho porque sabía que no lo aprobaríais.

—¿Estás diciendo que realmente deseas verte encadenado para toda la vida?

—Me temo que sí. Pero no te pongas tan lúgubre, amigo. No me voy a morir. Se trata sólo de que el soltero que había en mí ha pasado a mejor vida. Le puede suceder al mejor de nosotros.

Drew lo miró con el cejo fruncido.

—Nunca hubiera imaginado que te sucedería a ti, ni a ninguno de nosotros, durante muchísimo tiempo.

—Ni tampoco yo, créeme —murmuró Marcus—. Me ha pillado totalmente por sorpresa.

Heath agitó la cabeza con similar perplejidad.

—Es comprensible que la belleza y el temperamento de la señorita Loring te fascinaran, en especial si rechazó tu proposición. Ninguna mujer que conoces se atrevería a rechazarte, así que desde luego te atrae el desafío de seducirla...

—No se trata sólo del desafío —lo interrumpió Marcus.

—Entonces ¿qué es?

—Finalmente he encontrado a alguien con quien me puedo imaginar conviviendo, alguien que puede ser una buena pareja para mí.

Drew frunció el cejo con profundo escepticismo, pero Heath se quedó pensativo.

—Si eso es cierto —dijo al fin lentamente—, casi podría envidiarte. Nunca he encontrado a ninguna mujer a la que pudiese considerar mi pareja ideal. Supongo que hay que felicitarte por ello.

—Creo que sí —respondió Marcus en tono ligero.

No era de extrañar que Heath estuviera dispuesto a considerar contraer matrimonio como algo potencialmente positivo más que catastrófico. Su encanto innato lo convertía en un gran favorito de las mujeres, aunque nunca había deseado verse atado sólo a una de las fascinadas hembras que tenía siempre a su disposición. Sin embargo, Heath era el más temerario y atrevido de los tres, y el más abierto a nuevas aventuras, mientras que Drew era mucho más cauteloso, y también el más cínico.

Precisamente entonces, este último estaba pasándose la mano por los rubios cabellos con un gesto de frustración.

—No debes de haber reflexionado lo suficiente.

Marcus pensó que precisamente había meditado con todo cuidado, aunque estuviese actuando más por instinto que por fría lógica.

Arabella aportaba a su vida un muy necesario fuego. Era cálida y vibrante, estaba viva...

Sonrió al recordar el risueño brillo de sus ojos grises la noche anterior, en el baile, cuando le había tendido la lista de damiselas con las que deseaba que bailase. Y luego, más tarde, la reconocida emoción de sus ojos cuando le agradeció que hubiese recatado a su alumna; su



expresión tan suave y dulce.

Entonces había decidido que no la dejaría escapar. Sin embargo, su decisión era difícil de explicar a sus más íntimos amigos, puesto que ellos nunca habían experimentado tal sentimiento posesivo hacia ninguna mujer.

Al ver que permanecía silencioso, Drew interrumpió sus pensamientos diciendo con tono sarcástico:

—Es imposible que puedas creer que estás enamorado, Marcus.

«¿Amor?» No estaba seguro siquiera de creer en ese sentimiento, por lo menos nunca había visto un auténtico enlace por amor entre sus conocidos, aunque sospechaba que tal posibilidad existía.

Tampoco había abrigado nunca la esperanza de hallar intimidad y afecto en el matrimonio, y sin embargo, si Arabella fuera su esposa, esa perspectiva enormemente atractiva sería muy posible.

Como mínimo, su unión sería estimulante. Lejos de la fría y desapasionada convivencia de sus padres, o de la amargo, interminable y destructivo enfrentamiento de los padres de Arabella.

—No —respondió Marcus lentamente. —En efecto, no puedo afirmar que esté enamorado.

—Me quitas un peso de encima —replicó Drew mientras que su tono cáustico sugería todo lo contrario.

Marcus dirigió a su amigo una calibradora mirada. Sabía que las convicciones de Drew serían difíciles de cambiar.

—Más aliviado te sentirás cuando conozcas a Arabella. Por eso os pedí a ambos que vinierais al teatro con nosotros mañana por la noche. Así podréis conocerla y juzgar por vosotros mismos. Antes la llevaré a cenar a Clarendon, con su amiga lady Freemantle que le hará de carabina.

—No me digas que necesitas una para cenar en un lugar público con tu pupila soltera.

—En circunstancias normales, no sería necesario, pero como su reputación aún se halla empañada por el escándalo de sus padres, lo creo aconsejable. Me propongo devolver a Arabella y a sus hermanas la consideración de la sociedad, por lo que estoy dispuesto a hacer todo de la manera más adecuada. He invitado a Eleanor y a tía Beatrix a compartir nuestro palco en Covent Garden, de modo que también ellas conozcan a Arabella.

Beatrix, vizcondesa de Beldon, era tía de Marcus por parte de madre, y una dama muy agradable. Los tres hombres sentían un gran afecto por la anciana dama.

—¿Por qué no nos has invitado a todos a cenar en el Clarendon contigo? —preguntó Heath.

—Porque estoy llevando mi cortejo paso a paso —explicó él. —Una cena privada con familia y amigos sería demasiado íntima en estos momentos. No deseo presionar tanto a Arabella que salga corriendo asustada.

Heath lo miró divertido.

—Suenas como si su aversión al matrimonio fuese tan intensa como la tuya, Drew.

—Lo es —confirmó Marcus—. Tuve que coaccionarla para conseguir que venga al teatro mañana por la noche. —Miró a sus dos amigos. —¿Así qué, vendréis?

—Yo no me lo perdería —contestó Heath al punto.

—¿Y tú, Drew?



—Si debo hacerlo... —respondió éste de mala gana.

Marcus sonrió.

—Bien, espero que ambos hagáis gala de vuestro mejor comportamiento. Arabella siente una decidida aversión por los libertinos, y todos nosotros lo somos hasta cierto punto. Deseo que vea que también tenemos algunas cualidades apreciables.

Heath enarcó una ceja.

—¿Intentas decir que es una mojigata?

Marcus se rió quedamente al recordar la entusiasta respuesta de Arabella a su acto amoroso.

—En absoluto. Pero su padre era un donjuán de campeonato, por lo que ella no desea tener nada que ver con hombres de ese tipo.

El otro asintió lentamente.

—Supongo que es comprensible, pero toma todas las precauciones posibles, no vayas a convertirte en un aburrido afeminado.

—No hay cuidado. A Arabella tampoco le gustan los afeminados.

—¿Y qué hay de sus dos hermanas? —preguntó Heath pensativo—. ¿Dices que son dos bellezas?

—Sí, ¿por qué?

—Si las consideras la mitad de interesantes que a tu pupila mayor, me gustaría conocerlas.

Marcus consideró si le parecían interesantes. Roslyn era la más exquisita de las tres, aunque él prefería la apariencia más sensual de Arabella —cabellos rojizo-dorados y radiantes ojos grises— a la imagen de princesa de cuento de la joven. Lilian era así mismo cautivadora, pero por completo distinta a sus dos hermanas; sus audaces ojos negros y brillantes cabellos castaños le conferían una viveza que le recordaba a las gitanas.

—La hermana mediana, Roslyn, es de una belleza extraordinaria —dijo Marcus—, pero tal vez un poco demasiado delicada para tu gusto, Heath. La más joven, Lilian, es una verdadera salvaje, más de tu estilo. Tal vez te gustaría que te la presentase.

Su amigo respondió con una sonrisa.

—Quizá. Aún tengo que encontrar a la mujer que me entusiasme lo bastante como para hacerme desear sentar la cabeza, pero quién sabe.

—Si le propusieras matrimonio, me vería libre de responsabilidad sobre ella. ¿Y qué hay de ti, Drew? —preguntó Marcus—. Con su elegancia e inteligencia, Roslyn podría despertar tu interés.

—¿Has perdido la chaveta? —exclamó él con una expresión de burlón horror. Al ver que Marcus se reía entre dientes, Drew lo atravesó con la mirada. —No me presiones, lamentable gimoteador. Ya basta con que esté dispuesto a someterme al juicio de tu nuevo capricho consintiendo conocerla. Con algo de suerte, la señorita Loring tendrá el buen criterio de rechazarte del todo, con lo que podremos recuperar nuestra normal y apacible existencia.

Marcus contuvo su lengua ante ese cínico comentario, sin embargo, no tenía ningún deseo de recuperar su normal existencia. Estaba realizando lentos pero seguros progresos en su cortejo de Arabella, y tenía toda la intención de casarse con ella pese a su tenaz oposición. Arabella era una pareja ideal para él, aunque la joven se negase aún a comprenderlo así.



Su principal dificultad era conservar sujetas las riendas de su lujuria. Se merecía un premio por haber sido capaz de mantener las manos quietas durante los últimos días, cuando en realidad la deseaba tan intensamente. Había necesitado de toda su fuerza de voluntad para dejarla retirarse sola cada noche, cuando lo que hubiese querido era subirla hasta su lecho en brazos, y pasar los siguientes quince días explorando su cuerpo encantador e introduciéndola en la pasión.

Sin embargo, confiaba en que, muy pronto, ese control dejase de ser necesario.

Arabella comprendió que Marcus estaba intensificando su cortejo cuando vio la gran bañera de cobre de su vestidor. El recipiente estaba lleno de agua caliente, hasta ahí todo normal, pero gran parte de la superficie se hallaba cubierta con rosáceos pétalos de rosa. Se preguntó cómo habría entrado en su vestidor sin ser visto por la nueva doncella que se había hecho cargo de su elegante y nuevo guardarropa.

—¿Verdad que huelen bien esos pétalos, señorita? —le preguntó Nan alegremente. —Su señoría me pidió que los echara en su baño.

—¿Lord Danvers le pidió que los pusiera usted ahí?

—Sí, así es. Dice que a usted le gustan las rosas, y que los pétalos son buenos para perfumar el cuerpo.

Mientras se desnudaba y se sumergía en el agua caliente, Arabella pensó divertida que, por lo menos, no había tratado de entrar en sus aposentos privados. De hecho, hasta aquel momento, Marcus llevaba días sin hacerle propuestas íntimas.

Al sentir cómo los pétalos le acariciaban la piel, recordó intensamente que, desde el baile, había visto a Marcus muy poco. La noche anterior la había pasado en Londres, por un asunto de negocios y su ausencia la había dejado un poco mohína, tal vez porque había decidido darle a su cortejo una verdadera oportunidad de desarrollarse. Tampoco podía negar que había echado de menos su compañía en la cena la noche anterior.

Ni negar cuán ansiosamente esperaba la próxima noche. Sería un regalo magnífico cenar en el hotel Clarendon y asistir al teatro en Covent Garden con tan distinguida compañía como Marcus le había prometido. Arabella estaba deseosa de conocer a su hermana y a su tía, así como a sus dos más íntimos amigos. Sólo confiaba en desenvolverse bien con ellos.

Estaba contenta de su decisión de ponerse su nuevo traje de noche de seda rosa y los imponentes collar y pendientes que Marcus le había regalado. Cuando examinó su atuendo en el espejo de cuerpo entero, su imagen casi la dejó sin aliento. Parecía una regia dama absolutamente digna de ser su condesa.

Adoptó una expresión pensativa. Después de todo, ¿debería considerar más en serio su proposición?

Aún se alegró más cuando bajó la escalera y vio a Marcus aguardándola en el vestíbulo. Con su sola presencia, notó que un calor anidaba en su estómago y sintió que el corazón le palpitaba de manera bastante alarmante. Estaba increíblemente guapo, con un frac color borgoña, chaleco de brocado dorado y calzones blancos hasta la rodilla. Se cogió de su brazo con calma, decidida a ocultar el placer que le suponía volver a verlo.

Era una tarde encantadora, fresca por la lluvia matinal, pero con blancos vellones de nubes flotando en el cielo azul. Salían temprano con el fin de que les diera tiempo a realizar el viaje de casi una hora hasta Londres.



Primero pasaron a recoger a Winifred, que se instaló junto a Arabella con una aprobadora mirada.

—Tu vestido es perfecto, querida, y ese perfume que llevas muy agradable.

Ella la miró perpleja, pues no llevaba ningún perfume.

—Deben de ser los pétalos de rosa —murmuró Marcus provocativo.

—¿Qué pétalos de rosa? —quiso saber la dama.

—No tiene importancia —respondió Arabella rápidamente, dirigiendo a Marcus una mirada de advertencia.

Por lo demás, la velada comenzó de manera bastante prometedora. El carruaje de Marcus, con buenas ballestas, efectuó el trayecto con relativa comodidad, y desde que llegaron al elegante hotel, su grupo fue tratado como si formasen parte de la realeza. Fueron conducidos a un salón privado, donde los empleados se desvivieron por anticiparse a los deseos de su señoría; les ofrecieron tres deliciosos platos y efectuaron una docena de cambios de servicios. Lady Freemantle declaró estar enormemente impresionada y expresó su gratitud a lord Danvers por el privilegio de estar en su ilustre compañía.

Cuando llegaron a Covent Garden, dos horas después, Arabella se sintió aún más reconocida, pues sin él, probablemente la deslumbrante multitud la hubiera intimidado, después de tantos años de verse rechazada por sus altaneros pares.

La flor y nata de la sociedad llenaba las hileras superiores de palcos, lords y caballeros vestidos de etiqueta, y damas cubiertas de sedas y joyas. Puesto que la mayoría de ellos sólo habían ido allí para ver y ser vistos más que para disfrutar de la obra, el ruido era considerable mientras Marcus acompañaba a Arabella y a Winifred arriba.

Cuando llegaron, Arabella vio que en su palco había ya dos damas y dos caballeros, que se levantaron para saludarlos.

Marcus hizo las presentaciones, comenzando por su tía Beatrix. La diminuta mujer de cabellos plateados tenía unos curiosos y brillantes ojos, que a Arabella le recordaron los de un inquisitivo pájaro. Sin esperar su turno, la hermana de Marcus, lady Eleanor, se adelantó espontáneamente. La belleza de cabellos negros lucía diamantes ensartados entre sus rizos y esbozó una sonrisa de bienvenida mientras estrechaba con calidez las manos de Arabella.

—Es un placer conocerla, señorita Loring. El sinvergüenza de mi hermano ha estado ocultándola de nosotros. —Dirigió a Marcus una mirada risueña. —No ha dicho a nadie una palabra de usted hasta hace dos días.

—Porque no deseaba asustarla con tus atroces modales, tunanta —respondió su hermano con cariño.

—Bah —replicó Eleanor—. No parece de las que se asustan por cualquier cosa.

Arabella no pudo reprimir una sonrisa.

—Como mínimo no por los modales. Menos aún después de intentar enseñárselos a montones de inexpertas muchachas durante los últimos tres años.

Lady Beatrix habló por primera vez.

—Marcus nos ha hablado un poco de su academia, señorita Loring. Me gustaría oír algo más sobre ella.



—Desde luego, milady.

Marcus le presentó entonces a sus amigos, el duque de Arden y el marqués de Claybourne.

El duque era un rubio trigueño, de elevada estatura y una fina elegancia, mientras que el marqués era casi igual de alto, pero más poderosamente conformado, con los cabellos de un castaño leonado. Cada uno saludó a Arabella de modo muy diferente. Arden le dedicó una fría inclinación de cabeza, mientras que Claybourne se mostró mucho más acogedor, dedicándole una sonrisa encantadora que le recordó un poco a Marcus.

La joven pudo comprender fácilmente que los tres fueran la comidilla de Londres. Todos eran hombres atractivos y hermosos y, sin embargo, profundamente... varoniles. No era de extrañar que tuvieran mujeres a montones. Ciertamente, llamaban la atención; en aquellos mismos momentos, gran parte del público estaba absorto en ellos. A Arabella le pareció como si todos los ojos del teatro mirasen su palco.

En éste había dos hileras de asientos, pero cuando Marcus se disponía a conducir a Arabella a la próxima silla, su hermana intervino.

—Por favor, siéntese a mi lado, señorita Loring —pidió lady Eleanor—. Así podremos conocernos mejor... Y tal vez comparar historias sobre la tutela de mi hermano.

De este modo, la hilera de delante quedó ocupada por las damas; primero la tía de Marcus, luego su hermana, después Arabella y, por último, Winifred. Cuando Marcus y sus amigos ocuparon las sillas que se hallaban directamente detrás, Arabella se sintió insólitamente expuesta, en especial al detectar cierto número de personas susurrando tras sus abanicos y señalando al grupo de lord Danvers.

No tardó en comprender que estaban hablando de ella, aunque en cierto modo satisfizo su orgullo al darse cuenta de que estaba recibiendo algunas miradas admirativas de varios caballeros.

Lady Eleanor también advirtió la situación.

—No les dé importancia, señorita Loring. Usted es simplemente su última novedad. Se disipará rápidamente. —Hizo una pausa, dedicándole su encantadora risa. —Por lo menos, siempre sucede en mi caso, cuando cometo alguna pequeña infracción.

—Cosa que sucede con demasiada frecuencia —intervino Marcus adelantándose hacia ella.

Les dejó bastante tiempo antes de que comenzase la obra para que pudieran conocerse, y la conversación inicial resultó bastante amena. Eleanor consiguió mantener un diálogo amistoso mientras interrogaba sutilmente a la señorita Loring sobre ella y su familia. Pero como Marcus había predicho, a Arabella le gustó la joven, parecía ingeniosa y animada, con un perverso sentido del humor.

Tuvo menos oportunidad de hablar con los amigos de Marcus, puesto que se sentaban detrás de ella. El marqués hacía algún comentario de vez en cuando, lo que contrastaba grandemente con el ostentoso silencio del duque. Arabella tenía la clara sensación de que su gracia no la aprobaba, aunque habló un poco cuando Eleanor se dirigió a él y bromeó sobre su aire sombrío. Al parecer, Arden sentía poca afición por Shakespeare, y aquella noche iban a ver precisamente una representación de Ricardo III, con uno de los más importantes actores de Londres, John Kemble, en el papel principal.

Mientras el duque charlaba con lady Eleanor, Arabella distinguió a su amiga Fanny Irwin entrando en un palco cercano del brazo de un anciano caballero. Muy a la última moda, Fanny lle-



vaba un vestido de seda esmeralda, los negros cabellos recogidos en lo alto de la cabeza y su amplio y blanco escote engalanado con joyas.

Dirigió a Arabella una discreta sonrisa que ella le devolvió con igual discreción. Hacía varios años habían decidido que, por la reputación de la academia, no era prudente que Arabella reconociera abiertamente su amistad con una famosa cortesana.

Al cabo de unos momentos, Arabella distinguió también a una dama pelirroja que la miraba de manera siniestra desde varios palcos de distancia. La mujer estaba sencillamente imponente, vestida con un traje marfil cuyo bajo escote dejaba al descubierto una generosa cantidad de piel color alabastro adornada con diamantes.

Pensó que no tenía ni idea de qué podía haber hecho para despertar tal animosidad en una completa desconocida, entonces vio que lady Beldon inclinaba cortésmente la cabeza hacia aquella belleza a modo de saludo. Por fortuna, el telón se levantó y Arabella centró su atención en el drama que se representaba en el escenario.

La actuación de Kemble fue realmente un placer, por lo que el tiempo se le pasó volando. En el entreacto, Marcus y el duque se levantaron para ir en busca de bebida para las damas. Cuando Eleanor manifestó su deseo de estirar las piernas, el marqués se ofreció a acompañadas y la joven invitó a Arabella y a Winifred a pasear con ella por los pasillos.

Pronto descubrieron que lady Eleanor era enormemente popular. La saludaban con frecuencia y a cada momento se detenía para presentar a sus nuevas amigas.

La chica estaba charlando alegremente con una pareja de edad cuando Arabella distinguió a la imponente belleza más allá en el atestado pasillo. Cuando vio que la dama se aproximaba a Marcus y le dedicaba una fría sonrisa con más de una pizca de seducción, Arabella sintió el extraño apremio de sacarle los ojos a aquella mujer.

Se estaba regañando a sí misma por su absurda reacción, cuando Winifred le susurró:

—No te preocupes, querida. Según todos los informes, su relación concluyó hace meses.

—¿Qué relación?

Lady Freemantle vaciló, y luego respondió sonriente.

—Será mejor que te enteres por mí para que no llegues a falsas conclusiones.

—¿Qué conclusiones? Winifred, por favor, deja de hablar en enigmas.

La mujer suspiró.

—Muy bien. Esa dama es la riquísima viuda del vizconde Eberly. Para decido sin rodeos, tuvo un asunto galante con lord Danvers hace años, cuando él aún era barón Pierce. Después, cuando su anciano esposo tuvo la delicadeza de ir a reunirse con el Creador, reanudaron su amorío durante un breve período de tiempo, las pasadas navidades, pero aquello no duró. Ella es demasiado posesiva, y estaba empeñada en convertirse en la baronesa Pierce, de modo que él rompió la relación. Según tengo entendido, desde entonces no se han visto más.

Arabella sintió una congoja que le oprimía el pecho.

—¿Tuvieron una aventura cuando su marido aún estaba vivo?

—Bueno, sí. Pero al final no llegaron a nada, y dudo mucho que lord Danvers siga estando interesado por ella.

Arabella miró consternada a Marcus y a la hermosa mujer. No podía negar sus celos, sin



embargo, su aflicción no era sólo porque la imponente lady Eberly hubiera sido en otro tiempo su amante, sino porque él había cortejado a la dama cuando todavía era la esposa de otro hombre.

Apartó la vista y se llevó una mano a la boca.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Winifred preocupada. Arabella no podía responder, porque se sentía el estómago revuelto. Y pensar que Marcus había tratado de convencerla para que aceptase su proposición de matrimonio asegurándole que no era en absoluto como su padre, mientras que no había tenido ningún escrúpulo en cometer adulterio.

—No pasa nada —consiguió mentirle a Winifred—. Tal vez he comido demasiado en la cena. Y en el teatro está bastante caldeado. Creo que regresaré a nuestro palco.

—Desde luego, debes sentarte.

Arabella inspiró hondo mientras recorría el pasillo, diciéndose a sí misma que no tenía derecho a sentir aquel dolor. Ella no tenía en realidad ningún derecho sobre Marcus. Sólo era que había empezado a confiar en él, a abrirle su corazón. Comenzaba a creer que era un hombre al que podía amar.

Debería haber sabido que su representación del pretendiente ideal era demasiado perfecta para ser real.

Pero verlo con su antigua amante la hizo despertar de golpe.

Su padre se había permitido innumerables aventuras tras su matrimonio, entregando su afecto a sus amantes y dejando a su madre languidecer sola, humillada, resentida y desolada, suspirando por un marido infiel que nunca podría amarla. ¿Cómo podía confiar en que Marcus sería diferente si se casaba con él?

Sintió el cálido escozor de las lágrimas en sus ojos. Y pensar que había intentado realmente imaginarse como su esposa. Decididamente, había construido castillos en el aire. El matrimonio de ellos dos nunca funcionaría. Era una necia al pensar que podía ser así.

Y se sentía incluso más necia al haberse permitido volverse tan vulnerable al dolor tras su primera y desdichada experiencia amorosa. Evidentemente, se había involucrado demasiado en aquel asunto. No había tenido cuidado, y podía haber acabado repitiendo el mismo error.

Se esforzó por tragar el nudo que tenía en la garganta. Por lo menos, ahora ya no había ningún peligro de que se enamorara de Marcus. Su resistencia hacia él se había ido debilitando día a día, vencida por su seductor encanto y su generosidad hacia sus hermanas. Pero no podía permitir que las cosas siguieran así.

Su apuesta concluiría en menos de una semana. Sólo tenía que resistir hasta el siguiente lunes, y entonces podría declarar su independencia. Entretanto, tenía que fingir que no se sentía afectada por aquella nueva revelación sobre él.

Se hallaba tan absorta en sus pensamientos, que a punto estuvo de tropezar con Fanny Irwin, que regresaba a su palco seguida de su protector.

—Discúlpame, Fanny —murmuró Arabella—. No miraba por dónde iba.

La joven la observó preocupada.

—¿Sucede algo malo, Arabella?

Ella le devolvió una tensa sonrisa

—No, sólo estaba ensimismada. Me alegro de volver a verte, querida Fanny.



Ya menos preocupada, la cortesana miró hacia el pasillo, y luego le dijo en voz baja:

—No deberíamos hablar en público, Arabella. Tus amigos de sangre azul podrían verte.

Ella siguió su mirada y vio a lady Beldon, la tía de Marcus, ante la puerta de su palco, observando su encuentro con Fanny con evidente desaprobación.

—No importa —respondió Arabella—. No tengo ninguna necesidad de procurar que su señoría tenga una buena opinión de mí.

—Pero ¿qué hay de...?

—Te escribiré mañana, Fanny. Winifred —llamó, volviéndose hacia ésta—, ¿recuerdas a mi buena amiga, la señorita Irwin?

Lady Freemantle, sonriente, le dedicó un cortés saludo, y hablaron unos breves instantes antes de que Arabella siguiera su camino. Cuando entraban en el palco de Marcus, donde su tía ya se había sentado, ella estaba más tranquila, y pensaba de manera más racional; sin embargo, no podía evitar acordarse de lo acertada que había estado Fanny al advertirle que no sucumbiera a las seductoras proposiciones del conde.

Mientras tomaba asiento, lady Beldon se dirigió a ella.

—Señorita Loring, ¿comprende que no es propio de una dama reconocer a una mujer de esa clase?

Eleanor entró en el palco justo en ese momento y volvió a sentarse entre su tía y Arabella.

—¿Una mujer de qué clase, tía?

Lady Beldon resopló.

—La señorita Loring sabe a quién me refiero.

Arabella se tensó ante el tono de censura de la vizcondesa, quien, al inicio de aquella velada había saludado en cambio prontamente a la promiscua lady Eberly. Le parecía muy injusto disculpar tanto desenfado en una dama casada y condenar a mujeres caídas como Fanny. Pero se esforzó por mantener su tono cortés cuando replicó:

—La señorita Irwin es una amiga de la infancia, milady. Crecimos juntas, y nos queríamos tanto como hermanas.

—Ésa no es excusa para reconocerla ahora.

Eleanor fijó su curiosa mirada en Fanny. Con una risa ligera hizo un evidente esfuerzo para calmar las aguas revueltas.

—Tía, creo que estás siendo demasiado remilgada. Es muy loable que la señorita Loring no haya roto su amistad, es un digno de lealtad.

La vizcondesa apretó los labios convirtiéndolos en una línea.

—Confío en haberte enseñado a ti cómo comportarte en tales situaciones, muchacha.

Eleanor observó pensativa a la cortesana.

—Sí lo hiciste, queridísima tía, pero eso no significa que esas enseñanzas me gusten. Espero llegar a conocer a la señorita Irwin. Lleva una vida excitante, con pocas de las restricciones que debemos sufrir las jóvenes damas solteras.

Marcus regresó al palco justo a tiempo de oír la afirmación de su hermana, y frunció el cejo ligeramente, mientras ofrecía a su tía y luego a Arabella sendas copas de vino.



Aún contrariada por la actitud de la anciana, Arabella evitó mirar a Marcus mientras aceptaba la copa.

—¡Oh, estoy de acuerdo con usted, lady Eleanor! —dijo. —También yo le envidio a la señorita Irwin su libertad. Es dueña de sí misma, llena las riendas de su vida. No necesita angustiarse por tener un tutor que controle todas sus acciones.

Lanzando una irónica mirada a Marcus, Arabella esperó a que él respondiera a su pulla, pero lady Beldon, evidentemente, no había acabado con su reprimenda. Habló de nuevo cuando los dos amigos de Marcus volvían a ocupar sus asientos detrás de ellas.

—Es impropio de una futura condesa confraternizar con mujeres frívolas, señorita Loring. Si se propone tener algún futuro con mi sobrino, tendrá que romper la relación con su amiga, por muy íntimas que fueran.

Aunque para entonces Arabella ya estaba bastante furiosa, consiguió esbozar una falsa sonrisa.

—Discúlpeme, milady, pero no tengo ninguna intención de romper mi amistad con la señorita Irwin. En lugar de ello, suspenderé toda relación con su sobrino. Tras la semana próxima, ya no seguirá siendo mi tutor y, desde luego, no pienso convertirme en su condesa.

Por el rabillo del ojo vio cómo Marcus enarcaba las cejas. Los restantes ocupantes del palco permanecían en silencio.

Arabella miró por encima de su hombro y dirigió al duque de Arden una brillante sonrisa.

—Supongo que eso le alivia, ¿No, su gracia? Imagino que no deseaba que me casara con lord Danvers.

El duque respondió enarcando apenas una ceja. —En realidad, no lo deseaba —respondió fríamente.

El marqués de Claybourne, por su parte, parecía divertido.

—No estoy seguro de qué pensar acerca de que Marcus se encadene a usted, señorita Loring —dijo. —Creo que debería reservarme la opinión hasta que llegue a conocerla mejor.

—Arabella —intervino Marcus con brusquedad—, discutiremos el asunto en privado.

Ella levantó la barbilla ante su tono autoritario, aunque podía advertir su incomodidad. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y la miraba de modo penetrante.

—Desde luego, milord —contestó con fingida dulzura. Sin embargo, inclinándose hacia él redujo su voz hasta convertirla en un murmullo. —No sé qué le has contado a tu tía sobre nosotros, o por qué cree ella que estoy deseosa de casarme contigo...

Su seca respuesta la interrumpió con tono de reproche.

—Le dije que te había propuesto matrimonio; no deseaba que oyera rumores por otra parte. En ningún momento le dije que tú hubieras aceptado.

—Entonces debes desengañarla de la idea inmediatamente —siseó antes de volver a dirigir su atención hacia delante, ignorando cómo lady Eleanor los estaba mirando, claramente consciente de la repentina tensión del ambiente.

Para alivio de Arabella, la obra se reanudó al cabo de un momento. Permaneció sentada durante los últimos tres actos, decidida a ignorar el dolor de su corazón mientras ansiaba que la velada concluyese de una vez. Lo único que deseaba era regresar a casa y echarse a llorar. Pero de repente recordó a su madre sollozando desconsolada sobre su almohada, tras otra de las infames



indiscreciones de su padre.

El doloroso recuerdo renovó su decisión. No se casaría con Marcus cuando concluyera su apuesta. Y desde luego no le ofrecería su corazón para verlo pisoteado.

En el momento en que concluía la obra, la cabeza le latía tan dolorosamente como el corazón. La desdeñosa lady Beldon se despidió con la mínima cortesía antes de retirarse del palco. Pero Eleanor en cambio dedicó a Arabella una cariñosa sonrisa y expresó el deseo de que volvieran a verse pronto.

Los amigos de Marcus difirieron también en su despedida, lo mismo que en el saludo inicial: el duque trató a Arabella con formal reserva y el marqués con bondadosa simpatía.

Cuando media hora después Marcus la ayudó a subir al carruaje, ella se recostó contra los almohadones y cerró los ojos, deseosa de no tener que hablar con él durante el resto de la noche.

Winifred, al parecer, captó la tensión que había entre ambos y, así como en condiciones normales hubiera dado cabezadas durante el viaje de regreso, en esa ocasión mantuvo una animada charla durante todo el camino; un evidente intento de apaciguar el ambiente. Cuando por fin el coche se detuvo ante su casa, lady Freemantle vaciló en apearse.

—¿Estarás bien, querida? —le preguntó.

—Desde luego, hay un corto tramo hasta casa —respondió ella, aunque se sentía reacia a quedarse a solas con Marcus, consciente de que él la sometería a un duro interrogatorio acerca del enfrentamiento con su tía.

Efectivamente, en cuanto un lacayo cerró la puerta y el carruaje volvió a ponerse en marcha, le dijo:

—Espero que estés dispuesta a explicarme esa pequeña discusión que has tenido.

Ella alzó la barbilla con obstinación.

—Apenas ha sido una discusión. Y tenía suficientes motivos para molestarme por el menosprecio de tu tía respecto a mi amiga Fanny.

Marcus le dirigió una apreciativa mirada.

—Sabes que ella tenía razón. Sería mejor que tú y tus hermanas no siguierais teniendo amistad con Fanny Irwin.

Arabella se irritó al oír eso.

—Tal vez sí, pero te diré lo mismo que le he dicho a lady Beldon: no tengo ninguna intención de romper mi relación. Y tú no puedes prohibirme verla.

—No lo intentaría —respondió él secamente.

Sin embargo, ella estaba rabiosa.

—La actitud de tu tía me indigna. Me parece el colmo de la hipocresía que mujeres solteras sean denunciadas por sus pecados, cuando las casadas, como tu antigua amante, pueden tener infinitos líos, e incluso cometer adulterio, y siguen siendo recibidas en sociedad.

Él la miró largo rato antes de decir:

—Supongo que has visto a Julia.

Arabella forzó una tensa sonrisa.

—Si por «Julia» te refieres a lady Eberly, entonces sí.



La expresión de Marcus fue más de complicidad que defensiva.

—No hace falta que te preocupes por ella. Rompí nuestra relación hace tres meses.

—¡Ah!, ¿realmente hace tanto tiempo? —comentó sarcástica. Él se puso tenso.

—No soy un santo, Arabella. Nunca he pretendido serlo. Soy un hombre con un saludable apetito sexual.

Ella le dirigió una mirada glacial.

—Nunca supuse que fueras un santo, pero creía que no te parecías en nada a mi padre.

—Y no me parezco.

—Entonces, ¿por qué te ves con mujeres casadas sin ninguna consideración a los sagrados votos del matrimonio, como has hecho?

Marcus permaneció largo rato en silencio.

—Mi relación con ella fue un error —dijo al fin quedamente.

—Eso lo dices ahora, cuando tratas de convencerme para que acepte tu proposición de matrimonio.

El hombre apretó la mandíbula.

—Me propongo mantenerme fiel a los votos que nosotros hagamos, Arabella. Una vez estemos casados, no tendré ninguna amante.

—Eso para mí no supone ninguna diferencia —mintió ella, y volvió la vista hacia la ventana, tratando de ignorar el escozor que sentía en los ojos. No podía confiar en sí misma en cuanto a si creer o no en las promesas de Marcus.

Él la deseaba físicamente, lo sabía ella muy bien. Pero el deseo carnal antes del matrimonio no tenía nada que ver con una fidelidad posterior. Su apuesta era sólo un juego. Tan pronto como ganara, en cuanto la persecución hubiera concluido y la hubiese convertido en su esposa, sus intereses podían desviarse perfectamente hacia otro centro de atención. Y entonces ella se vería atrapada en un frío matrimonio sin amor, como había sido el de sus padres.

—No tienes por qué tener celos de lady Eberly —afirmó Marcus al ver que seguía silenciosa.

Las tumultuosas sensaciones de Arabella alcanzaron el punto de ebullición.

—¡Celos! No tengo celos en absoluto. Tus aventuras e infidelidades no me importan nada dado que no tengo la más mínima intención de casarme contigo.

—Arabella... —dijo él procurando refrenar su impaciencia. —Escúchame con atención porque te lo diré sólo una vez: no tendré ninguna amante tras nuestro matrimonio.

La expresión de la joven siguió siendo obstinada.

—Bien, ¡Pues yo sí lo tendría! Si me casara contigo, Marcus, desde luego que tendría un amante, tal vez más de uno. No creas que me conformaría con permanecer en casa, como una esposa fiel, mientras tú buscabas aventuras sexuales por toda Inglaterra.

Lo vio quedarse rígido. Al parecer, su descarada declaración lo había irritado tanto como ella lo estaba.

—No tendrás más amante que yo —dijo, apretando los dientes. Arabella levantó la barbilla furiosa.

—¡Si yo lo deseara, tú no podrías impedirlo!



—Estoy seguro de que no deseas comprobar esa teoría, querida. Podría impedirlo, y lo haría.

Rabiosa, apretó así mismo los dientes y desvió la vista de él. Ya no había alternativa, se dijo a sí misma. Seguiría adelante con su apuesta, como había prometido, para ganar su libertad y la de sus hermanas. Y una vez hubiera concluido, ¡Ni siquiera volvería a hablarle!

Marcus también cayó en un tenso silencio. Tenía que hacer un gran esfuerzo para controlarse, pero se obligó a aguardar a que ambos estuvieran más tranquilos para seguir debatiendo la explosiva cuestión de los amantes.

En el instante en que el carruaje se detuvo ante la entrada, Arabella abrió la puerta y saltó al suelo, antes incluso de que el lacayo pudiese bajar la escalera.

Marcus la observó sombríamente subir corriendo los peldaños de la casa. La siguió y llegó a tiempo de oírla saludar al mayordomo, Simpkin, que pese a lo tardío de la hora aguardaba el regreso de su señora en el vestíbulo. Cuando el hombre se ofreció para avisar a su doncella, Arabella negó con la cabeza.

—No, no quiero interrumpir el descanso de Nan —dijo tensa, lanzando una colérica mirada a Marcus por encima del hombro—. Puedo arreglármelas sola. Hace años que llevo haciéndolo.

Sin más palabras, subió apresuradamente la escalera y desapareció por el pasillo. Al cabo de unos momentos, Marcus oyó el portazo de su dormitorio, dado con suficiente fuerza como para sobresaltar al muy correcto mayordomo, en una cara apareció una expresión de alarma.



CAPITULO 11

¿Cómo puede una mujer mantener a salvo su corazón?

ARABELLA A FANNY

Así mismo furioso, Marcus fue directamente al estudio, donde se sirvió un generoso brandy con el fin de tranquilizarse.

Podía comprender la consternación de Arabella al enterarse de su pasada relación con lady Eberly. Tras su amarga experiencia con su libertino padre y su adúltera madre, para ella, la fidelidad en el matrimonio era una cuestión fundamental. Pero era verdad que él se proponía serle fiel una vez estuvieran casados, y el hecho de que dudase de su palabra le dolía profundamente.

Sin embargo, lo que le tenía tan rabioso era su intención de tener amantes después de su matrimonio. Pensar en Arabella con otro hombre lo ponía hecho una furia.

Tomó un largo trago de brandy y se esforzó por calmar su ira.

Ella no era de la clase de mujer que rompería sus votos matrimoniales, y, por otra parte, Marcus era demasiado posesivo como para permitirse. La mantendría tan ocupada en su propio lecho que nunca pensaría siquiera en desear otro amante.

Aunque, de momento, la realidad era que su campaña para ganársela había sufrido un grave contratiempo. Sabía que tendría que redoblar esfuerzos.

Comprendía bien los sentimientos de la joven. Su aborrecimiento de los matrimonios de conveniencia se basaba en el miedo. Temía volver a verse herida, verse traicionada por un pretendiente voluble, volverse demasiado vulnerable al dolor y la desdicha que las parejas casadas podían causarse mutuamente. Marcus tendría que demostrarle que una unión entre ellos sería muy, muy diferente a sus fatalistas perspectivas.

Deseaba a Arabella, la había deseado desde el mismo momento en que la vio, y la tendría. Sería su condesa, su esposa, su amante.

Prometiéndole no desalentarse, apuró el resto de su brandy y subió hacia su dormitorio. La casa estaba silenciosa, puesto que los sirvientes hacía mucho que se habían acostado, pero habían dejado un candelabro de pared encendido para su comodidad, así como una lámpara en su habitación.

Se despojó de su traje de noche dejándolo en una silla, en su vestidor, para que su ayuda de cámara cuidara de él por la mañana. Sin molestarse siquiera en ponerse camisón, puesto que la noche de primavera no era fría, Marcus regresó a su dormitorio y se encaminó hacia el lecho, pero antes de llegar, se detuvo bruscamente.

La cama estaba abierta, tal como había esperado, pero encima había un enorme montón de ropa, comprendido el traje de seda rosa que Arabella había llevado al teatro aquella noche.

Cuando captó el brillo de las esmeraldas y los destellos de las perlas entre las sedas y tafetanes, frunció sombríamente el cejo. ¡Le había devuelto los vestidos y las joyas que había comprado para



ella!

Sobre el montón de ropa se veía una hoja de papel doblada.

Marcus la abrió y leyó el seco mensaje que contenía:

*Milord Danvers, puede darle todo esto a su querida, yo ya no voy a necesitarlo más.
Su pupila, señorita Loring.*

Marcus apretó la mandíbula, se puso una bata, recogió los vestidos y joyas y salió con paso airado al pasillo, en dirección al ala opuesta de la mansión, donde estaba el dormitorio de Arabella.

Hasta aquel momento había sido en extremo paciente. Había decidido cortejarla con ternura y pasión con el fin de conseguir que se rindiera. Pero puesto que era evidente que su estrategia no conducía a ninguna parte, se imponía tomar medidas más drásticas.

Cuando la puerta de su habitación se abrió con brusquedad, Arabella estaba sentada ante su tocador, dedicada a un desganado intento de cepillarse el pelo.

Se sentía profundamente desdichada. De jovencita, había odiado presenciar las peleas de sus padres, pero aún odiaba más pelearse con Marcus.

Se mordió el tembloroso labio inferior. Su confusión era sólo una prueba más de que se había permitido implicarse demasiado con Marcus. Le había mentado al decirle que no estaba celosa de su hermosa amante. En realidad los celos la consumían, lo que demostraba que estaba perdiendo la cabeza. No podía permitir que aquello continuara...

La sorprendente entrada de Marcus la hizo levantarse repentinamente de su tocador y darse la vuelta para enfrentarse a él.

Cuando lo vio delante de ella, con aire sombrío y airado, sosteniendo sus hermosos vestidos, tragó saliva. Sabía que no se sentiría contento cuando le devolviera su nuevo guardarropa, como una simbólica ruptura de sus relaciones tutor—pupila, pero no había esperado que irrumpiera en su dormitorio cuando se estaba preparando para acostarse.

Mientras lo miraba con cautela, él la miró de arriba abajo, contemplando su camisón de manga larga, sus cabellos sueltos, sus pies descalzos. Pese a que la blanca batista la cubría por completo, aun así se sintió indefensa, por lo que se refugió apresuradamente detrás de la silla del tocador, utilizándola como protección.

—¿Qué te propones al invadir mis habitaciones de este modo, Marcus?

—Has dejado tus cosas fuera de su sitio, querida.

—No, no es así. Quiero devolvértelas.

—Bien, no lo aceptaré. Estas prendas y joyas te pertenecen, y vas a quedártelas.

Fijó en ella sus ojos brillantes y azules, tan hermosos, mientras avanzaba a grandes zancadas y echaba el montón de ropa en su lecho.

Con las manos en las caderas, Arabella le sostuvo desafiante la mirada, una expresión que se tornó en otra de alarma cuando lo vio avanzar hacia ella.

—¡Sal de mi cámara al punto, Marcus!

—Me propongo hacerlo. Y tú vas a venir conmigo.



Ella trató de esquivarlo escabulléndose hacia el otro lado del lecho, pero él la alcanzó con tres decididas zancadas. Entonces se inclinó, y pasándole un brazo bajo las rodillas y el otro por la espalda, la cogió en brazos ignorando su escandalizado jadeo de indignación.

Haciendo caso omiso de las enérgicas protestas de ella, que le susurraba que la dejase en el suelo, la transportó por el oscuro pasillo, más allá de la escalera principal.

—¿Adónde me llevas? —preguntó la joven al comprender que se dirigían al ala opuesta, lo que tradicionalmente pertenecía a los condes de Danvers.

—A mis habitaciones. Te estoy cortejando, tal como habíamos convenido.

—¡Yo nunca accedí a esto!

—Ahórrate las palabras, amor. Pretendo mostrarte cómo será nuestro lecho conyugal.

Con el corazón latiéndole salvajemente ante su declaración, Arabella redobló esfuerzos para liberarse, pero no pudo conseguir que Marcus la soltase.

Al cabo de unos momentos, entraba en su habitación con ella, cerró la puerta de un puntapié con el pie descalzo y avanzó a grandes pasos hasta la enorme cama, donde la dejó caer sin miramientos.

Farfullando su indignación, Arabella se incorporó al instante, tratando de abofetearlo.

Sin embargo, antes de que su mano pudiera golpearlo, él la asió y la arrastró con energía hacia sí. El brusco contacto la sorprendió, poniendo su cuerpo en tensión.

La muchacha exhaló un repentino suspiro mientras fijaba su mirada en la de Marcus. Sus ojos azul medianoche brillaban, oscurecidos por algo muy diferente a la ira mientras la sujetaba estrechamente contra su cuerpo, con los senos contra su amplio pecho y los muslos apretados contra los suyos musculosos.

Cuando él volvió a hablar, su voz se había reducido a un ronco murmullo.

—Voy a demostrarte que no desearás a más amantes que a mí, Arabella.

Ella trató de liberarse, pero Marcus no se lo permitió.

—No te deseo como amante —declaró ella con voz temblorosa.

—Sí me deseas.

—De toda la redomada arrogancia...

Entonces la boca del hombre descendió sobre la de ella, atrapándola, cubriéndola, introduciendo su lengua profundamente para enfrentarse con la suya.

Sin embargo, su salvaje beso duró sólo un momento antes de que lo interrumpiera.

—Tú me deseas, Arabella. No puedes negarlo.

Ella lo reconoció para sí misma mientras Marcus la atraía aún más cerca. Lo deseaba con desesperación. Se iba quedando sin aliento a medida que el más violento anhelo invadía su cuerpo... ardor, deseo y necesidad.

Sabía que Marcus sentía lo mismo, porque se había quedado completamente inmóvil. De pronto, el tiempo pareció detenerse y el propio aire vibró con una abrasadora tensión que no tenía nada que ver con su batalla de voluntades. Los ojos de él parecían en llamas mientras los fijaba en los de ella.

Con la mirada atrapada en la suya, Arabella se quedó quieta. Marcus suavizó su expresión y le



acarició el labio inferior con el pulgar.

—Me propongo satisfacerte, Arabella. Darte placer. Que disfrutes como nunca habías imaginado.

La pasión latía entre ellos; ella se notaba el pulso latiéndole en los oídos.

Entonces, abandonando cualquier simulación de resistencia, elevó su rostro hacia él.

—Deja de hablar y bésame —dijo roncamente.

Aquello era todo lo que necesitaba. Marcus se inclinó y volvió a atrapar su boca devorándosela con salvaje placer. Arabella le respondió con igual fervor. Se besaron con locura mientras días de reprimida frustración estallaban entre ellos.

En algún rincón de su mente, sintió cómo él la tendía de espaldas en el alto lecho. Sin interrumpir su beso, Marcus se apresuró a colocársele encima, pero en el último momento se volvió, llevándola consigo, de modo que fue ella quien quedó tendida sobre él, con los cabellos formando una cortina en torno a ellos.

Sus bocas permanecieron unidas, él la besaba con placer. Arabella le devolvía el beso con todas sus fuerzas, jadeante. Parecía que nunca fuese a bastarle; no podía negar el deseo y apetito que se atropellaban en sus venas, recorriendo todos los nervios y tendones de su cuerpo. Se sentía frenética, con una apremiante y exigente necesidad creciendo en su interior, un anhelo que no se satisfaría sólo con su boca. Arabella deseaba más de él, mucho más.

Gimoteando, se apretó desesperada contra su fuerte y musculoso cuerpo, que yacía debajo de ella, consciente de pronto de que la bata de Marcus se había abierto y había dejado al descubierto su ardiente y desnuda carne, la hinchida erección que se elevaba presionando su abdomen. De manera instintiva, aplastó las caderas contra él tratando de acercarse más.

Con un gemido ahogado, Marcus interrumpió el beso y hundió las manos en sus cabellos al tiempo que la miraba.

—Si no deseas esto, dímelo ahora.

Arabella sabía lo que le estaba preguntando. Con la garganta seca, la respiración áspera y el corazón acelerado, asintió lentamente.

—Deseo esto... Te deseo a ti.

Con ojos brillantes, Marcus rodó sobre ella, inmovilizándola bajo su peso. Luego se incorporó, asió el delicado escote de su camión y desgarró la tenue batista hasta la cintura, descubriendo la plena madurez de sus senos. Antes de que un sorprendido balbuceo pudiera brotar siquiera de su garganta, hundió la cabeza entre aquellos pechos y le tomó un tenso pezón con la boca, chupándose con fuerza. Arabella estuvo a punto de caerse del lecho ante aquella deliciosa sensación.

Apretando los firmes montículos con las manos, prodigó atenciones a sus palpitantes pezones hasta que Arabella empezó a gemir roncamente.

—Marcus... por favor...

Entonces, él introdujo una mano entre sus cuerpos, arrastrando hacia arriba el borde de su desgarrado camión y deslizándolo luego entre sus muslos para acariciar su palpitante hendidura.

—Todavía no. Aún no estás preparada para mí.

—Lo estoy... Este fuego...



Estaba ardiendo de deseo, sentía su núcleo de placer dolorido por un devorador apetito.

Marcus se incorporó y acabó de desgarrar del todo el resto de su camisón, luego se desprendió de la bata y la tiró sobre la alfombra, desnudando su magnífico y poderoso cuerpo. A continuación, se arrodilló entre sus muslos abiertos, la sujetó por las caderas y se inclinó sobre ella.

Cuando su mágica boca encontró su centro femenino, su respuesta fue mitad grito, mitad sollozo... un impotente, implorante sonido que se fue haciendo más penetrante mientras él la embelesaba acariciándola con los labios y sumergiendo su lengua en ella profundamente. Arabella se aferró a sus cabellos mientras su fuego se convertía en un terrible infierno y luego finalmente estallaba.

Cuando por fin recuperó los sentidos, Marcus estaba arrodillado entre sus piernas, observándola con una mirada tierna y el rostro tenso y sonrojado por sus esfuerzos por controlarse.

—Por favor, no te detengas... —consiguió decir Arabella con un ronco jadeo.

Él se quedó absolutamente inmóvil. Durante largo rato, se quedaron mirándose el uno al otro, el tiempo detenido de tal manera que Arabella pudo oír los latidos del corazón de Marcus, sentir el turbulento palpar del suyo propio. Sabía por qué él vacilaba. Era su primer amante, su único amante. El siguiente paso sería irrevocable.

—Marcus —susurró de nuevo, rogándole.

La sonrisa de él fue solemne y encantadora, su voz queda y ronca cuando replicó:

—No me detendré.

Se inclinó de nuevo, cubriéndola con su cuerpo y acomodando sus muslos sobre los de Arabella. La ternura de sus ojos se había intensificado cuando volvió a besarla. Su boca, que se había mostrado fiera y hambrienta, se suavizó con tentadora seducción.

Ella podía sentir su duro miembro tanteando la entrada a su interior. Y cuando la penetró con él apenas unos milímetros, se puso tensa, pero Marcus le rozó la sien con los labios.

—Trata de relajarte, Belle. Seré lo más cuidadosa posible. Con exquisita delicadeza presionó un poco más deslizando muy lentamente su hinchada erección, dilatando poco a poco su carne, llenándola. Sintió una punzada de dolor, pero amainó con rapidez. Luego, Arabella sólo notaba una plenitud palpitante mientras él la penetraba al fin del todo.

Marcus se mantuvo entonces inmóvil por completo, para que ella pudiera ir acostumbrándose a su extraña dureza, dándole pequeños besos en la frente, las mejillas y los labios.

Al cabo de otro momento, comenzó a moverse de nuevo, retirándose apenas nada y empujando luego con delicadeza. Mientras le estimulaba los senos con las manos, amasándoselos suavemente y acariciándole los sensibles pezones con los pulgares. Arabella tembló, y a continuación sofocó un grito al sentir que otro núcleo de fuego se encendía entre sus piernas.

No había esperado excitarse de manera tan intensa ni tan pronto después del último devastador asalto a sus sentidos, pero para su sorpresa, el infierno volvió a prender en su interior. De repente estaba encendida. La piel desnuda de Marcus la quemaba, su cuerpo la incendiaba. Respiraba con breves jadeos mientras sus caderas comenzaban a moverse como por voluntad propia, buscando la culminación a un ritmo tan antiguo como el tiempo.

Con la respiración tan jadeante como la suya, Marcus se apoyó en los antebrazos y levantó la



cabeza para contemplar su rostro encantador. Deseaba ver el clímax de Arabella mientras la poseía, deseaba ver su piel sonrojada por la pasión mientras consumaban su unión por primera vez.

Y; sin embargo, notaba cómo perdía el control, podía sentir su necesidad y su deseo creciendo de manera abrumadora. Se esforzó por seguir moviéndose despacio mientras Arabella gemía y se retorció debajo de él, pero cuando ella se arqueó y gritó arrebatada por el placer, él se rindió a su propio anhelo con un ronco grito, y el cuerpo tenso y espasmódico a causa del éxtasis abrasador que lo embargó.

El agotador y encendido estallido lo dejó jadeante y sin respiración. A continuación, se desplomó sobre Arabella procurando no hacerlo con todo su peso, y yació allí desmadejado mientras el fuego se apagaba lentamente.

Transcurrió largo rato antes de que ninguno de los dos recuperase un ritmo respiratorio más o menos calmado. Luego, despacio, con sumo cuidado, Marcus se apartó de ella... estremeciéndose al verla hacer una mueca de dolor.

—¿Te he hecho daño? —murmuró preocupado.

Arabella negó con la cabeza y lo miró con aturdida y soñadora sonrisa.

—Fanny me dijo que se suponía que hacer el amor por primera vez era desagradable, pero no lo ha sido en absoluto.

Aliviado, rodó sobre su espalda y cogió a Arabella entre sus brazos, atrayéndola contra su cuerpo.

Ella se acurrucó contra él y exhaló un largo suspiro. Al cabo de un rato, volvió a hablar.

—¿Siempre es así?

—¿Cómo así?

—Como fuego. Como ardiente... magia.

Él sonrió débilmente.

—Casi nunca.

Arabella hundió el rostro en su hombro, como si de repente se sintiera avergonzada.

—Probablemente tú no has sentido lo mismo...

—Estás equivocada, amor. Lo he sentido, créeme.

Ella retrocedió para mirarlo con atención.

—Sólo estás tratando de engatusarme.

Su risa fue suave y divertida.

—Si hubiera deseado engatusarte, lo habría hecho así antes de hacer el amor, ¿no crees?

Su declaración debió de tranquilizarla, porque volvió a cerrar los ojos y se relajó, con otro suspiro satisfecho.

—Supongo que sí.

Marcus inspiró hondo, encantado y dichoso de tener a Arabella cálida y desnuda entre sus brazos. Pensó que «salvaje magia» sería una descripción más adecuada de lo que había sentido, junto con una sensación de triunfo y algo más profundo: sincera alegría. Arabella era tan apasionada y conmovedora como había supuesto, lo mismo que los sentimientos que despertaba



en él. Nunca se había sentido más vivo con una amante, más satisfecho.

Acercándose, hundió el rostro en sus cabellos y aspiró su fragante aroma. Pensó fugazmente en amantes suyas del pasado —en sus seductores encantos, en los infinitos modos en que trataban de complacerlo—, pero ninguna de ellas había logrado nunca despertar un apetito tan intenso en él, sin ni siquiera intentarlo.

Un peligroso apetito. Comprendía que su deseo por Arabella le había hecho perder la razón. Aquella noche, por ejemplo, había tomado su virginidad sin preocuparse en absoluto de las consecuencias.

No obstante, cualquier culpabilidad que sintiera por haberla desflorado podía racionalizarla. Aquello mismo habría sucedido cuando la hubiese convertido en su esposa. Sólo había pasado antes de lo que ambos esperaban. Aun así, debería haberla meditado más; podía haberla dejado embarazada.

Marcus suspiró ante la perspectiva de pequeñas Arabellas, e incluso pequeños Marcus. Siempre había considerado —si es que lo había hecho— la responsabilidad de engendrar hijos desde un punto de vista intelectual. Estaba resignado a cumplir con su deber de dar continuidad a su título y a su estirpe. Pero la posibilidad de ser padre de los hijos de Arabella no solo tenía inmenso atractivo, sino que despertaba en él una emoción profundamente primaria.

Esbozó una leve sonrisa. Drew y Heath se reírían a carcajadas si lo vieran considerar la idea de tener una familia, pero para ello, primero tendría que convencer a Arabella de que se casase con él. Ahora era imposible que no lo lograra. Jamás la dejaría marchar. La idea de posesión nunca antes se había apoderado de él con tanta intensidad.

«Ahora eres mía», pensó, acariciándole meditabundo el hombro desnudo.

Arabella se removió en sus brazos ante su gesto, y luego levantó la cabeza para mirar a su alrededor, como si de repente recordase dónde estaba.

Pero cuando se apartó de él para levantarse, Marcus la cogió del brazo antes de que pudiera abandonar el lecho.

—¿Adónde crees que vas?

—Regreso a mi habitación. No debería estar aquí.

Él la obligó a tenderse a su lado de nuevo.

—Pasarás la noche conmigo. Apenas hemos comenzado a explorar las delicias de hacer el amor.

—Pero los sirvientes pueden descubrirnos...

—Los sirvientes tienen su propia ala en otro piso. Siempre que estés de vuelta en tu dormitorio antes del amanecer, nadie te verá.

Entonces se levantó y se acercó al lavamanos, donde cogió un paño húmedo. Cuando regresó y empezó a limpiar los restos de su simiente de los muslos de ella, un encantador sonrojo inundó las mejillas de la joven.

Él la detuvo e impidió que se cubriera con la sábana.

—No te escondas de mí. Tienes un cuerpo hermoso, y no hay nada vergonzoso en que yo lo vea. Arabella se mordió el labio inferior, pero no dijo nada.

—Menos mal que he destrozado tu camisón... —observó Marcus viendo la mancha de sangre



en la desgarrada batista. —Prefiero que no haya pruebas de que me has entregado tu inocencia. Puedes echar la prenda a la basura o, mejor aún, quemarla. Te daré un camión para que te lo pongas cuando te devuelva a tu habitación.

—Hemos dejado toda la cama deshecha —dijo ella compungida mientras él concluía su tarea y devolvía el paño a la jofaina del lavamanos.

Pero cuando Marcus se volvió, ella se quedó sin respiración, con la mirada fija en su sexo. Volvía a estar excitado... claramente preparado para volver a hacer el amor.

—Todavía estás... —Su rostro se encendió aún más. —Creía que a un hombre le costaba horas recuperarse.

Él sonrió mientras volvía a meterse en el lecho y la cogía entre sus brazos.

—No con la amante adecuada. No cuando un hombre desea tanto a una mujer como yo te deseo a ti.

—Entonces, ¿te propones volver a hacerme el amor? —preguntó ocultando la cabeza en el hueco de su hombro.

—Veremos. Sólo con lo que hemos hecho, mañana te sentirás bastante dolorida.

—Ha valido la pena.

Su suave risa le acarició los cabellos.

—Entonces yo tenía razón.

—¿Acerca de qué?

—Físicamente somos asombrosamente compatibles. Nos entenderíamos a la perfección en el lecho conyugal.

Arabella sintió que sus defensas volvían.

—Tal vez, pero eso no significa que nos conviniéramos en otros aspectos del matrimonio. Hace un rato, estábamos peleándonos tal como hacían mis padres. Eso no se parece en nada al modelo de un matrimonio ideal.

—No, pero sospecho que un matrimonio ideal nos conduciría al aburrimiento. Pelearse puede ser estimulante —comentó pensativo—. Reconócelo, te resulta divertido medirme conmigo.

—Lo encuentro completamente lastimoso —respondió ella con sinceridad.

—Pero luego es estimulante hacer las paces —la aguijoneó él en tono risueño.

Incapaz de negado, Arabella sintió una extraña agitación de consternación y contento difundiéndose por su interior. La pasión de Marcus era tan emocionante y maravillosa como ella había temido. Cerró los ojos saboreando su ternura, la intimidad, la dicha de yacer allí, con él de aquel modo.

Al ver que ella no respondía, rodó poniéndose de lado para poder mirarla.

—¿Por qué no declaramos una tregua por el momento? Basta de luchas esta noche. Sólo placer.

Arabella vaciló. No deseaba luchar con Marcus, y tampoco lamentaba haberle entregado su inocencia. Pero ¿deseaba consentir el escandaloso hecho de compartir su cama toda la noche?

El problema era su estúpido corazón. ¿Podía confiar en no implicarse emocionalmente si se rendía a sus requerimientos sexuales?

Ante su persistente silencio, él se inclinó para depositar un ligero beso en sus labios.



—Es una tregua, amor. Durante el resto de la noche lo olvidaremos todo sobre nuestra apuesta y sólo disfrutaremos.

Arabella se mordió el labio diciéndose que no debería preocuparse. Era evidente no podía resistirse a sus atenciones, pero que ahora que estaba prevenida, podía vigilar su corazón con mayor cuidado. Sólo tenía que imaginarse a Marcus con su hermosa ex amante para afirmar su resolución. No podía ser tan necia como para enamorarse de él si seguía recordándose a sí misma el peligro.

—Muy bien, una tregua —murmuró, y deslizó los brazos alrededor del cuello de Marcus—. Así, ¿qué haremos durante el resto de la noche?

Una sonrisa lenta y muy masculina curvó la boca de él.

—Sugiero que trabajemos en tu educación. Es evidente que tu amiga Fanny no te explicó todo lo que hay que conocer sobre la pasión. Por ejemplo, qué sabes de mi cuerpo.

Le cogió la mano y se la guió hacia abajo, dejando que tocara su firme y liso abdomen, el largo y grueso dardo de su virilidad, y los duros y hinchidos sacos de debajo. Cuando Arabella, vacilante, comenzó a explorar sus atributos masculinos por sí sola, descubrió que su piel era cálida y lustrosa y... ¡oh, muy excitante!

Curvó los dedos sobre su miembro apretando ligeramente. Lo notó ardiente y vibrante contra su palma, enormemente duro y palpitando a su contacto. Cuando Marcus cerró los ojos con evidente placer, su respuesta la hizo sentirse poderosa, trémula y femenina a un tiempo.

Embriagada por esa sensación, se inclinó para besarlo. Al sentir un abrasador estremecimiento de placer, pensó que su amiga Fanny no le había explicado ni una pequeña parte de todo cuanto deseaba averiguar con Marcus acerca de la pasión.



CAPITULO 12

*¿Estás segura de que no deseas considerar la oferta del conde?
Hay cosas peores que un matrimonio de conveniencia con un rico y
hermoso noble.*

FANNY A ARABELLA

No fue extraño que, a la mañana siguiente, Arabella se levantase tarde y fatigada por la falta de sueño, pero repleta de un cálido deleite por su acto amoroso con Marcus. Como él había predicho, se sentía un poco dolorida, pero no podía lamentar haber pasado toda la noche con él, experimentando los increíbles placeres que le había prometido.

Le había mostrado un gozo tan profundo, tan dichoso, que le parecía que sus sentidos nunca podrían recuperarse.

Cuando por fin acabó de bañarse y vestirse y bajó esperando encontrarse con él, Simpkin le dijo que su señoría acababa de marcharse.

Intentando ignorar la aguda punzada de decepción que sintió, leyó la nota que Marcus le había dejado, en la que le decía que le había surgido un repentino asunto en Londres, pero que regresaría por la tarde, a tiempo de cenar.

Arabella se dio cuenta de que en realidad se alegraba de no tener que enfrentarse a él todavía. Tras la licenciosa pasión que habían compartido durante toda la noche, necesitaba un tiempo para recobrar una apariencia de compostura.

Pasó toda la mañana como aturdida, con la vista borrosa, hasta que Simpkin le anunció la visita de lady Eleanor Pierce. Preguntándose qué quería, recibió a la hermana de Marcus en el salón matutino y se sintió halagada por el calor de su saludo.

—Estoy encantada de volver a verla, señorita Loring —dijo lady Eleanor con lo que parecía auténtica sinceridad.

Arabella sonrió a la joven, que iba ataviada con un traje de viaje azul pálido, completado con un tocado que resaltaba graciosamente sus negros rizos y su tez sonrosada.

—Lamento que haya recorrido toda esta distancia para nada, lady Eleanor. Su hermano ha ido a Londres a pasar el día.

—¡Ah, pero es que es a usted a quien venía a ver! Me gustaría muchísimo conocerla mejor, la admiro extraordinariamente... es una dama lo bastante animosa como para dirigir su propia academia.

Aceptó la silla que Arabella le ofrecía y le dirigió una significativa mirada.

—Además, una mujer capaz de resistirse a mi hermano, es alguien a quien deseo conocer. — Antes de que Arabella pudiera pensar una respuesta, la chica añadió—: Y también deseo disculparme por la interferencia de mi tía en sus asuntos.

Dudando sobre si mostrarse cautelosa o divertida, Arabella ocupó un sillón de orejas frente a su visitante.



—Supongo que yo no debería haber manifestado mi opinión de manera tan vehemente.

—La provocaron a ello. Confío en que perdone a tía Beatrix. No tiene mala intención, y ha sido como una madre para mí, inculcándome las normas de una conducta adecuada. Pero no tenía ningún derecho a reprenderla a usted por no repudiar a su amiga. Su respuesta estuvo plenamente justificada.

Arabella sonrió arrepentida.

—Tal vez... pero en general, nunca se me ocurriría montar una escena en público. Estuvo muy mal por mi parte estropearles la velada a usted y a sus amigos.

—En mi caso no fue así. Me dejó muy intrigada. —Se echó a reír con una risa encantadora. — Confieso que me gustaría saber más cosas sobre Fanny Irwin. Dicen que es incomparable entre las cortesanas.

—A su hermano no le gustaría que le contase historias de una famosa prostituta —señaló Arabella.

La risa ronca de Eleanor resultaba muy atractiva.

—Cierto. Pero al menos mi hermano no me da órdenes, ni trata de mantenerme asfixiada entre algodones, como mi tía. A decir verdad, es el mejor de los tutores.

—¿Lo es? —preguntó Arabella, curiosa.

—Sí, pero le gusta salirse con la suya, por lo que puedo comprender que de vez en cuando haya fricciones entre ustedes, como al parecer ocurrió la pasada noche. —Su sonrisa se tornó traviesa—. Aunque a veces es bueno frustrarlo. A los hombres hay que enfrentárseles... reñirlos de vez en cuando. No es conveniente dejarles pensar que llevan ventaja en todo momento, ¿está de acuerdo conmigo?

Ambas se echaron a reír y Arabella se sintió relajada. Le gustaba muchísimo aquella chica.

Sin embargo, el siguiente comentario de Eleanor la dejó atónita.

—Confieso que nos quedamos todos asombrados al saber que Marcus le había propuesto matrimonio, pues él siempre ha sentido una enorme aversión a casarse. Pero ahora que la he conocido, comprendo por qué ha actuado de manera tan insólita.

Arabella hizo una mueca.

—Lady Eleanor... —comenzó, decidida a poner punto final a cualquier malentendido acerca de su futuro con Marcus, pero la joven la interrumpió.

—Por favor, no hace falta que seamos tan formales. Llámame Eleanor. Aún tengo que acostumbrarme al tratamiento, pues la petición de Marcus a la Corona de que elevase mi categoría por ser la hermana de un conde, ha sido concedida sólo recientemente. ¿Puedo llamarte yo también por tu nombre?

—Desde luego. Pero debo decirte que no tengo intenciones de casarme con tu hermano.

La animada expresión de Eleanor se tornó grave.

—Desearía que no fuera así. Me gustaría muchísimo tenerte como hermana. Drew y Heath son como hermanos para mí, pero no es lo mismo que tener otras mujeres con quienes hablar y en quienes confiar. Y creo que las dos podríamos llegar a ser grandes amigas.

Arabella esbozó una involuntaria sonrisa.



—Seguramente no esperarás que acepte su proposición sólo para que tú tengas una hermana, ¿verdad?

Eleanor sonrió y se le formaron unos hoyuelos en las mejillas.

—Bueno, supongo que no. También me gustaría que le dices el sí por su propio bien. Creo que eres la mujer ideal para él. Marcus necesita un desafío. Nunca sería feliz con una esposa tímida, sumisa e insegura.

—Me halaga que lo creas así —respondió ella sosegada—, pero hay otras cosas para tomar en cuenta cuando uno se plantea casarse.

—Lo sé —convino Eleanor—. He tenido cierto número de proposiciones, dos de las cuales acepté, pero luego cambié de idea. Y desde luego, simpatizo absolutamente con tu deseo de independencia. Siento de manera parecida; no deseo que mi vida esté controlada por un marido. Pero Marcus sería un esposo mucho más indulgente que la mayoría.

Al ver que Arabella permanecía silenciosa, Eleanor se inclinó hacia ella con toda seriedad.

—Cuéntame tus otras objeciones para que pueda abogar por Marcus.

Arabella negó con la cabeza, incapaz de contener la risa. —Aplaudo tu celo en su favor, pero sinceramente, no puedes decir nada que me induzca a casarme con tu hermano, de hecho, ni con él ni cualquier otro.

Sin embargo, no logró disuadir a Eleanor.

—No puede ser que no encuentres a Marcus interesante. Por lo que se refiere a ingenio y encanto, está kilómetros por encima de todos mis actuales pretendientes. —Al no recibir respuesta, añadió—: Vale, reconozco que en estos momentos mis galanes me aburren mortalmente, son tremendamente insulsos. Eso, o aviesos caza-fortunas, que sin duda son mucho más interesantes, pero demasiado peligrosos para jugar con ellos, aunque sea sólo para divertirse.

—Tu hermano no me parece insulso en absoluto —reconoció Arabella.

Eleanor le dirigió una mirada perspicaz.

—Pese a su reputación de ser algo así como un libertino, Marcus no es mala persona. Por lo menos no es peor que la mayoría de los nobles. Tal vez hayas oído rumores sobre sus anteriores amantes, pero puedo asegurarte que no ha demostrado auténtico interés por ninguna de ellas.

—Y yo puedo asegurarte que sus amantes no me importan.

—Entonces eres inteligente. —Por primera vez, la joven pareció melancólica. —Yo rompí mi primer compromiso al descubrir que mi prometido tenía una amante... aunque, desde entonces, no dejo de preguntarme si no cometí un espantoso error. No me gustaría que te pasara a ti lo mismo, Arabella, y que abrigaras dudas y pesar durante el resto de tu vida.

Aparte de enarcar cortésmente una ceja, ella se abstuvo de responder, pero Eleanor pareció no advertirlo. En lugar de ello, giró la cabeza para mirar por la ventana del salón, al parecer, sumida en sus propias sombrías reflexiones.

—Marcus fue muy comprensivo incluso cuando dejé plantado a mi segundo prometido. Es el mejor de los hermanos. No sé lo que hubiera hecho sin él cuando era una niña. Nuestros padres no eran especialmente... afectuosos. Yo me pasaba los días esperando sus visitas a casa.

De pronto, con una sacudida, volvió a centrarse en Arabella y esbozó una brillante sonrisa.

—Pero basta ya de mí. Sois Marcus y tú quienes me preocupáis. Creo que él debe de estar



colado por ti, puesto que de otro modo nunca se le hubiese ocurrido plantearse contraer matrimonio así, tan de repente.

—¿Quieres tomar el té, Eleanor? —preguntó Arabella de manera intencionada, decidida a zanjar el tema.

La joven, captando la indirecta, se echó a reír.

—Sí, me gustaría, estoy sedienta. Y te prometo no seguir dándote lata con lo de casarte con mi hermano.

Aguardó mientras Arabella llamaba a una sirvienta y volvía a ocupar su asiento, luego dijo en tono ligero:

—Tanto si decides casarte con Marcus como si no, confío en que podamos ser amigas.

La otra sonrió con auténtico placer.

—Me gustaría muchísimo... aunque dudo que lady Beldon lo aprobara.

—No te preocupes por tía Beatrix —le aseguró Eleanor—. Yo me encargaré de ella. Por favor, dime que me visitarás en Londres.

—Me encantaría hacerlo. Raras veces tengo oportunidad de ir a la ciudad, salvo para acompañar a nuestras alumnas... Ocasionales salidas para que puedan practicar cómo comportarse en sociedad.

—Entonces podrías llevarlas a casa de mi tía, a tomar el té.

—Semejante invitación las entusiasmaría —respondió Arabella con sinceridad.

—Y confío que medites cuidadosamente la proposición de matrimonio de mi hermano... —Al ver que la otra le dirigía una mirada admonitoria, Eleanor levantó las manos. —Vale, por ahora no diré nada más sobre ese asunto. Háblame de tu academia. Me resulta fascinante que dieras un paso tan audaz.

Durante la siguiente hora, Arabella le explicó cómo funcionaba la escuela, y respondió a las numerosas preguntas de la joven; luego, aceptó gustosa el ofrecimiento de Eleanor de colaborar de algún modo. Durante el resto de su visita, la chica evitó toda mención más de su hermano, y cuando se despidió, le recordó a Arabella tan sólo su promesa de visitarla.

Esta última se sintió aliviada por no tener que seguir defendiendo su postura. La noche anterior, su dolor al ver a la hermosa amante de Marcus la había reafirmado en su propósito de no volver a arriesgar nunca su corazón. Pero no era un tema que le resultase cómodo de comentar con una relativa desconocida, como lo era la hermana de Marcus, por muy encantadora y agradable que le pareciese.

Ni siquiera podía comentarlo con sus propias hermanas, porque entonces tendría que confesar cuán voluntariamente había sucumbido a la seducción del conde. Pensó que tal vez su rendición había sido inevitable, dadas las grandes dotes de persuasión que él poseía. Y sin duda se alegraba de que la hubiera introducido en la pasión, pero semejante licencioso comportamiento no era el mejor ejemplo para sus virginales hermanas.

Por añadidura, tendría que justificarse ante ellas por el escándalo a que se había expuesto al compartir el lecho de su tutor.

También le resultaba difícil explicarles el anhelo que Marcus le despertaba. No solo el deseo físico, que por sí mismo era seductor, sino el anhelo de descubrir los misterios femeninos. Al per-



manecer soltera durante el resto de su vida, se perdería las experiencias vitales que la mayoría de su género disfrutaba: esposos, amantes, hijos. Sus últimos días con Marcus eran una oportunidad de explorar un mundo asombroso que sólo había sido capaz de imaginar.

Tess podría comprender sus sentimientos contradictorios, pero no quería agobiar a su amiga con tan privadas confidencias cuando ésta estaba intentando superar su pesar por la pérdida en la guerra de su prometido en la guerra.

No, decidió, sería mucho mejor mantener en secreto su relación con Marcus.

No obstante, engañar a sus hermanas no resultó fácil. Cuando llegó a la academia aquella tarde, Roslyn y Lily captaron su aire soñador después de su mágica noche con Marcus, y en cuanto la clase concluyó, la condujeron a un salón privado para interrogarla.

—¿Qué sucede, Arabella? —preguntó Roslyn con evidente preocupación. —Has estado distraída durante toda la lección sobre comportamiento, y tienes ojeras.

—¿Sí? —preguntó, fingiendo indiferencia. —Supongo que se debe a que esta noche he dormido poco; ayer regresamos de Londres bastante tarde. —Al ver que Lily la miraba con el cejo fruncido, añadió alegre—: Estoy perfectamente.

—Pues no lo parece —replicó la joven sin rodeos. —Y últimamente has estado en extremo reservada. Nos dijiste que ibas a asistir al teatro con lord Danvers, pero no comentaste nada acerca de que conocerías a su hermana y a su tía, ni a sus amigos nobles. Hemos tenido que saberlo por Winifred.

El tono de Roslyn fue más suave.

—Winifred también nos ha dicho que anoche el conde y tú tuvisteis una pequeña discusión.

—Cuéntanos, ¿qué sucedió? —preguntó Lily.

—Nada importante.

«Salvo que acabé en el lecho de Marcus y disfruté de cada momento.»

—Entonces ¿por qué tienes las mejillas tan rojas?

Arabella se esforzó por no llevarse las manos a la cara para comprobarlo; la verdadera causa de su distracción no era un tema apropiado para los tiernos oídos de sus hermanas.

—Lord Danvers y yo discutimos sobre nuestro futuro —respondió evasiva. —Él aún cree que puede convencerme para que acepte su proposición de matrimonio y yo simplemente le aclaré el asunto.

Sus hermanas fruncieron el cejo mientras la contemplaban con atención.

—¿Deberíamos preocuparnos por ti, Arabella? —preguntó Roslyn.

—¿Por qué?

Roslyn la miró de nuevo atentamente antes de contestar.

—Nos preocupa que te hayas vuelto demasiado sensible al conde. Que te estés aficionando demasiado a él.

—Sí —intervino Lily—. Tememos que llegues a enamorarte y que te destroce el corazón, como hizo aquel canalla de Underwood.

Arabella sintió que sus mejillas enrojecían aún más.

—No tenéis por qué preocuparos. No tengo ninguna intención de enamorarme de lord Danvers.



—¿Estás segura Arabella? —preguntó Lily con toda seriedad. Ella les sonrió tranquilizadora.

—No hay ninguna razón para que os preocupéis, creedme.

—Pero esa mirada soñadora en tus ojos... Es la misma mirada de la última vez que estuviste enamorada.

—Es sólo falta de sueño —replicó.

Su expresión soñadora no tenía nada que ver con estar enamorándose de Marcus, sino con haber mantenido relaciones sexuales con él. Cada toque, cada caricia, habían sido una experiencia nueva; cada sensación que le había hecho experimentar estaba candente en su memoria.

Pero su corazón estaba bastante a salvo ahora que se había reafirmado en su decisión de conservarlo bien protegido.

—Creo que tal vez vaya siendo hora de que volvamos a casa —dijo lentamente Roslyn.

La respuesta instintiva de Arabella fue oponerse. No deseaba que sus hermanas volviesen a la mansión Danvers todavía. No, cuando aún le quedaban cuatro noches más con Marcus.

—Nos necesitas para que te ayudemos a defenderte de él —añadió Lily con convicción. —Tess puede pasarse sin nosotras puesto que casi hemos acabado de coser todas las prendas para las viudas y huérfanos.

Arabella negó con la cabeza consiguiendo esbozar una sonrisa.

—De verdad que no hay ninguna necesidad de que vengáis a casa. Soy capaz de librar mis propias batallas. Y la apuesta casi ha terminado. Sólo faltan cuatro días para que me proclame vencedora.

—¿Y qué sucederá entonces? —preguntó Roslyn.

—Bueno, entonces estaremos libres de lord Danvers y de su tutela, y podremos retomar nuestras vidas —contestó ella alegremente, decidida a hacer caso omiso de las dubitativas miradas de sus hermanas.

Desde luego que era capaz de manejar su relación con Marcus por sí sola, se repetía a sí misma dos horas después, mientras se vestía para cenar. Tenía toda la intención de tratarlo con frío y racional desapasionamiento.

Lo malo fue que, en el momento en que lo vio, olvidó por completo su resolución. Cuando Marcus se reunió con ella en el salón, poco antes de que la cena fuera anunciada, no hubo nada frío ni racional en la respuesta de su cuerpo hacia él. Su corazón se disparó y su pulso se aceleró al tiempo que su piel se sonrojaba ante la manera tan íntima, sensual y varonil en que la miró.

Eso, combinado con el quedo y ronco sonido de su voz al disculparse por su retraso, hizo vibrar a Arabella de placer dejándola casi sin fuerzas.

Necesitó de toda su fuerza de voluntad para saludarlo con amabilidad y permitirle acompañarla al comedor. Cuando le puso la mano en su brazo, se sintió temblar. Ahora eran amantes, y todos sus sentidos así lo pregonaban.

Sin embargo, el comportamiento de Marcus fue muy correcto, sin duda en consideración a los sirvientes. Tan sólo cuando hubieron servido la sopa y los lacayos se retiraron, se permitió que la conversación fuese más íntima.

—Simpkin me ha dicho que mi hermana te ha visitado esta tarde. ¿Qué quería?



—Deseaba que nos conociéramos mejor —respondió Arabella.

—Confieso que eso me preocupa.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Por qué tendría que preocuparte?

—Conociendo a Eleanor, temo que haya hecho algo extravagante como pedirte que le presentes a tu amiga cortesana.

Arabella sonrió mientras cogía su copa de vino.

—No exactamente, pero imagino que habría aceptado si se lo hubiera ofrecido. En lugar de ello, me hizo una oferta. Me ha invitado amablemente a que fuese a visitarla a Londres.

Marcus le dirigió una penetrante mirada.

—Confío en que no pretendas introducir a mi hermana en los círculos de Fanny Irwin.

—Desde luego que no. Comprendo perfectamente lo que es o no adecuado, Marcus. Tan sólo me rebelé cuando se me ordenó que abandonase mi amistad con ella, tu tía o quienquiera que fuese.

Él frunció la boca.

—Espero que no vuelvas a solicitar consejos de Fanny sobre las relaciones sexuales. Todo cuanto desees saber te lo enseñaré yo. Podemos proseguir con tu educación esta noche, cuando vengas a mis habitaciones.

Arabella arqueó una ceja.

—¿No es demasiado suponer, esperar que comparta tu lecho también esta noche?

—No. Aún tengo que demostrarte que, una vez estemos casados, no desearás a ningún otro hombre.

Ella no necesitaba demostraciones al respecto. Después de Marcus estaba segura de que nunca desearía a nadie más. Pero no tenía ganas de prolongar su fútil discusión.

—La cuestión es irrelevante, porque no nos casaremos. Marcus fijó en ella su penetrante mirada.

—Si crees que voy a permitirte escapar de nuestro lecho conyugal está muy equivocada, amor.

Arabella le sostuvo la mirada.

—Creía que anoche habíamos declarado una tregua.

—Eso fue anoche. Y, tregua o no, no tendrás a ningún otro amante.

Había un inconfundible tono posesivo en su tono que de manera inexplicable tranquilizó a Arabella. La posibilidad de que Marcus pudiera estar celoso, en cierto modo la complacía.

Sin embargo, como no estaba dispuesta a admitirlo, lo miró con gélido desafío.

Como si comprendiera cuán seria se había vuelto su discusión, Marcus de repente sonrió... con una encantadora y atractiva sonrisa que llenó a Arabella de calor de la cabeza a los pies.

—Tienes razón —dijo luego y, cogiéndole una mano, se la llevó a los labios para besársela—. Se supone que estoy interpretando el papel de pretendiente romántico. Por favor, permíteme que te repita mi petición: ¿me concederás el gran placer de compartir mi lecho esta noche?

Arabella se dedicó a su sopa mientras simulaba considerar su petición.



—Tal vez.

—Hoy todavía me debes la mayor parte de las cuatro horas de nuestro tiempo —le recordó él mientras levantaba también su cuchara. A continuación, redujo su voz a un ronco susurro. — Podemos dedicarlas a explorar las profundidades de su sensualidad.

Esa simple insinuación, provocó en ella un estremecimiento de placer.

—Muy bien, puesto que te lo debo —accedió, ignorando su risueña mirada.

Él sabía perfectamente que Arabella no era capaz de negarse en modo alguno a tan irresistible oferta.

Más tarde, tras retirarse sola a su habitación, aguardó otros tres cuartos de hora a que el servicio se recogiera para la noche, antes de deslizarse por los silenciosos pasillos hasta la otra ala de la casa.

Mientras cerraba la puerta a sus espaldas, vio con sorpresa que Marcus se había preparado a conciencia para su visita. Gran cantidad de velas proyectaban un dorado resplandor por la habitación, iluminando el enorme lecho que estaba cubierto de pétalos de rosa de color carmesí.

Notó que el corazón se le derretía ante ese gesto romántico, pero fue ver a Marcus lo que la dejó sin respiración y le secó la boca. Estaba sorprendentemente hermoso, repantigado sobre el lecho, ataviado tan sólo con una bata. Tenía los negros cabellos un poco revueltos mientras que su bata se hallaba parcialmente abierta, exhibiendo su amplio y musculoso pecho. Un pecho que ella había explorado largamente la noche anterior, y confiaba volverlo a hacer muy en breve.

Al recordar su tentador contacto, Arabella sintió cómo su corazón comenzaba a latir desenfrenado. De pronto, notó que le flaqueaban las piernas, y se apoyó en la puerta, en busca de apoyo.

Al verla vacilar, Marcus enarcó una ceja, mirando con intención su vestido de seda.

—Aún estás vestida.

—Me ha parecido imprudente arriesgarme a ser vista cerca de tu habitación con el camisón.

—Cierto, pero aun así, vas demasiado vestida para mi gusto. Tendremos que remediar eso al punto.

Se levantó con aire despreocupado y se acercó a ella tranquilamente. Inclino la cabeza y la besó en los labios; un beso lento, perezoso y profundamente posesivo que hizo que a ella se le acelerase la respiración. Luego la condujo junto al lecho, donde la fragancia de las rosas perfumaba el aire.

Tomándose su tiempo, la desvistió con tentadora lentitud comenzando por retirar le las horquillas del pelo una a una, dejándole suelta sobre los hombros la ondulante melena. La luz de las velas se reflejó en sus cabellos rojizo-dorados haciendo que brillasen como fuego, y captando la mirada de Marcus.

—Tienes una cabellera magnífica —murmuró, hundiendo los dedos en la sedosa masa casi con reverencia.

—Gracias... —comenzó a decir Arabella, antes de que interrumpiese su respuesta con un gemido de impotencia.



Marcus había dejado de acariciarle el pelo y sus manos pasaron a rodear sus senos. Aun a través de las capas de tejidos —corpiño, corsé y camisola— podía sentir el excitante calor de sus palmas. Sus pezones se endurecieron al instante... un hecho que evidentemente él notó, como indicaba el repentino ensombrecimiento de sus ojos.

Con una cómplice media sonrisa, Marcus le bajó el corpiño y la ropa interior desnudando sus senos, y luego inclinó la cabeza para deleitarse con ellos. Arabella contuvo un grito ante la erótica sensación de su boca sobre sus pezones y la excitante caricia de su lengua. Le asió los hombros con las manos, afianzándose ante la debilidad que aquellas deliciosas sensaciones le causaba.

—Y un cuerpo sumamente apetitoso —murmuró entre cálidas caricias de su lengua.

—¿Sí? —preguntó Arabella con voz ronca, casi incapaz de respirar.

Interrumpiéndose, Marcus levantó la cabeza para mirarla divertido.

—¿Qué es esto, cariño? ¿Estás buscando elogios?

—No... No, en absoluto. —El rubor de sus mejillas se hizo más intenso. —Es sólo que no tengo modo de saber qué encuentra un hombre de... atractivo en una mujer. Carezco de experiencia para juzgar.

—¿No te lo ha explicado tu amiga Fanny?

—Sólo me habló acerca del cuerpo de un hombre... de lo que se podía esperar.

Arabella miró hacia la parte inferior del cuerpo de Marcus.

Éste había dejado de manera intencionada que la bata se le abriera exponiendo su desnudez. Se lo veía muy hermoso; un varón muy excitado, intensamente vital, intensamente atractivo. Con una sonrisa, Arabella deslizó los dedos por el poderoso pecho hasta llegar a su abdomen.

—Y yo he descubierto por mí misma que tienes un cuerpo espléndido.

—Me siento honrado de que lo creas así —respondió él cortésmente. Sin embargo, cuando Arabella llevó su mano más abajo, entre sus ingles, él la cogió por la muñeca.

—Todavía no, amor. Si me tocas no respondo de mi control.

Luego la desvistió del todo, quitándole zapatos y medias y luego el vestido y la ropa interior. Cuando estuvo desnuda ante él, Marcus se despojó de su bata y la atrajo con fuerza hacia sí, haciéndole sentir la dura y caliente presión de su cuerpo desnudo.

Su candente aliento le quemaba la oreja mientras le susurraba:

—No puedes imaginar cómo he esperado esta noche.

Sí podía imaginárselo, porque ella había sentido lo mismo desde el momento en que se despertó por la mañana.

Depositándole un reguero de besos por el cuello, tendió a Arabella de espaldas sobre el lecho y se acostó luego a su lado, apoyándose en un codo, mientras seguía mordisqueando su piel. —Deseo esto desde hace siglos... hacer el amor contigo en un lecho de pétalos de rosa. De hecho, desde que tú regalaste todos mis ramos.

Una suave risa surgió de la garganta de ella mientras él posaba allí los labios. Cuando Arabella fue a responder, Marcus buscó su boca y le dedicó la misma erótica atención, cortejándola con risas, ternura e increíble sensualidad.

Transcurrió algún tiempo hasta que por fin se retiró para observarla.



—Muy apetitosa —dictaminó tras un examen valorativo de su desnudez.

Sin dejar de mirarla, cogió un puñado de pétalos de rosa y los esparció sobre el cuerpo de ella. Luego, cogió algunos más entre los dedos y los deslizó lentamente por su piel... sobre las ondulaciones de sus senos, la curva de su cadera, su vientre y, más abajo... acariciando su montículo femenino y sus sensibles pliegues. Arabella gimió, arqueándose ávidamente hacia él.

—Eres muy sensible a mi contacto —observó Marcus.

—Tú me has hecho de este modo.

Sentir los pétalos de rosa sobre su piel era algo increíblemente sensual. La suavidad aterciopelaba acarició su carne al tiempo que la ardiente mirada del hombre la hacía temblar.

—No puedes atormentarme de este modo, Marcus...

—Sí puedo, ángel. Deseo tenerte desesperada, deseándome.

Arabella ya estaba así, quería que él también lo estuviera. Ansiaba atormentarlo y hacerle sentir el febril apetito que había despertado en ella.

Luchando por recuperar el control, levantó las manos, empujó a Marcus por los hombros y lo hizo caer de espaldas sobre los pétalos. Por su expresión, comprendió que su inesperado gesto lo había sorprendido.

—Cambiar las tornas es juego limpio —dijo con una leve sonrisa.

—Así es. —Marcus yacía allí dócilmente, pero en sus ojos había un audaz desafío.

—¿Pretendes comportarte de un modo perverso conmigo?

—Exactamente.

Ella no había sentido nunca el menor apremio de mostrarse perversa ni libertina con nadie más. Con él en cambio sentía de ese modo cada vez que lo tenía cerca, y con frecuencia incluso cuando no estaba.

En aquellos momentos, se sentía terriblemente perversa, viendo cómo la suave luz de las velas brillaba tentadora sobre el cuerpo masculino. Era hermoso, fuerte e irresistible.

Temiendo que él pudiera leer el anhelo en sus ojos, cogió algunos pétalos y se los acercó a sí misma, deslizándolos con lentitud por encima de sus senos, sonriendo al ver que Marcus aspiraba intensamente. Sin embargo, en lugar de seguir acariciándose, esparció las flores sobre él, dejando que se deslizaran hasta su bajo vientre, donde su virilidad se mantenía rígidamente erecta.

—Las rosas te favorecen —murmuró Arabella con un asomo de ronca risa en la voz.

Podía advertir el esfuerzo que Marcus estaba haciendo para mantenerse inmóvil, con los puños apretados a los costados. No obstante, no hizo ademán de detenerla. En lugar de ello, la observó con atención mientras se arrodillaba sobre él.

Con los cabellos jugueteando sobre la piel de Marcus, se inclinó y le dio un ligero beso en el pecho. Podía sentir la tensión del cuerpo masculino, su corazón latiendo bajo sus labios. Y eso que aún no lo había besado más abajo. Cuando sus labios empezaron a deslizarse hacia abajo, el estómago de Marcus se contrajo en un movimiento reflejo.

—¿Te duele? —preguntó con inocencia, levantando la mirada hacia él.

—Sabes perfectamente bien que no duele —murmuró Marcus.

—Entonces ¿qué se siente? —Al ver que no respondía, Arabella le acarició la sensible piel del



muslo con las puntas de los dedos. — ¿Te resulta agradable?

Él exhaló un quedo y sofocado gemido mientras ella rodeaba su sexo con la mano.

— ¡Dios, sí!

Sujetándolo con delicadeza, Arabella se inclinó sobre él, lanzándole el aliento con suavidad. Su miembro se agitó vivamente y cuando ella posó los labios en la punta, lo vio estremecerse.

— ¿De quién has aprendido eso? — preguntó él con voz áspera.

— De ti, Marcus. Sólo sigo el ejemplo que me diste anoche.

La ahogada risa de él se convirtió en un gemido.

— Eres una discípula excelente.

Arabella, estimulada, cerró los labios sobre la henchida cabeza de su falo, saboreándola con la lengua, procurando complacerlo como él la había complacido a ella. Todo el cuerpo de Marcus se quedó rígido mientras se esforzaba por mantener el control.

Su impotente respuesta hizo sentir a Arabella una poderosa sensación de poder femenino en Arabella. Nunca había sido más vivamente consciente de sus sentidos; el dulce aroma de las rosas, el tentador almizcle de la piel de Marcus, el calor que crecía entre ellos, su excitante sabor mientras lo lamía y tironeaba con delicadeza, haciéndolo gemir de nuevo, podía imaginarlo penetrándola, sombríamente masculino y poderoso.

Al oír sus gemidos de placer, Arabella experimentó un espasmo de deseo que la asetó hasta las ingles, profundamente. Podía sentir su propia carne secreta volverse húmeda y henchida y su sangre agitarse densa por la emoción.

Marcus había cerrado los ojos con fuerza, con los puños a los costados. Aunque era evidente que su control se debilitaba, el placer mermando su voluntad.

Ella prosiguió con sus tiernas caricias, deseando provocar en él un anhelo frenético. Sus dedos acariciaron la turgente longitud de su sexo y los aterciopelados y henchidos sacos mientras proseguía con cálidas caricias de su lengua y sus labios. Un quedo y jadeante gruñido surgió de la garganta de Marcus y unos segundos después elevó sus caderas hacia ella, hundiendo su longitud más profundamente en la boca femenina.

Su respuesta sólo sirvió para espolear el deseo de Arabella, que le succionó con mayor avidez, lo que hizo que Marcus casi perdiera el control.

Entonces apretó con fuerza la mandíbula, la asió por los hombros y la apartó de sí.

— Ya basta.

Su voz era áspera y ronca, sus ojos brillaban encendidos mientras la miraba.

«No, no basta», deseaba protestar ella.

Lo miró al fluctuante resplandor de las velas, desfallecida de deseo por él. Lo deseaba con desesperación, ansiaba sentirlo profundamente en su interior.

Marcus debía de desear lo mismo, porque la atrajo hacia sí de modo que quedase sentada a horcajadas sobre sus muslos. El ansia que la consumía se convirtió en irresistible mientras él la sujetaba de las caderas y la levantaba, con su excitado núcleo dispuesto para recibir su henchido miembro.

Colocó las manos en sus hombros afianzándose, y suspiró temblorosa, anhelando el abrasador



placer de su cópula... Un suspiro que se convirtió en otro de alivio cuando él cumplió su no expresado deseo. Acercándose con lentitud, separó los húmedos y hinchidos pliegues de su sexo con su falo, y suave, muy suavemente, introdujo la sedosa cabeza en su carne estremecida.

Atravesada por su dureza, Arabella reprimió un suave quejido ante aquella inigualable sensación y la plenitud de su penetración.

Luego, Marcus comenzó a moverse encendiendo un fuego en su interior, y cuando ella arqueó la espalda en respuesta, sus manos buscaron sus senos, acariciándoselos, jugueteando con sus tensos y enhiestos pezones. Se balanceó contra él, que levantó las caderas para ir al encuentro de las suyas, arremetiendo con su enorme y ardiente miembro.

Su rostro estaba endurecido por el deseo, y, al verlo, Arabella sintió una opresión en el pecho mientras, lentamente, Marcus se impulsaba de nuevo hacia arriba y luego otra vez con mayor apremio. El gemido de ella se convirtió en un sollozo, un sonido que pareció enardecerlo.

Susurrando su nombre, la asió por los cabellos para echarle la cabeza hacia atrás y besarla como si quisiera robarle hasta el último ápice de voluntad. Arabella se esforzó por mantener el control, pero él hundió la lengua en su boca al impetuoso ritmo de su sexo penetrándola profundamente. Los músculos de ella se aferraron a él mientras estremecidos temblores la sacudían de manera implacable.

Un penetrante gemido se escapó de su garganta. Podía sentir el fuego, su anhelo aumentando y renovándose.

Al cabo de un instante, Arabella gritó convulsionándose salvajemente, mientras implacables oleadas de placer devoraban todo su cuerpo.

Entonces se quebró también el control de él. Su musculoso cuerpo se arqueó impotente debajo de ella y unos guturales sonidos de liberación desgarraron su garganta mientras alcanzaba su propio violento y poderoso clímax.

Cuando Arabella se desplomó sobre él, Marcus la rodeó con los brazos. En el tierno momento posterior, yació desmadejada, sus cuerpos aún unidos, con los senos contra su pecho empapado en sudor, y el rostro oculto en la curva de sus hombros, sus jadeantes respiraciones mezcladas mientras se iban calmando los frenéticos latidos de sus corazones.

Transcurrió largo rato hasta que Arabella recuperó sus sentidos. Marcus le estaba, acariciando el pelo, un tierno gesto que la hizo suspirar.

—Creo que has ganado este asalto —murmuró él roncamente. Sin moverse, ella tragó saliva con fuerza. No, no había ganado en absoluto. Una vez más, había hecho trizas sus propósitos.

Sin embargo, no era sólo eso lo que la preocupaba. Ni siquiera que las famosas dotes de seducción de lord Danvers hubieran resultado tan abrumadoras. Sino que su resolución de permanecer emocionalmente indiferente a él estaba desvaneciéndose ante sus sensuales caricias.

Había un peligro supremo en que se encariñara demasiado con Marcus, clamaba una voz en su mente. Podía oír las preocupadas voces de sus hermanas preguntándole si estaba en peligro de enamorarse. «Nos necesitas para que te defendamos de él», había insistido Lily.

Mientras la cálida y desnuda piel del cuello de Marcus, pensó que tal vez debería haberlas escuchado. Podía ser que, en efecto, necesitara refuerzos para ayudarla a mantener sus defensas. Si le quedaba alguna esperanza de mantenerse desapasionada con él...

Una risa incontenible se le escapó de los labios mientras mordisqueaba su deliciosa piel. Incluso



un necio podía ver lo incapaz que era de defenderse sola. No cuando se sentía tan desesperadamente atraída por sus atenciones amorosas.

Precisamente entonces Marcus se removió debajo de ella, recordándole que aún estaban unidos del modo más íntimo posible. Una dulce sacudida recorrió su cuerpo mientras él le cogía la cara entre las manos y aproximaba su boca a la suya para otro ardiente beso.

Decididamente, lo mejor sería que pidiese a sus hermanas que volvieran a casa, pensó Arabella mientras se entregaba al abrasador encanto de lord Danvers.



CAPITULO 13

No puedo imaginar nada peor que un matrimonio sin amor, a no ser un matrimonio en el que el amor lo siente sólo uno de los cónyuges.

ARABELLA A FANNY

Cuando, en respuesta a su llamada, Roslyn y Lily llegaron a casa a la mañana siguiente, Arabella se debatía entre la gratitud y el pesar. Gratitud porque estaría mucho más a salvo con sus hermanas en casa para reforzar sus defensas. Y pesar porque no volvería a pasar más noches maravillosas en el lecho de Marcus.

Lo evitó en el desayuno y, desde el momento en que llegaron sus hermanas, se mantuvo ocupada con la re-decoración de la segunda planta.

Para mayor reconocimiento de Arabella, Roslyn y Lily no la presionaron para que les explicase su cambio de opinión. Simplemente, permanecieron cerca de ella todo el día, y procuraron no dejarla sola en compañía de Marcus.

Cuando ella y sus hermanas se dirigían a dar las clases de la tarde en la academia, Arabella trató de convencerse de que mantenerse lejos de él era lo más prudente. No confiaba en estar a solas con Marcus y mantener sus sentimientos al margen. Y todavía tenía menos fe en poder resistir el creciente deseo que sentía por él.

Roslyn y Lily la ayudarían a salvarse de sí misma.

Sabía que, aunque no le gustase, era mejor de aquel modo.

Por supuesto, a Marcus no le complació la repentina falta de intimidad, ni tener a las otras dos jóvenes presentes, interfiriendo en su cortejo de Arabella. Tampoco se sintió demasiado contento cuando Lilian y Roslyn se le enfrentaron en su estudio, poco después de volver de la academia.

—Arabella ha subido a cambiarse para la cena —le dijo Lily muy seria entrando en la estancia—, pero nosotras deseábamos intercambiar unas palabras con usted, señoría.

Luego, Roslyn añadió más cortésmente pero con la misma seriedad.

—¿Puede dedicarnos un momento de su tiempo, milord? Marcus dejó la pluma, se levantó de detrás de su silla y les indicó que tomasen asiento junto a las altas ventanas.

—Para mis encantadoras pupilas siempre tengo tiempo. Aunque reprimió una mueca ante su halago, Lily procuró comportarse con el debido decoro y se sentó en un sillón de orejas sin decir anda. Sin embargo, en seguida entró en materia.

—Es mejor que deje de cortejar a Arabella, lord Danvers.

Marcus dirigió una curiosa mirada a la joven mientras se sentaba en el sofá, frente a las dos hermanas.

—Supongo que se dispone a decirme la razón.

—Porque es usted demasiado seductor. Es probable que haga que Arabella olvide todo su sentido común. No deseamos verla herida de nuevo por un pretendiente voluble.



Él enarcó una ceja.

—No soy en absoluto voluble. Tengo la intención de casarme con su hermana.

—Pero usted no sería un buen marido para ella.

Dispuesto a tener paciencia, Marcus se recostó en el sofá.

—¿De modo que se cree usted capacitada para juzgar mis aptitudes como marido?

—Usted no la ama, milord. —Lily se adelantó en su asiento, los negros ojos brillantes de frustración y con una expresión sumamente preocupada. —Arabella siempre ha sido demasiado blanda. Su anterior prometido la humilló y le rompió el corazón, y no permitiremos que algo así vuelva a suceder. Ya ha sufrido bastante.

Marcus comprendió que el dolor de Lily era sincero.

La voz de Roslyn, cuando ésta habló, contenía la misma nota de preocupación.

—Para Arabella, fue muy duro el repudio de su prometido, en especial tras perder a nuestros padres y nuestra casa, y tener que enfrentarnos al público menosprecio derivado de todo ello.

—Según tengo entendido —respondió él—, su prometido la abandonó ante la primera adversidad. Yo estoy hecho de material más resistente.

—¿La ama usted? —preguntó Roslyn en voz baja. —Y si ahora no, ¿cree poder llegar a amarla?

La pregunta lo dejó atónito. Roslyn lo observaba con mirada penetrante, lo que lo hizo sentirse como si pudiera leerle el pensamiento. Pero no podía responder a su desconcertante cuestión cuando él mismo no conocía la respuesta.

Era evidente que albergaba sentimientos hacia Arabella. Cuando no estaba con él, la echaba de menos. Y ante la perspectiva de volver a verla, su corazón se aceleraba de expectación. Despertaba en él una pasión que no había sentido desde hacía años, quizá nunca antes.

Pero que la deseara —Y ansiara estar con ella— No significaba que pudiera llegar a sentir alguna vez el amor romántico al que suponía que se refería Roslyn.

—Creo —dijo por fin— que mis sentimientos por su hermana deberían permanecer entre ella y yo.

Roslyn inclinó la cabeza asintiendo.

—Tal vez. Pero no deseamos que Arabella vuelva a resultar herida.

—Les aseguro que lo último que deseo es hacerle daño.

—Pero no puede prometemos que no lo hará.

No podía prometer tal cosa con absoluta seguridad, pensó Marcus seriamente, pero haría lo imposible por evitado.

—Les puedo prometer que si me caso con su hermana, nuestro matrimonio no será en absoluto como el de sus padres.

Era evidente que a Lily no le bastaba con eso.

—Si logra que Arabella se enamore de usted, le destrozará el corazón. No le permitiremos que la hiera como hizo el vizconde Underwood.

—No existe ninguna posibilidad de ello —replicó con toda sinceridad.

—¿Cómo podemos estar seguras? —inquirió Lily.



—Lamento no ser capaz de convencerlas de mis buenas intenciones —dijo él—, pero me propongo seguir cortejándola.

Al ver que Lily lo miraba aún con mayor frustración, Marcus cambió de tema.

—La verdad es que me alegro de tener una oportunidad de hablar con ustedes en privado. — Hizo una pausa, mirando a una hermana y a la otra. —Por favor, háblenme de su madre.

Ante la mera mención, Lily se puso tensa, mientras que Roslyn pareció recelosa.

—¿Qué desea saber?

—Tengo entendido que vive en la costa de Francia, en Bretaña. ¿Han tenido noticias de ella recientemente?

Lily soltó una risita quebrada.

—No recientemente. De hecho, no desde hace cuatro años.

No nos ha enviado ni una carta desde que se fue de Inglaterra con su amante.

El asomo de amargura en su tono era inconfundible y Marcus pudo darse cuenta de que lady Loring seguía siendo un doloroso tema para la joven.

—Tal vez tuviese pocas ocasiones —observó él. —La guerra se intensificó poco después de que ella se fuese a Francia, por lo que las comunicaciones eran en extremo difíciles.

—Podría habernos enviado noticias de algún modo —dijo Roslyn más suavemente—, aunque sólo fuese para informarnos de que estaba bien.

—¿Su tío no intentó nunca contactar con ella?

—Lo dudo. Nuestro tío no permitía que se pronunciase el nombre de mamá en su presencia. No estaba dispuesto a perdonarle la mancha que había echado sobre el nombre de su familia. — ¿Saben si ella intentó alguna vez regresar a Inglaterra una vez concluida la guerra?

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Lily—. Aquí no habría sido bien recibida.

—¿Y ahora lo sería? Ahora que su tío no está, ¿la acogerían ustedes con benevolencia?

—No —contestó Lily de inmediato, con gran convicción. —No me importa si no volvemos a verla nunca.

Marcus apoyó los dedos bajo la barbilla mientras estudiaba a sus pupilas. Roslyn parecía algo más indulgente con su madre, pero sospechaba que los sentimientos de Arabella eran casi tan amargos como los de Lily.

—¿Por qué nos lo pregunta? —quiso saber Roslyn, observándolo de nuevo con sus astutos y penetrantes ojos.

—Siento curiosidad —respondió él, lo que sólo era una verdad a medias.

Decidió que sería mejor no mencionar el reciente giro de los acontecimientos hasta que tuviera más detalles para poder juzgar adecuadamente la situación. Su inesperado asunto en Londres del día anterior tenía que ver en realidad con lady Loring. Ésta le había escrito hacía un mes, tras enterarse del fallecimiento de su hermanastro, para expresar sus condolencias y felicitar a Marcus por el título de conde.

Tras una larga discusión con sus abogados, Marcus había ordenado a éstos que localizaran a Victoria Loring en Francia, y que le facilitaran pasaje seguro a Inglaterra si es que quería regresar. Deseaba oír su versión de la historia, pues no estaba convencido de que fuera tan malvada como el



difunto conde la había pintado. Según Simpkin, que había sido, además de mayordomo, secretario del anterior lord Danvers y se había encargado de la correspondencia de su señoría, lady Loring había escrito varias cartas a sus hijas en el transcurso de los años, pero su tío las había quemado sin ni siquiera abrirlas.

Y si existía la más mínima posibilidad de que se curasen algunas de las dolorosas heridas que había causado con el abandono de sus hijas, Marcus no podía dejar pasar esa oportunidad. El cruel comportamiento de lady Loring había contribuido a poner a Arabella contra el matrimonio, pues si ésta pudiera perdonar a su madre, tal vez entonces estuviese más predispuesta a aceptar su cortejo.

Sin embargo, no tenía ninguna intención de compartir sus esperanzas con sus pupilas; en parte porque no deseaba arriesgarse a causarles una decepción en caso de que estuviera equivocado respecto a su madre.

Pero su respuesta evidentemente no satisfizo a Lily, que lo miró recelosa.

—Si sacar el tema de nuestra madre es una estratagema para distraernos de nuestra intención de proteger a Belle, le advierto que no funcionará.

Marcus esbozó una leve sonrisa.

—No es ninguna estratagema.

La joven, que seguía con el cejo fruncido, se levantó bruscamente.

—Si se atreve a hacerle daño a Arabella, juro que haré que lo lamente.

A Marcus no le cabía ninguna duda de que mantendría su palabra, ni de que su deseo de proteger a su hermana era bienintencionado.

Se levantó él también demostrando su esmerada educación.

—Tomaré su aviso muy en serio.

Roslyn se levantó también, y se disponía ya a seguir a su hermana fuera de la habitación, pero luego vaciló y se dirigió a Marcus mirándolo con solemnidad.

—¿Tenemos su palabra, milord?

—Tienen mi palabra —contestó él con gravedad. —Haré cuanto esté en mi mano para que Arabella no resulte herida.

Su promesa pareció tranquilizada, pues la muchacha asintió lentamente y le dedicó una vacilante sonrisa.

—Por la razón que sea, le creo.

Marcus se sintió emocionado por su reconocimiento. Roslyn no se había declarado su aliada, pero por lo menos estaba dispuesta a permitirle demostrar sus buenas intenciones.

Cuando la joven se hubo ido, Marcus frunció el cejo considerando cuál debía ser su siguiente paso. No tenía ninguna intención de hacerle daño a Arabella, pero de ningún modo iba a renunciar a su cortejo.

Le quedaban muy pocas noches con ella y cada momento contaba.

La cena de aquella noche estaba siendo muy extraña, y Arabella se sentía desconcertada ante los inconfundibles sentimientos existentes entre Marcus y sus hermanas. Lily seguía tratándolo con recelosa reserva, pero en cambio Roslyn parecía haberse tranquilizado respecto a él



significativamente.

Aún más extraña era la conversación que Roslyn mantenía con Marcus, preguntándole sobre la historia de su familia, sus aficiones en música y literatura, sus inclinaciones políticas, la condición de sus diversas propiedades y fincas... casi como si fuese una madre protectora y él un potencial pretendiente para su hija.

Arabella no tenía ni idea de lo que pretendía Roslyn, puesto que aún la suponía contraria al cortejo.

La respuesta de Marcus también la confundía. Soportaba sus preguntas con cortés encanto, en lugar de con la incomodidad que ella hubiese esperado. Y después de cenar, cuando todos se trasladaron al salón, se esforzó por seguir intentando entenderse con ambas jóvenes, incluida Lily.

Arabella, por su parte, procuraba guardar silencio, pues sabía que cada palabra que pronunciase sería examinada por sus hermanas. Y era demasiado consciente de la proximidad de Marcus como para sentirse cómoda.

Durante la mayor parte de la velada, Marcus le dedicó escasa atención. Y no hizo ningún intento de intercambiar unas palabras con ella en privado, aun cuando ya era hora de retirarse a dormir. A decir verdad, tampoco tuvo ocasión, porque Roslyn y Lily acompañaron a Arabella hasta su dormitorio, al parecer tomándose su papel de protectoras muy en serio.

Arabella, que se sentía inquieta y algo decaída, se encontró contemplando la oscuridad iluminada por la luna por la ventana, lamentando no poder dormir con Marcus aquella noche y deseando poder aliviar el apremiante anhelo que sentía por él.

Al comprender adónde la habían conducido sus necias reflexiones, profirió un sonido burlón y se dispuso a desnudarse. Acaba de descalzarse y comenzaba a desabrocharse el vestido cuando alguien llamó con timidez a su puerta.

La decepción la inundó al ver que se trataba de Nan, su doncella, que acudía a ayudarla a prepararse para la noche, y no el sensual amante que había estado ocupando sus pensamientos de manera tan obsesiva últimamente.

—Puede acostarse, Nan —le dijo a la chica, pues prefería estar sola. —Esta noche no la necesitaré.

—Como usted guste, señorita Loring —respondió Nan con una inclinación—, pero la señora Simpkin tiene un problema en la cocina que requiere su atención.

—¿A estas horas?

—Dice que el asunto no puede esperar.

—Muy bien —contestó Arabella—. Iré tan pronto como me ponga los zapatos.

Despidió a la joven y se puso los escares que acaba de quitarse, luego salió silenciosa de la habitación para no despertar a sus hermanas, que dormían en los aposentos contiguos. Advirtió que sus puertas estaban cerradas mientras seguía su camino por el pasillo hacia la escalera de servicio, en busca del ama de llaves.

Sin embargo, cuando llegó a la cocina se detuvo bruscamente.

No había ni rastro de la señora Simpkin. En lugar de ella, vio a Marcus, sentado en el borde de la larga mesa, con las manos apoyadas detrás de sí, con aspecto de sentirse muy relajado. Se había quitado la chaqueta y el pañuelo del cuello, aunque aún llevaba los calzones de noche.



Fue deplorable cómo el corazón de Arabella empezó a latir al verlo. Reprendiéndose se obligó a mostrarse impasible.

—¿Dónde está la señora Simpkin? —preguntó, aunque ya sospechaba la respuesta.

—Le he dicho que podía irse a la cama —respondió él tranquilamente.

—¿De modo que me has atraído aquí con falsos pretextos?

—¿Qué esperabas, cariño? Me he visto obligado a ser imaginativo, dado que tus hermanas te vigilan como halcones.

Tuvo que admirar su ingenio, aunque ella fuese su objetivo.

—Ellas sólo actúan pensando en lo que más me conviene.

—Sé que lo creen así. —Esbozó una sonrisa de medio lado. —Lily teme que yo te seduzca y te haga perder el sentido común.

Arabella se sintió levemente consternada.

—No les habrás dicho nada de nosotros...

—Desde luego que no, amor. No deseo que se sepa que hemos probado el lecho matrimonial antes de la boda.

Ella dejó pasar ese comentario provocativo.

—¿Qué deseas, Marcus?

—Simplemente invitarte a dar un paseo conmigo.

—¿Por qué?

—Para poder estar algún tiempo contigo a solas. ¿Cómo si no puedo cortejarte de manera efectiva, con tus hermanas observando todos mis movimientos? Su presencia aquí está suponiendo una importante limitación para mi cortejo. —Enarcó una ceja. —Pero es precisamente para eso para lo que las has hecho volver, ¿no es así? Porque temes que esté ganando terreno contigo.

Al ver el divertido brillo de sus ojos, Arabella comprendió que no tenía sentido negar la acusación. Ante su silencio, él negó con la cabeza.

—No pensarías que iban a intimidarme, ¿no?

—Lamentablemente, no. Dudo que nada pueda intimidarte.

Con aire despreocupado, Marcus se bajó de la mesa y avanzó hacia donde ella estaba. Arabella sintió acelerársele el pulso ante la íntima mirada que le dirigía; su expresión encendía un fuego en cada parte de su cuerpo.

—Ven conmigo fuera, Belle. Pasearemos por el río.

—No debería —respondió ella, aunque sentía debilitarse sus defensas.

—Cobarde —bromeó él suavemente. Sus ojos destellaron perversos, haciendo que los latidos del corazón de Arabella se acelerasen aún más.

Decidida a resistir su seductor encanto, irguió la barbilla.

—Sólo soy prudente. Sabes bien lo que sucederá si voy contigo.

—Sé lo que deseo que suceda. Pero sea lo que fuere lo que hagamos, la decisión será tuya.

Marcus levantó la mano y le acarició el labio inferior con el pulgar. El estremecimiento que la



recorrió ante aquel simple contacto la hizo temblar.

Y eso fue antes de que él redujera su tono de voz a un sensual murmullo.

—Una oportunidad de ganarte, Arabella. Es lo único que siempre te he pedido. Si te encierras en tu casto dormitorio con tus hermanas como perros guardianes, ¿cómo voy a poder convencerte de que te cases conmigo?

Ella sintió que le fallaba la voluntad. Marcus era endiabladamente irresistible, y él lo sabía.

—Mis hermanas no deben enterarse —dijo al fin.

Él sonrió.

—Desde luego, yo no se lo diré.

—La señora Simpkin puede sospechar algo.

—La señora Simpkin es muy discreta. Y además aprueba mi cortejo, ¿recuerdas?

Hundió el pulgar en su boca dejándola sin aliento y descolocada. Sintió que los últimos restos de su resistencia se fundían. Era probable que, al final, Marcus se saliera con la suya. Además, ¿qué mal podía haber en que estuvieran juntos una vez más?

—Muy bien —respondió en contra de lo que le dictaba su sensatez—. En ese caso, iré contigo.

La lenta sonrisa que él esbozó mientras le ofrecía la mano, era radiante.

—Vamos, nos escabulliremos por la puerta de atrás y así despistaremos a tus hermanas.

Arabella no pudo evitar reírse.

—Cuán digno de un ilustre conde escabullirse en su propia finca —dijo, cogiéndose de su mano.

—Desde luego —replicó él con sequedad. —Pero me veo obligado a adoptar medidas desesperadas. Habla en voz baja. No quiero que nadie nos oiga.

La condujo por la puerta de atrás de la cocina, que daba a un jardín de hierbas aromáticas y, desde allí, a los jardines principales. Arabella sofocó la risa mientras se encaminaban a través de las bien recortadas hileras de arbustos y los macizos de flores hacia la parte posterior de la casa. Se sentía deliciosamente perversa escapándose a escondidas con su amante, pero no se arrepentía en absoluto. Todo su sentido común la había abandonado, mientras todos sus otros sentidos habían cobrado vida. La noche era encantadora, iluminada por la luna y perfumada con los dulces aromas de la primavera.

Sin embargo, era la dolorosa certeza del hombre que estaba a su lado lo que la llenaba de expectación, emoción y deseo.

Cuando llegaron a las terrazas de césped, Marcus la atrajo hacia sí y se inclinó para susurrarle al oído:

—Me siento como un colegial haciendo novillos... salvo que ningún colegial estuvo nunca tan dolorosamente henchido.

Guió los dedos de Arabella hacia el enorme bulto de sus calzones y ella se estremeció. Saber cuánto la deseaba la excitó y la dejó sin aliento ante la fuerza de su propio anhelo.

De tácito acuerdo, apresuraron sus pasos hasta llegar a la hilera de árboles que flanqueaban el río y los protegían de la vista desde la mansión. Tuvieron que aminorar el paso al cruzar un claro, pero en el momento en que volvieron a salir a la luz de la luna, Marcus se detuvo y atrajo a Arabella hacia sí, besándola con ferviente posesión.



Su beso estalló en un apasionado ardor. El calor que había generado encendió fuego en la sangre de Arabella, llenándola de un salvaje apetito. Deseaba a Marcus con una ferocidad que la escandalizaba.

Desesperada por tocado, extendió la mano hacia la abertura delantera de sus calzones. Él aspiró intensamente ante su audacia, pero luego se apresuró a ayudarla, casi arrancando de un tirón los botones a fin de liberar su rígido miembro.

Entonces fue Arabella quien inspiró hondo, al ver el palpitante dardo que se levantaba orgulloso entre sus ingles.

—Ven aquí —le ordenó él.

Ella obedeció al instante, sin necesitar más apremio.

Marcus le levantó con rapidez la falda hasta la cintura y acarició los sedosos rizos que tenía entre los muslos. Arabella ya estaba desvergonzadamente húmeda para él y los ojos de Marcus destellaron sombríos en respuesta. Ella podía ver su rostro a la luz de la luna —duro, hermoso, tenso de deseo— y sabía que el mismo anhelo se reflejaba en sus propios rasgos mientras él tanteaba sus pliegues femeninos.

Reprimió un grito cuando le acarició el sensible núcleo de su sexo, y se arqueó contra él mientras hundía un dedo profundamente en su interior. Sólo la necesidad de discreción le impidió gemir de salvaje placer.

Aunque, al parecer, su respuesta no fue lo bastante salvaje para Marcus que, con mirada flameante, acercó una musculosa pierna entre las suyas, deslizó las manos por sus caderas hasta debajo de sus nalgas y luego la levantó.

Sobresaltada por su inesperado gesto, Arabella se aferró a sus hombros para mantener el equilibrio.

—Rodéame la cintura con las piernas —le ordenó con áspero tono.

—Marcus...

Él volvió a besarla con urgencia, sofocando cualquier protesta y hundiéndole la lengua en la boca mientras la penetraba y se impulsaba hacia dentro con lenta e inexorable presión. El cuerpo de Arabella era suave y dúctil, y encajaba a la perfección con el suyo, pero aun así, la joven sofocó un grito ante el abrasador asedio de su miembro.

Marcus capturó el sonido con su boca y, con las piernas tensas, la sujetó contra sí y se impulsó hasta quedar por completo hundido en ella.

Arabella tembló en sus brazos mientras su carne se apretaba tensa en torno al sexo de Marcus. Verse llenada de ese modo la impresionaba a la vez que la dejaba pasmada.

Él la mantuvo firmemente sujeta y comenzó a mover las caderas retirándose y luego avanzando, con largas y enérgicas embestidas. Arabella se estremeció ante su tacto, enorme y duro, de ritmo exigente y excitante a un tiempo, mientras devoraba su boca con la suya.

Su rudo deseo la dejó temblorosa y su ávido ataque la enloqueció. Se retorció contra él gimiendo, acompasando movimientos a los del hombre.

Era rápido, emocionante... Y profundamente explosivo. El clímax se inició en los dos en el mismo instante, inundando de ardiente placer ambos cuerpos. Arabella sollozó contra la boca de Marcus mientras éste se desmoronaba ante las poderosas sacudidas de su orgasmo, sin dejar de



estrecharla entre sus brazos. Tambaleándose de deseo, bebió sus gritos, emitiendo un ronco gemido mientras se vertía en ella. La embistió salvajemente una vez más y luego se quedaron inmóviles, salvo por los temblores que seguían estremeciéndolos.

Permanecieron fundidos el uno con el otro durante largo rato, vibrando con los últimos restos de placer, y cuando ambos se apaciguaron, Marcus estrechó con fuerza a Arabella, disfrutando de su contacto.

Luego la ayudó a ponerse en pie, sosteniéndola con su brazo mientras ella se apoyaba lánguidamente en él, demasiado débil para sostenerse por sí sola.

La queda maldición de Marcus sonó ronca en la silenciosa calma de la noche.

—¡Condenación... no he tenido la más mínima delicadeza! La agotada risa que surgió de la boca de Arabella conmovió más a Marcus de lo que lo había hecho su salvaje respuesta, pero nada podía disculpar su rudeza. Le besó los cabellos, excusándose por su ferocidad.

—Perdóname, Belle. No había perdido el control de este modo desde que era un inexperto jovencuelo, pero no podía esperar.

—No hay nada que perdonar —contestó ella desmayadamente contra su hombro. —Yo tampoco podía esperar.

En su voz oyó la risa, el placer, la satisfacción, y lo acometió otra ardiente punzada de deseo.

Entonces, Arabella alzó la cabeza y lo miró con su hermoso rostro iluminado por la luna, y a Marcus le dio un vuelco el corazón al verla.

—No tenía ni idea de que fuera posible hacer el amor de este modo —susurró casi tímidamente.

Él tampoco tenía ni idea. Nunca lo había hecho con tanto frenesí. El avasallador apremio lo había dejado jadeante. Nunca había sentido tanta dicha con nadie antes de Arabella. La satisfacción que obtenía con ella era sobrecogedora.

Tal vez se tratase de su inexperiencia. Todos los aspectos de la relación carnal eran nuevos para la joven, y su asombro y su placer también hacían que a él se lo pareciese. Sin embargo, aquella noche ella le había respondido con tan ardiente pasión que le había robado el corazón, el propio corazón...

De pronto, Marcus se quedó inmóvil ante la sorprendente relación: se había enamorado de Arabella. ¿Cómo podía explicar si no los poderosos sentimientos que experimentaba por ella?

Ese pensamiento le agitó enormemente; la cabeza le daba vueltas, el corazón latía acelerado.

Sí, ya no tenía ninguna duda, la amaba.

Mientras miraba su rostro aturdido, pensó que no debía cogerlo tan de sorpresa. No, cuando sentía tan abrumador sentimiento de posesión sobre ella. No, cuando experimentaba tal placer en su compañía. Tal satisfacción. Tal sencilla alegría.

Ninguna mujer lo había afectado como Arabella lo había hecho, ni con ninguna había llegado nunca a semejante grado de intimidad. Ella le insuflaba el fuego que había faltado en su vida.

Drew y Heath podían considerarlo loco, y tal vez lo estuviera.

Estaba enamorado, no había otro modo de explicar la ternura y emoción que lo inundaban sólo de pensar en Arabella. Nunca había sentido tan profunda necesidad de estar con alguien.



Inspiró hondo para tranquilizarse. No había contado con experimentar tan inesperado ardor por su hermosa pupila. De modo que, ¿qué diablos iba a hacer ahora?

Frunció el cejo. Arabella había hecho saltar por los aires las defensas de su corazón mientras las suyas permanecían intactas. Sintió una opresión en el estómago al comprender que se enfrentaba a un dilema mayor que ganar su apuesta. Ya no podía acomodarse a un matrimonio de conveniencia, no cuando por fin reconocía la profundidad de sus sentimientos.

Pero ganarse el corazón de Arabella sería una tarea aún más difícil que ganarse su mano.

—¿Qué pasa? —preguntó ella al ver que Marcus seguía mirándola.

Se esforzó por mostrarse despreocupado. No le creería si se lo confesaba; cualquier declaración de amor que le hiciera sería considerada un halago más en su esfuerzo por seducida.

—Nada —mintió. —Sólo estaba contemplando lo hermosa que eres a la luz de la luna.

La suave sonrisa que curvó la boca de Arabella aceleró los latidos de su corazón, y comenzó a deseada de nuevo cuando ella depositó un leve beso en sus labios.

—Será mejor que regrese a casa antes de que mis hermanas se den cuenta de que he salido —susurró.

«No, no permitiré que te vayas», pensó Marcus apasionadamente.

Era consciente de su salvaje apremio de llevarse a aquella mujer lejos de allí; un anhelo primitivo de mantenerla cautiva hasta que finalmente accediese a casarse con él y entregarle su corazón.

Sin embargo, sabía que por la fuerza no conseguiría rendirla.

Ella no confiaba lo bastante en él como para amarle. No se fiaba que no fuese a hacerle daño. De algún modo tenía que convencerla de lo contrario.

Al comprender que necesitaba dedicar al asunto una cuidadosa meditación, retrocedió unos pasos, se abrochó los calzones y luego arregló las ropas de Arabella.

Sofocando el apremio de volver a hacerle el amor, la cogió de la mano y la condujo de vuelta por el claro y por las terrazas de césped hacia los jardines.

Entraron en la casa del mismo modo que habían salido, por la puerta trasera de la cocina. Marcus la acompañó hasta la escalera del servicio, donde se detuvo para mirarla a la tenue luz del candil de la pared. Se proponía darle un beso de buenas noches antes de dejarla ir sola a su habitación, pero cuando la tomó entre sus brazos para hacerlo un ruido lo detuvo.

Miró hacia arriba y maldijo en silencio.

Las hermanas de Arabella estaban en lo alto de la escalera, y no parecían nada contentas. La expresión de Roslyn era de preocupación mientras que Lily parecía consternada.

—¿Lo ves? Te dije que Belle estaba en peligro —dijo la joven con voz queda, ronca y desesperada.



CAPITULO 14

Cuán necias podemos ser las mujeres, dejándonos seducir por un hechicero discurso y un rostro hermoso.

ARABELLA A FANNY

Marcus, protector, se situó delante de Arabella, pero ella no quiso ocultarse detrás de él.

—Buenas noches, milord —murmuró, deslizándose por su lado.

Él la asió por el brazo.

—Si me necesitas...

—Gracias, pero prefiero hablar con mis hermanas a solas.

Consciente de que las había decepcionado profundamente, Arabella subió la escalera hasta el rellano de la segunda planta. Lily y Roslyn la siguieron por el pasillo hacia su dormitorio y cerraron la puerta tras ellas. El tenso silencio que siguió no se prolongó mucho.

—¿Cómo has podido, Arabella? —la acusó Lily con tristeza. —¡Salir a escondidas con el conde para una cita a medianoche! Le has estado besando, ¿verdad? Estás despeinada, y tienes la boca roja y magullada.

Al ver su reflejo en el espejo de cuerpo entero, Arabella vio que realmente parecía una auténtica libertina. Se mordió el labio inferior, disgustada. Por lo menos, el húmedo y tierno dolor que sentía entre los muslos no era visible.

Su mutismo aún afligió más a Lily.

—¿Hasta dónde ha llegado exactamente tu aventura amorosa con lord Danvers, Belle?

Pudo sentir cómo el calor le abrasaba las mejillas. No deseaba confesar que no solo le había entregado a Marcus su virginidad, sino que había pasado las últimas tres noches haciendo el amor con él loca y apasionadamente.

Sin embargo, antes de que Lily siguiera presionándola, Roslyn intervino con un tono más suave, pero igual de preocupado.

—Estamos inquietas por ti, Arabella. En ti son visibles las señales de una peligrosa pasión. No deseamos que te vuelvan a hacer daño.

Arabella hizo una mueca.

—No tenéis por qué preocuparos, de verdad. No me permitiré enamorarme como la última vez.

—Pero aun así puedes resultar herida —señaló Roslyn—. Piénsalo con calma. Si continúas por este camino, tal vez no tengas más remedio que casarte con lord Danvers. No puedes permitirte un escándalo, a menos que estés preparada para ver resentirse la reputación de nuestra academia. Si tus indiscreciones llegan a hacerse públicas, casarte con él será tu única salida.

Reacia a reconocer que su hermana tenía razón, Arabella tragó saliva con dificultad. Había ignorado de manera deliberada el riesgo de escándalo por el momentáneo placer de estar con Marcus.



—Sí, por favor, piensa Belle —rogó Lily—. Tú no deseas verte obligada a casarte con el conde para salvar tu reputación.

—Y aún peor es la perspectiva de verse atrapada en una unión como la de mamá y papá —añadió suavemente Roslyn—. Si el conde no te ama, podría hacerte tan desdichada como papá hizo a mamá.

—Lo sé —murmuró ella. —Mi comportamiento ha sido imprudente, pero no volverá a suceder.

—Confío que así sea —dijo Lily con auténtica angustia en la voz. —Si no tomas precauciones, te seducirá. Y sin duda no deseas acabar como mamá, sucumbiendo al hechizo de un seductor, deseando a un hombre por encima de toda tu familia.

Esa idea la golpeó como un mazazo. ¿Qué era lo que estaba haciendo? Miró consternada a su hermana menor, horrorizada al pensar que estaba siguiendo los pasos de su madre.

—¿Has llegado a eso, Arabella? —preguntó Roslyn más quedamente—. ¿Estás permitiendo que tu corazón mande sobre tu cabeza, como hizo mamá?

Ella negó con sinceridad.

—Mi corazón no está implicado. Conozco a Marcus desde hace un par de semanas. Es un tiempo demasiado breve como para que pueda desarrollarse un sentimiento duradero.

—Tal vez no seas capaz de ayudarte a ti misma —aventuró Lily—. Sin duda, él cuenta con tu debilidad femenina, confía en conseguir que te enamores de él. Está jugando con tu deseo sexual... Y claramente triunfando.

Arabella no podía refutar esa acusación; ella misma se había advertido al respecto innumerables veces. Se llevó una mano a la sien.

—No negaré que me atrae físicamente, pero es sólo pasión.

—Entonces será mejor que te mantengas lejos de él por completo —le aconsejó Roslyn—. La pasión no es una base sólida para el matrimonio. Es algo que puede consumirse rápidamente y luego ¿qué queda? —La joven vaciló, mirándola benévola. —Sería diferente si existiera alguna posibilidad de que pudierais llegar a amaros.

Esas palabras de su hermana no la sorprendieron. Roslyn no era contraria al matrimonio, como Lily; y creía firmemente que el amor debía llegar primero para que una unión tuviese alguna oportunidad real de prosperar.

—Existen pocas posibilidades de eso —respondió Arabella—. Él no desea una unión por amor. Sólo quiere un matrimonio de conveniencia con una mujer adecuada que pueda darle herederos.

—Entonces debes concluir su cortejo de inmediato.

—Sí —la secundó Lily—. No te arriesgues a enamorarte de él.

Belle. El amor puede convertirte en una necia rematada, cegándote a todo lo demás.

Ella asintió conforme. Roslyn era la más prudente de las tres, y era muy fiable a la hora de analizar la situación racionalmente. Lily, por su parte, hablaba de emociones puras. Pese a su rebeldía, era la más sensible de las hermanas Loring, y la que más herida se había sentido por el abandono de su madre.

Sin embargo, en esa ocasión, Arabella compartía los sentimientos de Lily. El amor convertía a una mujer en demasiado vulnerable y la hacía susceptible de perder la cabeza. Ella conocía muy bien el dolor que el amor podía ocasionar, tanto por su propia experiencia como por la de su



madre. Virginia Loring se había enamorado y destruido a su familia a causa de ello...

—Tienes razón, desde luego —murmuró.

Era evidente que Lily no estaba convencida de su sinceridad.

—Nosotros podemos tratar de ayudarte a resistirte a él, pero sólo tú puedes aniquilar tus sentimientos antes de que lleguen demasiado lejos.

—Lo sé. —Ella no podía, no quería, enamorarse de Marcus.

Enderezó los hombros.

—No tenéis que preocuparos por mí, Lily. Nuestra apuesta concluye el lunes... sólo quedan dos días y medio.

—¡A paseo con la condenada apuesta! —exclamó su hermana., menor. —Tienes que suspenderla inmediatamente. No vale la pena correr el riesgo.

Pero Arabella no podía hacer eso, hallándose como se hallaba tan próxima el final. Tenía que pensar en sus hermanas tanto como en sí misma. Su independencia también se hallaba en juego. Si ella perdía la apuesta, Lily y Roslyn pagarían las consecuencias.

Aspiró profundamente y las miró con solemnidad, llena de una nueva resolución.

—No, seguiré adelante con la apuesta, aunque prometo mantenerme lejos de Marcus a partir de ahora. Ninguna cita a medianoche... ninguna clase de cita. No me permitiré volver a quedarme sola con él.

Arabella se dijo a sí misma que era una promesa que debía mantener. El recuerdo del comportamiento de su madre la había escalofriado, y no tenía la más mínima intención de perder su corazón, tal como le había sucedido a ella.

Consiguió cumplir su propósito durante la mayor parte del siguiente día. Sabía que Marcus tenía que ir a Londres por la tarde, pero para no arriesgarse a encontrarse con él antes, Arabella evitó el desayuno y salió de la mansión Danvers temprano, con sus hermanas, para refugiarse en la academia. Allí pasó toda la mañana con las clases de música de las alumnas.

La tarde transcurrió mucho más lenta, puesto que era sábado.

Con sólo medio día de lecciones programadas, a las jóvenes se les dio tiempo libre para hacer lo que quisieran. La mayoría decidió ir de compras al pueblo, lo que dejó la escuela desusadamente tranquila.

Pese a las buenas intenciones de Arabella y los intentos de sus hermanas de distraerla, Marcus ocupaba sus pensamientos con demasiada frecuencia, por lo que aceptó de inmediato cuando Roslyn y Lily sugirieron ir a tomar el té temprano con Jane Caruthers, la directora de la escuela. Tess Blanchard decidió unirse a ellas, y el agradable interludio desembocó en una evocación de los tiempos anteriores a la apertura de la academia, cuando se reunían regularmente, para discutir sus planes.

Después, todas ellas se dirigieron al comedor, donde las alumnas estaban tomando también el té. Apenas se acababan de sentar cuando Jane fue requerida por el ama de llaves, la señora Phipps.

Poco después, también Arabella fue abordada por la señora Phipps, quien le susurró apremiante:

—Disculpe la interrupción, señorita Loring, pero la señorita Caruthers desea hablar con usted en



privado.

—Muy bien, ¿dónde está? —preguntó ella.

—En el dormitorio. En la habitación de la señorita Newstead.

Cuando Arabella llegó allí, encontró a Jane retorciéndose las manos.

—Sybil ha desaparecido —fue lo primero que Jane dijo. —Y temo que haya abandonado la casa.

Arabella frunció el cejo. La chica no había bajado a tomar el té, pero eso no le extrañó a nadie, puesto que una de sus compañeras había informado de que estaba enferma y que se había quedado descansando en su habitación. Pero evidentemente, Sybil no estaba allí.

Tess se reunió con ellas en el momento en que Arabella le preguntaba a Jane:

—¿Qué te hace creer que ha abandonado la casa?

—Falta su sombrerera junto con varios de sus mejores vestidos. Y la doncella a la que encargamos que la vigilara también ha desaparecido. Sólo Caroline Trebbs ha visto a Sybil desde esta mañana.

Arabella frunció el cejo. Ambas muchachas compartían dormitorio, y Caroline había sido quien había informado de la enfermedad de Sybil.

—Creo que será mejor hablar con la señorita Trebbs antes de que llegemos a alguna conclusión precipitada.

Mantuvo la voz tranquila, pero sentía un inquietante malestar en la boca del estómago. Sybil era capaz de las mayores indiscreciones, aunque resultaba desconcertante pensar en por qué se había ido. En cuanto a la doncella, tal vez la joven la hubiese sobornado, aunque eso le costase el empleo...

—¿Crees que ha podido escaparse? —preguntó Tess claramente preocupada.

El malestar de Arabella se convirtió en alarma.

—¡Por todos los cielos, confío en que no!

Pero ésa parecía la única explicación racional para la desaparición de Sybil.

Mientras Jane iba a buscar a Caroline Trebbs al salón, Arabella aguardó impaciente, junto con Tess. Trató de recordar si había observado algún comportamiento fuera de lo común en Sybil recientemente, aunque sabía que era un ejercicio fútil. Durante la pasada semana, había dedicado poca atención a ninguna de sus alumnas, estando como estaba tan ocupada con el cortejo de Marcus. Pero para una fuga, la joven tenía que tener un pretendiente...

Su preocupación se convirtió en alarma al hallar la respuesta:

Jasper Onslow. Ella había sorprendido al escandaloso libertino besando a Sybil en la terraza, durante el baile de los Perry. Un granuja como aquél podía estar lo bastante desesperado como para rebajarse a casarse con la heredera de una fábrica por su vasta fortuna. Pero ¿se había ido Sybil voluntariamente? Los vestidos que faltaban sugerían que así había sido...

Los aturdidos pensamientos de Arabella se vieron interrumpidos por la llegada de Jane acompañada de Caroline, una muchacha regordeta y carente de atractivos. Cuando entró en el dormitorio, de evidente mala gana, la expresión de culpabilidad de su rostro era harto elocuente.

Arabella no perdió tiempo con preguntas corteses.

—Necesitamos que nos digas adónde ha ido Sybil, Caroline. La chica inclinó la cabeza y



murmuró algo ininteligible.

—Le hiciste de confidente, ¿verdad? —la presionó ella, esforzándose por ser paciente.

—Sí, señorita Loring... Pero le prometí no contarle. Sybil me dijo que me cortaría la lengua si le decía una palabra a alguien.

Arabella exhaló un lento suspiro.

—No le permitiremos que te haga daño, Caroline. Por favor, necesitamos que nos digas lo que ha sucedido. Podría estar en peligro.

Transcurrió un largo rato antes de que Caroline dijese con precipitación.

—Sybil no está en peligro, señorita Loring. Ha ido a Gretna Green.

Jane profirió un quedo quejido mientras Tess miraba a Arabella con consternación. Al parecer, tal como temían, Sybil había huido a Escocia, con su pretendiente caza-fortunas.

—¿Se ha ido con el señor Onslow? —preguntó Arabella.

Caroline abrió mucho la boca, sorprendida.

—¿Cómo lo sabe?

—No importa. Dinos simplemente lo que planeaba. Tardarán por lo menos tres días en llegar a Escocia, tal vez más. ¿Qué preparativos hicieron? ¿Cuándo se han ido?

—Poco después de acabar las clases... cuando hemos ido de compras al pueblo. El señor Onslow nos esperaba allí con su carruaje.

—¿Cómo se proponía Sybil arreglárselas con su doncella? —preguntó Tess—. Dudo que Martha la dejara irse sencillamente, sin protestar.

Caroline bajó la cabeza, como si estuviera avergonzada. —Ella sabía que Martha no guardaría silencio, por lo que la obligó a irse con ellos. Planeaban dejarla más tarde, esta noche, para que regresara a casa mañana, con el coche correo. Y yo debía cubrir a Sybil esta tarde diciendo que estaba enferma. Calculaba que lo más pronto que alguien la echaría de menos sería mañana, después de ir a la iglesia.

—Pero la señora Phipps —intervino Jane— se ha extrañado esta mañana de no ver a Martha y por eso ha venido a la habitación, donde ha comprobado que faltaban cosas de Sybil.

—Sí —susurró Carolina. Miró a Arabella—. Lamento mucho haber mentido, señorita Loring, sinceramente.

Ella se mordió la lengua para no reprender a la muchacha, pero Jane sí habló.

—Esto puede arruinarnos —murmuró. —El señor Newstead...

Pero Arabella no deseaba comentar los asuntos de la academia delante de una de las alumnas.

—Caroline, deseo que ahora regrese al comedor. Y; por favor, no diga una palabra de esto a ninguna de las otras muchachas.

—Así lo haré. Lo juro.

Sin embargo, a Jane se le había acabado la paciencia. —Las damas no juran, señorita Trebbs.

—Sí, señora Caruthers... ¡perdón, señorita Caruthers...!

Con compungida docilidad, Caroline se apartó de Jane mientras se escabullía de la habitación.

Arabella miró a sus dos amigas, que estaban igual de consternadas que ella, las tres en extremo



conscientes del escándalo que las amenazaba. Si permitían que una de sus jóvenes alumnas más acaudaladas cayese en las garras de un caza-fortunas, con o sin matrimonio, ningún padre volvería a llevar a sus hijas a la academia.

Aún peor, Sybil podía sufrir más que una merma en su reputación. Al haberse fugado con sólo una doncella como protección, se arriesgaba a perder también su virtud. Y por muy irritante que fuese la muchacha, no se merecía aquello. Fuera como fuese, su futuro se hallaba en juego. Si era lo bastante necia como para dejarse seducir, porque se imaginaba haberse enamorado, estaba cometiendo un grave error, pues Onslow era la clase de hombre que sólo sentía cariño por sí mismo. Era improbable que Sybil tuviese una buena vida siendo su esposa.

Arabella se irritaba al pensar en una joven inocente a merced de aquel desaprensivo, aunque se tratase de la problemática cabeza de chorlito de Sybil. Además, pensó lúgubrementemente, se suponía que Sybil se hallaba bajo su protección. Era responsabilidad suya mantener a salvo a sus alumnas y, al parecer, había fallado.

—Debemos detenerles de algún modo —dijo Tess, manifestando lo que las tres estaban pensando.

—Pero ¿cómo? —preguntó Jane.

—Yo iré tras ellos ahora mismo —respondió Arabella, llevándose una mano a la sien frenéticamente—. Llevan casi cuatro horas de ventaja, pero es probable que esta noche se alojen en una posada. No me imagino a Sybil durmiendo en un carruaje. Si viajo durante la noche, puedo alcanzarlos.

—Pero necesitarás ayuda —señaló Tess—. ¿No estaría dispuesto lord Danvers a acompañarte?

Arabella asintió.

—Estoy segura de que lo haría, pero está en Londres y supongo que se habrá llevado su carruaje, porque esta mañana amenazaba lluvia. Le pediré a lady Freemantle que me preste el suyo, y también a varios lacayos fuertes. Ellos podrán ayudar me a convencer al señor Onslow de que abandone sus intenciones respecto a Sybil.

—Pero si él ya... —la interrumpió Jane sonrojándose. Arabella comprendió la objeción, pero Tess intervino primero.

—¿Te refieres a si él ya ha reclamado su virtud? —dijo—. Sybil sería una absoluta necia si le permitiera tocarla antes de que estén debidamente casados, y es una muchacha lo suficientemente astuta como para mantener su ventaja hasta entonces.

—Pero él puede ser tan ruin como para forzarla —observó Arabella.

—Tal vez, pero no creo que se arriesgue —opinó Tess tranquilizadora—, puesto que Sybil es lo bastante obstinada como para negarse a casarse con él si trata de coaccionarla. Sin duda, ella ve la fuga como una aventura, y no ha considerado debidamente las consecuencias. Debe de creer que podrá convencer a su padre para que lo acepte como yerno. Onslow es un libertino y un canalla, pero en general está considerado como un caballero, y sería un buen partido para la hija de un comerciante.

Jane hizo una mueca de preocupación.

—Pero aunque el señor Newstead llegase a aceptar el matrimonio, nuestra academia nunca se recuperaría del golpe —dijo.



—Lo sé —respondió Arabella torvamente. Todo aquello por lo que habían luchado durante los tres últimos años se iría al garete.

Al ver que no decía nada más, Tess la miró.

—¿No preferirías esperar a que regresara su señoría? Por supuesto que sí, pero no tenía tiempo.

—Debo marcharme cuanto antes, Tess. Si queremos mantener la fuga en secreto, tendré que traer a Sybil de vuelta antes de que alguien descubra que ha desaparecido.

—Quizá debería acompañarte —se ofreció Tess.

—Creo que es mejor que vaya sola —contestó ella. —Mi ausencia de la escuela no llamará mucho la atención, en cambio, si nos vamos las dos, se darán cuenta. Roslyn y Lily también deben quedarse aquí, y asistir mañana a la iglesia como de costumbre, para guardar las apariencias.

—¿Cómo explicaremos la ausencia de Sybil? —preguntó Jane.

Tess respondió a la pregunta.

—Podemos decir que se ha puesto enferma y que Arabella la ha llevado a Londres para que la visite el médico personal de lady Freemantle.

—Eso bastará —convino Jane—. Siempre y cuando puedas encontrar a Sybil e impedir el matrimonio.

—¡Oh, la encontraré! —aseguró ella con convicción. No tenía la más mínima intención de permitir que la exasperante chiquilla arruinase su vida y a la academia. —E impediré que se casen, aunque tenga que ordenar a los lacayos de Winifred que inmovilicen a Onslow para que yo pueda arrastrar a Sybil a casa, si hace falta de los pelos.

Sin tiempo que perder, Arabella buscó a sus hermanas y obtuvo su aprobación para llevar a cabo el plan. Aunque reacias a dejarla marchar sola, Roslyn y Lily comprendieron la necesidad de discreción y accedieron a quedarse y representar la simulación que habían ingeniado.

A continuación, Arabella se dirigió rápidamente en su calesín a la mansión Freemantle. Confiaba en partir en cuanto pudiera disponer del carruaje y los lacayos de Winifred, pero no había contado con la oposición de su amiga.

Tras escuchar la petición de Arabella, la mujer negó con la cabeza, inflexible.

—Es condenadamente necio considerar siquiera que vayas a perseguirlos tú sola, querida. Debes dejar que Danvers maneje el asunto.

—Él no está aquí para hacerlo, Winifred —replicó Arabella, atónita ante su negativa. —Se halla en Londres.

—Entonces deberías aguardar a que regresara.

Ella trató de contener su impaciencia.

—No puedo esperar. Sybil está a mi cargo, Winifred. Soy responsable de su bienestar. Podría hallarse en verdadero peligro.

—Y tú podrías ponerte en peligro a ti misma si la sigues. Tienes que confiar en Danvers para que te ayude. Al fin y al cabo, es tu tutor.

—No por mucho tiempo. La semana que viene se verá obligado a concedernos a mis hermanas y a mí nuestra emancipación de su tutela. Pero eso no viene al caso.



Winifred la miró con severidad.

—No puedes recorrer Inglaterra totalmente sola sin protección, Arabella.

—Tendré a tu cochero y lacayos para ello.

—Lord Danvers sería mejor que una veintena de sirvientes.

Sin duda lo sería, convino Arabella en silencio. Ella deseaba desesperadamente que Marcus estuviera allí para ayudarla. Pero por otra parte, no tenía ningún deseo de verse confinada en un carruaje cerrado con él quién sabía cuánto tiempo, pues eso sería una dura prueba para su fuerza de voluntad.

Sin embargo, aun sin tener en cuenta sus propios deseos de cautela, no se atrevía demorarse.

—No tengo tiempo para seguir aquí discutiendo, Winifred. Si no me ayudas, alquilaré un carruaje en la casa de postas.

Arabella giró impaciente sobre sus talones para irse, pero la voz de su amiga la detuvo.

—¡Oh, de acuerdo, muy bien! Tendrás mi coche y lacayos, pero si acabas superada por tu falta de juicio, no podrás decir que no te lo advertí.

—No lo haré —prometió Arabella.

Un cuarto de hora más tarde se recostaba contra los cojines de terciopelo mientras el cochero de lady Freemantle azuzaba al tiro de caballos. Cinco robustos mozos de cuadra y lacayos la acompañaban como postillones y escoltas, lo que le permitió lanzar un suspiro de alivio cuando por fin se pusieron en marcha, en persecución de la pareja fugada.

Pensó que lo que había hecho Sybil era deplorable, pero pese a la ira y consternación que sentía respecto a su atolondrada alumna, hasta cierto punto la comprendía.

Después de todo, la muchacha no era tan diferente de ella misma, incapaz de resistirse a un pretendiente seductor.

Su alivio duró sólo unas horas. Al principio, el coche ganó tiempo encaminándose directamente hasta la próxima ciudad de Hammersmith, donde convergían cinco carreteras principales, para poder ir hacia el norte de Londres y tomar la carretera principal a Escocia antes de que oscureciera. No obstante, después de eso se retrasaron mucho, puesto que se iban deteniendo en cada casa de postas para preguntar por la huida Sybil y el canalla de su pretendiente.

Para proteger la reputación de la joven así como la suya propia, Arabella se inventó una historia acerca de que Sybil era su prima, que estaba de viaje y ella la buscaba con urgencia porque su madre se había puesto enferma de gravedad. Pero lamentablemente, ninguno de los mozos de cuadra ni los posaderos recordaban haber visto a una joven dama de cabello negro, con o sin doncella, o acompañada de un caballero.

Cuando cayó la noche, el cochero de Arabella tuvo que aminorar el paso considerablemente porque la luz de la luna estaba casi tapando por completo por gruesos nubarrones negros que se deslizaban rápidos por el cielo. Cuando luego se detuvieron brevemente en una posada para cambiar los caballos, otros viajeros comentaron que se avecinaba una fuerte tormenta, directamente en su camino. La predicción resultó ser cierta. Las oscuras nubes se volvieron rápidamente siniestras y pronto unas ráfagas de viento comenzaron a golpear el carruaje, haciendo que se balanceara. Arabella percibió el denso olor de la lluvia en el aire mucho antes de oír las primeras gotas estrellarse encima del techo del coche.



La tempestad descargó con toda su fuerza media hora más tarde, azotándolos con una lluvia cegadora, interrumpida por fuertes estallidos de relámpagos y abundantes y sonoros truenos.

El peligro se intensificó cuando las ruedas del vehículo comenzaron a deslizarse precariamente. La carretera se había vuelto traicionera por el barro y Arabella se encontró aferrándose a la correa para evitar ser arrojada del asiento cada vez que el coche se tambaleaba sobre una rodada.

La tensión hizo presa de ella, y no disminuyó al sentir que el vehículo reducía la velocidad hasta detenerse, al cabo de unos momentos.

Cuando el cochero recorrió el pequeño panel de comunicación del carruaje, tuvo que gritar para hacerse oír sobre la fuerte lluvia.

—¡Es inútil, señorita Loring! No podemos seguir. Tendremos que refugiarnos hasta que pase la tormenta.

Arabella asintió sombríamente, consciente de que no les quedaba más remedio que detener la búsqueda por el momento. Aunque consiguieran no ser alcanzados por ningún rayo, se arriesgaban a sufrir un grave accidente, e incluso lesiones si perdían una rueda o se caían en una zanja.

—¿Podemos llegar hasta la próxima posada y hospedamos allí para pasar la noche? —gritó ella sobre el estrépito.

—Sí. Más adelante a tres o cuatro kilómetros, está el Pato y Pico. Pero no sé si podré mantener el tiro tranquilo tanto tiempo.

Como para subrayar su indicación, los cielos volvieron a abrirse, y un brillante relámpago de una deslumbrante blandura iluminó la noche, seguido por el enorme estruendo de un trueno, que hizo que los asustados caballos se precipitasen salvajemente hacia delante.

—Haga lo que pueda —contestó Arabella asiéndose de nuevo a la correa, mientras el coche se abalanzaba camino adelante.

Por fortuna, el cochero consiguió refrenar el tiro, pero sufrieron otro retraso al tener que apearse los dos postillones y guiar a pie a los temblorosos caballos bajo la abrumadora tempestad. Era una marcha pesada y difícil, entre el barro y la lluvia torrencial, y avanzaban a paso de caracol.

Compadeciendo a los pobres sirvientes y animales, que se hallaban expuestos a la violenta tormenta, Arabella murmuró un juramento de frustración. Sybil debía de estar muy cómoda, arropada en el lecho de una posada, durmiendo profundamente, mientras sus perseguidores arriesgaban su vida y su integridad física por darle alcance.

Por algún milagro, el carruaje llegó a salvo al Pato y Pico y se detuvo renqueante en el desierto patio del establo. La lluvia aún caía torrencial, y cuando uno de sus lacayos abrió la puerta del vehículo entró una ráfaga de viento lo bastante fuerte como para dejar a Arabella sin aliento.

Pese a sujetar su capa con capucha estrechamente ajustada, cuando llegó dentro de la posada estaba empapada y temblando. Pero el posadero y su esposa estuvieron encantados de acomodarla, prometiéndole procurar por sus sirvientes y caballos, y ofreciéndole el último dormitorio que quedaba vacío. No había ningún salón privado disponible, puesto que la posada estaba repleta de viajeros que se habían detenido allí a causa del mal tiempo.

Explicó su falta de equipaje utilizando ese pretexto, diciendo que no tenía planeado detenerse para pasar la noche, y contando la misma historia acerca de que su tía estaba muy enferma. Al preguntar por su «prima» Sybil, tuvo la satisfacción de oír que una pareja que coincidía con la descripción de Sybil y Onslow habían cambiado caballos y cenado allí hacía unas tres horas; eso,



como mínimo, le daba a Arabella seguridad de que seguían el camino correcto.

La esposa del posadero la condujo a un pequeño pero acogedor dormitorio y encendió el fuego del hogar; luego se marchó prometiendo subirle en breve un poco de sopa y vino caliente especiado. Pronto, un acogedor resplandor ardió lo bastante vivo como para eliminar el frío de la habitación, aunque no el de sus huesos.

Arabella se quitó la capa empapada, así como los zapatos y medias, cubiertos de barro, y los dispuso ante el fuego para que se secasen. Sin embargo, no podía quedarse quieta, y paseó con impaciencia arriba y abajo sintiéndose enormemente impotente. La tormenta había echado a perder sus planes de alcanzar aquella noche a Sybil. Ahora sólo podía confiar en que los fugitivos se hubieran visto así mismo demorados por el espantoso tiempo, y aunque no fuera así, que pudiera alcanzarlos en algún momento al día siguiente.

Sin embargo, al cabo de un rato, la falta de actividad hizo que los pensamientos de Arabella vagasen por diferente camino, y se descubrió dándole vueltas a su propio apuro: su apuesta con Marcus.

Frotándose los fríos brazos mientras contemplaba el fuego, se preguntó si él exigiría más tiempo para ganar, puesto que no le había permitido estar con ella durante todo el día, y podría no estar en casa al día siguiente. Y, a partir de ahí, comenzó a recordar su cita a la luz de la luna la noche anterior... cómo Marcus la había tomado de pie, su arrolladora pasión...

Al comprender adónde la habían conducido sus erráticas reflexiones, soltó un resoplido de disgusto y se apartó del fuego.

De pronto, se sintió agotada. Puesto que no había nada más que pudiera hacer aquella noche, decidió que más valía que tratase de dormir, aunque el sonido de la tormenta probablemente se lo dificultaría. La lluvia golpeaba contra los postigos mientras que el viento gemía en los aleros.

Intentando ignorar el ruido, se quitó el vestido, las enaguas y el corsé, dispuesta a dormir con la camisola, puesto que no tenía camisón. Acababa de echarse una manta por los hombros para entrar en calor cuando oyó un suave golpe en la puerta. Suponiendo que debía de ser la mujer del posadero, que le subía la sopa y el vino, Arabella cruzó la habitación para ir a abrir. Pero antes de que pudiera hacerla, la posadera dijo:

—Señora, su esposo ha venido.

«¿Esposo?», se sorprendió ella.

Arrebujándose en la manta, abrió una rendija para mirar.

Los ojos se abrieron de golpe, primero con sorpresa y luego con regocijo. Marcus estaba allí, en el pasillo, con su hermoso pelo negro mojado, los extremos del gabán goteando por la lluvia y sus altas botas cubiertas de barro. Las alforjas de cuero que llevaba sobre un brazo también se veían empapadas, así como su sombrero de castor de copa alta.

Él le dirigió una fría sonrisa, y Arabella comprendió que había ido tras ella. Qué curioso que verlo no solo la llenase de alegría, sino que de repente hiciera que se evaporase todo su cansancio y su tristeza.

—¡Estoy aquí, querida! —dijo abriendo la puerta y pasando por su lado para entrar en la habitación. —Me alegro mucho de por fin haber llegado.



CAPITULO 15

Es deplorable ver cuán pocas defensas tengo contra él.

ARABELLA A FANNY

Tras dejar el sombrero y las alforjas sobre una mesa, Marcus se volvió para observar el hermoso rostro de Arabella con una mezcla de furia y alivio. Alivio que estuviera a salvo y de que él hubiera conseguido alcanzarla. Furia porque se había expuesto a un peligroso cometido ella sola, sin pensar en absoluto en su propia seguridad.

Por lo menos no había negado su pretensión de ser su marido ante la propietaria de la posada. Evidentemente, Arabella comprendía la necesidad de abonar su mentira para proteger su reputación, porque le dedicó una sonrisa de bienvenida.

—No esperaba que me siguieras, querido Marcus.

—No me gustaba que hicieras un viaje tan largo sola, sin mi protección, amor —respondió él secamente.

—No deseaba molestarte con mis problemas.

Cuando él la miró con los párpados entornados, los luminosos ojos grises de Arabella le devolvieron tranquilos la mirada.

Alguien que carraspeó cortésmente les recordó a ambos que no estaban solos; la posadera esperaba fuera, en la puerta de la habitación.

La mujer señaló la bandeja que sostenía.

—Traigo una jarra de vino especiado caliente para su señoría, milord, y un poco de sopa.

—Déjelo en la mesa, por favor —le pidió Marcus.

—Puedo traer más si lo desean.

—No será necesario. Seguro que mi esposa está dispuesta a compartirlo.

—Desde luego —convino Arabella complaciente.

La mujer entró en la habitación, depositó la bandeja junto a las alforjas y luego dio media vuelta para irse.

—Si deja sus botas fuera, mañana se las habré limpiado y pulido, milord.

Marcus dirigió una mirada a sus estropeadas botas.

—Dudo que nadie pueda salvarlas. Pero le agradecería que tuviera el desayuno dispuesto al amanecer. Deseamos partir temprano por la mañana.

—Sí, milord.

Con una reverencia, la esposa del posadero se retiró, cerrando la puerta tras ella y dejando por fin a Marcus solo con Arabella.

—Estoy esperando tu explicación, querida —dijo él con un tono de voz peligroso.



—¿Explicación? —repitió ella perpleja.

—Lady Freemantle me ha contado lo de la fuga y tu plan para intentar detenerla. Lo que deseo saber es por qué no has esperado a que yo volviera.

Arabella lo miró atónita ante su enojado tono.

—No tenía alternativa, Marcus. La situación era demasiado apremiante. En cualquier momento, Onslow puede perfectamente seducir a Sybil. Aunque se case con ella, no puede ser en absoluto un matrimonio sólido.

—Ésa no es excusa para que arriesgues tu propia seguridad.

Ella lo miró con fijeza.

—¡No puedo creer que estés enojado conmigo! Estoy preocupada porque mi alumna puede ver su reputación arruinada por un desalmado. Y esa chica es responsabilidad mía.

Marcus avanzó hacia ella.

—Y tú mía. —Le cogió la barbilla con los dedos y la obligó a mirarlo—. Mientras sea tu tutor, estoy obligado a velar por tu seguridad. Y tutor o no, no voy a permitir que te suceda ningún daño. Si tienes problemas, espero ayudar.

Ella irguió la barbilla con obstinación.

—Soy perfectamente capaz de manejar este asunto por mí misma.

—Eso es discutible. Pero en todo caso, no pienso dejarte librar esta batalla a ti sola.

—¡No estoy sola! He traído un ejército de sirvientes conmigo como protección.

—¿De modo que piensas enfrentar te físicamente con Onslow?

—Sí, si la manera de obligarle a dejar ir a Sybil.

—Eso no parece muy inteligente cuando hay mejores medios para convencerlo.

Arabella apretó los labios con firmeza mientras ambos permanecían cara a cara, mirándose con ferocidad. Pero entonces, la expresión de Arabella cedió.

—Tienes razón, desde luego. No deseo usar la fuerza bruta.

Para ser sincera, me siento aliviada de que estés aquí. No me gustaba la idea de tratar con Onslow yo sola.

—Confío en que no.

Arabella frunció el cejo.

—Pero tengo que detenerlos, Marcus. Incluso aunque Sybil saliese de esto indemne, una fuga acabará con la buena reputación de nuestra escuela.

La angustia en su voz era evidente y la furia de Marcus se disipó en parte.

—Aun así, deberías haber contado conmigo.

—Tal vez sí. —Esbozó una leve sonrisa—. Desde luego, agradezco tu ayuda.

Al ver que él no decía nada, miró su empapado gabán.

—¿Has venido a caballo bajo esta espantosa tormenta?

—Por desgracia, sí; un carruaje habría sido demasiado lento cuando tú ya llevabas dos horas de ventaja.

—Lamento que hayas tenido que pasar por eso.



Él le dirigió una severa mirada.

—Si tratas de suavizar mi enfado, no funcionará.

—¿No? —Arabella lo miró con una semi sonrisa bailando en sus labios. —Tal vez si estuvieras más cómodo tu humor sería menos frío. Quítate ese gabán mojado y bebe un poco de vino caliente. Debes de estar totalmente helado.

Al no encontrar ninguna razón racional para discutir —aunque lo deseaba de modo perverso—, Marcus se quitó la prenda empapada y la colgó de un gancho de la pared, para que se secase, mientras Arabella se acercaba a la mesa y servía un poco de vino especiado en una taza. Se la entregó y luego regresó al junto al hogar, para calentarse ante el fuego.

Marcus bebió el vino mientras la observaba. Su cabello mojado, que le caía suelto sobre los hombros rizándosele alrededor del rostro, destellaba como bronce al chisporroteante resplandor.

Deslizó la vista hasta los pies descalzos de la joven, que asomaban bajo la manta que llevaba sobre los hombros. Al preguntarse si estaría desnuda, lo excitó al instante, pese a tener el cuerpo semi congelado por el desapacible tiempo.

Dominando su lujuria, le acercó la taza.

—Ten, bebé. Pareces tener tanto frío como yo.

Arabella la tomó y bebió mientras lo miraba.

—Si hubieses estado en casa, habría solicitado gustosamente tu ayuda, Marcus.

Ante semejante disculpa, él comprendió que sería muy ruin seguir regañándola. Al fin y al cabo, ella sólo trataba de proteger a su imprudente alumna, así como a su academia. Todo aquello por lo que Arabella y sus hermanas habían trabajado tan esforzadamente durante los últimos tres años, se hallaba en peligro.

Y a decir verdad, él no podía negar la admiración que le provocaba. Estaba preocupado por su seguridad, y terriblemente disgustado porque se hubiese puesto en peligro lanzándose al rescate de la incorregible chica, pero tenía que reconocer el valor de Arabella al no dudar en ponerse en peligro para proteger a las jóvenes que se hallaban a su cargo.

Marcus decidió que no se trataba de reconocerlo ante ella precisamente entonces. Arabella era ya demasiado independiente, por así decirlo. Está aún observando su rostro, como calibrando la profundidad de su enfado. Finalmente, dijo en un tono suave e implorante:

—No deseo que nos peleemos, Marcus. ¿Y tú?

—Tampoco —respondió él hoscamente, con el ánimo aún encendido tras perseguirla durante varias horas.

—Tal vez deberíamos decretar otra tregua.

Marcus la miró con detenimiento.

—¿En qué estás pensando?

La joven dirigió la vista hacia el único lecho, y tragó saliva.

—Como has dicho, ambos estamos helados. Podemos calentarnos mutuamente.

Era una clara invitación a que hicieran el amor, y la perspectiva tuvo el efecto de apaciguar su talante hasta cierto punto. Era la primera vez en su relación que Arabella se insinuaba.

—Muy bien, una tregua —asintió más calmado.



Apuró el resto del vino, dejó la taza a un lado y comenzó a despojarse de sus ropas, empezando por la chaqueta, y siguiendo luego por el chaleco y las botas. Tiró a un lado su pañuelo de cuello y se quitó la camisa, los calzones y los calzoncillos; a continuación, colgó las prendas para que se secaran.

Completamente desnudo, apagó la llama de la vela que se hallaba sobre la mesa, dejando la habitación iluminada sólo por el cálido resplandor del fuego.

Mientras avanzaba hacia Arabella, ésta dejó caer la manta de sus hombros. Marcus se detuvo en seco, quedándose sin aliento. La luz del fuego revelaba su belleza a través de la transparente batista de su camisola, mientras sus cabellos, desparramados a su alrededor, parecían una gloriosa y ondulante melena de fuego.

Cuando finalmente avanzó hasta detenerse delante de ella, Arabella soltó una suave risita.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó él.

—Esto. Tu simulación de que somos marido y mujer. —Le tocó los labios con la punta de los dedos. —¿No es eso lo que has estado deseando en todo momento, Marcus? ¿Poder llamarme tu esposa?

Sí, era exactamente lo que deseaba. Mientras la miraba, su furia y su frustración se atenuaban para ser reemplazadas por el deseo y una ferviente ternura. Todavía se hallaba aturdido por el descubrimiento de que amaba a Arabella. Pero ahora sabía que no era una fantasía pasajera, ni una obsesión.

Era un sentimiento intenso y profundo. Ella era la mujer con quien deseaba pasar el resto de sus días. Sentía una candente necesidad en su profundo interior. Un ansia y una voracidad que pedían ser saciadas...

Sin apartar la vista, Marcus avanzó aún más. Pretendía reclamarla como suya, hacer que aceptase que le pertenecía. Hacerle sentir la primaria necesidad que él experimentaba.

Con esa silenciosa promesa, cogió a Arabella, le despojó de su camisa y la atrajo desnuda entre sus brazos. Durante largo rato, simplemente la estrechó contra sí, mezclando el frío de sus cuerpos y fundiéndose en el calor de sus miradas.

Le cabía poca duda de que podía conseguirla físicamente, pero ahora era su alma lo que deseaba.

Notando que el corazón se le comenzaba a acelerar, Marcus se inclinó para besarla suavemente, un dulce roce que revelaba poco del salvaje deseo que ardía en su interior. Sin embargo, cuando sus labios se encontraron con los de ella, lo asaltó una nueva emoción.

Anteriormente, nunca había experimentado aquello: hacer el amor con la mujer que amaba. Y era un sentimiento extraordinario.

Manteniendo sus bocas fundidas, Marcus la condujo al lecho y se dejó caer sobre él arrastrándola consigo.

Arabella lo siguió gustosa adaptando su cuerpo a su magnífica figura como si estuvieran hechos para encajar mutuamente. Anhelante, devolvió el beso de Marcus con igual intensidad, asiéndolo de los cabellos con las manos mientras, ciegamente, buscaba el placer que él representaba.

Dejar que le volviese a hacer el amor era sin lugar a dudas un error, sin embargo, no podía negarse el gozo de estar con él por última vez. Le deseaba con un ansia que era casi aterradora.



Cuando esa necesidad llegó a ser demasiado insoportable, Marcus asumió de nuevo el control, rodando sobre ella y sujetándole los brazos por encima de la cabeza mientras le abría los muslos con los suyos. Arabella se le entregó con entusiasmo mientras él la penetraba profundamente.

Con el corazón acelerado, miró a la dorada luz del fuego su hermoso rostro ensombrecido de deseo.

—No tengo fuerza de voluntad cuando estoy contigo —le susurró con voz ronca.

—Me parece algo condenadamente bueno —dijo él con voz áspera y complacida—, puesto que yo tampoco la tengo contigo.

Entonces comenzó a moverse, fuerte y vital, llenándola de pasión con su avidez. Al cabo de unos momentos, Arabella estaba sollozando... Y luego llegó el clímax, tan hermoso y terrible como en todos sus anteriores actos amorosos hasta entonces. Ella gritó de éxtasis mientras se retorció debajo de él y Marcus se estremecía y gemía por la misma fuerza abrumadora.

Después, yacieron ambos jadeantes, incapaces de moverse. Arabella deseaba que él permaneciese en su interior de aquel modo para siempre, deseaba que aquella dicha no acabase nunca. Marcus llenaba el vacío que sentía dentro, la hacía sentirse completa.

Pero al cabo, él se tendió a su lado atrayéndola hacia sí. Sus brazos la envolvieron posesivos desde atrás y la sostuvo así, tiernamente, mientras enlazaba las piernas con las suyas. Arabella podía sentir el poderoso latido del corazón de Marcus en su espalda, al tiempo que su propio corazón palpitaba con fuerza, agitado por las caóticas emociones que la llenaban.

Estaba asustada al comprender lo bien que se sentía con Marcus. Cerró los ojos. Le gustaba demasiado, deseaba excesivamente estar con él. La alegría que había experimentado al verlo había sido patética. Y aún lo era más que casi lamentara que su apuesta estuviera a punto de concluir.

Suspiró profundamente y se estremeció.

—¿Tienes frío? —La ronca voz de Marcus rompió el silencio.

—No... Ya no.

Él le acariciaba el brazo desnudo de una manera que la tranquilizaba y la confortaba, más que excitarla. Comprendió que su protectora ternura era aún más peligrosa que su pasión, porque eso le hacía reconocer los propios sentimientos que pugnaba con fuerza en su corazón.

Sabía que tenía que encontrar urgentemente a Sybil. No había ningún modo en que pudiera resistirse a Marcus si tenía que hacer sola con él todo el camino hasta Escocia; porque proseguir con su tierna intimidad la dejaría totalmente sin defensas, y más vulnerable que nunca.

Partieron en el carruaje de lady Freemantle a primera hora de la mañana. Moverse de prisa era básico porque Marcus pensaba que Sybil y Onslow probablemente hubiesen llegado el día anterior lo bastante lejos como para no pillar lo peor de la tormenta.

Aunque, para gran frustración de Arabella, sólo podían avanzar a un paso de tortuga. Tras el chaparrón, las carreteras eran un cenagal, e incluso el coche de Winifred, con buenas ballestas, tenía dificultades para mantener el equilibrio mientras traqueteaba, chapoteaba y corcoveaba sobre innumerables rodadas y baches. El día era fresco y gris, lo que intensificaba el talante preocupado de Arabella.



Había sentido además una leve alarma cuando, poco después de dejar la posada, Marcus sacó un par de pistolas de sus alforjas para comprobar si estaban cargadas.

—Marcus —dijo incómoda—, no te propondrás desafiar a Onslow en duelo, ¿verdad?

Su padre había muerto en uno, y la joven se estremecía sólo de pensar en recurrir a algo así.

—No, no le desafiaré —respondió él secamente. —Un duelo llamaría demasiada la atención sobre el asunto. Debemos evitar un escándalo, no provocarlo.

El alivio se hizo presente en los rasgos de Arabella.

—Sí, exactamente.

—No pretendo utilizarlas, pero deseo estar preparado para cualquier eventualidad.

Ella se asió a la correa mientras el coche rebotaba en una rodada.

—No deseo considerar siquiera que hubiese que disparar contra él. Sin embargo, si nos vemos obligados a hacer entrar a Onslow en razón, reconozco que me sentiría mucho más tranquila si utilizaras sólo los puños.

Marcus la miró divertido.

—Nada de sangre, ¿no?

—En efecto —murmuró ella.

—Esperaba que estuvieras más furiosa con esa chiquilla Newstead. Es probable que ella haya sido la instigadora de la fuga, ¿no crees?

Arabella suspiró.

—Eso es muy posible. Sybil está muy malcriada y es enormemente inconsciente. Pero no la considero un caso perdido. Quiero devolverla sana y salva, y sin que nadie más se entere de su fuga. En especial su padre.

—No te preocupes, los encontraremos —la tranquilizó Marcus.

—Sólo confío en que sea a tiempo —respondió Arabella fervientemente, tratando de calmar su ansiedad.

De modo casi milagroso, su confianza obtuvo su recompensa una hora después, cuando se encontraron con un carruaje cerrado a un lado de la carretera, inclinado en un ángulo anormal tras haber perdido una rueda. Rogando que el vehículo perteneciera a Onslow, ella contuvo el aliento mientras Marcus investigaba. No había rastro de caballos, cochero ni pasajeros, aunque en el maletero vieron una maleta con tres pañuelos de encaje con las iniciales de Sybil.

Arabella no sabía si sentirse aliviada o alarmada.

—Tal vez hayan ido andando hasta la próxima casa de postas en busca de alguien que repare la rueda —sugirió Marcus.

Arabella negó con la cabeza.

—No me imagino a Sybil recorriendo ni la más mínima distancia. Es más probable que ella hubiese esperado aquí, en el carruaje, a que los criados solucionaran el problema.

—De ser así, la habría sorprendido la tormenta... —Marcus miró en torno, inspeccionando el campo. —Allí. —Más allá de un campo de hierbas altas se levantaban las ruinas de un antiguo pajar de heno al que le faltaba la mitad del techo—. Podrían haberse refugiado en ese establo abandonado.



Arabella le miró admirativa mientras él cogía sus pistolas del carruaje. A ella nunca se le hubiese ocurrido buscar a los fugados en un establo, fuera del camino. Tampoco había pensado en que Marcus se presentaría armado. Estaba ciertamente muy contenta de tenerlo consigo.

El conde tendió una pistola al cochero y se llevó él la otra mientras cogía a Arabella del brazo para ayudarla a franquear el desigual y resbaladizo terreno. Seguido de los mozos, abrió la marcha hacia las ruinas.

Se hallaban apenas a unos doce metros cuando Arabella oyó voces que discutían. Una oleada de alivio la invadió mientras reconocía las quejosas manifestaciones de Sybil. Les hizo señas al cochero y a los mozos para que aguardasen y miró a Marcus susurrándole:

—Déjame hablarle primero, por favor.

—Muy bien —accedió él, aunque permaneció tras ella con la pistola a punto.

Arabella apresuró sus pasos, pero se detuvo al llegar a la gran puerta del establo, que pendía de sus bisagras.

En el oscuro interior pudo distinguir a Onslow paseando impaciente. A Sybil no se la veía, pero su estridente voz llegaba desde arriba, del borde del pajar, declarando su desdicha mientras sostenía que el señor Onslow era un hombre cruel.

Éste se dio un buen susto al ver a Arabella, pero para sorpresa de ésta, una inconfundible expresión de alivio inundó su rostro. No obstante, se quedó inmóvil al ver a Marcus seguirla empuñando una pistola.

El joven palideció, pero cuadró los hombros y avanzó decidido.

—Señorita Loring —dijo en tono ferviente—, no puede imaginar lo contento que estoy de verla.

Al oír su saludo, Sybil interrumpió repentinamente su diatriba. Al cabo de un instante, miró sobre el borde del pajar, escudriñando la gris penumbra de debajo.

—¡Oh, señorita Loring! Gracias a Dios que ha venido a rescatarme. ¡Este villano me raptó!

Onslow dirigió una mordaz mirada a la muchacha.

—¡Raptarte! No hice tal cosa.

—Te negaste a llevarme a casa cuando te lo pedí. ¿Qué es eso sino un rapto?

—Me negué porque estábamos en mitad de una tormenta, condenada necia.

Con el rostro contraído por la furia, Sybil se arrodilló con los brazos en jarras.

—¡No hay ninguna necesidad de maldecirme... malvado! Si no fueras tan mezquino, habrías alquilado un carruaje con mejores ruedas y muelles decentes. Juro que estoy enferma de verme zarandeada ayer todo el día.

—El coche que alquilé era perfectamente adecuado. Fue cuestión de mala suerte que se rompiera la rueda. Y no puedes censurarme por tu obstinación. Podríamos habernos quedado en una posada, pero te negaste a ensuciarte los escarpines andando hasta el próximo pueblo.

—¡Desde luego que me negué! —gritó Sybil—. No deseaba ser vista en público en tal estado de desaliño.

Arabella pensó que realmente se la veía desaliñada. Tenía el pelo alborotado y lleno de briznas de paja, y su abrigo sucio y manchado. Y sin duda tenía frío y hambre.

Aunque antes de que Arabella pudiera decir nada, la chica siguió despotricando contra Onslow.



—¡Además, no deseaba pasar la noche contigo a solas, sin ni siquiera mi doncella para hacernos de carabina! Pero claro, insististe en dejar a Martha en aquella casa de postas porque eres demasiado tacaño para gastar unos chelines más para alojarla durante la noche.

—¡Fue idea tuya despedir a tu doncella y enviarla a casa! Y la tormenta tampoco fue culpa mía. Onslow miró a Arabella pidiéndole disculpas.

—No pretendíamos pasar la noche aquí, señorita Loring. Se suponía que mi cochero debía regresar con una rueda nueva, pero luego arreció el vendaval, por lo que nos vimos obligados a refugiarnos aquí.

—¡Aún así es imperdonable que me hayas tratado de forma tan abominable! —farfulló Sybil—. ¡Me has hecho dormir en un establo!

Arabella reprimió una sonrisa. La indignación de la muchacha podría haber resultado divertida si la situación no fuese tan grave, pero por lo menos lamentaba su precipitada acción de fugarse con Onslow; puesto que él, al parecer, no podía permitirse mantenerla con el lujo al que estaba acostumbrada.

Adoptando una severa expresión, Arabella se adentró en el establo.

—Sybil, por favor, deja de gritar y baja aquí.

—Lo haré cuando se marche ese villano.

Onslow levantó la mirada hacia el desmoronado techo, como si diese gracias al cielo por su liberación.

—Gracias a Dios que está usted aquí, señorita Loring —prosiguió la joven. —Fui una necia al pensar que deseaba casarme con el señor Onslow: Me ha decepcionado espantosamente. Ahora estoy por completo convencida de que en todo momento sólo ha ido tras mi fortuna.

Ante esa superflua afirmación, Arabella contuvo el apremio de proferir una réplica sarcástica, y simplemente repitió su orden.

—Sybil, baja aquí al momento.

La muchacha desapareció por un instante y luego se movió con cuidado por el borde del pajar para descender por la desvencijada escalera. Una maniobra que le resultaba hartamente difícil, puesto que llevaba una sombrerera en la mano que se negaba a soltar.

Mientras ella seguía bajando lentamente, Arabella se volvió hacia Onslow con fulminante mirada.

—Debería sentirse avergonzado de perseguir a jóvenes inocentes, señor Onslow.

—Le aseguro, madame, que la señorita Newstead no es ninguna inocente —murmuró. —Es una víbora que se hace pasar por una mujer.

Arabella tuvo que apretar los puños mientras se contenía para no causarle un daño físico.

Como si pudiese leerla la mente, él levantó ambas manos a modo de rendición.

—No la he tocado, señorita Loring, lo juro. Afortunadamente, recobré el juicio a tiempo. No podría soportar pasar ni dos días casado con esta malcriada diablesa, y mucho menos toda una vida.

Arabella sintió una oleada de alivio al saber que Sybil aún era virgen. Por lo menos, esa parte del desastre había sido evitada. Intercambió una elocuente mirada con Marcus, que entonces se



adelantó.

Onslow, nervioso, retrocedió un paso.

—Milord... —Miró la pistola alarmado. —No me disparará, ¿verdad?

—No, si se aparta de mí vista en los próximos diez segundos.

—Sí, desde luego...

Se dirigía ya hacia la puerta cuando Marcus le dijo:

—¡Ah, Onslow, cuando su carruaje esté reparado, proseguirá su viaje a Escocia, donde permanecerá un tiempo prolongado! Si vuelve a aparecer cerca de Chiswick, y si vuelvo a oír que intenta recuperar su fortuna fugándose con una heredera, nos enfrentaremos en duelo, y nada lo salvará de recibir un balazo. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

Su tono era frío e inexpresivo, y fue claro que Onslow lo creyó, porque palideció de manera ostensible.

—Perfectamente, milord. Pero no tiene que preocuparse. Ha aprendido la lección, lo juro.

Cuando Marcus le señaló la puerta con la pistola, Onslow salió corriendo del establo como si el propio demonio lo persiguiera.

En el silencio que siguió, Sybil se acercó a Arabella e inclinó la cabeza con humildad.

—¡Oh, señorita Loring!, ¿podrá usted perdonarme?

Incapaz de creer tal docilidad, Arabella miró a la muchacha entornando los ojos.

—No se me ocurre ninguna razón por la que debiera hacerlo.

—He cometido un espantoso error al creer que deseaba casarme con ese cobarde cazafortunas.

—Así es —respondió ella mordaz. —¿No tienes el menor sentido común, Sybil?

La joven retorció con torpeza las cuerdas de su sombrerera.

—Me pareció que una fuga sería romántica.

—Y no pensaste en absoluto en el futuro. No consideraste lo que sucedería dentro de dos días, ni mucho menos dentro de veinte años. —Arabella suavizó su tono. —En el mejor de los casos, el matrimonio es un riesgo. A causa de tu imprudente irreflexión podrías haber sufrido durante el resto de tu vida.

Con esas palabras, dio media vuelta para salir del establo. Sybil se apresuró tras ella, sin soltar su sombrerera.

—No le contaré a mi padre que me he fugado, ¿verdad?

—Aún estoy pensando qué vaya hacer al respecto.

—¡Por favor, no se lo diga, señorita Loring! Se pondrá tan furioso que me sacará de la escuela, y yo no deseo irme de allí. Mi presentación en sociedad no tendrá lugar hasta la próxima Temporada.

Arabella no dijo nada más hasta que llegaron a la carretera.

—Sube —le ordenó a Sybil mientras un mozo se apresuraba a abrir la puerta del carruaje.

La muchacha obedeció en silencio, y ella entró detrás, tomando asiento a su lado mientras Marcus guardaba la sombrerera en el maletero y un mozo trasladaba la maleta desde el averiado coche de Onslow. Tras un breve intercambio con el cochero sobre si dirigirse hasta el próximo



cruce, a fin de tener espacio para hacer girar el carruaje, Marcus se reunió con ellas en el interior.

Cuando el vehículo se puso en marcha, Sybil habló de nuevo en tono implorante.

—Por favor, señorita Loring, no se lo diga a mi padre. Si tengo que dejar la academia no estaré preparada para mi presentación. A partir de ahora me comportaré con absoluta corrección, lo juro: seré un perfecto ángel.

Arabella enarcó fríamente una ceja.

—¿Y qué razones tengo yo para confiar en tu palabra después de esto?

La muchacha parecía desesperada.

—Sé que he sido muy tonta, señorita Loring, pero confío en que usted pueda encontrar clemencia en su corazón para perdonarme. —Había una nota de sinceridad en su voz que sonaba a auténtica. —Por favor, ¿no podría mantener esto entre nosotras? Se lo ruego.

Arabella guardó silencio largo rato y luego la miró como si hubiera tomado una decisión.

—Muy bien, lo mantendremos entre nosotras... si eso es posible, dadas las circunstancias.

El coche redujo entonces la marcha para virar, y poco después se dirigían hacia Londres.

—¿Me va a llevar a la escuela? —preguntó Sybil con voz queda.

—No inmediatamente. Te quedarás con lady Freemantle uno o dos días. Diremos que te pusiste enferma y que yo te llevé a Londres para que te visitara el doctor de su señoría. Estarás un par de días recuperándote en su casa. Si lady Freemantle responde públicamente por ti, eso bastará para desmentir las peores habladurías y evitar cualquier daño permanente a tu reputación.

—¡Oh, gracias, señorita Loring!

Arabella dirigió a la muchacha una traviesa mirada.

—Tal vez no te sientas tan agradecida cuando estés conviviendo con su señoría. Ella no será tan indulgente con alguien que, de manera tan irreflexiva, ha puesto en peligro su academia. Dudo que encuentres agradable la experiencia.

Arabella captó la divertida mirada de Marcus y desvió la suya con rapidez. Por una parte, se sentía enormemente aliviada por haber encontrado a Sybil; su más inmediato problema estaba resuelto, o lo estaría si podían ocultar la verdad de la fuga. Y, en adelante, la enojosa joven probablemente se lo pensara dos veces antes de causar más problemas.

Por otra parte, todavía tenía que enfrentarse al más gran problema de Marcus.

Se mordió el labio inferior mientras contemplaba el paisaje que discurría ante sus ojos. Por lo menos, la compañía de Sybil le ahorraba la tentación de cualquier nueva intimidad con él.

Todavía estaba muy enfadada con la chica, pero aun así, se alegraba mucho de su presencia hasta llegar a casa y estar a salvo con sus hermanas.



CAPITULO 16

Soy diez veces necia por permitirme volverme a enamorar.

ARABELLA A FANNY

A última hora de la tarde, dejaron a Sybil con lady Freemantle y regresaron a la mansión Danvers en el coche de su señoría. Sola con Marcus en el camino de vuelta a casa, Arabella era muy consciente de su presencia. Se notaba los nervios en el estómago, que se le tensaron aún más cuando el vehículo se detuvo con estrépito ante la residencia y ella pudo sentir su penetrante mirada contemplándola.

—Gracias por ayudarme a rescatar a Sybil —dijo para romper la tensión.

—No tiene importancia. He estado encantado de colaborar. Marcus abrió la portezuela, descendió y luego la ayudó a ella a apearse. Ante su simple contacto, Arabella se estremeció de deseo. Gracias a Dios, su apuesta casi había concluido. Sólo quedaba una última noche.

—Discúlpame si te dejo tan bruscamente —murmuró—, pero debo ir en busca de mis hermanas y tranquilizarlas respecto a Sybil.

—Desde luego —dijo él con suavidad mientras la seguía por el paseo de gravilla hasta la escalera principal. —Pero me gustaría hablar contigo en privado antes de cenar. ¿Por qué no te reúnes conmigo en mi estudio dentro de una hora?

—Muy bien —replicó Arabella apresurándose a entrar en la casa.

Como se imaginaba, sus hermanas se hallaban aguardando su llegada, pues salieron a su encuentro nada más entrar en el vestíbulo.

—¿De modo que has tenido éxito? —murmuró Roslyn, a todas luces ansiosa de enterarse de las noticias, pero evitando comentar la finalidad del viaje delante de los sirvientes.

—Por fortuna, sí —respondió ella. —Os lo explicaré si me acompañáis arriba.

Lily observó a Marcus con un ceño valorativo antes de volverse para seguir a Arabella a su habitación, donde ella les relató los acontecimientos del día anterior omitiendo el hecho de que había pasado la noche en brazos de Marcus.

Pero una vez tranquilizadas acerca de la seguridad de la joven fugada, sus hermanas volcaron su interés en ella.

—¿Estás bien, Belle? —preguntó Lily claramente preocupada. —Lamento que no pudiésemos estar contigo para protegerte del conde. De haber sabido que se proponía seguirte, habríamos tratado de acompañarle.

—Estoy perfectamente —le aseguró ella.

—Confío en que fueras capaz de resistirte a él.

Arabella trató de sofocar el rubor que le subió a las mejillas.

—Me las arreglé bastante bien —respondió ambigua. Por fortuna, después de mañana no



tendré que preocuparme más de él. Me ha dicho que quiere hablar conmigo esta noche, antes de cenar. Supongo que desea comentar la resolución de nuestra apuesta.

—¿Y qué te propones decirle? —preguntó Roslyn. Arabella esbozó una sonrisa.

—Que he ganado, desde luego.

Su hermana la miró pensativa, pero Lily pareció aliviada.

—¡Bien! —exclamó la joven rotunda. —Que comprenda que no tiene ninguna posibilidad de casarse contigo.

—No, no la tiene.

Mucho más tranquilas, Roslyn y Lily llamaron a su doncella y dejaron sola a Arabella para que se bañase y vistiese.

Ella pasó el tiempo preparando cuidadosamente su discurso con Marcus, pero tenía todo un ejército de mariposas dentro del estómago cuando por fin bajó a su encuentro.

Estaba en el estudio, sentado ante su escritorio, ocupado escribiendo una carta, pero dejó la pluma en cuanto la vio entrar.

Esbozando una sonrisa, se levantó y rodeó la mesa para saludarla. Ante su avance, Arabella se detuvo bruscamente.

Marcus se pasó a su vez y la miró con curiosidad.

—¿Por qué estás tan nerviosa, querida? No voy a abalanzarme sobre ti.

—No estoy nerviosa.

—Entonces, ¿por qué te quedas cerca de la puerta abierta, como asegurándole la huida?

—No confío en mí misma estando a solas contigo, si lo quieres saber.

Él sonrió de nuevo y bajó la voz.

—No pretendo hacerte el amor precisamente en estos momentos, Arabella. No, cuando debemos mantener una seria conversación. Ahora cierra la puerta para que nadie nos oiga.

Obedeció de mala gana y luego se arriesgó a adentrarse más en la estancia.

—Supongo que te propones comentar tus planes para mañana ¿qué vas a hacer, regresarás a Londres?

Él ladeó la cabeza.

—¿Por qué debería hacer eso?

—Porque entonces ya habrá concluido nuestra apuesta. Apostaste que podrías convencerme para que aceptase tu proposición de matrimonio si te permitía cortejarme durante dos semanas. Bien, las dos semanas concluyen mañana por la tarde, y yo he cumplido las condiciones acordadas.

Una significativa pausa siguió a su observación. Marcus dio entonces un paso hacia atrás y se apoyó en el escritorio.

—Ven aquí, Arabella.

—¿Por qué?

—Porque te lo pido.

Ella avanzó cautelosa hasta detenerse delante de él.

Sin dejar de mirarla a los ojos, Marcus la cogió por la mano y la atrajo más cerca de sí.



Ella se quedó sin aliento, mientras un cálido estremecimiento recorría su cuerpo, aunque, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, presionó sus palmas contra su pecho.

—¿Qué crees que estás haciendo, Marcus?

—Estoy reanudando mi cortejo.

Arabella tragó saliva.

—No necesitas hacerme otra proposición. No tiene objeto.

—Me permito discrepar. Nuestras circunstancias han cambiado muchísimo desde que te propuse matrimonio por primera vez.

—No lo suficiente como para que cambie nada.

Marcus enarcó una ceja.

—¿No?

Arabella consiguió soltarse sin luchar, lo que la sorprendió un poco.

—No —repitió mientras retrocedía. Luego, esforzándose por dejar de retirarse, empezó el discurso que había preparado. —Marcus... me gustaría agradecerte sinceramente todo lo que has hecho por mis hermanas y por mí, así como por Sybil. Ha sido muy amable por tu parte tomarte tanto interés por nuestro bienestar, pero tu tutoría casi ha concluido. Después de hoy, ya no eres responsable de nosotras.

—No deseo renunciar a mi responsabilidad sobre ti.

—Pero debes hacerlo si es que quieres cumplir nuestro trato.

Él la miró fijamente, escudriñando su rostro.

—¡Oh, lo cumpliré! Pero existe un pequeño problema.

Ella preguntó precavida:

—¿Qué problema?

—Sigo queriendo casarme contigo, Arabella, sólo que mis razones han cambiado. Ya no deseo un matrimonio de conveniencia.

—¿Qué deseas entonces?

—Un enlace por amor —contestó con suavidad. —Deseo un matrimonio auténtico contigo... porque te amo.

Sus palabras la dejaron sin aliento. De pronto, se le formó un nudo en el estómago ante su increíble declaración.

—Tú no me amas, Marcus —encontró por fin las fuerzas para responder.

Él la miró divertido ante su escepticismo.

—¡Oh, sí, desde luego que te amo! Verás, el amor es una experiencia nueva para mí, por lo que tardé un tiempo en comprender lo que me estaba pasando. Pero no he sido el mismo hombre desde que me desafiaste en mi salón, con mi propio florete.

Al ver que permanecía muda, Marcus prosiguió:

—Sabía que me tenías fascinado, que constantemente acosabas mis pensamientos. Pero hasta la primera vez que te besé, no comprendí la razón. Es porque me haces sentir vivo, Arabella. Una preciosa cualidad para mí hastiada existencia.



—Tú... —La voz le salió tan ronca, que tuvo que tragar saliva antes de proseguir. —Tú sólo me consideras interesante porque te digo lo que pienso, porque no te doy coba, como todas las mujeres que conoces.

—Cierto, eso forma parte de tu atractivo, pero el efecto es mucho más profundo, y es cómo me haces sentir.

Desconcertada y con el corazón palpitando, ella retrocedió otro paso.

—Tú no me amas. Sólo lo dices para ganar nuestra apuesta. Con una insinuante sonrisa formándose en sus labios, Marcus negó con la cabeza.

—Lo lamento, ángel, pero tú no puedes decirme lo que siento. La realidad es que te amo muy profundamente. Y nuestra apuesta no tiene nada que ver con ello.

Arabella se sintió palidecer. No creía lo que Marcus le decía.

No podía permitirse creerlo. Había recorrido antes ese doloroso sendero; un pretendiente declarándole su amor. Enlazó los dedos y comprobó que tenía las palmas húmedas.

—Mi prometido afirmaba amarme —murmuró al fin—, y fui lo bastante necia como para creerle. No volveré a ser tan crédula, Marcus.

Vio cómo él apretaba los labios, disgustado.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Yo no soy tu prometido.

Al ver que se estremecía ante su brusco tono, aspiró con lentitud.

—Comprendo que te resulte difícil confiar en la verdad de mi declaración, Arabella, pero te prometo que esto no es un subterfugio para conseguir tu capitulación. Te amo. Deseo casarme contigo y que tengamos hijos. Y deseo pasar el resto de mis días junto a ti, haciéndote dichosa.

Ella lo miró a los ojos.

—Estoy segura de que lo que sientes por mí es sólo pasajero. No tardarás en superarlo...

—No, no lo superaré. Lo que siento es real, y no albergo ninguna duda acerca de que durará. Es amor, Arabella. —Hizo una pausa y la observó atentamente. —Por la aterrorizada expresión de tu cara veo que tú aún no correspondes a mis sentimientos. Pero eso no importa. Llegarás a amarme.

—No —susurró ella. Sin embargo, su respuesta no era una negativa de sus futuros sentimientos, sino una firme comprensión de los actuales. Ella ya amaba a Marcus. ¡Por todos los diablos!, ¿qué había hecho?

De pronto, sus labios se aceleraron, casi no podía respirar.

—No —repitió con voz ronca y baja. ¿Cómo había podido ser tan necia de volver a enamorarse?

En ese momento había auténtico temor en su voz, lo que paralizó a Marcus durante largo rato, hasta que cruzó la habitación acercándose a ella, que temblaba bajo su mirada.

—¿Qué debo hacer para convencerte? —le dijo al fin en tono quedo.

Arabella cerró los ojos, presa del pánico. Había prometido mantener su corazón a salvo, pero había fracasado absolutamente. Como una absoluta necia había cometido el mismo error de hacía cuatro años. Y el final era muy probable que acabara siendo el mismo.

¿Cómo se había negado a reconocer sus sentimientos por Marcus hasta entonces, cuando ya era demasiado tarde para protegerse? Durante días se había aferrado a la idea de que su relación era puramente física, de que no sentía nada más profundo por él. Pero todos los indicios estaban



allí. Simplemente, ella no había querido verlos. Con cada beso, con cada caricia, había caído más profundamente bajo su hechizo. Lo amaba. Que los cielos la ayudasen.

Ahora sólo podía confiar en tratar de vencer sus traicioneros sentimientos antes de sufrir un dolor más angustioso.

Esforzándose por tranquilizarse, enderezó los hombros y se obligó a borrar toda expresión de su rostro. Se negaba a repetir la historia, creer en el amor de un hombre y amarlo a cambio, sólo para verse traicionada y con su confianza destrozada.

—Te lo repito, Marcus, agradezco todo lo que has hecho, pero mañana, cuando la apuesta concluya, yo habré ganado. No aceptaré tu proposición de matrimonio.

La frustración era visible en los rasgos de él mientras avanzaba un paso más, pero Arabella habló de nuevo antes de que Marcus pudiera hacerlo.

—Por favor, créeme. No quiero casarme contigo.

Él negó despacio con la cabeza.

—Creo que estás engañándote a ti misma, Arabella. Tú sientes exactamente el mismo fuego que yo. Compartimos una notable pasión...

Ella lo interrumpió.

—¿Y qué importa eso? La pasión no es una buena base para el matrimonio. Y aunque lo fuera, eso no cuenta. Lo que hay que aclarar ahora es si vas a cumplir con nuestra apuesta o no.

Él tensó la mandíbula.

—Por supuesto que sí. Soy un hombre de palabra. —Señaló el escritorio que estaba detrás de él y la carta que estaba redactando. —Ya he escrito a mis abogados dándoles instrucciones para que preparen el contrato de emancipación de mi tutela. Tus hermanas y tú obtendréis vuestra libertad tanto si quieres casarte conmigo o no. Quiero que tu decisión esté dictada sólo por tus sentimientos hacia mí.

—Entonces esperaré recibir noticias de tus abogados.

Se miraron durante largo rato, pero rompiendo el tenso silencio, Arabella logró decir, ya más calmada.

—Deberías marcharte mañana, Marcus. No hay ninguna razón para que sigas aquí más tiempo.

—Al parecer, no. —El profundo brillo de sus ojos manifestaba muy a las claras que estaba muy enfadado. Sus palabras fueron cortantes cuando dijo—: No te preocupes, querida. Regresaré a Londres esta misma noche.

Arabella lo miró en silencio, sin creerse que hubiese capitulado tan de prisa. Y, por supuesto, no lo había hecho.

Posó las manos en sus hombros, la atrajo hacia sí y se inclinó para besarla; un encuentro de labios airado y duro que fue más penoso que apasionado. Aun así, ese gesto provocó deseo y anhelo en el profundo interior de Arabella.

Cuando por fin Marcus interrumpió el beso y echó la cabeza hacia atrás, sus ojos brillaban a la vez de furia y triunfo.

—Sientes la misma pasión que yo, pero no estás dispuesta a admitirlo porque permites que el miedo te domine. Yo no te voy a hacer daño como hizo el bastardo de tu prometido, Arabella...



pero no puedo obligarte a creerme.

—No, no puedes —respondió ella, temblorosa.

Marcus apretó la mandíbula, pero consiguió refrenarse lo suficiente como para decir en tono tenso:

—Mis abogados se pondrán en contacto contigo.

Regresó a su escritorio, cogió la carta y luego giró sobre sus talones encaminándose a la puerta. La abrió bruscamente y salió a grandes pasos de la habitación, sin volverse a mirada, dejando tras de sí un profundo silencio.

Arabella se acercó tambaleante a una silla y se dejó caer en ella llevándose la mano al pecho, oprimido por un puño implacable. No se permitiría creer lo que Marcus había dicho, aunque parte de ella ansiaba profundamente que fuera cierto.

«Te amo. Deseo casarme contigo y que tengamos hijos. Y deseo pasar el resto de mis días junto a ti, haciéndote dichosa.» Ese recuerdo le puso un nudo en la garganta.

«¡Detén al punto este ridículo sentimiento!», se reprendió. Marcus no la amaba. Se había marchado sin intentar hacerla cambiar de idea, sin tan siquiera pedirle que apurasen hasta el último día de su apuesta. ¿Cuán poderosos podían ser sus sentimientos si ni siquiera se había molestado en discutir con ella?

Arabella deseaba discutir con él. Deseaba que volviese para poder decirle lo que sentía.

Ante el dolor de su corazón, cerró los ojos con fuerza. ¡Qué necedad! Debería alegrarse de haber acabado con todo aquello antes de arriesgarse aún a mayores daños que la última vez. Sin embargo, por mucho que lo razonase, no podía explicar la espantosa angustia que sentía, la sensación de devastación.

Temblando, se rodeó el cuerpo con los brazos. ¿Qué le estaba pasando? Era absurdo que sintiera aquel escozor en los ojos. Absurdo y deplorable. Ella despreciaba las lágrimas. Exceptuando la muerte de su padre, no había llorado por ninguno de los terribles escándalos que habían vivido. Había soportado la dolorosa pérdida de su madre y el repudio público de su prometido sin entregarse jamás al llanto. Había resistido estoicamente la humillación, el rechazo y la pobreza que habían venido después. Así pues, ¿por qué sentía entonces unas ganas tan desesperadas de llorar? Estaba libre de Marcus. Debería sentirse encantada de haber superado la amenaza.

Sin embargo, le parecía una vacía y amarga victoria.

Fue entonces cuando distinguió el murmullo de un juramento de Lily a sus espaldas.

—¿El conde te ha hecho llorar, Belle? Juro que voy a buscarlo y lo descuartizaré.

Arabella se enjugó frenética los ojos y soltó una débil carcajada mientras miraba a su hermana menor.

—No es propio de damas jurar, Lily. Y, desde luego, no es cortés amenazar con desmembrar a un conde.

—¡Me importa un bledo! Lo mataré por haberte hecho daño. Apartando a Lily a un lado, Roslyn se inclinó sobre Arabella y le cogió la mano.

—No lo dice en serio. Sólo es que nos duele verte así.

—Lo superaré.



«¡Lo superaré!», se prometió a sí misma con energía, aunque sabía que transcurriría mucho tiempo antes de que eso sucediera, si es que sucedía.



CAPITULO 17

¿Puedo creer a Marcus cuando dice que me ama? ¿Me atreveré a confiar de nuevo en el amor?

ARABELLA A FANNY

Para su desaliento, el dolor no amainó. Casi una semana después de la brusca marcha de Marcus, Arabella aún se sentía igual de mal, pese a todos sus esfuerzos porque no fuera así.

Aquella tarde de sábado, el tiempo era perfecto —calmado y con un radiante sol—, un rudo contraste con el ánimo de Arabella. Las alumnas de la academia disfrutaban de una excursión a la finca Freemantle. Algunas jugaban al mallo en el césped con Roslyn, otras remaban en barcas por el lago artificial, supervisadas por Tess y Lily, Y otras recogían flores de los jardines y hacían coronas con ellas para adornarse los cabellos, o los sombreros bajo la guía de Jane Caruthers. Más tarde, se serviría un espléndido té bajo los olmos presidido por lady Freemantle.

Sin embargo, Arabella disfrutaba poco de la salida. Se retiró a la sombra de un olmo, donde podía dar rienda suelta a su melancolía en privado, y observar con indiferencia lo que pasaba a su alrededor. Cuando las muchachas comenzaron a jugar al mallo con los botes de remo, salpicándose unas a otras y estallando con frecuencia en exclamaciones de regocijo y risas, le sorprendió que Tess Blanchard se uniera a ellas.

Arabella abandonó sus tristes pensamientos y sonrió. Era agradable ver a Tess riendo y disfrutando de la vida, para variar, pues se había pasado afligida los dos últimos años. Antes de que su compromiso terminase al morir su prometido en la terrible batalla de Waterloo, nadie había sido más animado ni más vivaz que Tess. Que en aquellos momentos mostrase parte de su en otro tiempo habitual alegría, indicaba que por fin había decidido unirse a los vivos.

Un rato más tarde, Tess abandonó la batalla del lago y se dirigió, sin aliento a causa de la risa, hasta donde Arabella estaba sentada a solas.

—Vengo a reclamarte para nuestras filas —le dijo, tendiéndole las manos como para ayudarla a ponerse en pie. —Te necesitamos como refuerzo.

Ella esbozó una tenue sonrisa.

—Gracias, pero no tengo ganas de acabar empapada, como tú.

Ya me mojé bastante la semana pasada, cuando me tocó perseguir a Sybil bajo una terrible tempestad.

Tess lanzó una divertida mirada sobre su hombro para observar a la chica mencionada, que paseaba remilgada por los jardines, siguiendo las indicaciones de lady Freemantle.

—Es evidente que tu sacrificio valió la pena. La reputación de Sybil se ha salvado, junto con la de nuestra academia. Aún más, ella está tan preocupada por la posibilidad de ser expulsada, que su comportamiento se ha vuelto angelical. Confieso que no la reconozco. —Dirigió su atención de nuevo a Arabella—. Vamos, el sol calienta lo bastante como para secarte rápidamente el vestido. No permitiré que vagues como un alma en pena en un día tan glorioso.



Al ver que su amiga no decía nada, Tess frunció el cejo y se sentó junto a ella en el césped.

—¿Qué te pasa, queridísima? Estás muy triste desde que lord Danvers se marchó a Londres.

Arabella hizo una mueca y desvió la vista. Le resultaba incómodo admitir cuán desdichada se sentía desde que Marcus se había ido. Había confiado en que su vida retornaría a la normalidad, pero sus esperanzas habían resultado vanas, puesto que allá donde miraba encontraba su recuerdo. Su desdicha se agravaba por el hecho de que no había sabido nada de él ni de sus abogados durante todo aquel tiempo.

—Tal vez esté enferma de fiebre intermitente —respondió evasiva.

Tess le dirigió una penetrante mirada. —Tal vez estés enferma de amor.

Incapaz de negarlo, le respondió con una risa carente de humor.

—¿Tan evidente es mi afección?

—Como mínimo tu infelicidad lo es. —Tess la miró detenidamente. —Pero ¿estás segura de que es amor lo que sientes por él, Arabella, y no solo una potente atracción física? ¿No será simple encaprichamiento?

Ella pensó que tenía pocas dudas acerca de sus sentimientos por Marcus, pero que no le iría mal hablar de ello con alguien que la pudiera comprender.

Tess conocía el verdadero amor puesto que había estado sinceramente enamorada de su prometido.

—Creo que es amor, pero ¿cómo se puede saber? La mirada de su amiga se tornó pensativa.

—Los indicios suelen ser muy reconocibles. Cuando amas a un hombre, él se convierte en el centro de tu mundo. Ansías estar con él y, cuando no lo estás, se halla de manera constante en tu pensamiento. Alegra tu día. Su simple contacto provoca pasión en ti... una mirada tierna te calienta el corazón. La vida parece vacía sin él. —Tess hizo una pausa. —¿Es eso lo que sientes por lord Danvers, Arabella?

Ella asintió, mirándose los dedos, que tenía entrelazados. Eso era precisamente lo que sentía por Marcus, incluido el vacío. Desde que él se había ido, esa sensación en su pecho era un implacable dolor que no desaparecía con nada.

—Le echas enormemente de menos, ¿verdad? —la aguijoneó Tess con simpatía.

—Sí. —Le echaba de menos de un modo espantoso.

—Así pues, ¿qué te propones hacer?

Arabella la miró con impotencia.

—No lo sé.

—¿Crees que él a su vez puede amarte? —preguntó Tess.

—Al menos así lo afirma.

La otra la miró con fijeza.

—¿Lord Danvers te ha dicho que te ama?

—Sí... la semana pasada, después de que volviésemos de rescatar a Sybil. Pero yo no le creí. Temí que sólo estuviera tratando de convencerme para que aceptara su proposición.

Su amiga vaciló.



—Arabella, no me da la impresión de que el conde sea la clase de hombre que declare su amor sin sentido. Dudo que haya hecho nunca tal confesión a una mujer.

—No, supongo que no.

—¿Y tú qué respondiste?

Se sonrojó al recordado.

—Me temo que fui presa del pánico. En aquel momento comprendí que le amaba y de pronto me sentí aterrada. Le dije que yo había ganado la apuesta y que no me casaría con él. Y que sería mejor que se marchara sin perder un minuto.

—Entonces, ¿es por eso por lo que se marchó de la mansión Danvers? ¿Le echaste?

—Sí.

—Bien —dijo Tess con lentitud—, no es demasiado tarde para arreglar las cosas. No, si os amáis. La punzada de pánico volvió a atravesar el pecho de Arabella.

—Pero es que ése es el problema, ¿no lo comprendes? Yo no puedo estar segura de su amor. Incluso aunque él me amase ahora un poco, ¿cómo sé que sus sentimientos perdurarán? No hay nada más doloroso que amar a alguien y no verse correspondido. Lo sé porque lo he experimentado.

Tess agitó la cabeza.

—El vizconde Underwood era evidentemente indigno de tu amor, pero creo que lord Danvers no lo es. Tú debes de creerlo así también, o no habrías permitido que tu afecto llegara tan lejos, ¿no es así?

—Sí.

—¿Le amas tanto como amabas a Underwood?

—Mucho más.

Su amor por Marcus era mucho más firme de lo que lo había sido su primer amor, lo que significaba que la devastación sería mucho mayor si resultaba ser no correspondido.

—Entonces, tal vez deberías aceptar su proposición —sugirió Tess.

Arabella miró a su amiga desesperada.

—El matrimonio sólo empeoraría las cosas. Mi madre amaba a mi padre al principio, y mira cómo acabaron.

—Pero por todo lo que me has contado, la unión de tus padres fue espantosa. Lord Danvers y tú sois mucho más adecuados.

—¿Por qué lo dices?

Tess sonrió.

—Os he visto juntos, te he visto con él. El modo en que os miráis. Un fuego te ilumina los ojos cuando le miras, ¿sabes?

Ahora fue Arabella quien la miró fijamente.

Tess prosiguió.

—Por muy sorprendida que me sienta al decirlo, creo que sería la pareja ideal para ti. Tú siempre lo mantendrías interesado y en constante desafío y él haría lo mismo contigo.



Arabella negó con la cabeza.

—No puedo estar segura de eso.

—No, supongo que no. Pero nunca podemos estar seguros de nada en la vida, Arabella. Y la oportunidad de amar vale la pena el riesgo de resultar herida. ¿Deseas realmente renunciar a la esperanza de tu futuro por lo que sucedió en el pasado?

Ella se retorció los dedos sobre el regazo y desvió la vista. Marcus la había acusado de permitir que el miedo la dominara y Arabella sabía que era cierto: temía que le hiciesen daño de nuevo. Pero ya estaba sufriendo de modo espantoso. ¿Cómo podía haber un dolor mayor que el que estaba sintiendo en aquellos momentos?

Al ver que Arabella guardaba silencio, Tess le preguntó con voz queda:

—Si estuvieras segura de que te amaba, ¿te casarías con él?

—Sí —murmuró al fin.

Tess suspiró.

—Bien, tendrás que decidirlo por ti sola, pero no creo que seas feliz sin él. Y tampoco creo que lord Danvers aguarde eternamente a que te decidas. —Se puso en pie, la miró y suavizó su voz. —Creo que deberías asumir el riesgo y aceptar su propuesta, Arabella. El verdadero amor es demasiado precioso para desperdiciarlo. Yo lo daría todo por volver a tener esa oportunidad.

A continuación, dio media vuelta y se alejó, dejando a Arabella debatiéndose con sus conflictivos sentimientos.

«El verdadero amor es demasiado precioso para desperdiciarlo.» De ser así, entonces ella sería una verdadera necia al permitir que su temor a resultar herida le impidiera buscar la felicidad con Marcus.

Deseosa de intimidad para poder serenar sus agitados pensamientos, Arabella se marchó pronto a su casa, incluso antes de que se sirviera el té, dejando que Tess y sus hermanas supervisarán el acontecimiento. Cuando llegó a la mansión y distinguió un carruaje con el blasón Danvers, detenido en el sendero, el corazón le dio un vuelco. ¡Marcus había regresado!

Trató de mantener su entusiasmo controlado mientras conducía el calesín a los establos y se lo entregaba a un mozo, sin embargo, sin poderlo evitar, se encontró corriendo hacia la casa.

Simpkin la recibió en el pasillo para coger su chaqueta y su tocado y anunciarle que tenía una visita.

—Lady Loring está aquí, señorita Arabella.

Ella se quedó inmóvil, insegura de haber oído correctamente.

—¿Mi madre está aquí?

—Sí, la he hecho pasar al saloncito.

Se sintió desfallecer. Al ver que su señora se tambaleaba mareada, Simpkin se preocupó al instante.

—¿Se siente mal, señorita Arabella?

—No... Sólo estoy... sorprendida.

Aunque conmocionada, consternada y desconcertada serían mejores descripciones de sus sentimientos.



¡Pensar que su madre había ido allí, después de todo aquel tiempo! ¿Qué querría, en nombre de Dios? ¿Y de dónde venía? Según se decía, hacía cuatro años que había huido con su amante a la costa de Bretaña, en Francia, cerca de Brest, cuando Gran Bretaña aún se hallaba en guerra con Francia. El viaje era peligroso y, en el mejor de los casos cualquier comunicación entre ambos países resultaba casi imposible. Pero no habían sabido nunca nada de ella, ni siquiera cuando concluyó la larga guerra con la abdicación de Napoleón, al año siguiente.

Titubeante, Arabella avanzó con lentitud por el pasillo al salón, y se detuvo en el umbral para observar a la mujer que estaba sentada en el sofá.

Era inconfundiblemente una dama, elegante y de cabellos rubios. De aspecto, Victoria se parecía mucho a Roslyn, poseía la misma áurea delicadeza y porte aristocrático. Y seguía siendo muy hermosa; pese a haber tenido tres hijas y soportado una escandalosa viudedad, los años se habían portado bien con ella.

Al verla, un caos de emociones inundó a Arabella, junto con una oleada de dolorosos recuerdos. Entonces Victoria levantó los ojos con expresión vacilante, vulnerable... incluso temerosa.

De manera instintiva, Arabella apretó los puños con ira y agri dulce felicidad. Nunca había perdonado a su madre por haberlas abandonado a ella y a sus hermanas, dejándolas sumidas en el escándalo. Y; sin embargo, alguna parte en su interior se alborozaba al volver a verla.

Tratando de permanecer tranquila, entró en la sala, pero mantuvo la distancia. Al ver que su madre se limitaba a mirarla cautelosamente, rompió el tenso silencio.

—¿Qué te trae por aquí, mamá?

—Vosotras, desde luego —fue la queda respuesta. —Deseaba saber cómo les iba a mis hijas.

Arabella no pudo evitar la amargura de su voz.

—Tras cuatro años sin ni siquiera una palabra, ¿de repente te importa saber cómo nos va?

—Siempre me he preocupado. Es maravilloso volver a verte, Arabella. —Victoria dio unos golpecitos en el cojín que había a su lado. —¿Querrás sentarte aquí conmigo?

—Prefiero seguir de pie, gracias.

Una leve y triste sonrisa curvó la boca de la mujer.

—Sabía que no me perdonarías. Así se lo dije a él.

—¿A él?

Victoria suspiró.

—A lord Danvers.

Ella frunció el cejo.

—¿Qué tiene que ver él en este asunto?

—El conde es la razón de que yo esté aquí. Su señoría envió un barco a Francia esta semana para que me devolviese a Inglaterra. Su secretario se reunió conmigo en Dover ayer y su carruaje me ha traído hoy hasta aquí.

Arabella asimiló algo aturdida que Marcus había mandado a buscar a su madre a Francia.

—¿Para qué?

—Porque confía en que pueda reconciliarme con mis hijas. Por lo menos está decidido a que me explique... Y disculpe con vosotras por lo que hice.



Los ojos casi se le salieron de las órbitas mientras miraba a su madre.

—¿Qué explicación podrías dar que te disculpara por haber abandonado a tus hijas de la cruel manera en que lo hiciste? Te marchaste de nuestras vidas sin ni siquiera una simple palabra de despedida, mamá, y luego dejaste que nos enfrentáramos solas a la muerte de papá.

—Lo lamento mucho, Arabella.

Ella tensó la boca.

—¿No es un poco tarde para disculpas? Todo eso sucedió hace mucho tiempo, por lo que no estoy segura de que exista motivo alguno para comentarlo siquiera.

Victoria levantó una mano con una mueca de dolor.

—Por favor, ¿no querrás escuchar por lo menos mi versión?

—Muy bien —dijo su hija al fin.

—Será mejor que te sientes. Es una larga historia.

De mala gana, tomó asiento en un sillón con orejas que estaba enfrente del sofá. Su madre miró su rostro detenidamente largo rato antes de comenzar en voz baja.

—Lamento sinceramente haber arruinado vuestra vida, Arabella. No pretendía causaros daño ni a Roslyn, ni a Lilian ni a ti.

—Pero lo hiciste, mamá. —Un salvaje dolor le tensó la garganta—. Más de lo que puedas imaginar. Todas nos quedamos desoladas por tu marcha, en especial Lily. Se pasó semanas llorando.

—Yo... lo sé. Debería haber considerado cómo iba a afectaros mi conducta. Debería haber puesto a mis hijas en primer lugar. Pera una vez di el primer paso, mis acciones se volvieron irrevocables.

—No veo cómo.

Victoria se mordió el labio inferior.

—Tienes que comprender cuán amargamente desdichado fue mi matrimonio con tu padre.

—¡Oh, lo comprendo! —respondió ella. —¿Cómo no comprenderlo tras veros a papá y a ti discutir de manera tan salvaje durante tantos años? Pero tu infidelidad difícilmente justifica el adulterio.

La mujer volvió a mostrar una mueca de dolor, como si le hubieran dado un puñetazo.

—Tal vez no, pero yo estaba terriblemente sola. Estoy segura de que sabes que tu padre mantenía a una serie de amantes. —Difícilmente podría ignorar el hecho —contestó Arabella con acritud.

—Hubo un tiempo, en que Charles fue discreto con sus aventuras, pero cuando comenzó a hacer gala de sus amantes ante mí, no pude seguir soportándolo.

—De modo que tomaste un amante sólo porque deseabas vengarte.

—No fue tan sencillo, Arabella. Supongo que deseaba venganza, pero sobre todo quería... intimidad. Conocí a Henri Vachel en Londres. Había venido a Inglaterra siendo un muchacho, cuando sus padres fueron guillotínados durante el Terror. La familia de su madre era inglesa, por lo que vivía con ellos en Surrey. Henri era muy tierno y amable... Tras el descuido de tu padre, no es de extrañar que yo le correspondiera.



Al ver que su hija guardaba silencio, Victoria prosiguió.

—Cuando tu padre lo descubrió, se enfureció mucho por haber sido engañado. Era por completo lícito que él ridiculizara nuestros votos matrimoniales, pero no que lo hiciera su esposa. Charles exigió que me marchase de Inglaterra y no volviese por aquí, amenazó incluso con matar a Henri si no lo hacía. Sabía que era capaz, Arabella.

Ella frunció el cejo escéptica.

—Eso no es lo que papá nos dijo. Él dijo que tú te habías enamorado locamente de tu amante y que habías huido a Francia con él.

—Desde luego que Charles debió de contarlo así, puesto que deseaba perjudicarme, pero no es cierto. Yo no amaba a Henri. Entonces no. Me marché sólo porque tu padre me obligó a hacerlo.

Arabella cruzó los brazos sobre el pecho y la miró fijamente.

—Papá murió dos semanas después, en un duelo, mamá.

Entonces podías haber regresado a Londres.

—No, no podía —respondió Victoria con pesar. —A causa de la guerra, transcurrieron muchos meses hasta que me enteré de que era viuda, y por entonces mi hermanastro tenía la tutela sobre vosotras. Lionel estaba tan furioso conmigo que se negó a dejarme volver. Juró dejar de manteneros a ti y a tus hermanas, echarlas a la calle, si no me mantenía lejos, de manera que el escándalo pudiera apaciguarse. En cualquier caso... tras la desgracia que había causado, pensé que estaríais mejor sin mí.

La resistencia de Arabella se suavizó un poco. ¿Sería posible que su madre no hubiese dado totalmente la espalda a sus hijas? Por lo menos era verosímil que su tío hubiera amenazado con echarlas de su casa; en primer lugar, dado que nunca había deseado ser responsable de ellas. Pero eso no absolvía totalmente a su madre de sus actos.

—Podías haber escrito.

—Lo hice. Cada semana durante todo un año. Henri utilizaba sus contactos para que mis cartas fueran traídas desde Francia. Pero nunca supe lo que había sido de ellas hasta hace muy poco. Lionel las quemó todas.

—¿Cómo lo has sabido?

—Vuestro mayordomo, Simpkin, se lo contó a lord Danvers.

Éste lo interrogó con gran detalle sobre la cuestión. Lionel montaba en ira cada vez que llegaba una de mis misivas, y las echaba todas al fuego. Si no me crees, puedes hablar con Simpkin. Él podrá confirmártelo. Lionel me odiaba tanto entonces que cortó toda comunicación conmigo.

Arabella admitió que esa versión de los hechos tenía un tinte de verdad. El anciano mayordomo y el ama de llaves habían servido a su tío en la mansión Danvers durante décadas, por lo que estaban enterados de muchos de los asuntos del finado conde.

Con los pensamientos girando de manera vertiginosa en su cabeza, tan caóticamente como sus inquietos sentimientos, miró a su madre, preguntándose si se atrevería a creer el resto de su historia. ¿El abandono de sus hijas había sido algo que ella realmente no había deseado? ¿Había sido desterrada de Inglaterra, primero por su marido y luego por su hermanastro? De ser así, ¿entonces también era posible que su padre les hubiera mentado en todo momento sobre la devoción de su madre hacia su amante?



Vivamente interesada por esa idea, Arabella carraspeó, pero aun así, la siguiente pregunta surgió con voz ronca.

—Has dicho que al principio no amabas a Monsieur Vachel. ¿Qué quieres decir con eso?

La sonrisa de Victoria fue menos sombría en esta ocasión.

—Al principio, nuestra relación era sólo física, pero mis sentimientos hacia él fueron creciendo con el tiempo. Henri estuvo a mi lado cuando yo no tenía a nadie a quien recurrir. No solo me ofreció protección, sino que compartió mi destierro llevándome a la casa de su padre, en Bretaña. No muchos hombres hubieran sido tan solícitos y desinteresados. Al final, llegué a amarle. No pude evitarlo. Me... casé por fin con él, Arabella. Ya no soy lady Loring, ahora soy simplemente madame Vachel. Tenéis un padrastro.

Arabella se quedó en silencio. Le parecía extraño pensar en su madre casada de nuevo. Pero estaba más perturbada por las restantes revelaciones de Victoria. Durante todo aquel tiempo, ella y sus hermanas habían sido inducidas a creer que las había abandonado porque se había enamorado locamente. Sin embargo, al parecer, eso no era cierto. Su madre no había perdido la cabeza por amor...

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la mujer, que le preguntó en voz baja:

—¿Crees que podrás llegar a perdonarme alguna vez, Arabella? Ella desvió la mirada. Estaba consternada al pensar que la había juzgado erróneamente todo aquel tiempo. Y aún más consternada al imaginar lo que Victoria había tenido que soportar todos aquellos años. Sin embargo, el dolor de perderla aún seguía siendo muy real. Toda la pena, la ira y la amargura no podían desaparecer como si nada por saber que había circunstancias atenuantes para que escogiera a su amante antes que a sus hijas.

—Tendré que pensar en ello, mamá —dijo al fin.

—Desde luego, necesitas tiempo para digerir lo que te he contado. Y lo comprenderé si finalmente decides no perdonarme... si deseas que me vaya. —Con los hombros encorvados, como si se preparara para recibir un golpe, Victoria murmuró quedamente. —Regresaré a Francia para siempre si tú lo deseas.

—No estoy segura de lo que deseo. —Arabella se llevó la mano a la sien. —No puedo decidir nada precisamente ahora. Primero debo hablar con Roslyn y Lily.

—Me gustaría verlas —dijo la mujer, vacilante.

No deseando aumentar su tristeza, Arabella suavizó la voz al decirle:

—Es posible que ellas no quieran verte. Lily está muy dolida, y Roslyn también.

—Lo... comprendo. —Se retorció las manos con impotencia—. Si queréis localizarme, estaré en el Jabalí Rojo, de Chiswick. Henri ha venido conmigo a Inglaterra, y pensamos quedamos unos días aquí antes de viajar a Surrey. Él desea visitar allí a su familia.

Al ver que su hija no respondía, Victoria se levantó lentamente y fue hacia la puerta, donde se detuvo con la cabeza inclinada, la viva imagen del dolor.

—Dios te bendiga y te cuide, Arabella.

A ella le dio un vuelco el corazón ante la queda angustia de su voz, y cuando la vio irse del salón sin más palabras, no lo pudo soportar.

Levantándose con brusquedad de su silla, corrió tras ella llamándola.



—¡Mama! —Cuando Victoria se detuvo y se volvió, añadió suavemente—: Abogaré por tu causa con Roslyn y Lily, Y trataré de hacerles comprender.

Su sonrisa fue agridulce.

—Es todo cuanto pido.

La joven permaneció inmóvil largo rato, mirándola desaparecer pasillo abajo, con los pensamientos confusos, y sus emociones pasando por todas las fases, desde la consternación a la esperanza, mientras consideraba la cuestión del perdón.

Desde luego que Victoria había cometido importantes errores, pero también había sido tratada de manera injusta por su marido y su hermanastro. Y lamentaba sinceramente haber perjudicado a sus hijas.

Tal vez eso fuera lo que realmente importaba. Que su madre se había preocupado por ellas.

Mientras se dirigía a su dormitorio para aguardar el retorno de sus hermanas, decidió que tendría que hacérselos comprender.

La oportunidad de recuperar a su madre era demasiado gratificante como para dejarla escapar.

Lily palideció intensamente cuando Arabella les dio la sorprendente noticia mientras que Roslyn, tras un instante de aturdimiento, adoptó una actitud circunspecta. Pero ambas escucharon con atención mientras Arabella les contaba todos los detalles de su conversación con Victoria y argumentaba a favor del perdón.

Su ardiente y enormemente emotiva discusión se prolongó hasta bien entrada la tarde. Como Arabella había esperado, Lily fue la más difícil de convencer, sin embargo, parecía más preocupada por Roslyn que por ella misma.

—¿Has considerado realmente las implicaciones, Roslyn? —preguntó Lily—. Es probable que se reviva el escándalo, precisamente cuando por fin habíamos empezado a hacerla olvidar. A mí me importa poco, porque no pienso casarme nunca, pero sin duda perjudicará tus perspectivas de encontrar una buena pareja.

Roslyn asintió despacio.

—Tal vez sí, pero creo que es un riesgo que debo asumir.

Al final, todas decidieron ceder. Victoria era su madre, y deseaban volver a tenerla en sus vidas a pesar de todo lo que había hecho en el pasado, o de lo que pudiera costarles en el futuro.

Eran más de las ocho cuando Arabella ordenó que prepararan el antiguo carruaje de Danvers para conducir las a la cercana posada Jabalí Rojo, donde se alojaba Victoria. Hablaron poco por el camino y, al llegar, Lily se rezagó. Así pues, cuando fueron conducidas a un salón privado, Arabella era la que se hallaba más próxima a la puerta al abrirse ésta, poco después.

La mujer vaciló en el umbral, como con temor. Una a una, fijó la mirada en los ojos de sus hijas, hasta que Arabella rompió el tenso silencio.

—Estamos contentas de que hayas regresado, mamá.

Con un suspiro estremecido, Victoria se cubrió el rostro con las manos un momento antes de tendérselas a ellas.



—¡Oh, mis queridísimas chicas...!

Lily dejó escapar un pequeño sollozo y se lanzó a los brazos de Victoria. Ella abrazó después a sus dos hijas mayores y, en breve, todas estaban riendo y llorando.

Transcurrió algún tiempo hasta que Arabella se dio cuenta de que no estaban solas. Un caballero se había reunido con ellas, cerrando la puerta del salón quedamente tras él.

Por fin, Victoria se calmó lo bastante como para recordar sus modales y presentar a su nuevo esposo. Henri Vachel, de cabellos y ojos negros, parecía un hombre sombrío, pero merodeaba cerca de Victoria con aire protector y eso le gustó mucho a Arabella. Se lo veía aliviado cuando Victoria le sonrió y le dijo que si quería podía irse a su habitación, y dejarla a solas con sus hijas.

Cuando Monsieur Vachel se hubo retirado, se instalaron en sillas alrededor del hogar. Las lágrimas y disculpas siguieron haciendo que la reunión fuese conmovedora y emotiva. Victoria deseaba enterarse de todo lo que les había sucedido durante su ausencia de cuatro años, y escuchaba atentamente sin ahorrarse recriminaciones por las dificultades que sus hijas habían sufrido por su causa.

Sin embargo, la conversación se tornó un poco incómoda cuando Victoria suscitó el tema de su futuro.

—Lord Danvers me ha dicho que ninguna de vosotras está deseosa de casarse. —Las observó una a una, pero su mirada persistió más tiempo en su hija mayor. —Sé que soy la responsable de vuestra aversión al matrimonio.

Arabella esbozó una seca sonrisa.

—No fue tan sólo culpa tuya, mamá. Creo que papá también tiene alguna responsabilidad.

—Sí, supongo que vuestro padre tuvo un papel importante. Pero yo di un terrible ejemplo para que vosotras lo siguierais. Aun así, no podéis arruinar vuestro futuro por lo que nosotros hicimos.

La sonrisa de Arabella se desvaneció. Ella ya lo había comprendido así. No podía tomar decisiones cruciales sobre su futuro basándose solamente en lo que había sucedido en el pasado de sus padres, ni siquiera en el suyo propio.

Antes de que pudiera replicar, Victoria se adelantó en su asiento con expresión atenta.

—Lamento mucho las elecciones equivocadas que hice, Arabella, pero tú siempre has sido más prudente y más fuerte que yo. No debes permitir que mis circunstancias influyan en tus sentimientos sobre el amor y el matrimonio en detrimento tuyo.

Ella pensó que tal vez fuera más fuerte que su madre, pero no estaba segura de ser más prudente. Había permitido que el temor gobernara su vida durante demasiado tiempo. Pero eso había llegado a su fin.

—No puedes juzgarlo todo por lo que sucedió entre tu padre y yo —insistió Victoria. — Simplemente porque nuestro matrimonio fuera terrible no significa que los matrimonios buenos no sean posibles.

—Lo comprendo, mamá.

Ya había llegado a esa conclusión por sí misma.

—Puedes encontrar amor y felicidad con tu marido. A la larga, yo lo conseguí. Tardé años en comprender lo buen hombre que es Henri. Años en encontrar el verdadero amor cuando lo tenía ante los ojos en todo momento. Tal vez el verdadero amor esté también ante ti.



Arabella la miró atentamente.

—¿Qué estás diciendo, mamá?

—Que has encontrado a un buen hombre, Arabella. Lord Danvers se ha sometido a muchas cosas por ti. Debes de importarle muchísimo para que haya llegado a tales extremos. De otro modo, él nunca habría hecho un esfuerzo tan grande para ayudar a reconciliarnos.

Era verdad, reflexionó Arabella. Marcus había ido mucho más allá de sus obligaciones como tutor, en especial cuando la semana anterior había accedido a renunciar a su responsabilidad como resultado de su apuesta.

Sabía que, si deseara más pruebas de que le importaba, no necesitaba más que pensar en todo lo que había hecho. ¿Pero significaba eso que la amase con sinceridad, como él pretendía? Confiaba desesperadamente en que así fuera.

—Creo que sí le importo —murmuró.

Victoria asintió.

—Y no se parece en nada a tu padre. ¿Puedes imaginarte a Charles tomándose molestias por alguien de ese modo?

No, no podía imaginarse tal cosa. En efecto, Marcus era muy diferente a su padre.

Precisamente entonces, Roslyn habló con tono solemne.

—¿Te importa a ti lord Danvers, Arabella?

Ella vaciló sólo un momento.

—Muchísimo. —Dirigió a Lily una mirada de disculpa. —Prometí que no me permitiría enamorarme de él, pero al final descubrí que no tenía más remedio.

Su hermana menor la miró muy seria, claramente preocupada por sus palabras, pero Roslyn sonrió.

—Sólo deseo que seas dichosa, Arabella. Si le amas, eso es lo que importa.

Lily, sin embargo, no estaba de acuerdo.

—Eso no es todo lo que importa, Belle. Amaste a Underwood y mira cómo te hirió. No puedo soportar verte cometer de nuevo el mismo error.

—Lo sé —respondió Arabella, afectuosa. —Pero Marcus dice que me ama.

—Underwood pretendía amarte, pero no era así. ¿Cómo puedes estar segura de que el conde está diciendo la verdad?

Ella se encogió ligeramente de hombros.

—No puedo estar segura, por lo que tendré que confiar en que así sea.

Lily aún no estaba convencida.

—Si te casas con él, puedes ser tan infeliz como papá y mamá.

—Estoy dispuesta a arriesgarme.

A decir verdad, no podía hacer otra cosa. Deseaba fervientemente la clase de amor profundo del que Tess le había hablado. Como el que su madre había encontrado en su segundo matrimonio. Ella pensaba —confiaba— en poder disfrutar de ese amor con Marcus. Pero aunque no la amara, su vida sería insoportablemente vacía sin él. Había comprendido esa dolorosa lección



durante la semana anterior.

—Lily... —comenzó Arabella, preguntándose cómo podía explicar sus sentimientos. Por fin, se limitó a sonreír. —Me propongo casarme con Marcus porque no deseo vivir sin él. Es tan sencillo como eso.

La preocupación que llenaba los ojos de Lily vaciló y luego desapareció.

—Si eso es lo que verdaderamente deseas...

—Lo es. Lo deseo con todo mi corazón.

—Gracias a Dios —murmuró Victoria sonriendo.

Arabella miró a su madre y luego aspiró profundamente, como si sintiera que su ímpetu flaqueaba.

Casarse con Marcus quizá no fuera tan sencillo como ella había afirmado. Después de su agria separación, él muy bien podía no desear verla ni en pintura. Le había irritado profundamente al no confiar en él lo suficiente como para creer su declaración de amor, y aún más rechazando su oferta de matrimonio de manera tan inflexible.

Pero Arabella se prometió que lo convencería para que la perdonase aunque tuviera que arrastrarse ante él. Podía comenzar por reconocer que no era ella quien había ganado la apuesta. Le haría comprender que había entrado en razón. Y si Marcus la amaba la mitad de lo que ella lo amaba a él, no permitiría que su obstinada ceguera se interpusiera en el camino de su mutua felicidad.



CAPITULO 18

¿Cómo se arrastra uno adecuadamente? Creo que se lo debo a Marcus, por haberlo disgustado tanto.

ARABELLA A FANNY

—¿Qué demonios te sucede, Marcus? —le preguntó Heath tras haber resultado casi atravesado por una serie de furiosas embestidas durante su sesión de esgrima de los lunes por la mañana, en la casa de Marcus, en Londres.

Él detuvo su furioso ataque, bajó su florete y se quedó respirando pesadamente.

Drew avanzó desde un lateral.

—¿Por qué no suspendes el ejercicio esta mañana, amigo? Eres terriblemente peligroso con eso.

Marcus se pasó la mano por el pelo.

—Discúlpame, Heath. No debería descargar mis frustraciones en ti.

—Está muy bien que lo comprendas —respondió el otro. Y luego añadió más seriamente—: Ojalá pudieras encontrar un remedio para tu mal. Te comportas como un lobo herido desde que volviste a Londres.

—Lo sé.

Había estado intratable desde que se despidió de Arabella, pese a su endiablado e intenso propósito de no comportarse así.

—¿Por qué no te echas a la señorita Loring sobre el hombro y te la llevas a alguna parte? —le sugirió Heath—. Si estuvieras un mes a solas con ella, seguro que podrías convencerla para que aceptara tu proposición.

Antes de negar con la cabeza con sardónico humor, Marcus pensó que esa idea merecía ser tomada en consideración.

—Aún no he llegado al punto de recurrir a eso.

—Está bien, pero tienes que hacer algo, amigo, antes de que accidentalmente acabes con nosotros. Estoy seguro de que lo lamentarías.

—Supongo que sí.

Marcus reprimió una sonrisa de arrepentimiento y se hizo a un lado mientras Drew se colocaba ante Heath para reanudar la práctica de esgrima.

Marcus pensó que si tenía que raptarla la raptaría, y echó su florete sobre una mesa. Estaba absolutamente dispuesto a no admitir una derrota permanente con Arabella. De hecho, estaba urdiendo un nuevo plan. Sus abogados habían redactado los documentos legales concediéndoles, a ella y a sus hermanas, la independencia de su tutela, pero aún no los había enviado, puesto que todavía no había decidido cómo utilizarlos en su mejor provecho.

Entretanto, estaba dejando que se enfriara su indignación. La semana anterior, cuando ella se



negó a creer en su declaración de amor, había tenido ganas de sacudir a Arabella hasta que recuperase la razón. Él nunca había dicho algo tan sorprendente a ninguna mujer anteriormente, y verse rechazado, él y su proposición, le hacía hervir la sangre.

Aún sentía el apremio de regresar a la mansión Danvers y librar a Arabella de su obstinada ceguera. Estaba cometiendo un grave error permitiendo que su pasado arruinase su futuro. No le cabía ninguna duda de que ella le echaba de menos, tal como él la echaba endiabladamente de menos a ella...

Oyó que llamaban a la puerta principal, pero sabiendo que su mayordomo se cuidaría de ello, dedicó escasa atención al hecho, hasta que oyó el sonido de una voz femenina. Marcus sintió que se le encogía el estómago. Era Arabella.

Supuso que había ido a verlo para reclamarle su emancipación, pero se acercó a la puerta para poder oír mejor.

La taxativa voz de Hobbs flotaba por el pasillo.

—Su señoría está ocupado en estos momentos, señorita Loring.

—¡Ah, sí, ya oigo que vuelve a estar practicando esgrima! Pero creo que me recibirá.

Se produjo una prolongada pausa mientras Hobbs probablemente meditaba las posibilidades que tenía de no dejarla entrar. Al final, pareció comprender la inutilidad de intentarlo.

—Si quiere esperar aquí, señorita Loring, preguntaré a su señoría si recibe en estos momentos.

—No necesitamos tanta ceremonia, Hobbs... ¿no es ése su nombre? —preguntó Arabella en tono encantador.

—Sí, madame, mi nombre es Hobbs.

—Bien, Hobbs. Es evidente que usted no aprueba mi visita a la residencia de un hombre soltero, y en circunstancias normales, yo estaría de acuerdo con usted. Le aseguro que en general soy muy correcta. Pero en este caso tengo asuntos urgentes que tratar con lord Danvers. Y puesto que es mi tutor, la infracción no es tan extraordinaria, ¿verdad?

—Tal vez no —respondió el mayordomo, rígido e inflexible.

—¿Me permitirá verle entonces?

—Muy bien, señorita Loring, si insiste... puede seguirme.

—¡Oh no es necesario que se preocupe! Puedo encontrar el camino yo sola. —Sus pasos resonaron en el vestíbulo de mármol y luego vaciló. —¡Hobbs! —llamó. Marcus podía imaginársela hablando por encima del hombro. —Es digna de admiración la manera en que protege la intimidad de su amo. Estoy segura de que él es consciente de su devoción.

—Gracias, señorita —contestó el hombre, claramente exasperado.

Al cabo de unos momentos, Arabella apareció en la puerta.

Aunque Marcus se había preparado para verla, el corazón le dio un vuelco ante la bienvenida visión. Mientras Arabella se detenía para examinar la estancia, sintió cómo crecía en él el deseo. Luego, ella fijó su mirada en la suya y el deseo se hizo mayor.

Su expresión era muy seria y sus grises ojos lo miraban penetrantes. Aunque tras un breve instante, ella le dedicó una sonrisa de tal dulzura, que se sintió aturdido.

Arabella fue la primera en desviar los ojos y buscar con la vista a sus amigos. El marqués y el



duque habían detenido su práctica con el fin de observarla.

Ella dedicó una brillante sonrisa a los dos nobles mientras se adentraba en la sala.

—Milords, confío que me disculparán por volver a interrumpir su sesión de esgrima. Deben de considerarme muy inoportuna.

Su gracia el duque de Arden enarcó una ceja.

—Parece hacer cogido la costumbre de irrumpir aquí, señorita Loring.

Pero el saludo del marqués de Claybourne fue más agradable. Esbozó una traviesa sonrisa y dijo:

—De lo que no se deduce que la irrupción sea mal recibida. Es ciertamente un placer verla.

Ella miró brevemente a Marcus.

—¿Les importaría mucho que les robase a su señoría unos momentos?

El duque le respondió:

—Puede hablar con él aquí, señorita Loring. De todos modos casi habíamos acabado.

Arabella se alegró de que el imperioso duque pareciera dispuesto a marcharse, porque era evidente que no se alegraba nada de verla. Dudaba poder ganarse su simpatía, aunque lo intentase. Lo vio dirigirse a la mesa, devolver el florete a su estuche y, tras dedicarle una cortés inclinación, salir del salón. El marqués se encogió de hombros y siguió su ejemplo, pero le dedicó una encantadora sonrisa al pasar por su lado.

Ya a solas con Marcus, Arabella se volvió lentamente para enfrentarse a él, que no había pronunciado una sola palabra hasta el momento, cosa que ella no podía discernir si era una buena o mala señal. Sólo sabía lo que sentía al volver a verlo: pura dicha. Eso y anhelo. Deseaba arrojarle a sus brazos. Deseaba besar con ardor su querido y hermoso rostro...

Si aún no había comprendido la profundidad de su amor por Marcus, verlo de nuevo tras soportar una desdichada semana de desesperación le había aclarado los sentimientos.

Sin embargo, era plenamente consciente de que él no parecía muy contento de verla. Arabella lo miró insegura; casi podía oír los sordos latidos de su corazón, que se habían convertido en un repentino caos de agitación. Él la estaba observando muy serio... en absoluto del modo que ella había esperado.

—Así pues, querida, ¿a qué debo el honor de tu visita en esta ocasión?

A Arabella le dio un vuelco el corazón ante su tono distante.

Avanzó dubitativa.

—En primer lugar, deseaba agradecerte que buscaras a mi madre en Francia y la trajeras a casa. Te has tomado muchas molestias por nosotras, Marcus, y tienes mi reconocimiento, así como el de mis hermanas.

Él encogió sus anchos hombros.

—Tu gratitud es innecesaria. Simplemente, cumplí con mi deber como vuestro tutor... lo que sin duda es tu auténtica preocupación. Si estás aquí para saber en qué estado se halla vuestra emancipación, puedes quedarte tranquila. Puedes tranquilizarte, los documentos adecuados concediéndoo vuestra independencia han sido preparados, y solamente están pendientes de mi firma.



Ella consiguió esbozar una sonrisa.

—Gracias, pero no era ése mi principal motivo para venir aquí.

—¿Cuál es entonces?

—En realidad... estoy aquí para aceptar tu proposición de matrimonio.

El silencio que acogió su declaración fue denso y profundo.

Transcurrieron varios minutos hasta que Marcus preguntó, entornando los ojos:

—¿Estás embarazada, Arabella?

A ellas casi se le desorbitaron los ojos mientras sentía un encendido calor en las mejillas.

—No, no estoy embarazada. Mi... Menstruación se presentó la semana pasada. Pero según Fanny, la probabilidad de que conciba es reducida, puesto que tú y yo sólo hemos estado juntos algunas noches.

La expresión de él permaneció exasperadamente inescrutable.

—A veces, con sólo una vez, la simiente de un hombre arraiga. Eso explicaría tu disposición a aceptar mi oferta ahora cuando la rechazaste de manera tan inflexible hace una semana.

—Bueno, pues no es por eso por lo que he cambiado de idea al respecto. —Arabella lo miró con recelo. —Creía que estarías complacido con mi rendición.

—Depende por completo del motivo de la misma. —Marcus cruzó los brazos sobre el pecho; su actitud era la imagen de la inaccesibilidad. —Te dije que no estaba interesado en un matrimonio de conveniencia Arabella.

—Tampoco lo estoy yo. Deseo un enlace por amor, lo mismo que tú.

—¿Es así?

Sintiéndose de pronto vulnerable, ella entrelazó las manos.

—Sí. Tenías razón, Marcus, estaba dominada por el miedo.

Temía ver mi corazón otra vez destrozado. Por eso pensé que no me arriesgaría a amarte. Pero al final no lo pude evitar.

Alguna emoción vibró en sus ojos azules, pero ella no supo interpretarla.

—De modo que estás diciendo que me amas.

—Sí... te amo.

Él la miró escéptico mientras seguía con los brazos firmemente cruzados.

—¿Por qué debería creerte? Tal vez estés equivocada acerca de tus sentimientos.

Ella negó con la cabeza, debatiéndose entre la exasperación y el miedo. Era evidente que no iba a perdonarla con facilidad por haberlo rechazado de manera tan tajante, y la asustaba pensar que a él no le importaba en absoluto su cambio de actitud.

—No, no me equivoco en mis sentimientos. Te amo, Marcus.

—Tendrás que convencerme.

Esas palabras eran un desafío, y sonaban más al antiguo Marcus. Le dirigió una nerviosa sonrisa.

—¿Qué debo hacer para ello? Estoy dispuesta a arrastrarme si lo deseas.

Un brillo divertido apareció por fin en sus ojos. Arabella inspiró, profundamente esperanzada.



—Creo que quizá algo de eso sería adecuado —observó Marcus—. Tras todo el tormento a que me sometiste, mereces sufrir tú también un poco.

—He sufrido —replicó ella rotunda. —Me sentí profundamente desdichada desde el momento en que te marchaste. Te echaba de menos de manera insoportable.

Al ver que él no mostraba el menor indicio de claudicar, comprendió que tenía que demostrarle la sinceridad de su amor. Su voz se redujo a un murmullo implorante mientras proseguía.

—Marcus, cuando te fuiste, se produjo un gran vacío en mi vida... en mi corazón. —Apretó el puño contra el esternón. —Me sentía vacía sin ti. No podía soportar vivir de ese modo el resto de mi vida. No deseo vivir sin ti. Es amor lo que siento, Marcus —insistió, repitiendo las mismas palabras que él le había dicho hacía una semana.

Al ver que no respondía, Arabella escudriñó su rostro.

—Dijiste que me amabas.

Él enarcó una ceja.

—Eso fue la semana pasada. Quizá ahora ya haya perdido interés.

Ella tragó saliva.

—Tal vez sí. Pero deseo ser tu esposa aunque tú no me ames.

Sin embargo, ni aun así parecía que fuese a ablandar.

—Me temo que eso no basta.

—¿Qué... quieres decir?

—Deseo tu confianza, tanto como tu amor, Arabella.

—Confío en ti, Marcus.

—¿Lo bastante como para creerme cuando digo que te permaneceré fiel hasta el fin de nuestros días? —Fijaba intensamente los ojos en los suyos mientras aguardaba su respuesta.

—Si —dijo ella mirándolo solemne, plenamente consciente de lo que le estaba preguntando—. Tú no eres como mi padre.

Al ver suavizarse su rostro con algo parecido a la satisfacción, su corazón comenzó a latir de nuevo a un ritmo más sosegado.

—Me alegro de que lo comprendas, ángel. —Descruzó los brazos y se acercó a ella. —Entonces supongo que puedo considerar casarme contigo.

De no haber sido por el asomo de risa en sus ojos, se habría alarmado. Pero sabía que Marcus la estaba provocando. El alivio la inundó y se permitió sonreír.

—¿Que debes considerarlo? ¿Qué diablos quieres decir? Has estado yendo detrás de mí para que nos casáramos desde hace semanas.

—Pero no veo ninguna razón para precipitarse ahora, cuando por fin has capitulado.

Arabella puso los brazos en jarras tratándolo con leve diversión.

—Creo que ya me he arrastrado bastante.

—No estoy tan seguro. Me gusta esta humilde parte tuya.

—Tú no deseas una esposa humilde, así me lo dijiste.

—Cierto, no la deseo. Pero siempre es prudente negociar para conseguir mejores condiciones.



—¿De modo que deseas negociar las condiciones de nuestro matrimonio?

—¿Y si es así?

Arabella dirigió la mirada hacia los floretes utilizados en la sesión de esgrima. Se acercó a la mesa, cogió uno de ellos y luego avanzó hacia Marcus.

—Deberías procurar no tener armas cerca cuando me estás provocando. —Le dio unos ligeros golpecitos en el pecho con la punta—. Será mejor que me contestes ahora, Marcus. ¿Te casarás conmigo sí o no? Te advierto que puedo hacerte daño si te niegas.

Riendo, él la cogió por la muñeca y le arrancó el florete de las manos, luego le pasó un fuerte brazo por la cintura y la atrajo hacia sí, contra su cálido y duro cuerpo.

—¡Ah, querida! —dijo regocijado. —Nunca dejas de encantarme.

—¿Sí? —preguntó ella sonriéndole con mirada confusa.

—Sabes condenadamente bien que sí. Todo en ti me encanta. Me gusta el fuego que destella en tus ojos. Me gusta el fuego que me haces sentir. Te amo, Arabella.

—Pero ¿te casarás conmigo?

Él la examinó durante otro interminable momento mientras ella contenía el aliento.

—Sí, lo haré... pero primero tengo algo que darte.

—¿Qué es?

—Ven conmigo.

Para su sorpresa, Marcus la soltó, pero a continuación la cogió de la mano y la hizo salir con él del salón. La llevó pasillo adelante, atravesó el vestíbulo, donde estaba Hobbs listo para atenderla cuando se fuera. El mayordomo simuló no advertir el extraño comportamiento de su señor, que, empuñando aún el arma la conducía a una gran habitación que parecía su estudio. Se dirigió hacia un macizo escritorio, depositó allí el florete y luego recogió un fajo de papeles que le tendió.

—¿Son los documentos que modifican la tutela?

—No.

—Entonces ¿qué son?

—Léelos tú misma.

Arabella miró la primera página, luego volvió al principio para volver a leer el enrevesado lenguaje legal más lentamente. Mientras volvía las siguientes páginas empezó a comprender. Marcus le había comprado la escritura de la academia Freemantle a Winifred y se la había cedido a ella.

Lo miró impresionada, con lágrimas en los ojos.

—¿Has comprado la academia para mí?

—Sí... Y antes de que me arranques la cabeza, no ha sido por caridad. En primer lugar, has trabajado mucho para sacarla adelante. Y, en segundo, confío dártela como regalo de bodas.

—Gracias, Marcus —respondió ella suavemente. —No sabes cuánto lo aprecio.

Dejó el documento sobre la mesa y se acercó a él. Sonrió cálidamente y le echó los brazos al cuello.

—¿Te he dicho cuánto te amo?



—Sí. Pero deseo oírlo de nuevo. Nunca me cansaré de oírlo.

—Te amo profundamente, Marcus.

Su expresión se volvió burlona.

—Bueno, era inevitable.

Arabella se echó a reír. Marcus sabía que llegaría a amarlo. La había comprendido mejor que ella a sí misma.

—Estás muy seguro, mi arrogante lord.

Su brillante mirada contenía diversión y ternura.

—Sólo ahora, querida. Hace diez minutos no era tan optimista.

—Te amo, Marcus. Te amo loca, salvajemente, y siempre te amaré.

—El sentimiento es mutuo. —Soltó una risita—. Reconozco que no me había propuesto entregarte mi corazón, Belle. Desde el principio me atrajiste. Deseé tenerte en mi lecho desde el momento en que me amenazaste con mi florete. Pero nunca pensé que sentiría esta clase de amor por nadie.

—¿Sinceramente?

—Sinceramente. —Inclinó la cabeza para depositar un leve beso en sus labios. —Tampoco esperaba ser tan afortunado, Arabella. He encontrado a la mujer que es mi pareja ideal, el perfecto desafío para mí.

El corazón se le alborzó ante su declaración.

—Gracias, Marcus.

—¿Por qué?

—Por no darte por vencido. Por darme razones para volver a arriesgarme en el amor. Por abrir mi corazón.

Él le acarició la mejilla con el pulgar.

—Nunca te haré daño, Arabella. Tienes mi solemne promesa de ello. Nunca te abandonaré. Nunca dejaré de amarte, suceda lo que suceda.

Ella cerró los ojos un momento.

—Temía haberte perdido por mi obstinación.

—Nunca. Estabas loca si creías que alguna vez me rendiría y renunciaría a ti. Sólo estaba reorganizándome y planeando mi nueva estrategia de campaña.

Arabella se echó a reír con el corazón desbordante de amor y deseo.

—Y yo la mía. Le dije a mi madre que pensaba venir hoy aquí, y le confesé cuánto te amo. Estaba dispuesta a proponerte una nueva apuesta si ya no deseabas casarte conmigo, pero ella no creyó que fuese necesario.

—¿De modo que lo aprueba?

—Sí, mamá está ansiosa de vernos casados. Es evidente que tú le encantaste, como con todas las mujeres que conoces.

—No con todas. Me costó muchísimo encantarte a ti, y no hablemos de tus hermanas. ¿Qué dicen ellas acerca de nuestro amor?



La sonrisa de Arabella se tornó aún más suave.

—Roslyn se alegra por mí, y Lily está esperanzada. Las he convencido de que no puedo vivir sin ti.

A modo de respuesta, él le dio un beso con tal intimidad, calor y dulzura que se le doblaron las piernas. Aunque, para su sorpresa y decepción, Marcus lo interrumpió de repente. Fue a la puerta e hizo girar la llave, encerrándolos dentro.

—¿Qué haces?—preguntó ella con curiosidad mientras él volvía a su lado.

—Explorar cuán profundamente sentimos el uno por el otro. El calor la inundó ante la sensual mirada de él y el corazón comenzó a latirle lenta y acompasadamente. Marcus le desató las cintas del sombrero y lo dejó caer a un lado, luego le desabrochó los botones de la chaqueta y la deslizó por sus hombros. Debajo llevaba un elegante vestido de muselina azul.

Cuando él la condujo a un lujoso sofá de cuero, Arabella comprendió que Marcus se proponía permitirse un apasionado encuentro amoroso.

—Tu mayordomo se escandalizará —dijo, con pícaro sonrisa—. Hobbs y yo no hemos empezado con buen pie, y si tengo que convertirme en la señora de la casa, tal vez no debería seguir ofendiendo su sentido de las formas.

Marcus le sonrió mientras se desplomaba en el sofá.

—Hobbs tendrá que acostumbrarse a que deseemos intimidad. Cuando seas mi esposa, me propongo pasar gran cantidad de tiempo encerrado contigo. No te preocupes, no te desarreglaré el vestido ni el cabello. Pero ésta puede ser la última oportunidad que tenga de hacerte el amor durante algún tiempo, y no permitiré que se desperdicie.

Arabella no dijo nada. De todos modos, no existía ninguna oportunidad de resistirse a Marcus. No cuando él deseaba seducirla. No cuando era tan arrebatador. Le dejó que la sentara en su regazo e inmediatamente le rodeó el cuello con los brazos. Él la obsesionaba, la atormentaba, la enloquecía de deseo.

Marcus se aprovechó de su docilidad y mordisqueó la suave piel de debajo de su lóbulo.

—¿Sabes? —murmuró ella con la voz repentinamente ronca y baja—, cuando se trata de conveniencias, eres un ejemplo terrible como tutor.

—Cierto, pero ya no importa, puesto que estoy abdicando de ese papel. Desde este momento, sólo me preocupará mi papel como amante y esposo.

Y le mordisqueó entonces el cuello, haciendo que la recorriese un cálido estremecimiento de placer, mientras su mano se deslizaba hacia abajo por la falda de su vestido. Cuando llegó al borde, la subió por su muslo desnudo hasta llegar a sus húmedos y femeninos pliegues.

Arabella sintió la oleada de su propio deseo y se arqueó contra su mágica mano, aunque no deseaba ser ella sola quien disfrutara.

—Marcus... no tienes que esperar. Estoy dispuesta para ti.

—Sí lo estás. —Levantó la cabeza con una cálida y perezosa sonrisa curvando su boca. —Pero me propongo atormentarte un poco como castigo por haberme vuelto loco la semana pasada.

—Debería haberlo imaginado.

Frotó suavemente la delicada carne entre sus muslos separados, y al acariciar su sexo provocó un nuevo asalto a sus sentidos. Cuando deslizó un dedo profundamente en su interior



encontrándola mojada de deseo, los músculos internos de Arabella se cerraron a su alrededor.

Ella se aferró a su brazo, jadeante.

—Ya es suficiente tormento.

—No estoy de acuerdo. Si lo fuera estarías rogándome que me detuviera.

—Yo no ruego...

—Veremos, amor.

Inclinó la cabeza, interrumpiendo el resto de sus palabras con abrasadores besos mientras su mano, tan seductora como su voz, seguía jugueteando enloquecedoramente con su sexo.

La acarició hasta que ella estuvo dolorida de necesidad, hasta que se sentía mareada y excitada, acosándola con hábiles y expertas caricias, besándola apasionadamente. Cuando sintió sus dedos explorarla y arremeter de nuevo en su interior, profirió un quedo grito gutural.

—Chsss, no grites —le advirtió Marcus—. No debes escandalizar a Hobbs, ¿recuerdas?

—No sé si podré.

Casi gimoteando, ocultó el rostro en su garganta mientras él seguía adelante con su dulce tormento. Pronto estuvo estremeciéndose y temblando, no obstante, aunque gozaba de ello, no acababa de resultarle del todo satisfactorio. Arabella deseaba que Marcus la llenase, que se uniera a ella íntimamente, deseaba que él aliviara el vado que su ausencia había creado. Aún más, que sintiese el amor que ardía en ella tan profundamente que creía que la iba a hacer estallar.

—Marcus, por favor... tómame —rogó al fin.

—¿Me lo estás rogando?

—Sí... sea lo que sea lo que tú desees.

Su ronca risa resonó en su oído, y, por lo visto, él también había tenido suficiente tormento, porque la tomó entre sus brazos y se deslizó del sofá llevándola consigo. Depositándola sobre la alfombra, la tendió de espaldas observándola con mirada ardiente y brillante mientras se desembarazaba prontamente de los calzones. Acomodándose entonces sobre ella adaptó su cuerpo al suyo y se sumergió entre sus muslos. Le recorrió la boca con sus besos mientras su dura erección la llenaba lentamente. Con un sollozo de puro placer, Arabella lo rodeó con fuerza con los brazos atrayéndolo hacia sí, acogiéndolo profundamente en su interior. El pecho le dolía de amor por él, y tenía todos sus sentidos exacerbados por ese sentimiento. Cuando él la penetró por completo, creyó que no iba a poder soportar tanto placer. Echó hacia atrás la cabeza y cerró los párpados.

—No, abre tus hermosos ojos, ángel. Deseo ver la expresión de tu rostro cuando alcances el clímax conmigo.

Arabella obedeció, mirando a Marcus aturdida. Sabía que él estaba viendo el amor y la pasión en su mirada, porque reconocía las mismas emociones en la suya. Alegría, triunfo y pura sensualidad resplandecían en su rostro mientras se entraba en ella, con movimientos lentos y apasionados, al tiempo que iniciaba una danza tan antigua como el hombre y la mujer, la danza del amor.

Arabella respondió con todo su corazón y no tardó mucho en que su placer se convirtiese en una tormenta de fuego que acabó estallando en una ardiente descarga de gozo. Marcus se bebía sus gemidos de éxtasis mientras se unía a ella en medio de aquel potente torbellino.



A continuación yació acurrucada contra su cuerpo, sin aliento, saciada, irradiando dicha. Cuando por fin él se apartó cuidadosamente para tenderse a su lado, abrió los ojos y descubrió que Marcus la contemplaba con ternura. Suspiró con profunda satisfacción y lo miró somnolienta y juguetona.

—Sé desde hace tiempo que eres un amante maravilloso, pero creo que también serás un marido perfecto.

La sonrisa de él fue abrumadoramente irresistible.

—Hace semanas que estoy tratando de convencerte de ello. Es muy satisfactorio saber que por fin lo he conseguido.

Ella resignó su sensual boca con las yemas de los dedos.

—Me alegro mucho de que ganes nuestra apuesta, pero no creas que siempre ganarás — murmuró Arabella.

—Tampoco lo desearía. Luchar contigo es lo que le añade sabor a la vida. Mientras que me ames, puedo soportar perder contigo de vez en cuando.

—Te amo, Marcus, más de lo que puedo expresar, pero puesto que estamos negociando las condiciones de nuestro matrimonio...

Él enarcó una ceja.

—¿Aún estamos negociando?

—Sí, en una cuestión creo que sí deberíamos hacerlo.

—Prefiero volver a hacer el amor contigo.

Cuando él se inclinó para tomar su boca, ella presionó los dedos en sus labios. —Esto es serio, Marcus.

Al instante, él se puso serio.

—Muy bien, tienes toda mi atención, querida.

—Deseo seguir dirigiendo la academia.

—No veo ninguna razón por la que no puedas hacerlo, siempre cuando tengas tiempo para casarnos e irnos después en viaje de bodas.

Arabella sonrió aliviada. Le preocupaba la respuesta de Marcus, sin embargo debía de haber sabido que él sería razonable y le permitiría seguir con su trabajo.

—Dispondré de tiempo sobrado para la boda una vez acabe la escuela, dentro de quince días — respondió—. Las vacaciones de verano comienzan a mediados de junio, y puesto que la mayoría de nuestras alumnas regresarán a sus casas, no tendré que dar mis clases. Jane Caruthers se encargará de casi todo el trabajo entonces.

—Así pues, no habrá ningún problema. Pasará por lo menos un mes hasta que podamos celebrar la ceremonia. Podríamos casarnos con una licencia especial, pero prefiero que se publiquen las amonestaciones, no quiero que parezca que nos precipitamos.

—Le besó la punta de la nariz. —Y deseo una gran boda. Podemos casarnos en la iglesia de Chiswick e invitar a varios centenares de personas.

La mirada de Arabella era dubitativa.

—No creo que la iglesia sea lo bastante grande.

—Entonces invitaré a la mitad de la buena sociedad a un almuerzo en la mansión Danvers



después. Me propongo exhibir a mi condesa, pues eso contribuirá a preparar el terreno para tu aceptación en sociedad.

Arabella asintió comprendiendo la sensatez de su plan. Una invitación para celebrar las nupcias del conde y la condesa de Danvers convencería hasta a sus más altaneros detractores. Sin embargo, eso era todo cuanto ella deseaba.

—Me gustaría que mi madre estuviera presente en nuestra boda y en todos los demás festejos —dijo Arabella, consciente de que la escandalosa lady Loring probablemente se vería rehuida por los más fanáticos miembros de la sociedad. —Y también Fanny Irwin. Puede ser una famosa prostituta, pero es una amiga querida y no le volveré la espalda simplemente porque me case con un conde.

—Claro que pueden asistir. Y mi hermana Eleanor sin duda disfrutará colaborando en los planes. En cuanto a nuestro viaje de bodas, deseo llevarte a la casa de mi familia, en Devonshire, durante unas semanas. La mansión Danvers nos permitirá poca intimidad al vivir en ella tus hermanas, y yo te deseo toda para mí durante algún tiempo.

Arabella sonrió complacida.

—Eso me gustaría. —Sin embargo, recordando al duque y al marqués miró hacia la puerta cerrada. —¿Crees que tus amigos llegarán a aceptarme como tu esposa?

—Sí, desde luego. Al final aprenderán a quererte. Entretanto, estarán infinitamente contentos de que lleguemos a un acuerdo. Esta mañana casi le corto la cabeza a Heath durante nuestra práctica de esgrima porque estaba rabioso.

—Su gracia no estará encantado con nuestro matrimonio.

—Drew es tan cínico acerca del amor porque nunca lo ha experimentado. Heath es más arriesgado, por lo que está más dispuesto a admitir que yo pueda amarte como lo hago. Pero no desea verme convertido en un afeminado aburrido. Creo que le preocupa que tú te propongas conducirme con una brida.

Arabella se echó a reír.

—No pretendo llevarte de una brida, lo mismo que espero que tú tampoco intentes hacerlo conmigo.

—Exactamente como debe ser entre nosotros.

Mientras Marcus la miraba, la pasión que pudo ver en sus profundos ojos azules la deslumbró, pero fue el amor que allí brillaba lo que alegró su corazón. Luego él volvió a besarla y sus latidos se aceleraron cuando vio que se disponía a quitarle las horquillas del pelo.

—Creía que no te proponías despeinarme —murmuró.

—He cambiado de idea. —Su lenta y muy varonil sonrisa contenía el maravilloso y perverso encanto que había conquistado su corazón durante su sin duda no deseado cortejo—. Si no puedes ser mi esposa hasta dentro de un mes, entonces quiero que pasemos la mayor parte de nuestro tiempo aquí juntos; con o sin Hobbs.

Arabella volvió a reírse mientras se entregaba a Marcus con increíble pasión.



EPILOGO

¡Qué contenta estoy de que Marcus apostara por mi corazón y ganara! Deseo que puedas encontrar la misma dicha en el amor, Fanny.

ARABELLA A FANNY

Nunca he conocido a un hombre que pudiera hacerme dichosa en el amor. Pero me alegro mucho por ti, querida Arabella. Bailaré en tu boda, si no temes que escandalice a los presentes.

FANNY A ARABELLA

Mansión Danvers, junio de 1817.

Cuando Arabella se desplomó en una silla y suspiró feliz, Roslyn sonrió con cariño y satisfacción.

—Eres una novia exquisita, queridísima Arabella. Estar enamorada te favorece.

—Sí, estás realmente hermosa —la secundó Lily.

Las tres estaban repantigadas en la habitación de Lily, celebrando una despedida privada. Era casi medianoche y el almuerzo de boda y el baile casi habían terminado, por lo que las tres hermanas se habían escabullido de la multitud de invitados para subir al piso superior y pasar unos momentos a solas.

Lily estaba poniendo sus camisones y algunos objetos personales en una sombrerera, puesto que Roslyn y ella se disponían a quedarse con Tess esa noche para permitir intimidad a los recién casados.

Arabella agradeció los cumplidos contemplando el imponente traje de novia que sus hermanas le habían ayudado a ponerse aquella mañana.

—Con este vestido me siento hermosa.

El traje de seda color marfil con cintura imperio, estaba delicadamente bordado con hilos de oro en el corpiño y el dobladillo y el rico género hada juego con las rosas color crema y las cintas doradas que Arabella llevaba entrelazadas en el pelo.

Pensó orgullosa que sus hermanas también estaban muy bonitas con sus vestidos de seda rosa pálido.

Se alegraba de poder pasar aquel rato a solas con ellas tras la frenética actividad de las últimas semanas. No solo habían tenido que concluir las renovaciones de la mansión, sino que la enorme magnitud de los festejos había demostrado ser todo un desafío. Roslyn, como experta anfitriona, había asumido la tarea de organizar el multitudinario almuerzo de boda y el baile, supervisando al ejército de sirvientes que habían estado trabajando frenéticamente durante días.



—Y gracias por tus tremendos esfuerzos, Roslyn —dijo Arabella, mirando divertida a su hermana. —Todo ha salido a la perfección.

La joven sonrió.

—Mis esfuerzos no han sido tan excepcionales.

—Realmente lo han sido.

—Desde luego que sí —intervino Lily—. Yo nunca hubiera conseguido ocuparme de tantos detalles de manera tan impecable, Roslyn. Ni siquiera habría tenido paciencia para intentarlo. —Creo que la ceremonia ha sido preciosa. Me parece que incluso Lily ha disfrutado con ella —dijo Roslyn mirando traviesa a su hermana menor.

Lily frunció la nariz, pero se rió.

—Sorprendentemente, así ha sido.

La ceremonia se había celebrado en la iglesia de Chiswick, llena de familiares y amigos. En cuanto al novio, había acudido directamente a la iglesia desde Londres aquella mañana junto con su hermana Eleanor, su tía lady Beldon, y sus dos amigos, el duque de Arden y el marqués de Claybourne. Los invitados habían llegado poco después y los festejos habían comenzado en la mansión Danvers tras la ceremonia nupcial.

—Ha sido estupendo tener a mamá aquí —añadió suavemente Roslyn.

—Sí —respondió Lily—. Tenemos una inmensa deuda con el conde por lograr traerla a casa.

Arabella estaba totalmente de acuerdo, y se sentía rebotante de gratitud por lo que Marcus había hecho para unirlos con su madre.

Lady Freemantle también había contribuido tomando a Victoria y a su esposo francés bajo su protección durante las últimas semanas. Arabella se sentía confortada al ver cómo Victoria iba siendo gradualmente aceptada por muchos de sus vecinos, que deseaban mantener una buena relación con el conde de Danvers, aunque la ex lady Loring fuese considerada algo así como una inmoral.

Arabella pensó con íntima satisfacción que a sus vecinos se les había obligado a soportar una afrenta aún mayor aquel día, puesto que la escandalosa Fanny había asistido tanto a la boda como a los festejos posteriores. Roslyn y Lily se habían mantenido cerca de ella, para que no se sintiera marginada, pero era evidente que los caballeros presentes estaban lo bastante fascinados por la famosa cortesana como para tenerla bailando toda la noche.

Fanny había salido hacia Londres hacía algunos minutos y Tess planeaba dejar el baile en breve. Lily se disponía a acompañar a Tess a casa, pero Roslyn se quedaría hasta que se marchase el último invitado, para planear con Simpkin cómo poner orden al día siguiente.

Arabella suspiró con fatigada satisfacción. Todo el día había parecido un agradable torbellino, pero por fortuna casi se había acabado. A la mañana siguiente Marcus y ella se irían de viaje de bodas todo un mes. Planeaban recorrer Escocia y el distrito del Lago, en el norte de Inglaterra, y luego pasar tiempo en la casa solariega de la baronía Pierce, en Devonshire, para que Arabella pudiera conocer su finca y a los arrendatarios antes de regresar a la mansión Danvers.

Esperaba ansiosa y con entusiasmo tanto el viaje como su noche de bodas con Marcus, puesto que habían tenido muy pocas oportunidades de estar a solas durante el mes anterior. Pensar en compartir su lecho nupcial con su nuevo esposo ponía una secreta sonrisa en sus labios.



Lily sin duda la vio, porque observó alegremente:

—Reconozco que estaba equivocada al oponerme a tu unión con Marcus, Arabella. Ahora no albergo ninguna duda de que te tratará como mereces. Es evidente que te ama... Y que tú lo amas a él. Se te ve resplandeciente de felicidad.

Arabella sonrió serena.

—Nunca había soñado ser tan feliz, Lily. Sólo deseo que vosotras dos podáis alcanzar aunque sea la mitad de esta dicha.

Lily se echó a reír.

—De acuerdo, aunque desde luego yo no la encontraré en el matrimonio. Si tenéis hijas, me conformaré con hacer el papel de tía solterona y enseñarles modales y comportamiento.

Arabella fijó una mirada divertida en Roslyn y negó irónica con la cabeza. Lily sobresalía en toda clase de actividad física —especialmente cabalgar, conducir, tiro al arco y bailar— pero los modales y las normas de comportamiento no eran precisamente su fuerte.

Tanto Lily como Roslyn asumirían mayores responsabilidades en la academia en lo sucesivo. Arabella sentía un considerable alivio al saber que su esfuerzo seguiría prosperando. No solo la escuela facilitaría un mejor futuro para docenas de jóvenes de clase baja, enseñándolas a convertirse en auténticas damas, sino que proporcionaría a Lily y a Roslyn ocupaciones satisfactorias e independencia, permitiéndoles seguir ganándose la vida, aunque no tener dinero ya no seguía siendo una preocupación para ellas, tras la generosa dote que Marcus les había otorgado.

Al haber mejorado de manera tan drástica su estatus social, Roslyn podía ahora considerar sus propias perspectivas de matrimonio. Lily no tenía tales deseos. Incluso ver la felicidad recién descubierta de Arabella, no la hacía cuestionarse su negativa a entregar su preciada libertad a un marido.

—Tal vez el matrimonio no sea para ti, Lily —concedió Arabella con afectuosa mirada.

Su hermana menor soltó un resoplido muy poco elegante.

—Ojalá le recordaras a Winifred este hecho. Sus intentos casamenteros me vuelven loca.

—¿Casamenteros?

—Está planeando la domesticación y captura de los dos amigos de Marcus. Dice que necesitan esposa, y esta tarde prácticamente les ha retorcido los brazos, coaccionándolos para que bailaran con Roslyn y conmigo.

Arabella no pudo evitar sonreír. Winifred tendría dificultades para hacer caer en la trampa a los dos nobles, ni con sus hermanas ni con quien fuera. El duque de Arden y el marqués de Claybourne eran una frustración constante para las madres casamenteras de la alta sociedad, aún más esquivos que Marcus.

—Winifred me ha escogido para lord Claybourne —se quejó Lily disgustada. —Es profundamente mortificante verse exhibida ante él como una vaquilla en una feria.

Roslyn no pudo resistirse a burlarse un poco de Lily.

—Sin embargo, es muy guapo, además de ser riquísimo y tener un título.

—¡Oh, sí, es bastante atractivo! —murmuró Lily—. Pero demasiado arrogante para su propio bien; espera que caiga rendida a sus pies.



Arabella enarcó una ceja.

—¿Es por eso por lo que te has ido tan pronto del baile? ¿Para evitar estar con el marqués?

Su hermana se sonrojó violentamente.

—Sí. Juro que nunca he conocido a un hombre más persistente. Tratar con él me supera.

Al ver que Roslyn no podía contener una carcajada, Lily le lanzó una mirada enfurruñada.

—Ya puedes reírte de mí, queridísima hermana, pero pronto tendrás que preocuparte por ti misma, porque sé que Winifred ha dicho que, a continuación, tratará de emparejarte con Arden.

—No me preocupa —respondió Roslyn tranquilamente. —No tengo la menor intención de casarme con Arden.

La insólita nota de convicción en su voz sorprendió a Arabella.

—Pero si acabas de conocerlo. ¿Cómo puedes juzgarlo en tan breve tiempo?

Roslyn vaciló.

—Para ser sincera, conocía al duque de antes.

Arabella le dirigió una valorativa mirada mientras Lily le preguntaba:

—¿Cuándo?

—Hace quince días —confesó Roslyn—, cuando asistí al baile de disfraces con Fanny. Su gracia no sabía quién era yo, puesto que llevaba un antifaz, y me negué a decirle mi nombre.

—¡No me habías dicho que lo conocieras! —exclamó Lily—. ¿Y qué sucedió?

Un atractivo rubor cubrió sus mejillas.

—Digamos simplemente que no me quedé ansiosa por ampliar el conocimiento, aunque él sí lo estuviera.

Al igual que Lily, Arabella sentía una gran curiosidad por saber lo que había pasado entre Roslyn y el duque de Arden, pero sabía que sería inútil seguir insistiendo. Los intereses de Roslyn iban en otra dirección, pues era evidente que sentía inclinación por su vecino, el conde de Haviland. Por fortuna, lord Haviland había asistido a los festejos nupciales aquel día, así que Roslyn había podido pasar bastante tiempo en su compañía. Su decisión de casarse por amor, requería que ambas partes tuvieran realmente la oportunidad de enamorarse, por lo que le interesaba aprovechar todos los encuentros.

Pero en lugar de seguir hablando sobre amor y matrimonio, Roslyn cambió rápidamente de tema.

—Será mejor que nos marchemos, Arabella. Marcus debe de estar esperándote.

Ante ese recordatorio, su hermana se levantó y abrazó con afecto a las dos menores. Las lágrimas le escocían en los ojos mientras ellas se despedían. Aquél era el simbólico final de su juventud juntas y echaría de menos el cariño y la camaradería que habían compartido. Durante mucho tiempo habían sido las tres contra el mundo.

Sin embargo, ahora ella tenía a Marcus. Ante la perspectiva de comenzar una nueva vida con él, Arabella sintió su corazón pleno de emoción y henchido de esperanza.

Cuando bajó la escalera en su busca lo encontró saliendo de su estudio. El pulso se le aceleró ante la tierna mirada que Marcus le dirigió.

—Estás aquí, amor —le dijo él. —Me preguntaba adónde habías ido.



—Me estaba despidiendo de mis hermanas.

—Yo he tenido una reunión similar con mis amigos. —Miró hacia atrás, a la puerta del estudio.
—Drew y Heath todavía están ahí bebiéndose mi mejor reserva de brandy y lamentándose de la pérdida de mi soltería.

Arabella lo miró con curiosidad.

—¿También tú lo lamentas?

—En absoluto —respondió con una risita.

—¿Qué es tan divertido?

—Darme cuenta de lo mucho que he cambiado en los dos últimos meses. En otro tiempo, pensaba que el matrimonio era una palabra siniestra, pero ya no lo veo así. Ven, vamos a reunirnos con los invitados que quedan y animémoslos para que se vayan. En nuestra noche de bodas te deseo toda para mí.

Sin embargo, aún transcurrieron dos horas antes de que Marcus alcanzase su propósito. Cuando los últimos carruajes se alejaron, Simpkin cerró la puerta principal y desapareció discretamente del vestíbulo dejando a solas al conde y a su nueva condesa.

—¿Vamos? —le preguntó Marcus ofreciéndole la mano para acompañarla por la escalera.

—Sí —respondió Arabella sonriendo serena mientras deslizaba la mano hacia él.

Su marido entrelazó los dedos con los suyos mientras subían los peldaños y recorrían el pasillo hasta sus aposentos. Un suave resplandor los saludó al entrar en el dormitorio mientras las sábanas del enorme lecho habían sido vueltas invitadoramente.

Marcus cerró la puerta tras ellos.

—Al fin solos —murmuró roncamente atrayendo a Arabella en un abrazo—. Creía que este día nunca llegaría.

—Lo sé —dijo ella con fervor, aunque en sus grises ojos danzaba el amor y la risa. —Deberías estar orgulloso de ti mismo, milord. Has conseguido ganar nuestra apuesta, tal como predijiste.

—¡Oh, lo estoy! E impaciente porque comience nuestra noche de bodas.

Arabella deslizó la mano por su pecho y comenzó a desatarle el nudo del pañuelo con una sonrisa seductora y traviesa.

—Si lo recuerdas, celebramos nuestra noche de bodas hace semanas.

La sangre de Marcus se le calentó peligrosamente ante aquella tentadora sonrisa.

—No de manera formal. Entonces no estábamos casados. —Su mirada se posó en la de ella. —Pero ahora lo estamos. Ahora eres mía —añadió con dulzura.

—Sí —convino ella con igual dulzura. —Y tú eres mío.

Marcus vio una emoción tan tierna en sus ojos que le dio un vuelco el corazón.

—Nunca te dejaré ir, esposa.

—Esposa... Me gusta cómo suena eso, esposo.

—También a mí.

Se desvistieron mutuamente con lentitud, tomándose tiempo para besarse y acariciarse mientras tanto. Cuando ambos estuvieron desnudos, Marcus la miró.



—¿Sin pesares? —le preguntó.

—Ninguno en absoluto. Sé que nuestro matrimonio será feliz.

—Me propongo hacer lo imposible para que así sea.

—No tengo ninguna duda.

Ella avanzó hacia sus brazos extendidos con los ojos irradiando amor.

Esa visión dejó a Marcus sin aliento, e hizo que se le acelerase el corazón. Nunca había esperado sentir algo tan poderoso, tan profundo por ninguna mujer. Pero tampoco le cabía duda de que sus sentimientos por Arabella durarían toda la vida. El amor que experimentaba era inmensamente fuerte: anhelo, deseo y un dulce placer.

—Así pues —observó Arabella bromeando mientras que le rodeaba el cuello con los brazos—, ¿te propones mostrarme cuán maravilloso marido y amante eres? Creo recordar que en más de una ocasión te has jactado de tu pericia.

Sus palabras eran un inconfundible desafío al que Marcus no podía resistirse.

Con una suave risa, cogió la mano de ella y depositó un tierno beso en sus dedos; una promesa solemne de lealtad y amor. Luego la condujo a su lecho nupcial y la tendió en él, deseoso de comenzar su futuro juntos.

FIN



Adelanto de la 2º parte:

SEDUCIR A UNA MUJER

Nicole Jordan

Londres, junio 1817. El baile de disfraces



Roslyn se apretó las sienes con los dedos. La cabeza comenzaba a dolerle bajo el peso de su peluca y el tocado, y el sofocante antifaz le estaba dejando una zona en carne viva en la mejilla izquierda.

Por lo menos podría mitigar algo su sufrimiento quitándose el pesado tocado y el antifaz.

Desató las cintas y se desprendió de uno y otro. Mientras el fresco aire de la noche acariciaba su rostro soltó un suspiro de alivio... Y entonces oyó tras ella una queda voz masculina.

—De modo que es aquí donde se ha ocultado.

Sofocando un grito, Roslyn se volvió en redondo y dejó caer rápidamente su tocado al reconocer al alto e imponente noble que allí se encontraba. Sus anchos hombros cubiertos con un traje de dominó

llenaban por completo el hueco de la puerta mientras que sus cabellos ambarinos destellaban, más plateados que dorados a la luz de la luna.

Alarmada al ver al duque buscó a tientas su antifaz para volver a ponérselo, confiando en no haber ofrecido una clara visión de su rostro.

—Me ha asustado... —exclamó, en exceso jadeante mientras acababa de atarse los cordones.

—Discúlpeme. No era mi intención... desconcertar a una mujer hermosa.

Roslyn entornó los ojos tras el antifaz. Su tono era sosegado, incluso lánguido. Si intentaba halagarla, no se estaba esforzando demasiado. Pero tal vez sólo estaba interpretando un juego convenido, diciendo los cumplidos que creía que ella deseaba oír.

Sin embargo, no había nada lánguido en la ardiente mirada con que recorrió su figura. Al contrario, sus ojos mostraban un puro interés masculino... que tuvo el deplorable efecto de acelerar el pulso de Roslyn.

—Soy Arden.

—Sé quién es usted, milord —respondió ella bastante enojada.

Era Andrew Moncrief, duque de Arden, conocido como «Drew» por sus amigos. Y ella pocas veces se había sentido menos complacida de ver a alguien en su vida.

Él enarcó las cejas ante su tono.

—Lamentablemente, yo no la conozco, mi encantadora incógnita. Hubiera buscado a alguien que nos presentara, pero usted huyó en el momento en que me vio. Y Fanny se esfumó de repen-



te, antes de que pudiera descubrir su nombre.

Sin ninguna defensa válida, Roslyn permaneció muda. Cuando el duque avanzó y se inclinó para recoger su tocado del suelo de la terraza, ella hubiera querido retirarse, pero tenía la balastrada a su espalda. Atrapada, se vio obligada a soportar su escrutinio. Él la observaba detenidamente, sosteniendo las cintas con sus largos dedos.

Roslyn le devolvió la mirada sin poderlo evitar. Estaba demasiado oscuro como para asegurarlo, pero le pareció que tenía los ojos verdes. De un verde profundo y vibrante. Y, tan cerca, sus elegantes y aristocráticos rasgos eran aún más sensualmente hermosos que a distancia. Su proximidad ejercía así mismo un efecto devastador en su compostura.

Él habló antes de que ella pudiera conseguir controlar sus vertiginosos pensamientos.

—La felicito, querida. Su estratagema ha funcionado.

—¿Mi estratagema? —repitió ella perpleja.

—Confiaba en que la seguiría aquí, y lo ha conseguido. Estaba lo bastante intrigado como para hacerlo.

¿Él creía que ella lo había atraído intencionadamente a la terraza?

—No era una estratagema, milord. La sala de baile me resultaba demasiado calurosa y he venido aquí en busca de un poco de aire fresco.

Él esbozó una sonrisa sardónica.

—Muy conveniente para usted escoger un lugar tan bien equipado para una cita discreta — dijo, señalando la tumbona que estaba detrás de él. Antes de que ella pudiera protestar, prosiguió —:

—Debe de ser nueva en Londres. Desde luego, la recordaría si la hubiese visto antes de ahora.

Roslyn ocultó su mueca de consternación. Confiaba en que su memoria no fuese tan aguda cuando coincidiesen en la boda de su hermana, dentro de quince días.

—Sí, soy nueva en Londres. Pero le aseguro que no lo he atraído aquí para ninguna cita.

Y tampoco tenía ninguna intención de prolongar aquel encuentro no deseado. Murmurando un cortés «gracias», Roslyn recogió el tocado de sus manos e intentó pasar por su lado.

Sin embargo, el duque curvó ligeramente los dedos sobre su muñeca.

—Se diría que está ansiosa por evitarme.

—Así es.

—¿Por qué?

Su tono reflejaba sorpresa y genuina curiosidad.

—Me disgusta el modo en que está inspeccionándome, como si yo fuese una mercancía.

—Me comporto con corrección. —Esbozó una sonrisa compungida, a la vez lenta y sensual. —Le aseguro que no pienso en usted como una mercancía.

Era imposible ignorar aquella cautivadora sonrisa masculina, y Roslyn de pronto comprendió por qué tantas mujeres perseguían a Arden.

—Entonces le ruego que me disculpe —murmuró con la voz más ahogada de lo que hubiese querido.



Roslyn miró intencionadamente la mano que la sujetaba, sin embargo, él no la soltó.

—¿Está usted ocupada en la actualidad? Ella parpadeó.

—¿Ocupada?

—¿Tiene ya un protector?

Roslyn comprendió que le estaba hablando como si fuese una cortesana. Consideró responder afirmativamente, pero en tal caso tendría que encontrar un nombre para su inexistente protector, y Arden probablemente descubriría su mentira.

—No, no tengo ningún protector.

—Entonces, ¿por qué no me dice su precio? Me disgusta regatear.

Ella lo miró fijamente.

—¿Me está pidiendo que sea su... amante? Su sonrisa se suavizó.

—A menos que tenga otra propuesta en mente, sí, le estoy pidiendo que sea mi amante, querida.

Roslyn comprendió que se había quedado boquiabierta de manera poco elegante, pero no pudo evitarlo. Le sorprendía un poco que hiciera una proposición tan íntima a una completa desconocida.

—No nos conocemos, su gracia. Usted no sabe nada de mí.

—Sé lo bastante, que me parece encantadora y deseable, ¿Qué más necesito saber?

—Podría ser una cruel arpía, por ejemplo.

—Estoy dispuesto a arriesgarme. Mil libras anuales mientras dure el placer. La mitad si decidimos separarnos antes.

Al ver que Roslyn no respondía, ladeó la cabeza y asintió brevemente como si tomase una decisión.

—Muy bien, dos mil. Y desde luego pagaré sus gastos... casa y carruaje, más una asignación para ropas y joyas.

Roslyn no pudo evitar sentirse divertida. Parecía una suma extravagante para ofrecérsela a una cortesana no experimentada, aunque sabía que Fanny conseguía varias veces más aquella cantidad.

—¿Cómo puede estar seguro de que yo lo valgo?

Una risa comprensiva iluminó los ojos del duque mientras se encogía despreocupadamente de hombros.

—Su belleza es bastante tentadora para satisfacer mis refinados gustos. Todo lo demás que usted necesite saber, yo puedo enseñárselo.

La diversión que Roslyn sentía desapareció sustituida por la ira.

Arden había tocado sin saberlo su fibra sensible. Él no podía saber que su belleza, o más exactamente ser deseada solamente por sus atractivos físicos, era una dolorosa espina para ella.

También comprendió que sería ridículo tomarse a mal su muy generosa proposición, puesto que ella estaba allí aquella noche simulando ser una prostituta. Pero tras las muchas proposiciones vergonzosas que había recibido durante los últimos cuatro años, no podía reaccionar con ecuanimidad.



—Creo que la respuesta adecuada es agradecer su generosa oferta, milord —dijo fríamente, retirando la muñeca de su mano—, pero debo declinar.

Él enarcó las cejas ante su tono gélido.

—Es práctica común fingirse reacia con el fin de aumentar el precio, pero ya descubrirá que no me agradan las gazmoñerías.

Roslyn se enojó.

—No tengo precio ni estoy tratando de ser gazmoña. Simplemente, No siento deseos de tenerle como amante... pese a su ensalzada reputación.

Él entornó los ojos.

—¿Le ha dicho Fanny algo para que me tema?

—No.

—Si necesita asegurarse de mis aptitudes, se las demostraré con sumo gusto.

—No necesito ninguna demostración. No dudo lo más mínimo de su competencia.

—Entonces quizá deberíamos comprobar sus habilidades.

—Antes de que ella pudiera ni tan siquiera respirar, él se le aproximó y le cogió el rostro con las manos. —Bésemme, amor, y muéstreme sus encantos.

Su audaz gesto la pilló por completo desprevenida. Roslyn se quedó rígida mientras el duque inclinaba la cabeza y cubría su boca con la suya.

Fue un beso sorprendente, no solo por ser inesperado sino por el efecto que tuvo en todo su cuerpo. Sus labios se movían sobre los de ella en una sensual exploración que era a la vez tierna y salvajemente excitante.

La habían besado antes, pero nunca de un modo como aquél. De pronto, se sintió acalorada, como si estuviera demasiado cerca de un fuego. El corazón le latía aceleradamente cuando por fin él se apartó.

Le rozó de manera fugaz los labios y luego la mejilla hasta llegar a su oreja, donde persistió.

—Sabes a inocencia —murmuró, con voz inesperadamente ronca—. Es una actuación encantadora, pero por completo innecesaria.

—No es actuación —respondió Roslyn, temblorosa. —No soy experimentada.

Él se echó hacia atrás lo suficiente como para examinarla escéptico.

—Prefiero la honradez. Ella se puso en tensión.

—¿No me cree? —preguntó con tono amenazador.

Él recorrió sus labios con los dedos bajo el antifaz. —Digamos que estoy dispuesto a ser convencido. Ven aquí, dulzura...

Se inclinó sobre ella una vez más y volvió a besarla, en esta ocasión con más apasionamiento. Alarmada por su propia respuesta, Roslyn trató de retirarse, pero Arden la atrajo estrechamente contra su cuerpo dejándole sentir su dureza, su vitalidad.

Sorprendida por su irresistible sensualidad, Roslyn gimoteó, pasmada al excitarse tanto por el abrazo de un hombre. Cuando por fin él interrumpió el beso y levantó la cabeza, ella lo miró aturdida.



Su sonrisa mostraba arrepentimiento.

—Confieso... que la mayoría de mujeres no ejercen este poderoso efecto en mí. Tú también lo sientes, belleza, no lo niegues.

Era cierto, ella nunca en su vida había experimentado nada parecido; aquella atracción que centelleó entre ellos como un relámpago.

Pero nunca lo admitiría ante él.

Esforzándose por recobrar una apariencia de compostura, Roslyn carraspeó.

—¿De verdad? —consiguió decir con una alegre risa. —Su arrogancia es sorprendente, milord.

Era evidente que no era aquélla la respuesta que él esperaba, y Roslyn insistió en ella:

—Su vanidad está muy exacerbada si cree que estoy dispuesta a correr a su lecho.

La lenta y encantadora sonrisa que él le dedicó era insufriblemente perversa, seductora... Y tan sensual como para hechizar a un santo.

—No es necesario un lecho. Podemos usar la tumbona que tenemos detrás. —Señaló la dirección a ésta. —Y al mismo tiempo podemos remediar el hecho de ser desconocidos.

—No tengo ningún deseo de conocerle mejor.

—Tal vez yo te haga cambiar de idea.

Levantó la mano, y sus cálidos dedos recorrieron un sendero desde el hueco de su garganta hasta las prominencias de sus senos, que sobresalían de forma destacada hacia arriba en su traje de pastora.

—Su gracia... —comenzó a protestar Roslyn, pero él interrumpió sus palabras con otro beso, apoderándose de su boca con tierna decisión.

Cuando tomó en su palma el seno cubierto de seda, la descarada conmoción la dejó inmóvil. No llevaba corsé bajo del corpiño de escote bajo, de modo que podía sentir la encendida presión de sus caricias a través de la tenue tela.

Una oleada de excitación recorrió sus sentidos; el fuego irradiaba de la mano que sostenía su palpitante seno y de sus labios, que estaban acariciando los suyos con tan experta pericia.

Su boca siguió dominando la de ella sin esfuerzo mientras con los dedos acariciaba la piel desnuda sobre su corpiño y se sumergía en el valle que había entre sus senos. Luego, curvó la mano sobre el bajo escote y tiró ligeramente de él, de modo que sus pechos desbordaron del vestido.

Roslyn sofocó un grito mientras el frío aire de la noche rozaba su carne desnuda, pero no logró proferir una palabra de reprobación, ni siquiera cuando los sensuales besos del duque concluyeron y él se echó hacia atrás.

Sus ojos se ensombrecieron mientras contemplaba su desnudez, observando la madura firmeza coronada de morenos pezones.

Conteniendo la respiración, Roslyn permaneció muda mientras él trazaba con los pulgares lentos círculos en torno a sus endurecidos pezones. Un quedo quejido se le escapó de la garganta al tiempo que las cintas de su tocado se deslizaban de entre sus dedos enervados.

Ante su respuesta, el duque tomó sus senos en las manos y excitó sus pezones con intensa aplicación mediante persistentes caricias, pellizcando ligeramente con los dedos y calmando con



los pulgares.

Roslyn aspiró profunda y estremecidamente, intentando moverse sin conseguirlo. Las expertas manos del hombre sabían exactamente cómo excitarla, cómo encantarla.

—Milord —dijo ella al fin, con voz trémula.

—Chiss, déjame complacerte...